

OLGA SALAR

*Deletreame
Te Quiero*



Aprender a amar es, a veces, la lección más difícil de enseñar o asimilar.

Irene tiene un carácter protector que la lleva a estudiar Magisterio infantil y a proteger a todas las personas a las que quiere. Movida por ese afán de cuidar a sus seres queridos, sale con su hermana mayor a una discoteca para celebrar que esta vuelve a ser una mujer libre. Sin embargo, su noche se irá al traste cuando el hombre que la ha cautivado se interese por su hermana en lugar de por ella. Aunque el detalle la dejó tocada, Irene no habría vuelto a pensar en ello de no ser porque el primer día del curso escolar se topa con una sorpresa entre la fila de padres que acompañan a sus hijos al colegio. Desde ese momento, tendrá que lidiar con una niña huérfana de madre que apenas habla y que se aferra a ella en busca de afecto, y con el padre de la pequeña y su descomunal ego, solo comparable a su atractivo. Como era de esperar, el amor llegará despacio y casi sin darse cuenta, entre relatos de lobos y cerditos arquitectos, gatos abandonados, letras y desencuentros cargados de química.



Olga Salar

Deletréame Te quiero

ePub r1.2

Titivillus 25.04.2018

Título original: *Deletréame Te quiero*
Olga Salar, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en **ePubGratis**

*La palabra es mitad de quien la pronuncia, mitad de quien la
escucha.*

Michel de Montaigne

Capítulo 1

La música sonaba tan alta que gritar no era suficiente para mantener una conversación, sino que también era necesario acercarse todo lo posible al interlocutor para escuchar sus respuestas o al menos tener una idea global de ellas.

La discoteca The Mermaid era una de las más famosas de la ciudad y la gente hacía cola en la puerta para comprar su entrada y bailar constreñida por la masificación de público que ocupaba la pista de baile. Algunos incluso estaban dispuestos a vender un riñón por tomarse una copa en los reservados con sillones y DJs exclusivos de la zona vip, a la que solo los más afortunados tenían acceso y siempre por invitación. La misma zona en la que Irene disfrutaba de su combinado sin alcohol gracias a los contactos de su hermana.

La decoración en esa parte del local era más ostentosa que en la principal. Allí las paredes estaban recubiertas con piedras de mosaico, similares a las de las piscinas de lujo, en las que se representaban seres míticos marinos, algas, corales... El diseño de guijarros al entrar en contacto con la luz estroboscópica de la discoteca confería la sensación de encontrarse en el fondo del mar.

Irene desvió la mirada de las paredes hasta los ocupantes de la mesa que había frente a ella.

—Deja de mirarlo como una boba y ve a decirle algo de una vez. —La aludida se encogió al sentir el grito de su hermana en su oído. Segura de que se había quedado sorda sin remedio.

Llevándose la mano a la zona dañada, se dio la vuelta en su asiento para mirarla y negar con la cabeza.

El hombre al que Lidia se había referido estaba sentado con su amigo a solo unos metros de distancia.

En un primer momento le llamó la atención que pareciera tan perdido como ella. Miraba la pista de baile de la discoteca con la misma desgana con la que lo hacía la propia Irene. Por desgracia para la rubia, sus similitudes terminaban ahí. El hombre no había mirado en su dirección más que una sola vez y con tan poco interés en lo que vio que no consideró oportuno hacerlo de nuevo. Detalle que le había permitido seguir observándole sin temor a ser cazada por sus ojos. Siendo sincera consigo misma, aunque lo primero que captó su atención fue su actitud esquiva, lo que mantuvo su interés fue su físico imponente.

Se recostó en el sillón gris azulado, acorde con la temática del local, y siguió observándolo a pesar de los suspiros de su hermana que se afanaba en hacer audibles.

Mirar no era pecado y, después de todo, no había ningún riesgo de que la descubriera. De hecho, Irene casi lo agradeció. Casi. Una pequeña parte de ella estaba molesta por haber sido incapaz de captar su interés.

Porque a pesar de que era una persona encantadora con la que era fácil conectar, nunca se le había dado muy bien el coqueteo, al menos, no lo lograba con aquellos que le interesaban. Aunque tampoco es que estuviera interesada en dar con el hombre adecuado. Siendo justos, la única razón por la que había accedido a ir a aquella discoteca ese caluroso viernes de finales de agosto estaba sentada a su lado y la miraba con abierta desaprobación.

Su hermana Lidia era tres años mayor que ella, tenía treinta y un años, y su carácter, sin lugar a dudas, era mucho más sociable y cercano que el de Irene, a quien le resultaba mucho más fácil relacionarse con niños que con adultos. Sobre todo si estos últimos pertenecían al género masculino y jugaban en la liga de atractivos e interesantes.

Todo lo contrario que Lidia, quien seguía siendo cautivadora en cualquier circunstancia. Hasta el punto de no perder el buen humor y obligar a su hermana menor a disfrutar de sus vacaciones el mismo día en que había firmado los papeles de divorcio.

Como no pensaba darse por vencida con ella, Lidia volvió a intentar convencerla para que se acercara hasta el hombre al que había estado observando durante más de una hora.

—Las clases están a punto de comenzar, deberías darte algún capricho. — Volvió a gritar en su oído—. Vivir una noche loca. No hace falta que te quedes a mi lado, cuidándome. Estoy bien. Está todo superado.

—Y siendo sincera, si te quedas no se me acercara nadie —comentó con la clara intención de lograr que se sintiera culpable y conseguir así su objetivo. Que se lanzara a hablar con el objeto de su atención.

Irene estuvo tentada de hacerle caso solo para evitar que volviera a destrozarle los tímpanos, pero se lo pensó mejor. Puede que Lidia dijera que se sentía muy bien e incluso ella misma estaba dispuesta a admitir que se había tomado el divorcio con mucha entereza, no obstante, parecía demasiado tranquila siendo el día que era. Lo que resultaba impropio de la persona activa y entusiasta que siempre había sido. Y por otro lado, la idea de acercarse a él la ponía nerviosa.

De modo que se quedó dónde estaba y, como había escuchado que la mejor defensa era un buen ataque, decidió que su mejor respuesta era una provocación directa.

—¿Acabas de decirme que los hombres son caprichos que tenemos que darnos las mujeres para alegrarnos el cuerpo? —Sabía que lamentaría la pregunta. Por lo que se preparó para el inevitable grito de protesta que nunca llegó. La vida amorosa de su hermana era tan desastrosa como la suya propia, quizás peor, y Lidia, hasta el momento, no había hecho nada para mejorarla, por lo que su consejo sonaba un tanto hipócrita, y lo más extraño era que ambas lo sabían.

—¿Vas a predicar con el ejemplo? ¿Por fin vas a hablar con él? — preguntó sin mirarla—. ¿Le vas a decir la verdad?

Al no obtener respuesta giró la cabeza para toparse con su de repente muda y concentrada hermana, quien miraba anonadada al tipo de pelo castaño con el que había fantaseado, plantado frente a ellas.

Gonzalo no tenía ganas de entablar conversación con ninguna mujer. Aun así,

se obligó a hacerlo porque su amigo Roberto llevaba toda la noche pidiéndole que se decidiera, e incluso él mismo era consciente de que tenía que hacerlo si pretendía pasar página y retomar su antigua vida. Una vida que, siendo justos, debía admitir que echaba de menos.

Ese mismo verano se había cumplido un año de la muerte de Marta, y tenía que salir adelante, por Paula y por él mismo. Había dejado demasiado tiempo su vida privada en *stand by* y había llegado el momento de retomarla.

Su actitud no se debía a que la muerte de su esposa le hubiera afectado tanto a nivel emocional que temiera volver a enamorarse y sufrir por ello. Nada más lejos de la realidad. Gonzalo era un escéptico que no creía en el amor romántico. Ni lo había hecho antes de su matrimonio, ni durante, ni tampoco estaba dispuesto a hacerlo en ese momento. Adoraba a su hija, pero el amor de pareja era otro tema. Un concepto demasiado cercano a la utopía como para creerlo real. No lo había visto en el matrimonio de sus padres ni en el suyo propio, lo que en un intelecto tan racional y organizado como el suyo venía a certificar que este no era más que una quimera que algunos tontos perseguían.

Se levantó y se acercó a la chica que, según Roberto, no había dejado de mirarle con interés durante toda la noche. No obstante, cuando estuvo frente a ella cambió de opinión. No cabía duda de que era una rubia preciosa, con una mirada dulce y unas piernas sensacionales, pero había algo en ella que le hizo pensárselo mejor. No parecía la clase de chica que se conformaba con una sola noche. Que estuviera dispuesta a vivir el presente y dejar que llegara el mañana sin pensar en él.

No supo responderse de dónde había salido esa percepción, puesto que vestía igual que la gran mayoría de las mujeres presentes en la discoteca, tacones de infarto y vestido ajustado de tirantes, sin embargo, lo supo. Sus ojos, su expresión soñadora... Algo en ella era distinto.

Compuso una sonrisa educada y centró su atención en la otra mujer sentada a su lado. Tenía el cabello unos tonos más oscuros que el de la rubia y parecía más dispuesta a una noche de locura que su amiga.

De entrada, le miraba de frente, al contrario que la otra, que mantenía la cabeza gacha.

Irene fue consciente del momento exacto en que el hombre que estaba frente a ella la descartó en favor de su hermana. Sintió un pinchazo en el estómago seguido de unas ganas enormes de vomitar el cóctel que había estado bebiendo.

Para confirmar que su percepción había sido correcta, él no volvió a dirigirle la mirada, se pasó la mano por el cabello castaño, esbozó una sonrisa perfecta y se sentó junto a Lidia en el sillón que quedaba a su izquierda, en el extremo opuesto al suyo. Su hermana se tensó, incómoda por el interés masculino que no había buscado. Le dijo algo al hombre, que Irene no logró escuchar, y sin avisar de lo que iba a hacer se levantó y se alejó, dejándola a solas con él.

Estaba claro que Lidia, que así era como se llamaba la otra rubia, había huido de él para dejarle vía libre a la más inocente, quien en esos instantes miraba a cualquier parte menos en su dirección. Roberto se lo estaba pasando de maravilla a su costa, comprendió Gonzalo cuando miró hacia la mesa de su amigo buscando ayuda. Suspiró resignado y se dio la vuelta para hablar con ella.

No se movió de donde estaba, renunciando a tomar el asiento que Lidia había dejado entre ellos vacío, no obstante, era una grosería ignorarla. Puede que no estuviera interesado en vivir una fugaz aventura con ella, pero la educación lo empujaba a romper el incómodo silencio que ni siquiera el volumen de la música parecía romper.

—Hola, soy Gonzalo —dijo, manteniendo las distancias.

Irene solo acertó a verle mover los labios.

—¿Perdón? —Al contrario que él, ella inclinó su cuerpo lo justo para que la oyera.

—Me llamo Gonzalo. —En esa ocasión se acercó a ella y aspiró su dulce perfume. Se le hizo la boca agua, y a punto estuvo de maldecir en voz alta por tener conciencia.

No estaba interesado en hacer daño a nadie. Tan solo le interesaban las relaciones de una noche, sin embargo, tenía claro que no iba a mentir para conseguirlas. No lo había hecho antes y no iba a empezar a hacerlo ahora.

La sorpresa fue descubrir que, aunque no era la clase de mujer que buscaba, no podía evitar sentirse tentado. Muy tentado.

—Irene —dijo, y le ofreció la mano, como si presintiera que no quería compartir ningún tipo de intimidad con ella.

Gonzalo sonrió, sorprendido por su sensibilidad al darse cuenta del significado de su actitud, y correspondió al saludo. Sintió que sus dedos eran cálidos y suaves, aunque su apretón fue seguro y firme.

—¿A dónde ha ido Lidia? —inquirió ella, sintiéndose obligada a hablarle, después de todo, él había sido el primero en presentarse y no quería desairarle mostrándose taciturna o resentida.

—Al baño. Creo. No la entendí muy bien —contestó antes de dirigir la mirada hacía la pista de baile.

Volviendo a ignorarla.

Diez minutos después seguían sentados a una silla de distancia y sin mediar palabra entre ellos:

—Tu amiga tarda mucho, ¿no crees? —preguntó Gonzalo, consciente de que la situación era cuanto menos absurda.

—Quizás hay cola.

—Siempre hay cola en el baño de mujeres —respondió él, sonriendo.

Ella le devolvió la sonrisa, sorprendida por su aparente cambio de actitud, que parecía interesado en iniciar una conversación cuando apenas unos minutos antes él mismo era quien la había zanjado.

—Por cierto, Lidia no es mi amiga —explicó—. Es mi hermana mayor.

—Ya veo. Acabo de darme cuenta de que os parecéis un poco. —Gonzalo dijo lo primero que le vino a la cabeza puesto que en ese preciso instante se dio cuenta de dos detalles, el primero fue que Irene era mucho más atractiva de lo que le había parecido la primera vez que la miró y, el segundo, que había estado perdiendo el tiempo esperando a una persona que no iba a regresar.

Lidia no volvería hasta que estuviera segura de que había cambiado de opinión y había cambiado su objetivo a Irene. Algo que no iba a suceder nunca.

Con la misma sonrisa educada y distante que había estado ofreciéndole toda la noche, Gonzalo se levantó y se despidió de ella, quien no pareció sorprendida por su huida.

Ni siquiera se sentó cuando llegó a la mesa que seguía ocupando Roberto.

—Vámonos de aquí. ¡Ya! Y por si alguna vez lo olvido, recuérdame que no siga tus consejos nunca más.

Capítulo 2

Como venía sucediendo cada primer día de colegio durante los tres últimos años, Irene y Alicia habían quedado para desayunar juntas en la misma cafetería de siempre, a la que acudían todos los días una vez iniciado el curso escolar. Lo que la rubia no se esperaba era la reacción de su amiga al reencontrarse con Iván, el chico que las había atendido desde que pusieron, por primera vez, un pie en su establecimiento.

—Irene quiere lo de siempre, café con leche y dos tostadas con aceite y sal. Yo solo el café con leche, que estoy a dieta, por favor. —Y para sorpresa de ambos añadió—: A no ser, claro, que tú entres en el menú —comentó con una sonrisa provocativa—. En ese caso me olvidaré de contar calorías y puede que hasta me chupe los dedos cuando termine.

—Para ti siempre estoy disponible, Alicia. Ya lo sabes —bromeó este, guiñándole un ojo y, al mismo tiempo, alucinando por el inesperado comentario.

Irene esperó a que el camarero se alejara sonriendo esperanzado para recriminarla por su coquetería.

—¿Estás loca? Es Iván, el mismo al que el curso pasado ignoraste por sistema y día tras día.

—Lo sé. Supongo que le ha sentado bien el verano —dijo, encogiéndose de hombros y sin parecer afectada por la regañina.

—No es cierto —protestó Irene, arrugando el ceño.

Puede que su pelo estuviera más claro por el sol y que su piel pareciera miel, pero, en esencia, era la misma persona de siempre. Porque Iván no solo

era un hombre encantador con don de gentes, también era atractivo e inteligente, que atraía la atención de las mujeres casi sin proponérselo. Unos años atrás decidió cambiar el derecho mercantil para regentar su propia cafetería, lo que, a ojos de Irene, demostraba su cordura; el problema era que nunca antes había estado en el punto de mira de Alicia. Ni siquiera el curso anterior, cuando él se había dedicado a lanzarle indirectas a diestro y siniestro.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que necesito un novio barra futuro marido? Pues lo digo. Tengo treinta y cinco años y sigo soltera, y si escucho a mi madre una vez más decirme que me he quedado para vestir santos, o a mi hermana reírse de mí por el mismo motivo, me tiro por el balcón —se quejó con exageración.

Irene la miró con incredulidad.

—Vives en un primero.

—Pues me tiro dos veces. ¡Aguafiestas!

Un instante después, en cuanto asimilaron la respuesta de Alicia, las dos comenzaron a reírse de sí mismas. No pudieron callarse ni siquiera cuando Iván volvió con los cafés con leche y las tostadas. Para Alicia, encontrar novio se había convertido en una obsesión por culpa de su madre y de su hermana pequeña. Una madre que le daba más importancia a un mal matrimonio que a un buen trabajo, y una hermana que cambiaba de pareja a la misma velocidad con la que se cambiaba de modelito.

La presión a la que estaba siendo sometida Alicia le estaba afectando más de lo que quería dar a entender a su amiga. Tanto que durante el verano se había dedicado a salir por sistema con todo hombre que se le pusiera a tiro y, dado su exuberante cuerpo, su cabello oscuro y sus grandes ojos castaños, había bastantes candidatos a su alcance. La pena era que tras el primer encuentro se le habían pasado las ganas de que hubiera un segundo.

—¿Por qué no hay lugares donde escoger marido? Como los bancos de esperma. Allí incluso hay catálogos para elegir el aspecto que debe tener el donante: color de pelo, de ojos... Me parece increíble que se pueda conseguir eso y que dar con un novio que te abastezca de dicha sustancia de un modo placentero y directo sea tan complicado.

Irene se tragó una carcajada porque sabía que para su amiga aquello era

un tema muy serio.

—Se pueden conseguir hombres a la carta en las webs de citas —comentó antes de darle un bocado a su tostada—. Creo que hay fichas donde puedes ver sus vídeos, sus fotos, conocer sus aficiones... Ya sabes, conocer la mercancía... antes de abastecerse. —Ahora sí que soltó una discreta risita.

Alicia hizo un gesto con la mano descartando la idea. Tenía una expresión seria y concentrada en el rostro.

—Por probar...

—No estoy tan desesperada —protestó apartándose el pelo de su melena midi detrás de las orejas.

—Pues lo disimulas muy bien —se rio Irene, ahora sin enmascaramientos—. ¿Iván? Por Dios, sabes que es un picaflor. ¿Cuántas novias barra amigas le conocemos desde que venimos aquí?

—Seguro que es porque no ha dado con la persona adecuada. Hasta los mujeriegos más recalcitrantes cambian por amor. Deberías saberlo.

—Sí —coincidió Irene—, en las películas y en las novelas románticas. Deberías saberlo...

Alicia arrugó el ceño al captar la pulla.

—Eres una descreída. No sé cómo puedo ser amiga tuya —dijo pareciendo asombrada por ese hecho—. Pero basta de hablar de mí. ¿Cómo lo llevas tú? Estás rozando la treintena, no puedes encantarte mucho o acabarás tan soltera y desesperada como yo.

—¡Cuánto daño a hecho Bridget Jones al ego femenino! —Su gesto de alzar los brazos y mirar al cielo le había dado cierto dramatismo a la frase, al más puro estilo de la heroína británica.

—Tú ríete todo lo que quieras, pero te aseguro que no es fácil ser soltera y mujer. Ya lo verás, ya...

Irene suspiró con exageración para resaltar su exasperación.

—Para empezar, aún no he cumplido los veintinueve, como muy bien sabes, y para terminar, después de lo de mi hermana, te aseguro que los hombres no están en mi lista de prioridades ahora mismo —confesó encogiéndose en su silla al recordar el calvario que había pasado Lidia desde el instante en que llegó a casa del trabajo, antes de lo que lo hacía cada día, y se encontró a su marido con otra mujer en su propia cama. Después de lo que

había luchado durante los dos últimos años de matrimonio para lograr que funcionara... De todo a lo que renunció para mantenerlo.

—No puedes juzgar el amor por una mala experiencia. Y menos por una que ni siquiera ha sido tuya.

La aludida suspiró con cierta tristeza.

—Créeme, tengo experiencias propias que lo confirman.

—¿Como cuáles?

—No creo que tengamos tanto tiempo —bufó al tiempo que miraba la hora en la pantalla del teléfono móvil.

A Irene le encantaba el primer día de colegio, sobre todo si le tocaba recibir a nuevos alumnos, como era el caso de ese año. Ese curso se iba a hacer cargo de la clase de los más pequeños del centro. El año anterior se había despedido de su clase de los tres últimos años, los niños a los que había enseñado desde que se sacó su plaza y comenzó a trabajar en el colegio.

Durante las entrevistas con los padres había ido conociéndolos, sabiendo un poco más de ellos y poniéndoles rostro. Aunque hablar con sus progenitores no era tan preciso como verlos en persona. Como cualquier padre, todos tendían a destacar las virtudes de sus hijos obviando sus defectos, que a esa edad no eran más que manías y pataletas.

En cualquier caso, las entrevistas le servían para saber qué niños necesitaban atención especial, bien porque sus padres estaban divorciados y recibían educación desde dos bandos distintos, bien porque era su primera experiencia con el colegio, ya que no habían ido a la guardería, o en el caso excepcional de una de sus nuevas alumnas, porque era huérfana por parte de madre. Y aunque no lo fuera en el sentido estricto de la palabra, parecía que también lo era por parte de padre, ya que este no había asistido a la reunión con Alicia y con ella, sino que había delegado la responsabilidad en su suegra, que, como toda mujer, estaba dispuesta a hablar más de la cuenta si sabían tirarle de la lengua.

Gracias a las sutilezas de Alicia, Carmen, la abuela de Paula, quien no era para nada discreta y no solo porque se tiñera el cabello rojo sangre y vistiese de colores llamativos, les había contado que el padre de la niña dirigía una

empresa de publicidad y que su trabajo lo apartaba más de lo conveniente del lado de su hija.

Por ello Irene buscó a Carmen con la mirada para ocuparse de la niña en primer lugar, pero con tanto padre apellotonado en torno a lo que pretendía ser una fila de niños le estaba resultando difícil encontrarla. La mayoría lloraba y la excesiva atención de los mayores todavía les ponía más nerviosos.

Desistió de buscarla porque el patio estaba plagado de niños que necesitaban un pequeño empujón para separarse de sus padres. Cuando entrara en clase miraría las fichas de sus nuevos alumnos y daría con la pequeña Paula, de momento intentaría calmar a los que peor llevaban el primer día de colegio.

—*Buenorro* a las doce en punto —señaló Alicia, acercándose con disimulo hasta Irene, quien se había aproximado hasta uno de los niños que lloraban con más insistencia.

Acostumbrada a las locuras de su compañera se dio la vuelta esperando ver a un padre que con toda probabilidad sería un cuarentañero, canoso, *sexy* y, con un poco de suerte, soltero o divorciado. No obstante, lo que vio le hizo olvidarse de la réplica ingeniosa que tenía en la punta de la lengua.

Alicia notó el cambio al instante.

—Irene, ¿estás bien? Te has puesto blanca —y añadió poniéndose una mano sobre la boca para que nadie viera su risa apenas contenida—: De acuerdo que está bueno, pero, mujer, tampoco es para tanto.

Los he visto mejores. ¿Acaso te has olvidado del padre de Aitana Castro?

De manera instintiva la rubia se había alisado el babero, con dibujos de colores, que llevaba puesto encima de la camiseta y los vaqueros, y había intentado recolocarse el cabello que se le había escapado de la coleta.

—Tierra llamando a Irene. Tierra llamando a Irene.

La broma de Alicia la sacó de golpe de su ensimismamiento. Rezando para que él no se hubiera dado cuenta de su interés se giró para fulminar a su compañera con la mirada. Gesto que descolocó a Alicia, quien estaba acostumbrada a la Irene dulce y amable y no se esperaba a una que echara chispas por los ojos por una broma tan inocente.

—¡Joder! Quédatelo si tanto te gusta. —Y añadió con alegría mal disimulada—: No tiene pinta de casado y ha venido solo.

La rubia se esforzó en no volver la mirada de nuevo en su dirección. Todavía preocupada porque se hubiera percatado de su escrutinio. No obstante, estaba segura de que aunque la hubiese visto ni siquiera la habría reconocido.

—¿Te acuerdas de lo que te conté que me había pasado en el The Mermaid el día que Lidia firmó el divorcio y que tú te fuiste a celebrar las bodas de plata de tus padres?

Alicia cabeceó afirmativamente.

—Era ese.

—Era ese, ¿el qué?

—Era ese el hombre que se largó como alma que lleva el diablo cuando se dio cuenta de que se había quedado a solas conmigo.

—¡Hay que joderse! Será muy guapo, pero es tonto del culo. —Y dándose la vuelta se acercó a la fila de niños, asiendo al que más lloraba y que no quería separarse de su todavía más angustiada madre.

—Sí que lo es. Las dos cosas. Puede que la segunda más que la primera —musitó para sí misma. De repente enfadada por tenerlo tan cerca.

Gonzalo no había vuelto a pensar en la rubia dulce a la que había dejado plantada en la discoteca, pero eso no significaba que no fuera a reconocerla si se topaba con ella. Justo lo que acababa de suceder y en el lugar más insólito de todos. En el colegio de su hija.

Aunque llevara puesto un babero de colores con ponis y unicornios rosas. Aunque recogiera su dorada melena ondulada en una cola de caballo sabría sin lugar a dudas que ella era la rubia de la discoteca.

Intentó recordar su nombre, pero había habido demasiados nombres después del suyo como para recordar alguno de ellos.

Durante el último mes se había dedicado a recuperar el tiempo perdido, disfrutando al máximo de sus vacaciones. Pasaba los días con Paula, en su casa de la playa, y durante las noches eran su padre o su suegra los que se hacían cargo de la niña mientras él salía con Roberto, o con alguna de las

mujeres que había ido conociendo en esos días.

El caos que se instaló en ese momento en el centro escolar consiguió que se centrara de nuevo. ¿Habría estado mirándola con fijeza? Se alegró de no haber dejado que Carmen o su padre lo acompañaran porque de ese modo se había ahorrado sus monsergas y su insaciable curiosidad por su vida privada. En su padre, sin embargo, el hecho no le molestaba tanto como cuando era su exsuegra la que indagaba.

Paula, poco dispuesta a dejarle marchar, se asió a la pernera de su pantalón, llorando y repitiendo una única frase: «Papá, no; papá, no».

Durante un instante dudó de que las dos mujeres con babero fueran capaces de controlar a los treinta niños llorosos que les rodeaban. No obstante, como si hubiera escuchado sus pensamientos, la rubia tomó el mando.

Se giró hacia su compañera, una morena de pelo corto y sonrisa invitadora, le dijo algo en el oído, cediéndole al niño que llevaba de la mano y sin dudar se acercó hasta ellos.

Su mirada no se apartó en ningún momento de Paula, que la observaba todavía cogida a sus piernas. La rubia volvió a ignorarlo cuando se agachó, poniéndose a la altura de la niña y, con voz calmada y mucho más dulce de lo que él recordaba, le habló mirándola a los ojos.

—Hola, soy Irene. ¿Tú eres Paula?

Su hija asintió con los ojos abiertos por la sorpresa de que conociera su nombre.

—Eres muy guapa —dijo la pequeña, provocando la sorpresa de Gonzalo, quien no estaba acostumbrado a escuchar hablar a su hija más allá de los monosílabos.

—Gracias. Tú también —dijo Irene sonriéndole con dulzura—. ¿Quieres venir conmigo? Vamos a jugar a muchos juegos divertidos y, además, podrás hacer nuevos amiguitos.

Paula titubeó un instante, pero cabeceó para decir que sí.

La profesora estiró la mano hacia ella, con naturalidad, pero también con mucho tacto, como si se la estuviera ofreciendo a un animalillo asustado al que había que darle tiempo para que se acostumbrara a su presencia.

Para el completo asombro de Gonzalo, su hija extendió la suya y asió la

de su nueva maestra. Las palabras que había estado repitiendo como un mantra pararon, e incluso pareció ofrecerle una tímida sonrisa a su nueva amiga.

Irene se irguió con Paula de la mano y, solo entonces, como haciendo alarde de su victoria ante él, le dirigió una mirada directa que inexplicablemente le aceleró las pulsaciones.

—Ya puede marcharse. Nosotras nos haremos cargo de Paula.

—¿No puedo despedirme de ella? —De repente la idea de dejar a su hija con unas desconocidas le revolvió el estómago.

—Mejor no. Ahora está tranquila. No queremos que vuelva a alterarse.

Gonzalo tuvo que morderse la lengua porque lo que decía la rubia era tan cierto que no admitía réplica.

—De acuerdo —aceptó, no obstante, la reacción de su cuerpo a ella, su seguridad y las distancias que marcaba al hablarle de usted, le pusieron de mal humor. ¿Acaso no se acordaba de cómo lo había mirado en el The Mermaid? Como si quisiera devorarlo lenta y repetidamente.

—La última vez que nos vimos me hablaste de tú —la pinchó con malicia, buscando que se acordara de cómo lo había monitorizado durante toda la noche.

Notó cómo ella se tensaba y se erguía como si tuviera un palo de escoba pegado a la espalda.

—La última vez que nos vimos eras un hombre cualquiera, ahora eres el padre de una de mis alumnas —expuso dándose la vuelta con Paula de la mano. Ansiosa por escapar de la profundidad de sus ojos azules clavados en ella.

Capítulo 3

Lidia sabía que tenía que pasar por ello y que cuanto antes lo hiciera, mucho mejor para todos. No obstante, iba a compensarse. Esa misma tarde, cuando llegara a casa, haría algo especial para sí misma.

Vería una de sus películas favoritas, se daría un baño de espuma, se haría la manicura... Cualquier gesto que le hiciera sentir que estaba trabajando en su propia felicidad. Una felicidad que, aunque fuera relativa, creía haber encontrado en su matrimonio con Raúl. Siempre había sido consciente de que su marido y ella no eran la pareja perfecta. No había dos personas más opuestas que ellos, aun así, había pecado de inocente al creer que el compañerismo, el afecto y, por qué no, el amor podían con todo. Para su desgracia descubrió de un modo demasiado brusco que había estado equivocada.

Suspiró, pensando en el baño caliente de espuma con sales perfumadas que le esperaba en casa. Sin embargo, antes de llegar hasta ese placentero momento tenía que afrontar su encuentro con Germán, su socio en el despacho de abogados y el mejor amigo de Raúl, su ya exmarido.

Si bien era cierto que Germán se había negado a llevar el divorcio de Raúl, con total seguridad por mantener la paz en el ambiente laboral, tampoco era menos cierto que, aunque amable y educado, con ella siempre sacaba una vena fría y distante que Lidia nunca podía predecir a pesar de los largos años que hacía que se conocían.

Porque, aunque solo había estado casada con Raúl poco más de dos años, su noviazgo se alargó durante siete. Siete años en los que Germán estuvo

presente cada día, en la facultad, en el trabajo, en su día a día, como una parte más de su vida.

A pesar de que el tiempo jugaba a su favor, no se podía decir que fueran íntimos amigos. Eran socios y colegas, pero la amistad siempre había sido una meta inalcanzable para Lidia. Germán nunca permitiría que su relación fuese tan profunda. De hecho, no podía evitar tener la sensación de que él usaba la fría cortesía con la única finalidad de marcar las distancias con ella. Como si nunca hubiera secundado la elección de Raúl al escogerla a ella como pareja y después como esposa.

Cuando entró en el piso donde se ubicaban los despachos, Yolanda, la administrativa que tenían contratada y que ejercía de secretaria para ambos, estaba ocupada al teléfono, por lo que le hizo un gesto de saludo con la mano y le lanzó un beso. Yolanda era una mujer maravillosa y, sin duda, una de las mejores motivaciones para regresar al trabajo, tras su merecido mes y medio de vacaciones, era reencontrarse con ella.

Con sus más de cincuenta años, tenía energía que ya quisieran para sí muchas veinteañeras menos activas. Además de ser una de las personas más afectuosas que tenía el placer de conocer y tan intuitiva que a veces daba miedo.

Devolviéndole el saludo se encaminó hacia el despacho de Germán. El pequeño bufete estaba en la tercera planta de un edificio de pisos, en Gran vía, junto al Paseo de Gracia, en el que convergían una gestoría, una empresa de trabajo temporal, otra de venta de agua a domicilio, un despacho de arquitectos y varias empresas extranjeras de servicios. Se detuvo ante la puerta para tomar aire y mentalizarse.

Enfrentarse a Germán siempre la alteraba como nada más lo hacía.

Llamó con suavidad y esperó hasta escuchar su voz dándole paso. No obstante, cuando abrió la puerta se encontró con que él estaba hablando con alguien por el móvil y la miraba sorprendido, como si hubiese esperado ver entrar a otra persona al abrirse la puerta.

Sin saber de dónde había venido, una pregunta se instaló en su cerebro, ¿estaría hablando con una mujer? ¿Con alguna de las que de un modo constante se interesaban por él? Se fijó en su cabello oscuro, más largo de lo aconsejado en un abogado serio, en sus ojos negros, su cuidada barba, que

siempre parecía el fruto de una semana sin afeitarse... Y notó cómo sus entrañas se contraían.

Por su parte, él tampoco apartó los ojos de ella, la repasó de arriba abajo, como si esperara ver algún cambio considerable en su aspecto ahora que estaba legalmente divorciada. Como si aguardara a que su nuevo estado civil la hubiese dejado destrozada.

«¡Capullo!», pensó para sí. «No te enteras de nada».

—Tengo que dejarte, me ha surgido algo importante. —Se quedó en silencio, escuchando la respuesta de la persona al otro lado de la línea, pero sin apartar la mirada de Lidia, que seguía parada frente a él—. Por supuesto. Te llamaré después y concertamos un día que nos venga bien a los dos.

«Ya no hay ninguna duda de que se trata de una mujer», pensó Lidia fingiendo ante sí misma un desinterés que estaba lejos de sentir.

Antes de que pudiera recomponerse del pensamiento, Germán se puso de pie para acercarse a ella y la pilló desprevenida al enterrarla en un abrazo que no esperaba. El contacto tan íntimo hizo que sintiera la acostumbrada pesadez en su estómago. La misma que la embargaba cada vez que la tocaba, una mezcla de miedo, emoción y deseo de algo que no podía permitirse, ni siquiera a sí misma, aceptar.

—¿Cómo estás? —preguntó él, soltándola lo justo para mirarla a los ojos—. No he sabido nada de ti en estas últimas semanas. Ni siquiera te molestaste en contestar a mis llamadas. Lo único que ha impedido que me plantara en tu casa ha sido Irene, que me ha ido informando de cómo estabas —confesó, con total naturalidad. Como si el contacto entre su hermana y su socio fuera habitual.

¿Irene? ¿Su hermana había estado hablando de forma regular con Germán y no le había dicho nada?

¡Qué narices les pasaba a todos!

—Lo siento. No estaba preparada para verte —contestó, siendo lo más sincera posible.

Germán arrugó el ceño.

—¿Y eso por qué?

—Digamos que necesitaba desahogarme. Hablar mal de Raúl, odiarle un poco y todas esas cosas típicas de los divorcios. —Se encogió de hombros,

aprovechando el movimiento para dejar espacio entre los dos—. Nuestra relación no era idílica, pero tampoco es que me esperara encontrármelo en la cama con otra. Si bien el divorcio planeaba sobre nosotros, nunca esperé que llegara de este modo. Puede que yo misma lo hubiera propuesto, pero, sin duda, lo hubiera hecho a través del diálogo.

Germán no se pronunció sobre el estado de su matrimonio, ya que como amigo de Raúl debía de estar al tanto de sus aventuras. Sin embargo, sí que abordó la parte que le interesaba.

—¿Creías que te lo iba a impedir? ¿Que iba a defenderle después de lo que hizo?

—No quería ponerte en esa tesitura.

—No lo habrías hecho —dijo con seriedad, al tiempo que alargaba la mano para rozarle la mejilla con una expresión tierna que nunca hubiese esperado ver en su rostro. Al menos, no dirigida a ella.

Lidia se sintió como si el suelo estuviera a punto de abrirse bajo sus pies. ¿Qué estaba sucediendo?

¿Dónde estaban las distancias que Germán usaba para mantenerla alejada? ¿Por qué todavía no había echado mano de su afilada cortesía? ¿Por qué seguía entre sus brazos? La había tocado más en esos cinco minutos de lo que lo había hecho en todos los años que hacía que se conocían.

—No quiero que me tengas lástima —soltó, irguiéndose y apartándose por completo de él. Había comprendido de pronto el motivo de su actitud hacia ella.

Germán la miró sin decir nada. Valorando su reacción igual que lo hacía en un juzgado. Del mismo modo en que examinaba las pruebas y las evidencias de que disponía antes de meterse de lleno a preparar un caso. La ternura que unos segundos antes brillaba en sus ojos había dejado paso a la prudencia.

—Lo siento, eso ha estado fuera de lugar. Sé que Raúl es tu mejor amigo y es lógico que...

—Tú no entiendes nada —le espetó él y su voz sonó tan afilada y cortés como siempre.

La conversación fue interrumpida por varios golpecitos en la puerta. Yolanda asomó la cabeza para avisar de que el cliente de las nueve y media

había llegado.

—¿Tienes planes para comer? —inquirió Germán, con un brillo de algo que se parecía mucho a la indignación en la mirada.

Lidia se dio cuenta de que de un modo inconsciente le estaba juzgando por el mismo rasero con el que había juzgado a su exmarido. Germán era un hombre justo. Un abogado que ejercía su oficio convencido de que la justicia era un derecho para todos los seres humanos sin excepciones.

—Sí, lo siento. He quedado con Irene. Siempre comemos juntas el primer día de colegio.

La inesperada tos de Yolanda, quien había regresado acompañando al cliente, le dio a entender que su eficiente secretaria sabía que su declaración era una completa falsedad.

—Salúdala de mi parte —pidió Germán.

—Lo haré.

—Entonces... ¿Comemos juntos mañana? —No era una pregunta, era una petición disfrazada de interrogación.

—Por supuesto. Mañana. —Y añadió con una sonrisa temblorosa—: Tenemos que ponernos al día por el bien de la sociedad.

Dicho eso salió de allí a toda prisa, tanto que a punto estuvo de chocarse con el hombre trajeado al que acompañaba Yolanda.

—Señorita Alcázar, necesito hablar con usted —comentó la secretaria manteniendo las formas delante del cliente—. Le sirvo al señor Llano un café y voy a su despacho.

Durante una fracción de segundo a Lidia le costó asimilar que la señorita era ella misma. Todavía no había tenido tiempo para acostumbrarse al hecho de que volvía a ser soltera. Se tragó un suspiro, sonrió al cliente y asintió con la cabeza mirando a Yolanda con fijeza.

—Por supuesto.

Sabía qué era lo que tenía intención de decirle su amiga. Que no fuera una cobarde y que se sincerara de una vez por todas con Germán, pero el problema era demasiado grande y solo pensar en ello ya le revolvía el estómago de nervios y tensión y, ¿por qué no reconocerlo?, de pánico.

Caminó por el pasillo hasta su despacho, situado al final de este. Abrió la puerta y al darle a la luz se topó con que estaba tal y como lo había dejado.

Los mismos papeles sobre la mesa, los archivadores con los casos viejos que había estado revisando apilados en una esquina...

Dejó el maletín sobre el escritorio, colgó el bolso del perchero y se quitó la chaqueta de punto.

Todavía no se había sentado cuando Yolanda irrumpió en sus dominios sin molestarse en llamar o anunciarse.

Se paró frente a ella sin decir nada, mirándola con fijeza. Consciente de que resultaba intimidante. Y siguió allí a la espera de que Lidia reaccionara y dijera algo que le diera munición para regañarla.

—Mi madre no me da tanto miedo como tú —bromeó esta, queriendo obviar el tema.

—Tu madre es encantadora, y yo no pretendo darte miedo, solo hacerte ver el asunto desde mi punto de vista. —Y añadió con firmeza—: Que huelga decir que es el único correcto.

—No puedo decírselo, Yolanda. Hay demasiado en juego —se quejó Lidia, arrepintiéndose de haber ido esa mañana a trabajar.

Yolanda negó con la cabeza y se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en la puerta:

—Por si no te has dado cuenta, cariño, lo único que está en juego aquí es tu felicidad. Y serías una estúpida si no estuvieras de acuerdo conmigo en que ya la has desperdiciado bastante.

Capítulo 4

Irene se fijó en que Paula tenía los ojos muy brillantes y que la niña que había sentada a su lado se agachaba debajo de la mesa para mirar algo que había allí. Señalando el suelo con insistencia.

Sin miramientos, dejó a Alicia hablando sola y se encaminó hasta el grupo azul en el que Paula se sentaba con cinco niños más.

Sabía por experiencia que había pequeños que lloraban durante el primer día de colegio, pero Paula no se había mostrado llorosa hasta ese momento. Quizás reacia a dejar a su padre, pero no llorosa.

—¿Qué pasa, cariño? —inquirió al llegar a su lado.

La niña la miró con los ojos cada vez más brillantes. Se notaba en su expresión lo mucho que le costaba no echarse a llorar.

—Paula, ¿estás bien? —insistió, deseando que le respondiera—. ¿Te duele algo?

La niña se limitó a agitar la cabeza de un lado a otro.

—Se ha hecho pipí —explicó Ainhoa mirando una vez más debajo de la mesa.

Alicia se había acercado al notar que estaba hablando sola porque sucedía algo en el aula.

—Paula, tienes que avisarnos cuando tengas ganas de ir al baño —explicó sin pensar, lo que le reportó una mirada airada de Irene.

—Paula, cariño, no te preocupes. Ven conmigo y te cambiaré los pantalones. ¿De acuerdo?

La pequeña asintió y en sus ojos brilló la gratitud.

La familia ya le había avisado de que Paula prácticamente no hablaba, pero hasta el momento con ella había intercambiado algunas frases que, aunque breves, le habían dado la esperanza de que se abría con ella.

En cualquier caso, iba a tener que estar más pendiente de Paula para que no se volviera a producir un momento como aquel que, aunque era habitual en niños pequeños, se notaba que la incomodaba bastante.

Con toda la ternura que le inspiraba la niña, la cogió de la mano y la llevó hasta el armario en el que guardaban la ropa para las emergencias. Una vez que encontró la bolsa con su nombre se encaminó con ella hasta el cuarto de baño.

—No te preocupes, ¿de acuerdo? Esto lo soluciono yo en un pis pas.

—Vale —respondió Paula sorprendiéndolas a ambas.

A Gonzalo el día en la oficina se le estaba haciendo eterno. Como norma general cuando andaba enfrascado en un proyecto, el tiempo se le pasaba volando. Tanto era así, que a veces solo era consciente de la hora en que vivía cuando se percataba de que la oficina se había quedado vacía. De modo que, al llegar a casa, se encontraba con que Paula ya estaba dormida y que se le había escapado un nuevo día sin poder compartirlo con ella.

No obstante, esa mañana estaba demasiado cabreado para poder concentrarse en nada de todo lo que tenía pendiente sobre su mesa.

Paula acababa de comenzar en el colegio y su maestra era una estirada insufrible que había intentado provocarlo o ponerlo en su sitio, todavía no había tomado una decisión en firme sobre ello. En cualquier caso, se había limitado a ignorarlo como si no recordara lo interesada que estuvo en su persona la primera vez que le vio. Lo bastante como para no apartar la mirada de él durante toda la noche.

Suspiró estirándose en la silla. Estaba casi seguro de que su actitud se debía a que estaba dolida en su amor propio por el modo en que la había rechazado. Nada menos que en favor de su acompañante, una mujer que le había pagado con la misma moneda al pasar de él sin miramientos.

No cabía duda de que le había causado una mala impresión, la de un tipo superficial y grosero, por el modo en que se marchó a toda prisa en cuanto

comprendió la táctica de su hermana al dejarlos a los dos esperándola.

Tampoco es que en aquel momento le hubiera importado su opinión, no obstante, el momento presente era diferente. La rubia ya no era una mujer en una discoteca, como muy bien le había expuesto ella misma horas antes, desde ese momento era la profesora de su hija y ese nuevo estatus cambiaba la relación entre ellos.

Intentó concentrarse en el trabajo, pero la imagen de Irene con su bata de dibujos lo desconcentraba a cada instante. Resultaba chocante que le hubiese llamado más la atención con ese vestuario de lo que lo había hecho enfundada en el vestido negro que llevaba la noche de marras. «¡Mentiroso!», se recriminó, no es que no le hubiera atraído, es que no se permitió que lo hiciera.

Rechazó el darle más vueltas al tema y abrió el archivo con la información del nuevo cliente. Un grupo de servicios online para encontrar pareja, que pretendía hacerse un hueco entre las de su clase ofreciendo un producto nuevo. Algo que con la publicidad adecuada no iba a resultar muy complicado, puesto que Gonzalo tenía claro que lo mejor era explotar la particularidad de que las personas que se inscribían en su web no eran los encargados de escoger a su pareja por su físico, sino que esta era seleccionada por un novedoso programa informático que atendía a la compatibilidad y a los gustos del usuario sin que ninguno de los implicados pudiera ver una sola imagen de su potencial pareja.

Lo que de cara al público podía venderse como científico y fiable.

Peter Baker, fundador y dueño de *Cita a ciegas*, ya había tenido éxito en su país con ese mismo producto y ahora buscaba expandirse en el resto de Europa, y para hacerlo había escogido a Sign Here.

Como hacía siempre que comenzaba con un trabajo, Gonzalo intentó visualizar una idea para venderlo.

Necesitaba que fuera original, alejarse de lo que habían hecho en Inglaterra, demostrándole a Peter que escogerles había sido un acierto.

Para ello se dedicó a catalogar a las personas a las que iba dirigido. La mayoría mujeres de unos treinta años, por supuesto solteras, que daban prioridad al trabajo antes que a las relaciones sociales, modernas y prácticas, debían poseer ambas características si eran capaces de dejar de lado el

método tradicional en favor de ese tipo de servicios menos convencionales. La imagen de una rubia de apariencia dulce regresó a su mente con fuerza. ¿Se atrevería a probar un procedimiento tan innovador o sería de las que preferían el cara a cara? Se levantó malhumorado y fue a por un café a la sala de empleados. ¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? ¿Qué le importaba a él si buscaba pareja en discotecas o en webs de citas?

Necesitaba un café y necesitaba concentrarse. ¿Qué narices le estaba pasando? Durante las peores etapas de la enfermedad de Marta, Gonzalo había usado el trabajo para evadirse de todo. De hecho, Paula y su trabajo fueron los pilares en los que se apoyó para seguir adelante.

Desde el primer día sintió su matrimonio como una bola de demolición, pesada y sólida, atada al cuello viéndose obligado a arrastrarla allá adonde fuera.

Se había visto forzado a casarse por el embarazo de Marta; y fue tras dar a luz a Paula cuando le diagnosticaron un cáncer de matriz. Un cáncer que comenzó como un pequeño tumor, del tamaño de una pelota de golf y que terminó en metástasis, extendiéndose por el resto de su cuerpo: pulmones, estómago... Por ese motivo culpó a la niña de su enfermedad, se negó a cogerla, delegando en Gonzalo y en Carmen la obligación de atenderla.

Marta conocía al detalle la infancia que había vivido Gonzalo y sabía que jamás se negaría a casarse con ella si se quedaba embarazada. Actuaría igual que su propio padre había hecho con él, se sacrificaría para darle una estabilidad a su hijo, costase lo que costase.

No obstante, ella ambicionaba tanto atraparle que no calculó los inconvenientes que una hija podía ocasionarle. De hecho, Gonzalo estaba seguro de que, si no le hubieran diagnosticado la enfermedad, tampoco se hubiera sentido unida a Paula, ya que aparte de para obligarlo a casarse con ella no tenía ningún interés en formar una familia. Marta era frívola y superficial. Había sido hija única, ya que su madre se quedó viuda muy joven y nunca rehízo su vida. Por ello Carmen se dedicó en cuerpo y alma a complacer a su caprichosa hija, volviéndola una persona interesada y egoísta.

Por aquel entonces, Gonzalo tenía veintinueve años y una empresa que empezaba a destacar en el competitivo mundo de la publicidad. No creía en la institución del matrimonio y jamás se había planteado basar su relación en

uno. Aun así, a pesar del resquemor que sentía por Marta y de lo atrapado que se sentía, adoró a la niña en cuanto la matrona se la puso en los brazos.

Paula era otra cosa, y gracias a ella se olvidó de que había sentido el embarazo de Marta como una traición, como un yugo. Una vez que sintió el peso de la pequeña en sus brazos jamás volvió a plantearse que su hija fuera una imposición o un obstáculo.

Su matrimonio, en cambio, no fue tan fácil de asimilar. Los primeros meses fueron insoportables. Los mareos de Marta y las náuseas se unieron al resentimiento de ambos, que no fueron capaces de solventar sus diferencias.

Ella deseaba un marido enamorado y sumiso que satisficiera todos sus caprichos y, en cambio, se encontró con Gonzalo, un hombre que anteponía su carrera a todo lo que ella deseaba.

—¿Se puede saber por qué traes esa cara? —inquirió Roberto, al verle entrar en su despacho con dos cafés en las manos.

Gonzalo estuvo tentado de quedarse la bebida. Por su culpa había conocido a Irene y ahora, encima, se burlaba de él por sentirse... ¿qué? ¿Confuso? ¿Desconcertado?

Sin embargo, se la ofreció. Necesitaba hablar con su socio y el café era una buena ofrenda de paz.

—No consigo concentrarme en *Cita a ciegas*, y eso que el proyecto me parece muy interesante.

—Ya veo. ¿Está bien Paula?

—Sí, es solo estrés. El nuevo colegio, los cambios en los horarios...

—Dices que el proyecto te parece interesante —comentó Roberto con intención de hablar de trabajo y quizás así echarle una mano a Gonzalo—. ¿Tienes planeado cómo vas a llevar la campaña?

—Estoy en ello —dijo, antes de darle un sorbo a su café—. Lo único que tengo claro es que quiero que sea una idea nueva.

Roberto asintió.

—A lo mejor podrías probarlo. Me refiero a dejar que el superordenador te busque pareja. Puede que así te resulte más fácil montar una campaña en condiciones.

Gonzalo miró ceñudo a su amigo.

—¿Podrías decirme qué narices te he hecho yo para que me ofrezcas

semejante tortura? ¿Alguna vez me darás un consejo en condiciones?

Roberto se rio alzando las palmas de las manos para proclamar inocencia.

—Solo era una idea. No te vendría mal conocer a una mujer que te haga feliz y que te ayude con Paula.

—No necesito ayuda con Paula, y tampoco es que me falten mujeres.

—Lo que tú digas, amigo, pero hablaba de mujeres a las que ver más de una noche.

Aunque la propuesta de Roberto de que se inscribiera en la web era una locura, la idea en sí no dejaba de ser interesante. Tenía que ponerse en la piel de los usuarios. Estudiar su perfil y darles aquello que estaban buscando o, al menos, hacerles ver que lo iban a encontrar si se daban de alta en *Cita a ciegas*.

Después solo tenía que dar con una melodía pegadiza y adquirir espacios en televisión en los que anunciarse. Que se mantuviera o no ya dependía de la fiabilidad del método. La visibilidad era asunto suyo, gracias a Dios, la eficacia no.

De hecho, aunque todo lo que Roberto había dicho era una locura, sí que había algo que podía servir a sus fines. El término del superordenador era lo bastante llamativo como para que despertara la curiosidad, y de ahí a que se inscribieran solo había un paso.

Dos horas después, con tres hojas garabateadas para el proyecto, Gonzalo se sentía satisfecho consigo mismo, después de todo, la visita a Roberto le había aportado el empuje que necesitaba para centrarse y recordar por qué disfrutaba tanto de su trabajo.

Contento con las decisiones que había tomado, descolgó el auricular de su teléfono y marcó el número del móvil de su suegra.

No llegaron a sonar tres tonos cuando ella respondió.

—Carmen, soy Gonzalo. Te llamo para decirte que hoy no será necesario que recojas a Paula en el colegio. Lo haré yo mismo.

—¿No tenías una reunión a mediodía?

—Y la tengo. Pero es el primer día de mi hija y quiero estar allí para recogerla y llevarla a casa.

—De acuerdo. ¿Te harás cargo de ella también mañana por la mañana? ¿Y al siguiente y al otro? —inquirió con abierta incredulidad.

—Por supuesto. Desde este momento me haré cargo de todo lo que tenga que ver con mi hija y su escuela.

—Maravilloso. Una pena que no lo decidieras antes.

—¿Puedes ser más específica? Creo que no comprendo del todo la intención de tu última frase.

—Significa que, si esa era tu intención desde el principio, tendrías que haber ido tú mismo a la reunión con la maestra de Paula. Estoy segura de que tu anterior desinterés no te ha dejado en muy buen lugar ante ella.

—Me importa una mierda... Me importa un pimiento lo que piense de mí esa mujer. Por otro lado, estoy seguro de que tú la sacarías de su error —comentó con sorna—. Apuesto a que le dijiste todo lo que necesitaba saber sobre nosotros.

—Irene fue muy educada y se guardó para sí misma su opinión sobre ti, igual que yo —comentó, dando a entender que no había puesto a la maestra en antecedentes.

—Tal vez todos deberíamos hacer lo mismo y guardarnos nuestras opiniones. En cualquier caso, ya te he dicho que me es indiferente lo que piense —volvió a resaltar, a pesar de que no fuera del todo cierto—. Siendo sincero, hay muy pocas personas que me importen lo suficiente como para tener en cuenta lo que consideren...

—Pues debería importarte. Durante los próximos tres años será la persona encargada de enseñar a tu hija. De hecho, Paula va a pasar más tiempo con ella que contigo. ¡Qué tengas un buen día! —dijo como un modo de zanjar la conversación.

—Lo mismo digo.

—¡Gonzalo! —llamó Carmen antes de que colgara. Su yerno contestó con un gruñido—. Date prisa.

—¿Para qué? ¿De qué hablas? —El desconcierto se escuchaba en su voz.

—Paula sale a la una del colegio y ahora mismo son las doce y treinta y cinco minutos. Yo ya estaba en la calle, pero como has preferido recogerla tú... Te recomiendo que te pongas en camino y, Gonzalo, siento que no puedas acudir a tu reunión.

Carmen no le dio tiempo a añadir nada, y con una sonrisa victoriosa le colgó el teléfono sabiendo que al menos, en esa ocasión, esa batalla había sido suya.

Capítulo 5

Tanto Alicia como Irene estaban deseando que sonara por fin el timbre que anunciaba que el primer día de clase había llegado a su fin. A Dios gracias que el mes de septiembre solo era lectivo por la mañana porque atender a treinta niños en sus primeros días de colegio era agotador.

De los ocho que habían llorado con más intensidad, solo dos continuaron haciéndolo cuando las maestras comenzaron a cantar, intentando enseñarles una cancioncilla y calmarles al mismo tiempo.

Cuando parecía que por fin dejaban de llorar, uno de los dos se acordaba del motivo por el que lo hacía y la cantinela volvía a comenzar, arrastrando a su compañero con él.

Paula, por su parte, había dejado de quejarse desde el instante en que Irene se acercó a ella y se la arrebató a su soberbio padre. Desde ese momento la niña, que había cambiado las piernas de Gonzalo por la mano de su profesora, no consintió en soltarla. De modo que Irene se había pasado la mañana con su nueva alumna acompañándola a todas partes. Sabía que no tendría que consentirla ni ofrecerle un trato especial, pero era el primer día y la pequeña parecía tan desvalida que despertaba su afilado instinto de protección.

La hora del almuerzo no fue mejor, había niños que eran tan pequeños que ni siquiera sabían desenvolver el bocadillo que les habían puesto en el saquito, por lo que Alicia y ella se dedicaron a hacer pelotitas con papel de aluminio y a intentar que el drama del primer día fuera menos drama.

De poco sirvió la decoración que ambas prepararon con tanto cariño. Era

el primer año que las dos coincidían como profesora titular y de refuerzo. Los últimos cursos, tanto Irene como Alicia, habían sido maestras en clases diferentes. Y si bien su amistad se había forjado en el colegio, trascendiéndolo incluso, nunca habían coincidido en la misma clase hasta ese año.

Por ello estaban tan animadas y trabajaron tanto para que el aula quedara bonita. Llenaron las paredes con dibujos animados que los niños podrían reconocer, clásicos y actuales, para niños y para niñas; y como colofón, fotos de ellos mismos en las perchas, para que supieran dónde tenían que colgar sus objetos personales: el vaso de plástico que usarían para beber agua, la toallita para secarse las manos y el saquito donde lo llevaban todo.

Sin embargo, aunque la clase era preciosa, si le hubieran preguntado a cualquier niño cuál fue el mejor momento del día hubiera contestado que las horas de recreo.

—No me siento con fuerzas para ir a comer. Me muero por una siesta — confesó Irene cuando el timbre sonó, por fin, a la una en punto, anunciando que el día lectivo había llegado a su fin.

—De eso nada, Irene. Hay que cumplir con la tradición e ir a comer para celebrar el primer día.

—Pero si ya hemos desayunado juntas.

—Por eso, falta la comida.

—Tú lo que quieres es ir a ver a Iván y su nuevo bronceado.

Al darse cuenta de que Irene la miraba con atención, respondió al tiempo que la ayudaba a colocar a los niños en fila india para salir.

—¿No estarás esperando a que lo niegue?

—Si te soy sincera, eso era lo que esperaba que hicieras, pero bueno, debería estar acostumbrada a que me lleves la contraria —apuntó su amiga, antes de darse la vuelta y anunciar a los niños que las clases del día habían terminado y pronto iban a volver a casa con sus padres.

Al escuchar la noticia, Paula le apretó la mano con fuerza.

Irene la miró con curiosidad. No parecía muy contenta ante la idea de volver con su padre, no obstante, esa misma mañana tampoco parecía querer separarse de él.

Consciente de la gran pérdida por la que había pasado a pesar de su corta

edad, comprendió que Paula temiera quedarse sola, e incluso creyera que si la dejaba ir no volvería a verla.

En un intento por tranquilizarla informó a sus alumnos de que al día siguiente volverían a verse porque había que ir todos los días al colegio hasta que se hicieran mayores. Paula la miró con cierta incredulidad, pero siguiendo la tónica del día se negó a decir nada. De no haber sido porque antes de entrar al aula le había dicho que era guapa no sabría cómo sonaba su voz.

La pequeña se había mostrado serena, pero seria y silenciosa. Le había costado relacionarse con alguien más aparte de Irene, incluso con Alicia se mostraba tímida y esquiva. Tenía los mismos ojos azules de su padre, aunque era lo único que compartían. Gonzalo era castaño mientras que el cabello de Paula era rubio, casi del mismo tono que el de la propia Irene. De hecho, la niña podría pasar a la perfección por su hija, ya no solo por su aspecto físico, sino también por el modo en que Paula se aferraba a ella, con confianza y complicidad.

—Venga, niños —llamó Alicia—, nos vamos a casa que ya es hora. Que las maestras también tienen que descansar de vosotros. —Resopló, guiñándoles un ojo y arrancando alguna que otra sonrisa.

Mostrando más disciplina de la que habían ofrecido durante todo el día, los pequeños comenzaron a desfilar, ansiosos por regresar a casa, dejando atónitas a las profesoras.

Era pasada la una y nadie había ido a recoger a Paula. Irene tenía el teléfono de Carmen y de Gonzalo en la ficha de la niña, pero no quería tener que recurrir a ellos el primer día. Paula no se merecía eso.

Sobre todo si resultaba ser tan sensible como parecía. Ver que nadie había ido a recogerla al colegio podía llevarla a pensar que su familia no la había echado de menos lo suficiente como para estar esperándola junto con los otros padres.

Irene sabía que no iba a poder retrasarlo más, ya que los minutos pasaban deprisa y ya era casi y cuarto. Como era habitual, el conserje estaba esperando a que se marcharan todos para cerrar las puertas del centro,

aquellas por las que accedían tanto los niños como sus acompañantes. Las de los profesores permanecerían abiertas un poco más, pero eso no era algo que supiera un padre primerizo.

—Ve a llamarle —la instó Alicia—, yo me quedaré con Paula.

Irene asintió, pero la pequeña no le permitió separarse de ella y, no queriendo hacérselo pasar peor, en lugar de dirigirse a secretaria para usar el teléfono del centro, y darles explicaciones a todos de lo que sucedía, entraron en el aula donde sacó el móvil del bolso y buscó los números de contacto de la ficha de Paula para casos de emergencia.

Durante varios segundos se planteó llamar a Carmen, pero recordando el modo en que Paula se aferraba a las piernas de su padre optó por llamarlo a él. Después de todo, era Gonzalo quien la había llevado esa mañana, por lo que era lógico pensar que también sería él quien la recogería.

Respondió antes del tercer tono, pero había mucho ruido en la línea.

—¿Señor Acosta? —inquirió, nerviosa al saber que iba a hablar de nuevo con él.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy Irene Alcázar, la maestra de su hija Paula. Lo llamo porque nadie ha venido a recogerla y la niña está en el aula conmigo. Van a cerrar las puertas del centro y...

—¿Desde un móvil? —la interrumpió él.

—¿Perdón?

—¿El centro no tiene teléfono fijo?

Irene se aguantó las ganas de mandarle a paseo. Acababa de contarle que su hija estaba sola, que no había ido nadie a recogerla, y a él le preocupaba que le llamara desde un móvil.

—Por favor, ¿podría avisar a alguien para que recoja a Paula? No creo que sea bueno para ella ver que no viene nadie a llevársela a casa el primer día. Si está ocupado, o lo prefiere, puedo llamar a su suegra para que venga.

—Eso no será necesario —apuntó antes de colgar de un modo abrupto y grosero.

—¡Será...! —Se dio la vuelta para tapparle los oídos a la niña con las manos y explotó—. ¡Imbécil!

¡Maleducado y borde!

—Todo un detalle de tu parte, Irene —comentó Gonzalo al tiempo que entraba en el aula.

Su hija se revolvió y salió disparada hacia él, no obstante, se detuvo a medio camino y rehízo sus pasos para colocarse al lado de su maestra. Como si quisiera ofrecerle su silencioso apoyo.

—¡Vaya, vaya! Un día productivo. No solo me insultas delante de mi hija, sino que además te la has ganado en solo unas horas. Miedo me da lo que harás con ella durante todo un año. —Lo dijo sonriendo, pero no era lo suficiente buen actor como para fingir que no le importaba el desplante de su hija.

—No le he insultado delante de ella. Le he tapado los oídos.

—Y yo ya te he agradecido el detalle —contestó con una expresión inescrutable—. Paula, cariño, nos vamos a casa —pidió, extendiendo la mano hacia ella.

Esta vez la pequeña no se lo pensó, se acercó a él sonriendo y se la dio encantada.

—Hasta mañana, Paula —se despidió Irene.

La aludida se dio la vuelta y con la manita que no tenía enlazada con la de su padre le dijo adiós.

—Por cierto, gracias por darme tu número de teléfono, has sido muy ingeniosa para hacerlo —dijo él con prepotencia, saliendo por la puerta del aula sin volver la cabeza atrás.

Irene se tragó el grito de rabia que tenía atorado en la garganta.

—¡Es una pena! —musitó Irene para sí, fingiéndose afligida—. Tan guapo y tan cretino. Si ni siquiera se ha dado cuenta de que su hija va vestida de un modo distinto a cómo iba esta mañana.

Gonzalo y Paula se encaminaron hacia la salida de profesores y, al hacerlo, se toparon con el conserje, quien andaba cerrando las clases vacías, que poco a poco se habían ido desocupando de alumnos y profesores.

Gonzalo lo saludó con la mano, agradecido por las indicaciones anteriores que le habían permitido encontrar el aula. De no haber sido por él todavía estaría dando vueltas por el colegio buscando la clase de su hija.

Si a su retraso al salir de la oficina se le sumaba el que no tenía la más remota idea de dónde estaba el aula de Paula, el resultado era una llamada airada de la maestra y una actitud prepotente por su parte. Por motivos laborales no pudo asistir a las reuniones previas y, por lo tanto, el colegio era nuevo para él. A pesar de todo, su aparición no le habría salido mejor de haberla coordinado. Se rio al recordar la expresión de Irene cuando le colgó.

Aunque parecía una cosita dulce, la rubia había demostrado que tenía carácter y que no le suponía ningún problema sacar las garras con él.

Él ya estaba a tres pasos de la puerta cuando el móvil le vibró en la mano y pudo ver a la perfección cómo brillaban sus ojos por la rabia, cómo se agachaba para taponarle los oídos a Paula para insultarle a placer. Hubiera querido esperar un poco más y ver cómo seguía la escena, pero no pudo aguantarse las ganas de provocarla.

Estaba cabreado con Carmen por haberle hablado a Irene mal de él, por no avisarle a tiempo del horario de clases de su hija y con la propia Irene por mostrarse tan indiferente cuando él no podía hacerlo con ella. De modo que se portó como un cretino engreído y, contra todo pronóstico, se sintió un poco mejor al hacerlo.

Estaban ya fuera del colegio cuando se dio cuenta de que Paula lo miraba con curiosidad, lo más probable era que se estuviera preguntando de qué se reía su padre.

—¿Lo has pasado bien hoy en el cole? —preguntó.

La niña se encogió de hombros.

—Aceptaré eso como un sí —dijo, sonriéndole y ganándose la misma respuesta por parte de ella—. ¿Dónde quieres que comamos hoy? Te dejo elegir.

Paula se soltó de su mano sin alejarse de él y comenzó a dar saltitos.

—McDonald's —pidió, esperanzada.

—De acuerdo, pero, cuéntame, ¿lo haces porque te apetece comer hamburguesa o porque quieres el juguete?

Ella rio sabiéndose pillada.

—El juguete.

Gonzalo se agachó y sin previo aviso se la cargó al hombro y comenzó a hacerle cosquillas.

—Así que por el juguete —siguió haciéndola reír—. ¿Qué te parece si llamamos al abuelo y le invitamos a comer con nosotros?

—Sí, sí...

Su risa sincera y pura hizo que Gonzalo sintiera un nudo en el estómago que le oprimió durante unos segundos la respiración. La sonrisa de su hija era lo único auténtico y bonito que hoy por hoy tenía en su vida, y estaba dispuesto a cualquier sacrificio con tal de que Paula no la perdiera. Incluso a tratar de llevarse bien con su insufrible maestra.

—No entiendo por qué te preocupa tanto lo que piense ese hombre de ti. Te ha demostrado en solo dos encuentros que es un capullo de primera categoría —explicó Alicia cuando Irene le contó lo sucedido unos momentos antes—. Te creía más lista.

Por fin estaban fuera del colegio y los llantos y los gritos se sentían lejanos mientras esperaban a que Iván les tomara nota de lo que iban a comer.

Sin embargo, Irene no podía quitarse de la cabeza el último comentario de Gonzalo. ¿Cómo podía ser tan vanidoso? ¿Tan prepotente? El único motivo por el que había usado su teléfono móvil fue para ahorrarle a su hija la humillación de verse esperando en secretaria a que alguien llamara a su padre para recordarle que tenía que hacerse cargo de su hija.

—Me importa porque es el padre de una alumna y no quiero que piense que estoy interesada en él. Y ahora cree que le llamé desde mi móvil para dárselo con sutilezas.

—No seas tan dramática, Irene. Es guapo y lo sabe. Y por lo que cuentas su ego es del tamaño de la galaxia... Creería que estás interesada solo con que le des los buenos días.

—Pero yo no...

—La primera vez que te vio lo estabas —la interrumpió—. Tampoco puedes culparle por seguir pensándolo.

—Por supuesto que puedo hacerlo. Además, voy a seguir tu consejo.

Alicia parpadeó sorprendida, ¿había dicho ella algo que pudiera interpretarse como consejo? Estaba segura de que no era el caso. Clavó la mirada en su amiga, en busca de una explicación.

—Voy a negarme a hablar con él. No habrá ni saludos ni nada que pueda hacerle creer que me siento atraída.

—No puedes hacer eso. Es el padre de una alumna —dijo, parafraseándola para provocarla. Para su sorpresa, la rubia no se dio por aludida, sino que le lanzó un contraataque que la dejó muda, sin réplica posible.

—Ah, bueno. Para eso te tengo a ti. Tú serás quien hable con él. Así, ya no me veré obligada a hacerlo.

Después de todo, Paula también es alumna tuya.

Capítulo 6

—Paula, por favor, estate quietecita cinco minutos —pidió Gonzalo por enésima vez a su hija.

Había sido una pésima idea quitarle a Carmen la orden de ir a recoger a la pequeña al colegio, pero cuando lo hizo no sabía que durante el mes de septiembre salieran tan pronto.

Lo peor era que no iba a ser la única vez que tendría que llevársela a la oficina después de comer. Al menos hasta que comenzaran con el horario normal y Paula terminara a las cinco de la tarde el colegio.

Para entonces ya estaría activo el comedor escolar y él solo tendría que llevarla a las nueve y recogerla a las cinco. No había duda de que cuando llegara ese momento su vida sería mucho más fácil de lo que estaba siendo en esos momentos, en los que pretendía concentrarse en el trabajo con una niña correteando por el despacho mientras le vaciaba los cajones en busca de inexistentes juguetes.

Tras su discusión con Carmen se había propuesto hacerse cargo de ella por completo, aunque la idea de pedirle a Marga, su secretaria, que le echara una mano durante un ratito le tentara bastante. Marga tenía dos hijos y no había nadie mejor que ella para ofrecer consejos sobre educación. De hecho, no había nadie más que se los diera.

Después de todo, Carmen le odiaba, el único motivo por el que era correcta con él era por temor a dejar de ver a Paula. Su propia madre tampoco era una fuente fiable de consejos ya que podía definirse con muchos adjetivos menos con el de maternal. No lo había sido con él de niño y tampoco lo era

con su nieta, de la que se hacía cargo en contadas ocasiones y solo por obligación.

Su padre era otra historia, con él siempre podía contar para que se quedara con Paula, no obstante, como jubilado que era, disfrutaba de una vida intensa. Una que sin duda se merecía y de la que no había podido deleitarse durante su largo matrimonio.

Durante años, Gonzalo fue consciente de que la relación de sus padres era una mentira, sin embargo, desconocía que el motivo por el que seguían juntos era él. Rodrigo se negaba a divorciarse por temor a que su hijo sufriera a cargo de una madre insensible que le desatendía; su progenitora, en cambio, se negaba a hacerlo porque no estaba dispuesta a perder el estilo de vida que ostentaba casada con un odontólogo tan afamado como su marido.

Desesperado por disfrutar de cinco minutos de silencio, llamó a Marga por el interfono.

—Marga, ¿qué consejo le darías a un padre incapaz de hacer que su hija se siente durante cinco minutos?

Su eficiente secretaria entró en el despacho antes de que hubiera colgado siquiera.

—¿Qué sucede? —preguntó, preocupada al ver la expresión desesperada de Gonzalo.

—Paula no se está quieta. No consigo que me haga caso o que se siente durante más de quince segundos.

La mujer, de unos treinta y ocho años, alta, delgada y con el cabello oscuro recogido en una funcional coleta, sonrió comprensiva.

—¿No estás cansada, cariño? Seguro que entre el madrugón y la emoción por el cole nuevo estás agotada.

Como por arte de magia, Paula dejó de saltar y miró a Marga con interés. La niña había ido a la oficina de su padre en contadas ocasiones, no obstante, aunque no tenía con Marga ningún trato constante, era una mujer y Paula siempre buscaba la conexión con ellas. Así que a diferencia de lo que había sucedido con su padre, esta vez hizo caso.

—¿Nos sentamos las dos juntitas en el sofá de papá y me cuentas lo que has hecho en el cole?

La niña asintió, siguiéndola hasta el sofá que tenía Gonzalo en el

despacho y se recostó en él, atendiendo a las indicaciones de Marga, que le pedía que se tumbara y le pusiera los pies sobre el regazo. Paula no llegó a pronunciar una palabra. En cuanto cerró los ojos la invadió un sueño profundo.

Marga sonrió con calidez, se levantó con cuidado de no molestarla y puso una de las sillas que había frente al escritorio de Gonzalo pegada al sofá para que Paula no se cayera al suelo si se daba la vuelta.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó este entre susurros. Más que asombrado de la eficacia de su asistente.

—Se veía a la legua que estaba agotada. Cuando se ponga así tienes que conseguir que se calme.

¡Pobrecita!

—Como si fuera tan fácil. Parecía el conejito Duracell con pilas nuevas —se quejó.

—Seguro que es culpa tuya. ¿Le diste azúcar? —inquirió en un tono que intimidó a Gonzalo.

—Solo un helado después de comer. Comimos con mi padre en el McDonald's y se empeñó en zamparse un helado de postre.

—¡Hombres! ¿Qué tal está Rodrigo? —preguntó con sana curiosidad y una sonrisilla soñadora.

El padre de Gonzalo tenía la rara cualidad de encandilar a las personas con solo que se dignara a sonreírles, y Marga no era una excepción. Era una mujer feliz en su matrimonio, y a pesar de ello no podía evitar ver a Rodrigo como un hombre perfecto.

—Como siempre, ya sabes. Esta tarde tenía planeada una sesión de *spa*. Por eso no se ha llevado a Paula al parque.

—Pues menos mal porque la pobrecita estaba agotada. —Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo un instante antes de llegar a la puerta—. No hagas ruido o la despertarás, la niña necesita sus horas de descanso. Y Gonzalo, no le des azúcar después del mediodía.

—Acabo de darme cuenta.

—No la dejes dormir mucho o esta noche no lo hará y será peor.

Gonzalo bufó ante la posibilidad de que Paula no durmiera por la noche, pero no se atrevió a protestar por temor a que la pequeña volviera a ponerse a

saltar y vaciarle los cajones.

No obstante, sí que se paró a pensar en el modo en que su hija respondía a las mujeres. Aunque conocía a Marga, no tenía la confianza necesaria para que Paula sintiera que eran amigas y, aun así, no había dudado un instante en seguir sus indicaciones y hacer todo lo que ella le había pedido. Y después estaba Irene y el modo en que la pequeña le había ofrecido su apoyo cuando él llegó al aula donde ambas estaban. Se había colocado a su lado como dándole a entender que no tenía intención de permitir que la regañara, e incluso cuando se acercó a él, lo hizo después de disculparse de Irene con la mirada.

Se llevó las manos a las sienes para presionárselas e intentar calmar el incipiente dolor de cabeza que estaba sintiendo. Quizás, después de todo, Paula sí que necesitaba una figura femenina a su lado... Tal vez estaba siendo un egoísta por no pensar en las necesidades de su hija en primer lugar.

Con intención de no pensar en temas tan inquietantes, se centró en el trabajo previo que había preparado para llevar a cabo los proyectos de promoción de *Cita a ciegas*.

Para su sorpresa, tras tres cuartos de hora de paz y concentración, Paula todavía seguía dormida. Con cuidado de no hacer ruido se levantó para acercarse a ella. Se agachó a la altura de su cabeza y le dio un beso en la coronilla. Al hacerlo, un ligero perfume a mujer captó su atención y enterró la nariz en el pelo de su hija, para aspirar mejor el aroma. Una excitante mezcla entre afrutada y exótica.

Como si alguna mujer que usara ese perfume la hubiera abrazado de manera que su cabeza hubiera quedado a la altura de su cuello donde impregnó a Paula con su olor.

Estaba seguro de cómo había sucedido, de hecho, él mismo fue testigo de una escena similar, Irene se había agachado para quedar a la altura de Paula y desde allí le había hablado con dulzura, ganándosela.

Tras el pensamiento le llegó la instantánea de la escena. De un modo inconsciente volvió a aspirar la fragancia. Olía dulce y delicado, pero también era sensual y atrevido... Se preguntó cómo no lo percibió la noche del *The Mermaid*. El perfume no se correspondía con la visión que tenía de ella. La primera vez que la vio sintió que no era una mujer de una sola noche, ni de

citas esporádicas, no obstante, su aroma hablaba de sensualidad y hedonismo.

Y su actitud beligerante le había dado la impresión de que estaba acostumbrada a lidiar con hombres.

No solo le había plantado cara, de manera que había resultado casi imposible que dejara de pensar en ella, sino que además se las había ingeniado para darle su número de teléfono, se rio de sí mismo. El único motivo por el que le había dicho eso fue para enfadarla, y ahora iba y se lo planteaba de verdad.

¿Podría ser cierto...? Casi estaba convencido de que la había juzgado mal cuando recordó su atuendo de esa mañana, el babero rosa con ponis y unicornios. Ese pequeño detalle le hizo comprender que su primera apreciación era correcta, había otras profesoras vestidas de modo similar, pero ninguna de ellas llevaba un babero tan colorido y elaborado como el de Irene. No, seguro que ella creía que el amor era algo mágico como los arcoíris y los seres fantásticos que había bordado en su ropa.

Se levantó sonriendo y, tras encargarle a Marga que le echara un vistazo a Paula, se encaminó hasta el despacho de Roberto para tratar unos temas que tenía pendientes con su socio.

—Me gusta lo de la aplicación para móviles. No hay duda de que es una manera de llegar a más gente y conseguir un mayor número de usuarios — aceptó Roberto, con seguridad.

—Teniendo en cuenta el tiempo que los españoles pasamos colgados de nuestro terminal, es un éxito asegurado. Además, puede que sirva para ofrecer más visibilidad a la web de *Cita a ciegas*. Podría poner enlaces o servicios para los que fuera indispensable entrar en ella.

—¿Cuánto calculas que tardará en estar disponible?

—He hablado con Javier y me ha asegurado que en una semana podría estar en línea y lista para ser descargada —explicó Gonzalo.

Quien antes de presentarle el proyecto completo a su socio ya se había ocupado de hablar con el departamento de informática de la empresa.

—Perfecto, compañero. Con esto seguro que despegamos. Sign Here está a punto de entrar en órbita.

—Roberto, en un gesto teatral, se levantó y extendió su mano para que Gonzalo se la estrechara. El aludido sonrió, al darse cuenta de lo que su amigo pretendía.

Se conocían, casi podía decirse que, desde siempre, estudiaron juntos en el instituto y en la facultad, y cuando Gonzalo se planteó abrir su propio negocio de publicidad supo que no contaría con nadie más que con Roberto. Durante los primeros pasos de Sign Here fueron solo ellos dos, poco a poco fueron ampliando la empresa. Llegaron nuevos publicistas, más tarde crearon un departamento legal externo, capitaneado por uno de los abogados más prestigiosos de Barcelona, le siguió el departamento informático, con expertos en diseños web y *hardware*. Y en todo ese proceso fue Roberto quién estuvo a su lado a cada paso. Él había sido la única persona que comprendió lo que su matrimonio con Marta había supuesto para él.

Se levantó para estar a su altura y estrechó su mano.

—Un apunte, ahora que estás tan contento. Durante lo que queda de mes voy a salir a la una menos cuarto y no voy a volver por la tarde a la oficina. Me llevaré el trabajo a casa y me pondré al día desde allí.

—¿Y eso? —preguntó su amigo sin inmutarse.

—Paula.

—Ya veo, ¿y Carmen? Creía que era ella la que se iba a ocupar de llevarla al colegio.

—Lo era. Digamos que las cosas han cambiado —explicó recordando que su hija seguía durmiendo en el sofá de su despacho y que Marga le había dicho que, si la dejaba demasiado tiempo, esa noche no pegaría ojo. Se dio la vuelta para marcharse, pero recordó que no había puesto a Roberto al día sobre ciertas novedades—. Por cierto, ¿te acuerdas de la rubia del The Mermaid?

—¿La que te miraba interesada o la que te dejó plantado?

—La primera —gruñó, Roberto era incapaz de no hacer notar que una mujer le hubiera dejado esperando.

—Me acuerdo de que tenía un pelo precioso, ¿por qué preguntas?

Gonzalo puso mala cara, pero no aludió al comentario de su amigo.

—Es una de las profesoras de Paula. De hecho, creo que es la titular y que la otra es la de refuerzo.

Roberto no dijo nada. Lo miró con detenimiento durante un par de segundos, como si pretendiera leer sus pensamientos a través de sus ojos y, como si hubiera dado con la respuesta que buscaba, estalló en abiertas carcajadas al tiempo que intentaba decir algo, pero cuya articulación escapaba a la traducción.

—¿Se puede saber de qué te ríes así?

Pero a pesar de que Roberto intentó responder, se reía con tanta fuerza que no fue capaz de decir nada con sentido hasta que se calmó un poco.

—¿Así que las cosas han cambiado? —balbuceó entre risas.

—¡Vete a la mierda! —zanjó Gonzalo, indignado por la insinuación de su amigo, que pretendía dar a entender que la única razón por la que tenía intención de llevar y recoger a su hija del colegio era para ver a la rubia.

Insinuación que lo cabreaba por dos razones: la primera porque daba a entender que no se ocupaba de su hija, recriminación que no era cierta ya que era él y su trabajo lo que la vestía y le daba de comer, y la segunda razón por la que estaba tan enfadado era porque Roberto lo hubiera calado en tan solo tres frases.

Capítulo 7

El viernes por la mañana Irene sintió que el mundo se le derrumbaba encima sin aviso previo de demolición.

—Lo siento, bonita, pero no he podido hacer nada —explicó Alicia a su compañera a las nueve y diez, cuando los niños, todavía dormidos, colgaban sus bolsas de las perchas—. Llevas toda la semana ignorándole y negándote a hablar con él. Lo que ha sido una completa provocación. —Y añadió con la cabeza ladeada y expresión triste—: Si se me permite decirlo.

Irene se frotó las sienes, intentando buscar una salida al problema que acababa de plantearsele.

—Sabes que no era esa mi intención. Lo único que pretendía era demostrarle que no me interesa más allá de porque es el padre de una de mis alumnas.

—Puede, pero es así como se lo ha tomado él. Quiere una tutoría contigo y vas a tener que aceptar. Te tiene pillada, si te niegas cabe la posibilidad de que se queje a la dirección del centro, y Aurora tardará cero coma cero segundos en hablar con tu madre.

—Ve tú, Alicia, por favor —pidió intentando salir del hoyo en el que se había metido con la única intención de evitar relacionarse con Gonzalo—. Te compensaré, lo prometo.

—De eso nada. Tú eres la tutora de la clase y por lo tanto la encargada de hablar con los padres.

Como mucho puedo acompañarte, pero nada de sustituirte —dijo con una sonrisa diabólica, que Irene supo que era de placer. Su amiga estaba

encantada de que se viera obligada a hablar con Gonzalo, imaginando que le estaba haciendo un favor—. Además, ha pedido hablar contigo, lo que es lógico porque Paula no se despegaba de tu lado.

—De acuerdo, dile que el lunes a la una y cuarto, después de las clases, puede venir a hablar conmigo.

Alicia arrugó el ceño e iba a protestar que lo mejor sería que se lo dijera ella misma, pero se lo pensó mejor y aceptó con un movimiento ligero de cabeza.

—¿Ese va a ser tu horario de tutorías? Te lo pregunto por si algún otro papá pregunta.

—Alicia —inquirió con dulzura.

—¿Sí? —preguntó con fingida inocencia.

—¡Vete a la mierda, querida!

—Irene ha dicho una palabrota —se burló la morena agitando la mano—, Irene ha dicho una palabrota.

Lidia estaba sentada frente a su escritorio con la certeza de que no iba a poder retrasarlo más. Las excusas se le estaban terminando y la paciencia de Yolanda estaba a punto de estallar por los aires. Su asistente vivía a un suspiro de cogerla por las orejas y obligarla a salir a comer con Germán. No tenía más remedio que aceptar de una vez la invitación si pretendía salir ilesa de la oficina.

Incluso el propio Germán había comenzado a impacientarse puesto que le había dado un velado ultimátum, o comía con él el viernes o, si como había sucedido durante toda la semana, estaba muy ocupada para hacerlo, saldrían juntos a cenar.

Ante la posibilidad de elección no cabía duda de que se quedaba con la comida que era mucho menos peligrosa que una cena a las puertas del fin de semana.

Desde que se reincorporó al trabajo tras las vacaciones y los quince días extra por el divorcio, le había evitado todo lo que le fue posible sin que ello levantara sospechas. Su relación siempre había sido compleja por la amistad de Germán con Raúl, pero una vez que su exmarido quedó fuera de la

ecuación, todo se había complicado mucho más.

Lidia era consciente de que ya no había nadie entre ellos, que tendría que enfrentarse a sus sentimientos de una vez por todas, pero el hecho de saberlo no lo hacía más fácil, más bien todo lo contrario. Porque no le quedaban excusas con las que retrasar el temido momento de confesarle lo que sentía.

Durante su último año de matrimonio se había sentido culpable por sentir algo más profundo que una amistad por Germán. Estaba casada y, aunque su matrimonio no la colmara de dicha conyugal, había hecho el juramento de respetar y querer a su esposo, y sentir algo por otra persona era una traición a su honestidad, se mirase por donde se mirase. De modo que en esos momentos ya no había nada con lo que escudar su cobardía, ni culpabilidad ni lealtad, solo miedo.

Miró la hora que era en la pantalla del ordenador y se decidió a llamar a su hermana. Necesitaba desconectar y eran las diez, lo que implicaba que Irene estaba en la hora de recreo y podría hablar con ella, al menos durante la media hora que este duraba.

Irene contestó al quinto tono, ya estaba a punto de colgar cuando su voz dulce le respondió.

—¿Qué es esa escandalera de fondo? ¿No puedes controlar a tus fieras? —dijo riendo, puesto que ya sabía que estaban en el recreo.

—No son mis fieras. Es la jungla en pleno, y hoy no me toca controlarlas a mí. Hoy soy una mera espectadora.

—Mejor, así no podrás alegar cansancio, porque te llamaba para que salgamos de fiesta, necesito salir y airearme. ¿Qué te parece si cenamos en mi casa y luego salimos a tomar algo y a bailar? ¿Puedes decirle tú a Alicia que se apunte? Con la cabeza que tengo de un tiempo a esta parte soy capaz de no acordarme de invitarla.

—Yo se lo digo. ¿Cuándo? ¿Esta noche? ¿Mañana?

—¡Vaya! Te veo impaciente —se rio Lidia—. ¿Tú también has tenido una mala semana?

—Más bien una semana de locos, y para serte sincera yo también necesito airearme.

Lidia se mantuvo en silencio unos segundos, extrañada porque Irene se mostrara tan dispuesta a desmelenarse. Como norma general, le costaba más

que aceptara salir.

—Perfecto, quedamos... —se interrumpió cuando llamaron a la puerta de su despacho—. Dame un segundo, están llamando —pidió—. Adelante.

La puerta se abrió y Germán, vestido impecable, con un traje oscuro y una corbata gris, asomó su trabajado cuerpo por la puerta. Llevaba el maletín en la mano, lo que significaba que, o bien acababa de llegar, o bien se marchaba en ese momento. El aroma de su aftershave invadió la habitación sin siquiera haber entrado en ella por completo.

—¿Te pilló en mal momento? —preguntó señalando el teléfono que Lidia aún sostenía en la mano.

—No, dime qué necesitas. Estoy hablando con Irene.

La explicación pareció relajarle porque entró en el despacho y la miró con un atisbo de sonrisa.

—Lamento ser yo quien cancela hoy nuestra comida, pero me ha surgido un imprevisto. —No escapó a la atención de Lidia que él ni siquiera se había molestado en inventarse una excusa. Con lo interesado que parecía en salir a comer con ella y ahora le decía que no podía hacerlo, así, sin más.

—Está bien. No te preocupes —accedió ella fingiendo que no le importaba el desplante.

—Estupendo. Entonces te recojo a las nueve en punto en tu casa —comentó Germán al tiempo que se daba la vuelta para marcharse.

—¿Cómo dices?

—Te dije que si no podíamos comer juntos cenaríamos juntos. Tengo un asunto que atender por lo que la comida es imposible, así que esta noche te llevaré a cenar. Además, he reservado mesa en el Oh là là, tu restaurante favorito, así te compenso por trastocarte los planes —dijo ofreciéndole una sonrisa traviesa y muy tentadora.

—Suena bien.

—¡A las nueve! Saluda a Irene de mi parte.

—¡Seguro!

Germán volvió a sonreírle, y sin añadir nada más salió cerrando la puerta tras de sí.

—¿Irene? —preguntó tras tomar varias bocanadas de aire e intentar calmar su acelerado corazón.

—Sigo aquí. Las fieras todavía no me han devorado.

—Lo de la cena y la salida, ¿lo dejamos para el sábado? Esta noche salgo a cenar con Germán.

—Eso es estupendo. Así nos podrás contar tu cita *sexy* mientras cenamos y nos morimos de envidia. —Irene conocía los sentimientos de su hermana por Germán, de ahí que se entusiasmara por la noticia.

—No es una cita *sexy*, sino una cena entre socios —se defendió.

—Tú llámalo como quieras, pero pásalo bien. Te llamo mañana que tengo que meter a mis fieras en la jaula —se despidió.

Por mucho que Irene insinuara que su cena con Germán era una cita, Lidia sabía que no era así. No se trataba de nada más que de dos amigos compartiendo una mesa, aunque la mesa estuviera en el restaurante favorito de uno de ellos.

Para que no quedara ninguna duda de que era una cena entre amigos, Lidia se puso un vestido negro sin adornos, ajustado y largo hasta la rodilla con escote en barco. La única concesión fue dejarse el pelo rizado y suelto rozándole los hombros desnudos. De manera que el único toque de color provenía de su cabello y del rojo intenso con el que se había pintado los labios.

Nada de adornos innecesarios, solo los dos pequeños brillantes que le regalaron sus padres cuando se graduó. Los mismos que recibió Irene varios años después cuando terminó sus estudios en magisterio infantil.

—¿Demasiado arreglada? —le preguntó a su imagen en el espejo.

Había pretendido vestirse elegante, pero no tanto como para parecer interesada. Por esa razón había escogido el vestido, no obstante, tenía la sensación de que, aunque sobria, también se veía *sexy* y provocativa.

No tuvo oportunidad de cambiarse porque el telefonillo sonó en ese momento. La sorpresa le hizo dar un bote, estaba tan alterada que saltaba por nada. Por lo que se obligó a respirar con tranquilidad por temor a ponerse a hiperventilar fruto de los nervios. No había razón para estar perturbada, se dijo, solo era Germán. Alguien a quien conocía desde siempre y con quien había cenado en multitud de ocasiones.

Por desgracia, cuando consiguió calmarse, a la preocupación por la ropa se le unió la de cómo recibirle. ¿Debía invitarle a subir? ¿Le pedía que la esperara, que bajaba en seguida? Quizás, lo mejor era darle a escoger a él, se dijo. De ese modo se aseguraba de no equivocarse y ofenderle sin querer.

Descolgó el telefonillo y preguntó, aunque sabía a la perfección quien había llamado.

—Lidia, soy Germán.

—Hola, Germán. ¿Subes?

—¿Te falta mucho?

—Coger el bolso.

—Entonces te espero aquí.

—De acuerdo. Ya bajo.

Ahí tenía la respuesta por si le quedaba alguna duda. Y es que, lo de esa noche, había quedado claro que no era una cita.

Capítulo 8

Por primera vez desde que descubrió lo que sentía por Germán, quizás desde antes, Lidia se sentía a gusto con él. No tenía que preocuparse porque nadie notara el interés especial que ponía en lo que decía o lo fascinante que le resultaba verle exponer sus opiniones. Él por su parte la recibió con una sonrisa sincera y abierta admiración por su aspecto.

Elogió su imagen y consiguió que Lidia se alegrara de haber escogido el vestido negro, y tras los saludos de rigor le abrió la puerta del coche esperando a que entrara para cerrarla tras ella.

Un gesto que Raúl nunca había tenido. Otro detalle más que añadir a la lista de sus cualidades.

Lo primero que llamó la atención de Lidia al subir al Audi de Germán, además del aroma a limón, fue la música que comenzó a sonar cuando arrancó el motor, como si hubiera estado escuchando eso mismo antes de aparcar y bajar del coche.

—¿Lorde? —preguntó con curiosidad—, no sabía que te gustara. Es una de mis cantantes fetiche y *Team* está en mi lista de favoritas.

—Parece que tenemos gustos parecidos. Aunque no es tan extraño.

—Supongo que no lo es —musitó Lidia apartando la mirada para dirigirla a la ventanilla. No había esperado que Raúl saliera en su conversación, al menos no esperaba que lo hiciera tan pronto.

—Lo siento, Lidia, no me refería a Raúl, sino a la música, a la comida, al trabajo...

—No te preocupes. Después de todo, es cierto. Los dos tenemos mucho

en común.

—Supongo que sí, nuestros gustos son más afines que los que ninguno de los dos compartimos nunca con él. La verdad es que nunca entendí que lo escogieras...

—¿Qué quieres decir? —preguntó mientras la música seguía sonando, y la canción hablaba de las mentiras que nos envolvían mientras esperamos algo que es probable que no exista. Que no suceda nunca.

—Lo que he dicho, que no esperaba que lo eligieras a él, nosotros siempre hemos sido más afines.

Lidia notó cómo su corazón se saltaba un latido. Se paralizaba un segundo para un instante después acelerarse y moverse hasta la boca de su estómago donde hacía la presión justa para que le costara hablar.

—Tampoco es que tú estuvieras interesado.

Germán dejó de mirar a la carretera para clavar su oscura mirada en sus ojos.

—¿No lo estaba?

Lidia no respondió. No tenía nada que decir, y a juzgar por el modo en que Germán había vuelto su interés a la carretera no se trataba más que de una pregunta retórica. No obstante, ella no pudo apartar las palabras de su cabeza. ¿Acaso alguna vez había tenido una oportunidad con Germán? ¿Tan ciega había estado?

En cualquier caso, eso ya no importaba. Durante su noviazgo y primer año de matrimonio, en su corazón no hubo sitio para nadie más que para Raúl. El desamor llegó con los años, los desplantes y las sospechas de infidelidad. Y mientras Raúl iba perdiendo puestos en su vida, Germán se erigía como el hombre íntegro, educado e interesante que su marido no era. Y con cada uno de esos pasos, el sentimiento de culpabilidad que embargaba a Lidia se iba acrecentando e impidiéndole mostrarse natural con Germán por temor a que este, o cualquier otra persona de su entorno, descubriera lo que ella sentía por él.

El resto del trayecto lo hicieron sin hablar, tan solo la voz de Lorde rasgaba el silencio.

El Oh là là era un restaurante francés de *nouvelle cuisine* en el que la estética imperante iba más allá de los platos, típicos de la cocina gala de los años setenta y ochenta, que el chef reinventaba, sino que se plasmaba también en el ambiente.

Decorado con una elegancia chic que recordaba a las cafeterías de la capital francesa, se trataba de un local acogedor a la vez que cosmopolita y, por encima de todo lo demás, romántico. A la altura de la Ciudad de la Luz a la que evocaba.

Quizás demasiado romántico e íntimo para una pareja de amigos que solo pretendía compartir una cena. A pesar de ello, no era la primera vez que comía o cenaba allí con Germán, aunque sí que era la primera vez que iban a hacerlo solos.

Con sillas de respaldo labrado y paredes blancas de techos altos cubiertas por cuadros en blanco y negro que transportaban al comensal al mismo París literario, surcado de artistas.

Lidia sintió un incómodo pinchazo en la boca del estómago cuando entró en el *hall* y el *maître* los acompañó hasta su mesa. Como clientes habituales que ambos eran, los acomodó en una de las mejores zonas del restaurante. Aislada del resto del comedor, por la misma forma de este, era perfecta para una pareja que buscara un poco de intimidad y de romanticismo, justo lo que ellos no necesitaban y lo que ese rincón apartado le recordaría a Lidia durante el resto de la noche.

Con la llegada de la comida y la bebida, la tensión que se había producido por la conversación durante el trayecto hasta el Oh là là se fue disipando.

—¿Quieres probar mi tartar de atún? —ofreció Germán—, pero eso sí, tú tienes que dejarme probar el tuyo de res.

Lidia sonrió. Agradecida porque se esforzara en que todo volviera a la normalidad.

—¡Trato hecho! —aceptó, pinchando una porción con el tenedor.

Su intención era ofrecérselo para que él mismo cogiera el cubierto lleno de carne y se lo llevara a la boca, pero, para su sorpresa, Germán se acercó un poco más a ella y separó los labios, en una clara invitación para que fuera

Lidia quien se lo diera.

Ante el gesto, no pudo más que alimentarle. Pendiente de cómo sus labios acariciaban los dientes del tenedor para arrasar con el pedacito de carne tierna que contenían. Los ojos masculinos pendientes de los femeninos que a duras penas podían apartarse del movimiento sensual de su boca.

—Te toca probar a ti —apuntó Germán cuando hubo terminado de tragar. Apenas alzando la voz en poco más que un susurro y a pesar de lo inofensivo de la frase, Lidia sintió que le ardía la piel.

Con meticulosidad seleccionó el mejor trozo de atún y alargó la mano a medio camino, para que fuera ella la que diera el último paso que los separaba. Ofreciéndole con ello la oportunidad de negarse.

Sintiendo que el gesto implicaba más de lo evidente, cubrió la distancia y entreabrió la boca, cerrando los ojos al tiempo que sentía el frío del tenedor deslizándose por su boca y su lengua.

—Después de probar esto se entiende a la perfección el nombre del restaurante —bromeó Germán mientras el corazón de Lidia se esforzaba por latir a la velocidad normal.

Sonrió a modo de respuesta, todavía demasiado alterada por el intercambio para hablar.

—Me alegra haber cambiado la comida por una cena. Sobre todo por el vestido —dijo con picardía.

Lidia le ofreció una sonrisa educada. De repente se sentía mareada, no solo por haber permitido que Germán le pusiera el tenedor en la boca, sino por sus palabras, por el ambiente, por todo.

—Germán, ¿qué has querido decir antes en tu coche?

Él alzó la mirada de su plato y la clavó en ella.

—¿Podrías ser más específica? He hablado mucho. —La sonrisa de él no fue del todo sincera. Más bien parecía la fría máscara tras la que siempre se ocultaba.

El cambio en su actitud desconcertó a Lidia.

—Nada. No tiene importancia.

El leve asentimiento de Germán fue la última interacción entre ambos. Durante los tres minutos restantes comieron en silencio hasta que Lidia rompió la tónica.

—Si me excusas... Tengo que ir al baño.

—Por supuesto.

Lidia se sentía acalorada, entre el vino y la presencia de Germán necesitaba darse un respiro para intentar ordenar sus pensamientos.

La insinuación anterior, el modo en que la había estado mirando como si no se creyera que estuviera sentada frente a él, su calidez de esa noche, el cambio operado en él cuando intentó preguntarle por el significado de sus palabras en el coche... Demasiadas preguntas daban vueltas en su cabeza y no tenía respuestas para ninguna de ellas.

Ensimismada en sus pensamientos se dirigió hacia el final del comedor, donde se encontraba la escalera que llevaba hasta la primera planta en la que se situaban los cuartos baño.

La única razón por la que se dio la vuelta fue porque sintió que una mano la asía del brazo, con fuerza, impidiéndole continuar su camino. Frenándola.

La respiración se le quedó atorada en la garganta cuando se dio cuenta de que se trataba de Raúl.

—Lidia, ¡qué sorpresa! —saludó este con fingida cordialidad—. Aunque tampoco es de extrañar, tú adoras este restaurante.

—Raúl.

—Vamos, querida. No veo por qué no podemos ser agradables entre nosotros. Después de todo hemos estado casados y yo no te he negado nada de lo que has pedido en la demanda de divorcio.

—Ni yo a ti, después de todo, te he dejado la casa.

—Me la has vendido. Pero al final me das la razón... Seamos civilizados.

La indiferencia con la que le hablaba pretendía provocar un estallido en Lidia, pero a esas alturas Raúl era incapaz de provocar nada pasional en ella. Ni siquiera se molestó en mirar de dónde había venido, con quién estaba o qué hacía allí.

—Seguro que sí —se limitó a responder con una sonrisa falsa—. Eso puedo hacerlo. —Tan falsa como el hombre que todavía la retenía por el brazo.

—¿Va todo bien? —inquirió de repente la voz de Germán.

Tanto Raúl como Lidia habían estado tan pendientes de su conversación que ninguno de los dos se había dado cuenta de que este les observaba desde

el otro lado del comedor. Pendiente de cada gesto de Lidia por si se veía obligado a intervenir. Sin embargo, al ver que Raúl no se decidía a soltarla se levantó movido por el deseo de protegerla.

—¡Vaya! Esto sí que es una sorpresa —dijo Raúl con un brillo malicioso en los ojos—, ¿habéis venido a cenar juntos? Debí sospechar que algo sucedía cuando Germán decidió romper nuestra amistad. —La soltó como si quemara—. Aunque he de confesar que siempre creí que me quería más a mí que a ti, una pena que estuviera equivocado.

Lidia paseó la mirada del uno al otro, asombrada por lo que acababa de escuchar. No tanto por la velada insinuación de Raúl de que tuviera una relación ilícita con Germán, sino por descubrir que la amistad entre ambos hombres se había quebrado por decisión de su socio.

—Parece que no solo rompiste nuestro matrimonio, querida, sino que también es culpa tuya que mi mejor amigo no quiera saber nada de mí.

—Raúl —dijo Germán y su tono sonó a advertencia—, ya es suficiente. Los tres sabemos que Lidia no ha tenido nada que ver en esto.

—¿Mi culpa? ¿Estás hablando en serio?

El aludido asintió con el desprecio pintado en la mirada. Atrás había quedado la falsa cordialidad.

—Sabes que no hago bromas sobre temas importantes.

—Es curioso porque, si hubiera que echarle la culpa a alguien, yo si fuera tú me miraría el pene.

Después de todo parece que es él quien toma las decisiones importantes en tu vida —espetó sin alzar la voz, dándole con ello a su declaración mucha más fuerza—, Germán, ¿volvemos a la mesa? Tengo hambre y todavía no hemos disfrutado del postre.

—Por supuesto —aceptó este, ofreciéndole el brazo y dándose la vuelta con ella asida a él, sin que ninguno de los dos le ofreciera un saludo de despedida al tipo que les miraba entre asombrado y airado.

Capítulo 9

—¡Cuánta desfachatez! ¿Cómo se atrevió Raúl a echarte a ti la culpa de que Germán no quiera saber nada de él? —preguntó Irene después de que Lidia les contara a sus amigas lo que había sabido de sus labios al encontrarse con su exmarido en el restaurante.

—¿Y si de verdad ha sido culpa mía?

—No digas tonterías —la regañó su hermana—. Germán toma sus propias decisiones y es lógico que no quiera tener como aliado a un tipo tan falso y traicionero como él. Además, también es amigo tuyo...

El comentario apaciguó un poco la conciencia de Lidia, aunque en su fuero interno deseaba que Germán valorara tanto su bienestar como para dejar a su mejor amigo de lado por ella.

—Qué pena que apareciera Raúl y que os estropeará la noche —apuntó Alicia, quien hasta el momento se había limitado a escuchar la historia—. Lo cierto era que la cena prometía...

Lidia no respondió al instante, sino que se llevó a la boca una porción de *pizza* y la mordisqueó, dándose tiempo para responder y captando con ello el interés de su hermana y de Alicia.

Estaban cenando en el piso al que acababa de mudarse y en el que no había nada que le recordara a su vida anterior. Tenían pensado salir después al The Mermaid para tomar unas copas y desconectar de la agotadora semana que estaban a punto de dejar atrás, pero para sorpresa de la propia Lidia, su reincorporación al trabajo ni había transcurrido como ella esperaba, ni estaba segura de que quisiera desconectar de ella. No obstante, y aunque se sentía

como una adolescente haciendo cábalas sobre si el chico que le gustaba le correspondía o no, le imponía un poco contárselo a sus amigas. Temiendo que le dijeran que estaba exagerando y que no debía albergar ninguna esperanza.

Había estado tan nerviosa desde que Germán la dejó en casa la noche anterior, que ni siquiera tuvo ganas de preparar algo para cenar con sus amigas, por lo que se limitó a bajar al supermercado y comprar bebidas *light* junto con una bolsa de ensalada ya cortada. Su intención era pedir un par de *pizzas* familiares cuando su hermana y Alicia aparecieran.

—Aquí nos hemos perdido algo —adivinó Irene mirando a Alicia y recibiendo el asentimiento de esta—. Tienes una mirada rara...

Lidia suspiró y dejó la porción de *pizza* en su plato. Se limpió los labios con la servilleta, poniendo nerviosas a sus expectantes oyentes, y entonces expuso sus suposiciones.

—Germán dijo e hizo algunas cosas que me han hecho albergar esperanzas de que, tal vez, yo no soy la única que siente... algo.

Irene dio un gritito de alegría que hizo sonrojar a Lidia.

—¿Qué cosas? —preguntó entusiasmada.

—Menos mal que a alguna de nosotras se le empieza a arreglar la vida amorosa, estaba empezando a pensar que estábamos gafadas —bufó Alicia.

Las dos hermanas la miraron. Irene poniendo los ojos en blanco y Lidia arqueando una ceja.

—No le hagas caso —la instó Irene—, y cuéntanos lo que dijo.

—No fue solo lo que dijo, él se mostró... No sé. Normal conmigo. En realidad, lleva siendo normal desde que me reincorporé al trabajo. Ya no se muestra distante ni educado en exceso. El jueves hasta me dio un ultimátum, o comía con él el viernes o cenaríamos juntos.

—Bueno, al final escogió la cena —apuntó Alicia, encogiéndose de hombros.

—Tenía un compromiso para ese día, por eso lo cambió.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Irene mirando a su hermana con fijeza—, no sé. Es un poco sospechoso que después de decir que o comías con él o cenabais, fuera Germán quien no pudo quedar a mediodía y tuvierais que cambiarlo por una cena, que la casualidad hizo que fuera en tu

restaurante favorito.

—Es lo mismo que pienso yo —secundó Alicia a su amiga—. Si nos quedaba alguna duda, la elección del restaurante la ha disipado.

—No creo que lo hiciera como un detalle romántico, lo eligió porque también es su restaurante favorito. Aunque Germán esté diferente conmigo no puedo asegurar que haya nada especial que lo motive. Siendo justos, lo único en lo que ha cambiado es en que ahora me trata como trata a todo el mundo. —Los ojos le brillaron antes de añadir—: Incluso me besó para despedirse.

Tanto Irene como Alicia la miraron con los ojos abiertos como platos. Sorprendidas porque no hubiera comenzado por ahí.

—No, no. No me besó de ese modo en que estáis pensando, aunque me dio de comer de su plato —se corrigió con rapidez al ver el asombro en sus caras—. Respecto al beso, fue en la mejilla. Muy platónico.

—¡Aaaah! —Alicia no pareció darle importancia a ese detalle. De hecho, la única razón por la que dijo algo fue porque para Lidia parecía ser importante.

—Germán solo me ha besado en la mejilla en dos ocasiones, la primera fue cuando nos conocimos y la segunda cuando me casé con Raúl. Por eso es importante para mí que lo hiciera.

—¿Ni siquiera para saludaros? —La morena ahora sí que parecía intrigada, con total seguridad por lo particular que resultaba que dos amigos, tan íntimos y de tantos años, no se besaran nunca—. ¿Para felicitarte el cumpleaños? ¿El Año Nuevo?

—No. En esas ocasiones me da un abrazo, pero nunca hay beso de por medio.

—Pues sí que es raro —musitó Alicia, quien seguía pensando en lo que Lidia acababa de contarles—. A lo mejor es un maniático de los gérmenes.

Lidia la miró con mala cara, ni siquiera fue necesario que hablara para que su amiga entendiera que la suposición le parecía una locura absurda.

—No lo es. A mí sí que me besa —apuntó Irene—, en la mejilla —explicó con rapidez.

—Entonces descartamos el tema gérmenes. Aunque historias más raras se han visto —se defendió la otra.

—Antes comentaste que Germán había dicho algo que te llevó a pensar que las cosas eran distintas entre vosotros, ¿qué fue lo que te dijo? —Lidia sabía que Irene no desistiría hasta que se lo contara, así que respiró en profundidad y se lanzó a abrir su corazón y mostrar sus esperanzas a sus amigas.

—Puede que diera a entender que hubo un tiempo en el que estuvo interesado en mí.

—¿Puede que lo dijera? —insistió Irene.

—Eso fue lo que yo entendí. Dijo que no comprendía por qué elegí a Raúl. Entonces yo dije algo así como que él no estaba interesado y él respondió con una pregunta que daba a entender que sí que lo estaba.

—¡La leche! —espetó Alicia, levantándose de un salto de la silla—. ¿Qué piensas hacer? Y por favor, no me digas que nada porque entonces me deprimó por las dos. —Se volvió a mirar a Irene—. Por las tres, pero solo porque tú hermana es una cobardica.

—¡Oye! —se quejó la aludida, pero las dos la ignoraron.

—Pero es que no voy a hacer nada. Acabo de divorciarme, ¿recordáis?

—Esa es la excusa más horrible que he escuchado en mi vida —se quejó Irene—, pero no te preocupes por nada, Lidia. Estoy segura de que todo saldrá bien al final.

—Como en las novelas y comedias románticas —corroboró Alicia en voz baja.

—¿Se puede saber por qué dices eso?

—Bueno, dicen que el karma acaba por poner a cada persona en su sitio —improvisó con poca convicción—. Y si es verdad eso, seguro que pone a Germán a tu lado.

—Esperemos que en la cama. —La risita traviesa de Alicia pronto contagió a Irene—. O en el suelo, contra la pared, en la encimera...

—¡Alicia! —la regañó, acalorada al imaginarse las situaciones que su amiga describía—. ¡No te rías, Irene!

—¿Por qué? Ha tenido gracia y está claro que a Ali no le falta imaginación.

—Todavía se me ocurren un par de sitios igual de interesantes.

Irene rio y Lidia las ignoró a ambas para centrarse en el punto que

deseaba aclarar.

—Te conozco, hermanita, y no quiero que hagas nada para arreglar mis problemas, por una vez déjalo todo como está.

—Tranquila, Lidia. No voy a hacer nada. Igualito que tú.

Igual que la noche en que conoció a Gonzalo, Irene se encontraba sentada en los sillones de la zona vip del The Mermaid con un coctel en la mano. La diferencia era que en esta ocasión el combinado sí que contenía alcohol, y bastante, a juzgar por el calor que le subía desde el estómago y le embotaba la cabeza.

—Creo que voy a la pista de baile. Mi radar de tíos buenos acaba de activarse —bromeó Alicia levantándose del sillón y moviendo las caderas al ritmo de la música—, ¿alguna se viene?

Antes de que Irene pudiera negarse, vio que Lidia ya estaba hablando con la pareja de la mesa de al lado, a la que por pura casualidad conocía, para que le echara un vistazo a sus bolsos y de ese modo poder ir las tres a bailar sin tener que cargar con ellos ni perder la mesa.

Todavía con la copa en la mano se encaminó hasta la pista de baile y se dejó llevar por la música y las risas compartidas con sus amigas. El sonido de *How Deep Is Your Love* de Calvin Harris logró que se olvidara de todo lo demás.

Gonzalo detectó a Irene desde el preciso instante en que esta entró en el local. Estaba sentado frente a la puerta que daba acceso a la zona vip y, aunque había llegado acompañado, su amiga no era lo que había esperado que fuera cuando esa misma mañana la llamó para invitarla a salir. De modo que estaba siendo la noche más aburrida que recordaba haber vivido en mucho tiempo.

Incapaz de no hacerlo, fijó su atención en Irene, quien iba ataviada con un vestido de gasa por encima de la rodilla, de color coral, con un cinturón negro ancho y un escote palabra de honor. Los tacones, del mismo color que el cinturón del vestido, le hacían cuestionarse cómo era posible que calzara semejantes tacones y que se moviera con tanta gracia.

Hipnotizado por sus movimientos la vio bailar en la pista de baile, ajena al interés masculino, disfrutando de la música y de la compañía de sus amigas. No había afectación en sus movimientos, que no eran estudiados ni sofisticados sino naturales y poderosamente atrayentes. Quizás por eso conquistaban tantas miradas. Por eso y por la seductora mata de pelo rubio que le caía en cascada por la espalda y que se movía tentadora con cada paso de baile.

Se tensó en su asiento cuando vio cómo uno de los hombres que la habían monitorizado desde que salió a bailar se acercaba más de la cuenta para hablarle al oído. Era un tipo alto, delgado pero fuerte, y vestido con elegancia y clase. Sin perder detalle advirtió cómo Irene le sonreía sin mucho entusiasmo, negaba con la cabeza y, tras tocarle el brazo, señalaba en la dirección en la que la esperaban sus amigas.

Fue entonces cuando Gonzalo se dio cuenta de que una de ellas era la mujer que lo había dejado plantado la noche que conoció a Irene y que la otra era ni más ni menos que Alicia, la otra profesora de Paula.

Había estado tan pendiente de la rubia que ni cuenta se dio del detalle de sus acompañantes.

No obstante, en esos instantes nada le parecía tan interesante como observar a Irene deshacerse de su pretendiente. Cuando el hombre se marchó por dónde había venido, Gonzalo sonrió sin fingimientos, sin esforzarse en disimular el placer de haber podido disfrutar de la escena.

Si albergaba alguna duda de la clase de mujer que era la maestra de su hija, acababa de resolverla ella misma al rechazar la invitación de un tipo tan interesante como el que acababa de acercársele. El descubrimiento le produjo sentimientos encontrados, por un lado se sentía encantado de haber acertado con ella y por el otro le fastidiaba que la rubia quedara tan fuera de su radar de acción.

Otra muestra más de que no se podía tener todo en la vida.

Cuando Alicia se acercó para decirle algo al oído, lo que menos imaginó Irene que fuera a decirle su amiga era que, a solo diez metros, Gonzalo estaba sentado en una mesa con una morena explosiva a su lado.

Se contuvo para no mirar en su dirección, pero la curiosidad por ver cómo era su acompañante ganó al sentido común y le dirigió una mirada discreta, que de poco le sirvió, porque él la estaba observando en ese momento y trabó su mirada con la suya.

Sabiéndose descubierta, Irene hizo un leve gesto con la cabeza a modo de saludo, que le fue devuelto del mismo modo por él, y se dio la vuelta para quedar de espaldas a Gonzalo y evitar así la tentación de volver a mirarle.

Seguía en esa posición cuando a la una de la madrugada se fueron apagando las luces, para avisar a los asistentes del The Mermaid de que en unos minutos iba a tener lugar el famoso Canto de sirena.

Un juego que el local ofrecía el último sábado de cada mes a sus clientes y que consistía en apagar por completo las luces mientras los asistentes se movían a tientos por la pista de baile y por los reservados, tan solo con las luces de emergencia como guía.

Durante ese minuto a oscuras se escuchaba el canto de una sirena y, cuando las luces volvían a encenderse, se podía escoger caer rendido por la persona que se tuviera más cerca, fruto del embrujo del mágico canto.

Como recompensa por participar y escoger una pareja con la que pasar el resto de la velada, la discoteca ofrecía a los afortunados una botella de cava exclusiva con el logo del local, que según había oído Irene era deliciosa.

En cualquier caso, la estrategia del The Mermaid conseguía que la discoteca triplicara sus ingresos habituales el sábado que el Canto de la sirena hacía acto de presencia.

—¡Ya empieza! —palmeó Alicia, dando saltitos—. ¡Qué emoción! ¿Nos quedamos?

—Yo me vuelvo a la mesa —explicó Irene, quien se negaba a participar en el juego. Era demasiado arriesgado escoger acompañante con la luz apagada.

—Yo también voy a irme —secundó Lidia.

—No, tú te quedas —le pidió su hermana—, no lo hagas por mí. Prefiero escoger con la luz encendida —bromeó—. Pero a ti te hace falta cometer una locura —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo.

—¡Ostras! —gritó Alicia, acercándose a Irene—, hay quien no tiene suficiente con una mujer. El padre de Paula se ha levantado para participar y

no se ve a su amiga por ninguna parte.

—Ahora sí que me voy —anunció Irene, un instante antes de darse la vuelta y sentarse en el mismo lugar en el que seguían sus bolsos. Lo suficientemente alejada de la mesa en la que había estado sentado Gonzalo, lo que le permitía distanciarse tanto de él como de su chica.

Antes de que pudiera pedirle al camarero que se paseaba por allí una nueva copa, las luces se apagaron y el canto comenzó. Intentó relajarse en el sillón, después de todo, era poco probable que cuando se encendieran de nuevo las luces se topara con alguien cerca que pudiera tentarla cual sirena.

Por otro lado, el sonido era demasiado estridente como para que pudiera escuchar a alguien acercarse.

—¡Qué tonta! —musitó para sí, riéndose de su propia estupidez.

Seguía riéndose de la ocurrencia cuando las luces se encendieron de pronto. Lo primero que vio fue a Alicia y a Lidia abrazándose y dando vueltas como dos locas encantadas con el resultado del canto.

—¡Serán tramposas!

—Por lo menos se han quedado —apuntó una voz a su lado.

La sorpresa le hizo dar un respingo en el asiento. Todavía no se había dado la vuelta y ya sabía de quién era la voz que había hablado por encima del sonido de la música y demasiado cerca de su oído.

—¿Qué haces aquí? —inquirió alucinada porque se hubiera tomado tantas molestias para acercarse a ella.

—Tentarte. ¿Qué iba a hacer si no? De eso va el canto.

—¿Y dónde te has dejado la manzana? —musitó para sí.

—¿Qué has dicho? —inquirió Gonzalo con una sonrisa traviesa.

Irene parpadeó, sorprendida de que la hubiera escuchado. Tenía que dejar de hablar sola. Por culpa de esa manía se había metido en más problemas de los que recordaba.

—Nada. No he dicho nada. Lo has debido de soñar.

—Imposible. Yo no sueño y te he oído hablar.

—Estoy segura de que se te ha subido el alcohol a la cabeza. Te repito que no he dicho nada —insistió, avergonzada por mentir con tanto descaro.

—De acuerdo —aceptó él, poco convencido—, ¿y qué hay de mi oferta?

Capítulo 10

Tenía que estar loco. No había otra explicación que le diera más sentido a lo que estaba haciendo.

Desde el primer momento había tenido claro que Irene no era una mujer para él, ya no porque fuera de las que buscaban relaciones serias, destinadas a un futuro en común, sino porque, además, era la profesora de su hija y por tanto vetada para siempre. No obstante, y a pesar de saberlo, se paseó por la pista de baile, repleta y oscura, con una idea en mente, sentarse junto a ella y provocarla. Ofrecerle su canto de sirena tan tentador como peligroso. Incluso había tenido que hacer trampas y usar la luz de su móvil para no tropezarse y caer en su intento por llegar hasta ella.

—Lo siento, pero no estoy interesada —respondió ella a su ofrecimiento.

—¿Ni siquiera por una botella de cava? Has estado bailando toda la noche, apuesto a que estás sedienta. ¿No te tienta una bebida fresca y burbujeante? —insistió, metiéndole en la cabeza la idea.

Irene entrecerró los ojos antes de responder:

—¿Serviría de algo decir que no?

Gonzalo le ofreció una sonrisa pícara mientras negaba con la cabeza. Consciente de que por mucha insistencia con que declinaba su oferta, estaba tan dispuesta como lo estaba él a pasar unos minutos juntos.

—¿Y qué pasa con tu amiga?

—Estoy seguro de que podrá arreglárselas sin mí. —Y añadió antes de que ella le reprendiera por su falta de interés—: Al parecer, los dos hemos sido decepcionantes el uno para el otro.

—¿Qué quieres decir? —La curiosidad hizo que se inclinara hacia delante, de manera que su escote quedaba a la vista.

—Hasta que te he visto me estaba aburriendo como una ostra —confesó guiñándole un ojo para evitar mirar en otra dirección—, Lola ha resultado ser monosilábica, bailar no le gusta porque le molesta sudar y no bebe alcohol porque tiene muchas calorías... Ha sido una suerte para los dos que esta noche se encontrara con una vieja amiga —comentó, visiblemente aliviado por la deserción.

—¿Y te lo has creído? Que se había encontrado con una amiga, digo.

—No, pero, con sinceridad, me importa un bledo.

Irene rio espoleada por el alcohol y por los comentarios de Gonzalo. Resultaba irónico que apenas veinticuatro horas antes se hubiera negado a hablar con él y que en esos instantes se encontrara sentada a su lado, a solas y dispuesta a compartir una copa y unos minutos de conversación banal.

—Pues debería importarte. Después de todo era tu cita.

—Yo no lo llamaría cita. La palabra en sí ya implica que hay posibilidades de que se repita y te aseguro que no las había.

—Bueno, eso no lo sabes seguro cuando la conciertas. Lo normal cuando quedas con alguien es tener la esperanza de querer volver a hacerlo, si no ni te molestarías en salir con él o ella —hizo un gesto con la mano señalándole— la primera vez.

—No en mi caso. Nunca repito con la misma mujer.

Irene abrió los ojos con desmesura, sorprendida por la sinceridad con la que hablaba. ¿Estaba dándole a entender que nunca más volvería a compartir una copa con ella? ¿O que no le interesaba una mujer más allá del sexo? La oportuna aparición de un camarero impidió que hiciera una tontería como insultarle por lascivo, engreído y prepotente.

Tal y como habían comentado, Gonzalo le pidió al camarero la botella de cava que les correspondía tras encontrarse finalizado el canto, y retomó la conversación como si no hubiera pasado nada digno de mención.

No obstante, Irene no pretendía dejarlo correr y mucho menos después de beberse de un golpe su copa de cava.

—Pues sí que está bueno —comentó para sí, antes de recordar con quien estaba y lo que deseaba saber—. ¿Por qué no sales más de una vez con la

misma mujer?

—Cualquier asunto es más fácil cuando todo queda claro desde el principio —explicó, rellenándole la copa que ella acababa de vaciar—. Una segunda suele ofrecer esperanzas de que haya una tercera.

—Ya veo... Y a ti no te interesan las segundas ni las terceras citas.

—Y mucho menos las cuartas y las quintas... —aceptó sin pudor.

—Imagino que te escapas en cuanto se quedan dormidas —comentó, con toda la intención de ofenderle.

—No exactamente. Por la mañana rindo muy bien —añadió él en un tono desenfadado—. Me voy después. Después de dejarlas agotadas.

Irene no estaba satisfecha con la respuesta por lo que volvió a preguntar.

—¿Y qué sucedería si alguna de esas mujeres te gustara algo más que una noche? —Era consciente de que estaba excediéndose con las preguntas, pero una voraz curiosidad le tiraba de la lengua en busca de respuestas—. ¿Qué harías con tus propias reglas?

—Cuando se dé el caso te lo cuento —propuso, inclinando el cuerpo sobre sus rodillas para acercarse a ella.

Gonzalo sabía que estaba provocándola, esa era su intención. Su conversación la tenía cautivada, con seguridad, porque nunca se había topado con nadie que le dijera tan a las claras que lo único que buscaba de una mujer era una noche de sexo, nada que oliera ni de lejos a sentimientos ni a compromisos de por vida.

—¿Y cómo es?

Él volvió a sonreír, ella parecía tentada por la idea de dejarse llevar. No obstante, él no podía permitirselo. Si lo hacía, nada impediría que se la llevara a su cama. Ni siquiera que fuera la maestra de su hija sería un impedimento. Y había intuido que la rubia era demasiado peligrosa como para dejarla cerca de su alcance.

—Placentero, fugaz... En cualquier caso, no es para ti.

—¿Perdón?

Él sonrió.

—Eres una clase diferente de mujer. Se nota a la legua que valoras el romanticismo y los detalles —apuntó, consciente de que estaba volviendo a decepcionarla. Consciente de que eso era lo mejor para él, y puede que

incluso para ella también.

—¿Disculpa? —Su tono fue de sorpresa y de indignación. De qué la conocía para sentirse autorizado para definir lo que ella era o dejaba de ser—. No me conoces de nada. Soy una persona muy práctica.

Él rio sin ocultarse y sin apartar la mirada de sus ojos.

—Eres muy fácil de leer. Supe que eras una romántica desde la primera vez que te vi en este mismo lugar —apuntó sin darle importancia.

—¡Madre mía! No solo eres un creído insufrible que se imagina irresistible, además pareces sentirte en posesión de la verdad absoluta —le espetó, indignada.

En lugar de ofenderse, Gonzalo volvió a reír, provocando todavía más a Irene, que seguía con su rapapolvo.

—Que no vaya de capullo en capullo no significa que me conozcas. O que te acerques siquiera a entender mi carácter. Soy una mujer complicada.

—¿De verdad?

Los ojos de ella echaban chispas.

—Pues así, a simple vista... —y añadió, con la única idea de hacerla enfadar—: sin conocerte de nada... Yo diría que eres una persona ordenada y metódica, que no hace nada sin pensárselo bien. Estoy seguro de que para ti hacer algo implica la toma previa de decisiones. —Se llevó la mano a la sien y entrecerró los ojos—. Apostaría a que haces listas para todo, con los pros y los contras bien desglosados en columnas. Y consideras que el amor es el único motivo por el que hay que tener sexo.

—¡Te equivocas! —ladró Irene, enfadada y por completo fuera de sí. Cómo se atrevía a juzgarla—. Soy muy impulsiva. Me paso la vida haciéndolo todo sin pensar. No he hecho una lista en mi vida. Ni siquiera para hacer la compra.

—Lo siento. No te creo —apuntó, tragándose la mezcla de satisfacción y de culpabilidad que estaba sintiendo por verla tan alterada.

—¡Lo soy! —insistió y, acto seguido, se inclinó en su sillón para llegar hasta Gonzalo, sentado a su lado, y besarle. Así, sin darle tiempo a reaccionar, sin siquiera pensar en lo que estaba haciendo.

Se dejó llevar por la rabia y el deseo de demostrarle que la mujer que estaba pintando no era ella.

Puede que no buscara relaciones de una sola noche, puede que creyera en el amor y que por lo tanto se esforzara en encontrarlo, no queriendo conformarse con menos. Que pensara que la única finalidad de una cita era conocer a otra persona y darse la oportunidad de descubrir lo que una relación con él podría significar en su vida. Que tuviera la esperanza de que, en algún momento, en algún lugar, encontraría al hombre que la completaría, que sería esa parte de ella que le faltaba a su mundo, a su carácter... No obstante, esas creencias no la catalogaban como una maniática del orden, ni como una persona meticulosa hasta la enfermedad y tan romántica que lo filtrara todo a través del rasero del amor. Los prejuicios de Gonzalo para lo único que servían era para demostrar la clase de persona vacía que era él.

Por ello lo besó, hundiendo su lengua en su boca, provocándolo y desafiándolo con cada movimiento a que le siguiera el juego, a que luchara por dominarla. Y continuó haciéndolo una vez que su postura quedó clara. Se mantuvo firme mientras se aferraba a sus hombros y permitía que él la pegara con fuerza a su cuerpo. Y el único motivo por el que dejó de besarlo fue porque Gonzalo se apartó de su boca, con la respiración tan alterada como la de ella.

—Lo siento —se disculpó, consciente de que había sido él quien rompió el beso, y sintiéndose por ello de repente avergonzada.

Había estado tan cegada, primero por la rabia y después por el deseo que fue incapaz de razonar. Le había impuesto algo que él no deseaba.

—No lo hagas, ha estado bien. Supongo que me he equivocado un poco contigo. No eres tan estirada como parece a simple vista —apuntó con la voz ronca—, nos vemos el lunes, Irene.

La aludida asintió con la cabeza, apurando la tercera copa de cava.

Gonzalo se levantó del sillón disimulando su desconcierto y su excitación.

Contra todo pronóstico, contra toda explicación, seguía acercándose a ella. Sabía que eran incompatibles, que no iba a salir nada bueno de ello y, sin embargo, no podía alejarse.

Hasta el punto de que había solicitado una tutoría con ella a solo una semana del inicio del curso.

Hasta el punto de que la había irritado de un modo deliberado y hurgado en la herida para ver cuál era su reacción a la provocación. Aunque se dijera a sí mismo que lo único que había pretendido con sus hirientes palabras era alejarla, aunque se esforzara por creérselo.

Sin embargo, no había anticipado la posibilidad de que ella lo besara. Que se lanzara a sus brazos de esa forma tan sensual, atacando, devastando y conquistando con un beso que le había hecho perder la cabeza y que resultó ser lo más placentero que había disfrutado en ese último mes de sensuales citas nocturnas.

Capítulo 11

Era la una del mediodía e Irene seguía en la cama, sin dormir, pero poco dispuesta a abandonarla. Ni siquiera Allegra, la gatita que tenía en acogida, había acudido a reclamarle el desayuno, como si presintiera que no era un buen momento.

Por esa razón, desde que se despertó hacía ya un par de horas, no pudo apartar de su cabeza el recuerdo del beso que le había dado a Gonzalo, no porque este fuera memorable, se dijo para justificar su inquietud, sino porque se sentía avergonzada por su arrebato. ¿Con qué cara iba a mirarlo al día siguiente cuando acudiera a la tutoría? ¿Qué clase de profesional era si besaba al padre de una de sus alumnas? Por otro lado, y conociendo su tendencia a pensar que ninguna mujer era capaz de resistirse a sus encantos, seguro que estaba convencido de que ella era otra de sus conquistas.

Notando cómo se ponía colorada enterró la cabeza debajo de la almohada y amortiguó un gritito. El sonido alertó a Allegra, quien saltó sobre la cama dispuesta a salvar a su dueña temporal. Tenía su precioso pelo atigrado erizado por el temor, pero, aun así, sus ojos dorados escudriñaron cualquier peligro que pudiera perturbar a Irene para lanzarse sobre él con las uñas bien dispuestas.

Durante los últimos dos años, Irene colaboraba como voluntaria en una asociación encargada de recoger gatos de las calles, salvándoles de morir atropellados o a manos de vándalos, y buscarles un hogar mientras les ofrecían alojamiento en las casas de los asociados y revisiones veterinarias. No obstante, esta era la primera vez que Irene se topaba con un animalito

como Allegra, una gata adulta que apenas le daba trabajo. Se pasaba el día escondida en cualquier rincón, dormitando, y era tan dulce como esquiva. Con total seguridad, producto de la vida que había llevado antes de entrar en la asociación.

De algún modo la gatita le recordaba a Paula, las dos estaban tan heridas que ambas optaban por apartarse del mundo, Allegra escondiéndose y Paula hablando lo justo y observándolo todo con sus grandes ojos azules, idénticos a los de su padre.

—No, no, no. No pienses en eso, Irene —se regañó, despertándose por completo.

Se desperezó y estiró la mano para llegar hasta el teléfono móvil que descansaba sobre la mesilla de noche. Tenía que ponerse en marcha, pero antes haría un par de llamadas que tenía pendientes.

La primera fue para Germán, al que llamó para invitarle a comer con ella al día siguiente, la última y más larga fue para su madre, quien consiguió quitarle un peso de encima.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Vas a venir a comer a casa? —preguntó Úrsula, sabiendo que el motivo habitual por el que su hija pequeña la llamaba un domingo por la mañana era para decirle que la esperara a comer, que preparara algo rico.

—No. Ayer salí con Lidia y con Ali y no tengo fuerzas ni para vestirme.

—Entonces, Lidia estará igual que tú —aventuró su madre—. ¿Qué tal le fue?

Irene se calló que estaba segura de que su hermana estaría peor porque bebió más que ella, y contestó con evasivas.

—Bien, ¿no has hablado con ella?

—Por supuesto que sí, pero ya sabes cómo es. No quiere preocuparnos a tu padre y a mí, así que no cuenta nada. Y yo no puedo evitar preocuparme. Es mi hija y ahora está sola.

—Lidia está muy bien, mamá. Animada y con ganas de rehacer su vida, pero yo te llamaba para preguntarte algo un tanto delicado... Verás... Yo... He pensado... ¿Sabes si es legal mantener una relación amorosa con el padre de un alumno? —preguntó, temblando de nerviosismo.

Tras pasar toda su vida en la enseñanza, si había alguien con autoridad para responder a sus dudas esa era Úrsula Valle, su propia madre.

—¡Irene! —su tono la alertó de que su progenitora se debatía entre regañarla por lo complicado de la pregunta y lo que implicaba, y alegrarse porque hubiera conocido a alguien que le interesara tanto como para arriesgarse a darle tanta información.

—No, no es por mí. Es Alicia la que quiere saberlo. Ya sabes cómo es de enamoradiza.

—Sí, claro, Alicia... Que yo sepa no hay nada, más allá de la ética profesional, que tampoco debería ser un problema si no se hacen distinciones con el alumno, que prohíba la relación. Si bien le puedo preguntar a Aurora o a papá, que, aunque ahora no ejerza, dudo mucho que las leyes hayan cambiado con tanta rapidez —bromeó, ya que apenas hacía un año que su marido se había jubilado—. Además, ya sabes que todavía asesora a varias empresas.

—No hace falta, mamá.

—Bueno, si te da vergüenza hablar con papá, también puedes preguntarle a Lidia. Si quieres ahora mismo llamo a Aurora a ver qué directrices tiene el centro.

Irene descartó la propuesta de inmediato, preguntarle eso a Aurora era peor que ponerse un cartel luminoso encima de la cabeza anunciando que estaba interesada en Gonzalo, algo que no era cierto, por supuesto que no. Y hablar con Lidia era igual de peligroso porque su hermana no se conformaría hasta que la pusiera al día hasta del detalle más insignificante.

Además, el beso solo sucedió porque quería demostrarle que se equivocaba en sus juicios sobre ella.

Nada más. Y el interés en conocer si una relación con él entraba dentro de la legalidad venía propiciado por el sentimiento de culpabilidad que le había quedado tras el breve encuentro. No porque se planteara algo más allá de lo que había sucedido entre ellos.

—No te preocupes, mamá. Seguro que Alicia se queda más tranquila con lo que me has dicho.

—¿Sabes, cariño? Tú también tendrías que empezar a buscar el amor...

Irene desconectó de la conversación en cuanto su madre pronunció la

palabra prohibida.

Quince minutos después, cuando consiguió colgarle a Úrsula sin resultar grosera, era consciente de que necesitaba activarse o se pasaría el día vagueando en la cama. Por ello se arrastró fuera, se dio una ducha y se vistió con unos vaqueros y un jersey fino de punto.

No tenía intención de salir por lo que ni se maquilló ni se molestó en secarse el pelo para que los rizos no se le alborotaran.

Andaba abriendo la nevera en busca de algo que preparar para comer cuando llamaron al timbre de arriba.

Al abrir la puerta se topó con la visita sorpresa de su hermana, quien la cargó, nada más cruzar el umbral, con una bolsa que contenía fiambreras calientes.

—He traído comida china. Mamá me ha dicho que no ibas a ir a comer a su casa y he pensado que tendrías hambre.

—¡Has acertado! En tu suposición y en el menú. ¿Has comprado cerdo agridulce? —preguntó mientras se le hacía la boca agua al pensar en ello.

—¿Por quién me tomas? Claro que sí —afirmó Lidia, acuclillada en medio del salón en busca de Allegra.

—Mira encima de las sillas. Suele esconderse ahí —apuntó mientras sonreía encantada por la visita y por librarse de tener que prepararse algo—. ¿Por qué no has abierto tú misma? —preguntó, cayendo en la cuenta de que, aunque tenía las llaves, solo la usó para abrir el portal.

Lidia se encogió de hombros antes de responder.

—No sabía si tendrías visita.

—¡Qué graciosa eres! —dijo un segundo antes de fulminarla con la mirada.

Dejó la comida sobre la barra de la cocina, que separaba el comedor de esta, y abrió el armario para sacar un mantel. Lidia seguía buscando a la gatita cuando ella ya tenía la mesa puesta y dispuesta. Cinco minutos más tarde estaban atacando la comida, sentadas a la mesa del comedor, con la televisión frente a ellas en *mute*.

—No entiendo por qué me has hecho encender la televisión si ni siquiera se oye.

—Sirve para hacernos compañía —explicó Lidia sin girarse ni una sola

vez a mirar el canal en que estaba sintonizada.

—¿En silencio? —insistió Irene.

—Así oiremos a Allegra cuando salga de su escondite. Por cierto, ¿no tienes nada que contarme? —preguntó su hermana, dándole la oportunidad de que confesara antes de atacar con las preguntas—. Que no hubiera invitados sorpresa cuando he llegado no te exculpa de ocultar información.

—A ver, ¿qué tal...? La comida está deliciosa. Por favor, ponle voz a la televisión.

—No te hagas la tonta. Lo sé todo.

Irene dejó de masticar para mirarla con fijeza intentando adivinar con ello qué era lo que sabía.

—¡Mamá! —apuntó Lidia, impaciente.

—Mamá no quiere que le des voz a la televisión. ¿Te ha obligado a aprender a leer los labios? —pinchó, sabiendo qué tecla presionar para sacar de quicio a su hermana mayor—. Parece que con la edad está más rara que nunca.

Lidia suspiró con exageración y le quitó el plato de delante para captar su atención.

—¡Oye! Mi comida —protestó—. ¡Tengo hambre! —Y añadió con guasa—: Santa Rita, Rita, lo que se da no se quita.

—Céntrate —pidió, devolviéndole el plato—. Mamá me lo ha contado todo.

—¡Jolín! Pues sí que ha sido rápida. Además, no veo por qué le dais tanta importancia, no era más que una pregunta. ¿Dónde queda el secreto profesional?

Lidia le lanzó una mirada fulminante antes de hablar.

—Le doy importancia porque ayer te vi besarle —confesó con expresión triunfal.

—¡¿Qué?!

—No te preocupes, Alicia estaba de espaldas, solo te vi yo y, bueno, los otros cientos de personas del The Mermaid —dijo con guasa—. Y respecto a la pregunta, la respuesta es no. No es ilegal confraternizar con nadie. Por si no lo recuerdas vivimos en una democracia —se burló, aprovechando su turno para devolverle la pelota.

—Gracias. Aunque espero que no te importe que pida una segunda opinión. Mañana. Al mediodía. —Se detuvo para enfatizar la declaración que iba detrás—. Cuando hable con Germán. Hemos quedado para comer juntos. Solos...

La expresión de sorpresa de Lidia consiguió que Irene se relajara un poco. Tal y como había previsto, la conversación se desviaría hacia el abogado y ella se libraría de hablar de Gonzalo.

—¿Has quedado para comer con Germán? —Irene cabeceó al tiempo que tragaba el bocado que tenía en la boca—. ¿Por qué?

—Es mi amigo. De vez en cuando quedo a comer con mis amigos —explicó con una expresión que daba a entender que no comprendía la pregunta—. Deberías probar. Es divertido.

—Dime que no vas a hacer lo que creo que vas a hacer.

—¿Puedes ser más específica? Puede que tú leas los labios, pero yo no leo mentes.

—¡Irene! Ni se te ocurra hacer nada —pidió, alzando la voz. Y recalcó—: Me dijiste que no ibas a hacer nada.

—En realidad dije que no iba a hacer nada, igual que tú. Y lo mantengo. No voy a hacer nada de nada.

—No juegues conmigo, nada ya es nada. Soy tu hermana mayor y merezco un respeto —apuntó con indignación haciendo un mohín.

La situación era tan cómica que Irene no pudo aguantarse las ganas de reír. Su hermana seria y enfadada exigiendo respeto era algo tan nuevo que estalló en carcajadas.

Desde niñas había sido Irene quien adoptó el rol de protectora. Ni siquiera los tres años que Lidia le sacaba habían conseguido que la hermana mayor ostentara ese papel.

Lidia era la más social, la que llegaba tarde a casa, la que salía con chicos a escondidas de sus padres e Irene quien la ayudaba a ocultarlo y cargaba con las culpas cuando sus progenitores las regañaban por saltarse el toque de queda.

—Sabes que jamás haría nada que te perjudicara.

—Lo sé. Y sé también que siempre me has apoyado, sin embargo, en esta ocasión te agradecería que no intervinieras.

—Está bien —aceptó alzando la mano en un gesto solemne de juramento —, eso puedo hacerlo.

—Gracias. Ahora cuéntame lo del padre de tu alumna y el beso de película que le plantaste en los morros. ¿O acaso te creías que me había olvidado de tu actuación de mujer fatal?

—Tenía la esperanza de que lo hubieras hecho, sí —murmuró en voz baja, hablándose a sí misma.

Capítulo 12

El lunes Irene supo lo mucho que Paula la había echado de menos durante el fin de semana cuando la vio correr hacía ella en cuanto salió al patio con Alicia para recoger a sus alumnos y acompañarlos hasta su clase. En un acto instintivo le ofreció su mano a la niña, quien se asió a ella sin dudar un instante, confiada y complacida por el gesto de su maestra.

Retomando la normalidad saludó a los demás niños, y se disponía a entrar en el aula cuando una mano grande y caliente la aferró por el codo. Se dio la vuelta sabiendo de antemano con quien se iba a encontrar al hacerlo.

—Sé con todo lujo de detalles en lo que estás pensando ahora —la saludó él con una mirada traviesa y una sonrisa pícara.

Irene no pudo hacer nada más que mirarle la boca con las mejillas arboladas. Y todo porque con su comentario Gonzalo había puesto en su cabeza el recuerdo del beso. Nada que ver con el estremecimiento que le provocó su mano caliente en su brazo.

—Buenos días, señor Acosta —saludó con sequedad—. Le aseguro que no estaba pensando en nada que usted fuera capaz de adivinar.

Gonzalo sonrió, complacido al comprobar que volvía a hablarle con tanta formalidad. Lo que significaba que se sentía incómoda en su presencia, con total seguridad por el recuerdo del beso que le dio, y que sin duda la había atormentado tanto como a él.

Después de todo había decidido que lo más sensato para ambos era que se trataran de un modo formal y cordial. Tenía que olvidarse de los velados coqueteos si pretendía no pensar en ella como en una mujer, sino recordar

que solo se trataba de la maestra de su hija.

—Señorita Alcázar, esperaba que tras nuestro... momento de intimidad, me tutearas. De hecho, lo hacías antes de... dicho momento.

Irene enrojeció y miró a ambos lados, temerosa de que alguien hubiera escuchado la conversación y elucubrado supuestos. Solo se quedó tranquila cuando vio que, aparte de Paula, estaban solos. Los padres habían ido abandonando el colegio y Alicia se había hecho cargo de los niños llevándolos al aula sin esperar su ayuda.

—Para empezar, el momento de intimidad —dijo rechinando los dientes—, no fue tan importante y, por otro lado, no tengo inconveniente en tutearte. Es la costumbre —se excusó.

Gonzalo sonrió sin fingimientos. Hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien con una mujer. O para ser más específico, hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien charlando con una.

—Fabuloso.

—Perfecto.

—Genial, y dejemos ya los sinónimos o no llegaré al trabajo en todo el día. El motivo por el que te he interpelado es para recordarte nuestra tutoría. Veo que ya has descubierto que Paula es especial —señaló mirando las manos de ambas cogidas mientras su estómago se retorció al comprobar la cara de felicidad de su hija.

Irene se mordió la lengua para no soltar un impropio y divertirse más, y con una sonrisa falsa le agradeció el detalle.

—Gracias por el recordatorio, pero no era necesario. Nunca olvido mis obligaciones.

—Estoy seguro de que no lo haces.

La rubia tuvo la sensación de que la declaración no era un cumplido. Se quedó allí plantada con Paula a su lado mientras lo veían marchar. Seguro de sí mismo, atractivo en sus pantalones chinos y su polo azul marino. Acostumbrado a la admiración de las mujeres...

Fue la niña la que captó su atención tirando de su mano, si no lo hubiera hecho sería muy probable que se hubiera quedado allí clavada mirando cómo Gonzalo cruzaba el patio del colegio y salía por la puerta.

—Dime, Paula —pidió, agachando la cabeza para mirarla.

No esperaba que la niña le respondiera con palabras, por eso cuando lo hizo se quedó tan desconcertada, por eso y por la pregunta en sí.

—Irene, ¿qué es *entimidat*?

La mañana había ido pasando e Irene sentía que tenía sobre su cabeza una guillotina que iba deslizándose más cerca de su cuello con el paso de cada minuto.

Anduvo despistada gran parte de la mañana. Y menos mal que los niños estaban poco revoltosos porque casi sin darse cuenta se encontró con que Alicia le había estado hablando y no se había enterado de nada.

—¿Vamos a hacer la reunión del inicio de curso esta semana?

—No, mejor el miércoles que viene, que retomamos el horario normal — decidió mientras los pequeños correteaban por el patio.

Esa mañana les tocaba cuidar del recreo y ambas habían ido buscando los últimos rayos de sol del verano, ya que octubre y el fresco que traía consigo estaban a la vuelta del calendario.

—De acuerdo. ¿Estás bien?

—Sí, un poco cansada. No he dormido mucho estos últimos días.

—No sabía que cansada fuera sinónimo de nerviosa —le espetó Alicia sin mirarla.

—¿Nerviosa? ¿Por qué tengo que estarlo? Estoy muy tranquila.

Alicia se giró hacia ella con una expresión sarcástica.

—Ya sabes el porqué. En cuanto acaben las clases tienes una reunión importante con un tipo importante —comentó con un tonillo que a Irene le pareció que insinuaba más de lo que decía.

—Para empezar, Gonzalo no es importante. Es un padre más, por lo tanto, se trata de una reunión más.

Igual que la que pueda tener con cualquiera de los padres de mis alumnos. No te confundas... Además, la que se quedó impactada el primer día del curso fuiste tú.

—Por supuesto. Porque tú ya lo habías visto con anterioridad y estabas preparada —aceptó Alicia intentando disimular una sonrisa.

Irene le puso mala cara, pero no dijo nada.

—Solo una pregunta más, ¿de cuántos padres de tus alumnos conoces sus nombres? —siguió pinchando su amiga.

Irene apretó los puños a los costados y la miró entrecerrando los ojos con el ceño fruncido.

—De unos cuantos.

—Estoy segura de que tienes razón. Siempre has sido muy eficiente —musitó, escondiendo una sonrisa.

—¿Y qué tal van tus pesquisas? ¿Ya has dado con el novio perfecto? —preguntó Irene tratando de cambiar de tema.

De un tiempo a esa parte, los hombres se habían convertido en el tema recurrente de todas sus conversaciones con Alicia. Irene le arrojaba la pregunta y ella se lanzaba a divagar sobre ello durante largos minutos, que le permitían desconectar un poco de la conversación. En esos instantes se sentía culpable por no ofrecerle la atención que su amiga esperaba. No obstante, esa mañana estaba demasiado furiosa con ella como para que le importara.

—He decidido seguir tu consejo. Voy a apuntarme a una web de citas.

—¿De verdad? Eso está muy bien —dijo, aunque en realidad jamás le hubiera aconsejado que hiciera algo semejante, sino que, en una conversación al respecto, Irene comentó que había webs en las que conocer a gente afín.

—No es una web al uso, es más bien una aplicación para el móvil. Y las citas que te conciertan son cien por cien fiables porque es un superordenador el que determina con quién eres compatible y con quién no.

—Suena... científico —apuntó.

—Lo es, la única pega es que hay que hacer un montón de tests antes de que el ordenador te proponga una cita.

—¿Has empezado ya a hacerlos? —preguntó, fingiendo poco interés.

De todas las locuras que Alicia cometía esa le parecía la más peligrosa.

—No, primero quiero estar segura del grado de fiabilidad. De momento estoy investigando.

—Eso está muy bien —zanjó, dando gracias al timbre que anunciaba el final de recreo por salvarla de decirle a su amiga que le parecía una locura conocer a un hombre a través de una aplicación de móvil habiendo tantas opciones para hacerlo en vivo y en directo—. Dentro de nada alguien inventará el novio por catálogo —dijo en voz baja. Volviendo a retomar su

costumbre de hablar consigo misma. Al menos en esta ocasión tuvo el buen tino de susurrarlo.

—Ojalá —pidió la morena, quien la había oído.

Habiendo transcurrido tan solo una semana de clase, lo único que Irene podía mostrarle a Gonzalo de su hija eran las pocas fichas de trabajo que habían hecho esos días; en los que se habían dedicado a hacer que los niños se sintieran cómodos y comprendieran que el colegio era un lugar donde divertirse y aprender, y no una cárcel que los alejaba de sus padres.

Declinó el ofrecimiento de Alicia de estar presente durante la reunión porque no pensaba dejar que Gonzalo creyera que tenía algún problema en estar a solas con él.

Salió del aula para pedirle que entrara y se encontró con que se había sentado con su hija en el banco que había frente a su clase. A pesar de sus esfuerzos por no hacerlo se fijó en sus brazos fuertes y musculados, que su polo de manga corta dejaban a la vista. El corte de sus pantalones chinos, el estilo de sus zapatos... Todo ello le confirmaron lo que ya sabía, que era un hombre que le daba importancia a la apariencia y no solo a la de las mujeres con las que salía, sino también a la suya propia.

—Pasad, por favor —dijo, alzando la voz e interrumpiendo lo que fuera que le estuviera contando a Paula y que hacía reír a la niña.

Gonzalo apartó la mirada de su hija y la clavó en ella, apreciando que se había quitado el babero y solo vestía una blusa fina de color azul celeste, a juego con el color de sus ojos, y unos vaqueros pitillo que se le ajustaban como un guante. Sonrió socarrón para disimular lo mucho que le gustaba lo que estaba viendo.

Se levantó del banco y cogiendo la mano de su hija se dirigió al aula, pasando por delante de Irene, quien les franqueaba la entrada.

—Paula, cariño, ve a la alfombra y juega un ratito mientras yo hablo con papá. ¿Te apetece? —pidió Irene con una sonrisa afectuosa—. Puedes sacar los juguetes de la caja, luego los guardamos.

Del mismo modo que la pequeña había establecido una conexión con Irene que no tenía con Alicia, la profesora también había sentido un tirón

especial hacía la niña que la distinguía de sus otros alumnos.

Vínculo que no se debía a nada que tuviera que ver con su padre, sino que nacía de la propia Paula. De la sensibilidad que exudaba y que despertaba su afilado instinto de protección.

—Por favor, siéntate. —Señaló una de las diminutas sillas de los niños. Al ver la expresión de Gonzalo rectificó—: Perdona, puedes sentarte en la silla de Alicia, es la costumbre.

Gonzalo asintió y aceptó la silla que ella le ofrecía. No obstante, se quedó de pie observando cómo Irene se daba la vuelta para ir a sentarse en la suya, frente al escritorio. Aunque dio la impresión de que lo había hecho por caballerosidad, al esperar que ella se sentara primero, el motivo real era que estando de pie podía apreciar mejor el modo en que los vaqueros se ajustaban a su trasero.

Seguía sonriendo cuando Irene comenzó la reunión.

La profesora tenía ganas de salir de allí cuanto antes y para ello tenía que responder a las preguntas que él quisiera formularle sobre el comportamiento de su hija y el modo en que se relacionaba con sus compañeros.

—Te he preparado las fichas que ha hecho Paula estos días. No hemos tenido mucho tiempo para hacer más, y en cualquier caso el miércoles de la semana que viene haremos la primera reunión del curso para que sepáis lo que van a hacer vuestros hijos durante el curso escolar.

Irene estaba enfadada consigo misma por sentirse nerviosa, y el hecho de que Gonzalo la mirara con tanta fijeza tampoco ayudaba a que se sintiera mejor.

—Creo que antes de hablar de Paula tendríamos que comentar lo que sucedió entre nosotros el sábado.

Tengo la sensación de que estás incómoda conmigo por haberme besado.

—No estoy incómoda y no creo que haya que hablar de nada. Fue un impulso provocado por tus palabras, pero no te preocupes. No volverá a repetirse.

—De acuerdo. No hablaremos de ello si te incomoda. —La actitud condescendiente de él le molestó más que si hubiera seguido insistiendo.

Era un modo velado de darle a entender que pensaba que no era lo bastante sofisticada como para hablar cara a cara con él del beso que le había dado.

—Solo fue un beso.

—Me alegra que estés de acuerdo conmigo. Me preocupaba que te lo hubieras tomado de otro modo —apuntó él con una sonrisa.

—¿Perdón?

—Me pides perdón muy a menudo —se rio, consciente de la mirada rabiosa que ella estaba intentando contener—. Por supuesto que te perdono.

Irene iba a protestar cuando una aparición sorpresa llamó a la puerta del aula y asomó la cabeza con una sonrisa brillante en los labios.

—¿Irene? —llamó Germán, quien se disculpó en cuanto se dio cuenta de que estaba reunida—. Te espero aquí —anunció, cerrando la puerta tras de sí.

No obstante, la aludida saltó de la silla como un resorte. La oportuna aparición de su amigo había activado una idea que la salvaría de la vergüenza.

—¿Me disculpas un momento? —Ya no había rabia en sus ojos, sino una fría mirada calculadora.

Gonzalo, quien de repente se había quedado sin habla, asintió con la cabeza mientras veía a Irene salir corriendo detrás del hombre.

Germán sonrió cuando vio a su amiga salir del aula, pero la sonrisa se le quedó petrificada en la cara al verla correr para abrazarle y darle un fugaz beso en los labios. La rigidez solo desapareció cuando ella le susurró al oído:

—Por Dios, Germán, finge que estás interesado. Que tenemos una relación.

—¿Qué? —pidió en el mismo tono.

—Abrázame fuerte y finge que me deseas. ¡Sé convincente! —pidió, ladeando la cabeza para mirar a Gonzalo.

Y en ese momento Germán comprendió lo que estaba pasando. Apoyó la barbilla en el cuello de ella y vio el interés con el que el tipo que había en la clase los miraba. Girando su cuerpo en un ángulo imposible para no perderse detalle de lo que sucedía.

Con una sonrisa divertida hizo lo que Irene le pedía, incluso un poco más, no solo le devolvió el abrazo, sino que sus manos bajaron más allá de su espalda y sus labios buscaron la zona sensible de su cuello.

—Tampoco te pases —exigió ella, conteniendo una risilla.

Germán rio con la cabeza todavía enterrada en su cuello.

—Has dicho que querías que fuera convincente —protestó.

—Bueno, pues no tanto.

—Te adoro, Irene —dijo, en voz alta y clara—. Dime que no vas a hacerme esperar mucho más. Llevo toda la mañana pensando en lo que hicimos anoche.

Ella fingió una risita coqueta, como si estuviera acostumbrada a que los hombres le declararan amor todos los días.

—Te compensaré. Lo prometo, y será mejor que lo de ayer.

Capítulo 13

Germán se estaba divirtiendo de lo lindo a su costa, comprendió Irene. Y es que había cosas que no se le podían pedir a los amigos, por muy íntimos que fueran.

Tras la pantomima, la había esperado en la puerta del aula hasta que terminó su conversación con Gonzalo, ejerciendo de novio amoroso, que se moría de ganas por salir a comer con su chica.

Gonzalo por su parte no había dudado un segundo en preguntarle quién era el tipo que la había abrazado cuando regresó al aula y retomaron la reunión.

—Un amigo —respondió sabiendo lo que él supondría.

—¿Tratas de ese modo a todos tus amigos? —inquirió en un tono enfadado que desconcertó a Irene por el poco sentido que tenía—. No sabía que tocarte el culo era un derecho reservado a tus amistades.

—No es asunto tuyo.

—Tienes razón. No lo es —aceptó, volviendo al tema que lo había llevado allí: Paula.

Tras el breve intercambio, Gonzalo le comentó algo de lo que Irene ya se había percatado, lo poco que hablaba la niña. Se limitaba a decir alguna frase suelta y a los monosílabos. A pesar de ello se relacionaba bastante bien con los niños de clase. Ese era un detalle que tenía desconcertada a Irene ya que Paula parecía más interesada en observar lo que la rodeaba que en relacionarse con los adultos. Con Alicia y las demás profesoras se limitaba a asentir o negar con la cabeza.

Una vez que el tema quedó aclarado y que ambos decidieron que era demasiado pronto para que la valoraran la psicóloga o la logopeda del centro, padre e hija se marcharon mientras Irene recogía sus bártulos para salir a comer con Germán.

—Gracias por ayudarme con lo de antes —comentó, enlazando su brazo al de él, cuando salían del colegio.

—De nada, pero que sepas que es la primera vez que una mujer me usa para darle celos a otro hombre, y he de confesar que duele mucho en el ego —comentó riendo y bromeando—. ¡Estoy desolado!

Los hombres como Germán, inteligentes, atractivos y, sobre todo, seguros de sí mismos, no tenían ningún problema con ayudar a una amiga en el contexto que fuera.

—Te prometo que te devolveré el favor, si algún día necesitas darle celos a alguien. Aunque tu suposición no haya sido cierta porque yo no pretendía ponerle celoso, sino demostrarle que no es el ombligo del mundo y que no estoy interesada.

—Recuérdame que no te cabree —dijo riendo—. Bajo tu cara angelical se esconde una auténtica arpía —comentó sin dejar de sonreír mientras se paraba frente a su coche y le abría la puerta a Irene para que se acomodara en el asiento del copiloto.

—Lo que me recuerda... ¿Qué pretendes con mi hermana? Tengo entendido que el otro día la llevaste a cenar a su local favorito.

Germán, quien acababa de sentarse al volante, la miró con seriedad.

—Todavía no nos hemos sentado en el restaurante y ya me has calado —bromeó, intentando salir de la encerrona.

—Te calé hace mucho tiempo. Pero eso no responde a mi pregunta. ¿Qué intenciones tienes con Lidia?

¿Por qué has cambiado de repente con ella?

—¿No vas a dejar que coma algo antes de responder?

Irene arqueó una ceja, pero no dijo nada.

—No he cambiado nada, Irene. Creía que lo sabías.

—Y lo sé. Solo quiero escucharlo de tus labios.

—De acuerdo, estoy enamorado de tu hermana. Lo que pretendo es casarme con ella, ¿qué iba a querer si no?

Irene no podía decir que estuviera sorprendida de la respuesta de Germán. Siempre había sospechado que la actitud esquiva del abogado con Lidia escondía algo. Ella era la única mujer con la que se comportaba de ese modo. Con todas las demás, ella misma incluida, era encantador, atento... Perfecto.

No había mujer que lo conociera y que no acabara medio encaprichada de él.

Lo que resultaba sospechoso. Como si con ello Germán pretendiera establecer una barrera entre ellos, era el modo frío y distante con el que trataba a Lidia. Como si necesitara protección de Lidia, la esposa de su, por aquel entonces, mejor amigo.

No obstante, aunque Irene sabía que su hermana compartía los mismos sentimientos que Germán tenía por ella, se topaba con el pequeño detalle de que le había prometido no hacer nada.

De hecho, el único motivo por el que le había preguntado a bocajarro sus intenciones era porque hacer y decir eran dos términos por completo distintos. Lidia era una abogada que conocía el papel que tenía una buena elección de palabras a la hora de condenar o exonerar a un acusado. De modo que por ese lado se sentía cubierta. Había dado su palabra de no hacer nada, no de no decir nada.

Aun así, no podía desvelarle a Germán lo que su hermana sentía por él. Si pretendía conquistarla iba a tener que esforzarse porque ella no tenía intención de facilitarle las cosas. Lidia se merecía que se tomara el trabajo de seducirla, de conquistarla.

Estaban sentados en el restaurante favorito de Irene, el Dionisios, a la espera de que el camarero les sirviera la *moussaka* griega que habían pedido cuando ella decidió retomar su anterior conversación.

—No voy a decirle a Lidia que me has traído a comer a mi restaurante favorito —dijo, guiñándole un ojo—. Pensaría que lo haces con todas y perderías puntos a sus ojos.

—¿Significa eso que tengo tu aprobación para casarme con tu hermana?

—Siempre la has tenido. Tú eras mi favorito por encima de Raúl. No finjas que no lo sabías. En cualquier caso, es otra aprobación la que necesitas.

—Lo sé —apuntó, refiriéndose a las dos declaraciones de Irene.

—¿Cuándo vas a decírselo?

Él la miró de repente horrorizado, como si acabara de confesarle que por las noches salía a la calle armada hasta los dientes y exterminaba ancianas y gatitos.

—No vayas tan rápido. No tengo intención de decirle nada.

—Ahora sí que me he perdido. ¿Cómo vas a casarte con ella sin pedírselo? —Y añadió hablando consigo misma—: Otro que quiere que le lean la mente.

Germán sonrió, acostumbrado a las conversaciones internas de Irene.

—De momento voy a darle tiempo. La quiero, desde siempre. No tengo vergüenza en confesártelo, por otro lado, confío en ti. Pero lo importante aquí no soy yo, lo importante es que tu hermana acaba de divorciarse. Hace apenas un mes y medio estaba casada con alguien con quien creía que iba a pasar el resto de su vida.

—No creo que llegará a tanto —apuntó, interrumpiéndole—. Raúl nunca la satisfizo de ese modo.

Germán no siguió porque el camarero llegó con la comida. Esperó a que dejara los platos sobre la mesa y se marchara antes de exponerle a Irene sus pensamientos.

—Necesito que esto funcione, y no lo hará si empezamos una relación tan pronto. Lidia necesita tiempo, pasar el duelo, recordar lo maravillosa que es. Solo así tendremos futuro. No quiero estropearlo con las prisas. Además, tengo que conquistarla, no lo olvides —apuntó, guiñándole el ojo.

—Eres un hombre maravilloso. Es una pena que ya estés ocupado. —Se llevó la mano a la frente en un gesto teatral.

Germán se rio de la broma.

—Debo de serlo si he conseguido distraerte de la *moussaka* que tienes delante. Ni siquiera la has probado —bromeó, siguiéndole el juego.

—Lo eres. Una pena que no haya más hombres como tú.

—¿Quieres hablar del tipo del colegio? Parecía interesado en sacarme los ojos —comentó con amabilidad, sin presiones, dándole la oportunidad de decidir si quería tocar el tema o no.

—No hay nada que contar. Es el padre de una alumna y cree que estoy loca por él. ¡Absurdo! Nunca me han atraído los engreídos. Tú me has

ayudado a bajarle los humos.

Germán disimuló una sonrisa.

—No te preocupes, después del numerito que hemos montado dudo que vuelva a pensarlo.

—¡Estupendo! Eso es justo lo que quería.

Irene acababa de llegar a casa cuando el móvil comenzó a sonarle dentro del bolso. Entró a toda prisa y se dispuso a buscarlo, pero tenía tantas cosas en él que cuando por fin lo encontró ya había dejado de sonar. El icono rojo de llamada perdida apareció en la pantalla. Se dejó caer en el sofá y se dispuso a ver quién era la persona que quería hablar con ella. No obstante, todavía no había logrado desbloquearlo cuando le entró una nueva llamada. Sonrió al ver la cara de su hermana ocupando la pantalla.

—Dime, hermanita.

—Hola —saludó esta con timidez. Desconcertada por la jovialidad en el tono de voz de Irene.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarte? —bromeó, conociendo el motivo.

—Yo... Te llamaba... ¿Qué tal te ha ido la comida con Germán?

Anticipándose a la llamada, Irene había tomado una decisión al respecto y esa era la de mantenerse al margen. Y pensaba hacerlo, no solo porque no quisiera traicionar la confianza de Germán, del mismo modo en que no iba a traicionar la de su hermana, sino también porque las palabras de su amigo eran por completo ciertas. Lidia necesitaba tomarse su tiempo y una relación relámpago con Germán no era la respuesta.

Se había pasado la vida protegiendo a Lidia y, aunque Raúl también había logrado engañarla a ella, no era menos cierto que Germán siempre fue su favorito. Tanto fue así que la relación que mantenía con él era más cercana de la que nunca mantuvo con su ya excuñado.

Germán era íntegro, leal y de confianza, y tal y como él le había hecho ver, para que el romance entre ambos durara, Lidia necesitaba curarse de heridas de las que ni siquiera era consciente que tenía.

—Genial. Germán es un encanto. Lo he pasado muy bien. Tendrías que haber venido con nosotros.

—Sí, claro. ¿De qué habéis hablado? —insistió Lidia.

—De muchos temas, no sabría enumerártelos todos ahora. Lo típico: cine, libros, comida, chismes... —rio fingiendo frivolidad.

—Ya veo... Pues nada. Hablamos otro día cuando tengas algo que contarme.

—De acuerdo. Te llamo mañana, Lidia.

Fue su hermana la primera en colgar.

Irene se quitó los zapatos a patadas. Sabía que era lo mejor para ella, que ponérselo fácil no era lo que necesitaba, pero eso no evitó que se sintiera mal por mentirle.

Como si hubiera notado su preocupación, Allegra saltó de la silla en la que andaba escondida y se acercó al sofá ronroneando.

—Las chicas tenemos que ayudarnos, ¿verdad, bonita? Aunque para hacerlo tengamos que lastimar un poquito a los que más queremos. —Y añadió pensativa—: Está claro que, en muy contadas ocasiones, el fin sí que justifica los medios.

Como si estuviera de acuerdo con las palabras de su dueña, la gata saltó a su regazo y se acomodó en él. Irene tuvo miedo de moverse e incomodarla logrando que se marchara, porque era la primera vez que Allegra se le acercaba tanto y por iniciativa propia.

Sonrió emocionada. Puede que, a pesar de las perspectivas, todo terminara bien. Muy, muy bien.

Capítulo 14

El martes era el peor día de la semana para Irene. En primer lugar, estaba demasiado al comienzo como para tener la ilusión de que llegara el sábado, pero tampoco lo suficiente como para conservar las reservas de energía acumuladas durante el fin de semana. En segundo lugar, todas las catástrofes sucedían un martes, solo había que recurrir al refranero español para ser conscientes de ello.

Por esa razón, cuando Paula apareció ante ella a la hora del recreo, sangrando profusamente por la rodilla, Irene se lo achacó todo al día de la semana en que se encontraban y a la mala suerte imperante.

Alterada al ver tanta sangre, característica de la zona de la herida, se llevó a la niña, que no había proferido ningún lamento, a secretaría en busca del botiquín, del teléfono de emergencias y de todo lo que en ese momento consideraba indispensable para curarla y evitar que se desangrara. Porque, aunque en una situación normal fuera una persona sosegada y racional, en esos instantes a duras penas era capaz mantener la calma por temor a asustar a Paula, quien se mostraba mucho más adulta que ella.

La niña se había manchado el pantalón ciclista blanco, que le llegaba un dedo por debajo de la rodilla, con sangre. Lo que le daba más patetismo al momento, ya de por sí crítico, al menos en la aturullada imaginación de Irene.

—¿Te escuece mucho, cariño? —inquirió la maestra, al tiempo que le pasaba una gasa humedecida con agua oxigenada por la herida.

La niña se encogió de hombros.

—¿Quieres que te sople? —Al limpiar la sangre seca su corazón volvió a

bompear con normalidad. La herida no era tan grave como supuso al principio.

Paula, quien no había proferido una sola palabra, la miró confusa.

—Si te soplo dejará de escocerte —explicó ella con una sonrisa.

La niña cabeceó para aceptar la oferta e Irene se inclinó sobre ella para soplarle en la herida mientras le aplicaba yodo para que se le secara el raspón.

—¿Está bien? —preguntó Alicia, entrando en secretaría guardándose el teléfono en el bolsillo de la bata.

—Sí, perfecta. Es muy valiente —alabó Irene.

Orgullosa de que su maestra lo hubiera notado, sonrió mostrando sus hoyuelos.

—Todavía quedan unos cuantos minutos de recreo, ¿quieres volver a jugar o prefieres quedarte con nosotras? —ofreció Alicia.

—Jugar.

Irene sonrió.

—Entonces, vamos —apuntó, recuperando a la Irene cabal que había extraviado unos minutos antes.

Las tres salieron juntas, pero un segundo después, Paula corría por el pasillo para salir al patio y jugar con sus compañeros.

—Me había asustado de verdad al ver tanta sangre —confesó Irene.

—Lo sé. He visto tu cara. Parecías a punto de desmayarte —se burló su amiga—. He estado a un segundo de pedir ayuda para que te atendieran a ti en lugar de a la pequeña.

—No seas exagerada —rio, dándole un suave manotazo en el brazo que a punto estuvo de hacer que dejara caer el teléfono móvil, que en algún momento había vuelto a sacar del bolsillo.

—¡Cuidado! Casi me lo tiras.

—Llevas toda la mañana colgada del teléfono, ¿esperas alguna llamada importante? No me digas que has puesto un anuncio de esos por palabras.

Alicia abrió la boca y los ojos con desmesura, sorprendida por la broma cruel de su amiga.

—Te has pasado —la censuró, aguantándose la risa—, estoy muy orgullosa de ti. Jamás creí que pudieras ser tan borde.

—No lo estés. Me he pasado mucho —concedió Irene, un segundo antes

de estallar en risas histéricas—. Lo siento. Es que estoy un poquito nerviosa y no pienso las palabras antes de decirlas.

—Yo no las pienso nunca y no suelo estar nerviosa.

—Tú eres... especial. Supongo que el que no filtros forma parte de tu encanto. En cualquier caso, lo siento.

—Eso ya lo has dicho un par de veces y ya está olvidado. —Esbozó una mueca socarrona—. Y por si te interesa redimirte te diré que estoy rellenando los tests. —Hizo una pausa dramática—. No me vendría mal una ayudita. ¡Hay miles!

—No sé qué voy a hacer yo —se quejó—. No puedo responder por ti.

Alicia agachó la cabeza sobre su móvil para leer una de las preguntas a las que tenía que contestar.

—¿Qué valoro más en una pareja, la sinceridad o la lealtad?

—¿Las dos?

Alicia se lo pensó antes de cabecear de un modo afirmativo.

—Tienes razón. A ver, la siguiente. ¿Qué cualidad es la que más valoro en un hombre?

Irene se lo pensó un segundo antes de ofrecerle una sonrisa traviesa y una respuesta.

—La fidelidad. La honestidad.

En esta ocasión Alicia no reafirmó la respuesta, e Irene comenzó a sentirse nerviosa.

—Siguiente pregunta, ¿cuál es mi color favorito?

—¿De verdad preguntan eso? —Se inclinó sobre su brazo para comprobar que era una pregunta del test.

—Te lo prometo. Contesta.

—El rojo, aunque crees que el negro es el mejor color para vestir.

—¿Creo en el amor a primera vista?

—No, necesitas al menos una cita para descartar a alguien. A veces, incluso dos.

—Ves, qué bien me conoces —aprobó Alicia—, quédate tú con la mitad de las preguntas y yo haré la otra mitad. ¿Dónde tienes el teléfono? —pidió.

En cuanto Irene se lo sacó del bolsillo trasero del pantalón vaquero, Alicia se hizo con él, descargó la aplicación de *Cita a ciegas* y entró en ella

con su usuario y contraseña. De modo que ambas pudieran responder a los tests desde los dos teléfonos.

—Que conste que lo hago porque tengo muchas ganas de tener un sobrinito y parece que necesitas ayuda para encontrar al donante —se rio Irene, al recordar su conversación de principio de curso.

—¿Todavía estás nerviosa? —inquirió Alicia, mirándola con fijeza.

—Estoy mejor, ¿por qué?

—Porque sigues diciendo tonterías —la amonestó, antes de echar a andar sin esperarla.

Y así siguieron el resto del día, respondiendo a los cuestionarios cada vez que disponían de unos minutos de tranquilidad. Algunas preguntas eran tan retorcidas que Irene no podía evitar soltar carcajadas o estrujarse las meninges para responderlas. Otras veces se veía en la obligación moral de preguntarle a Alicia sobre ello.

Eran las nueve de la noche cuando tumbada en el sofá llamó a su amiga para informarle de que su parte estaba finiquitada.

Ahora solo quedaba que el famoso superordenador, del que Alicia no dejaba de hablar, hiciera un buen trabajo y diera con el chico perfecto para su mejor amiga. Uno que no solo la encandilara a ella, sino que les tapara la boca a la madre y a la hermanísima de Alicia.

Hacerse cargo de Paula estaba resultando más difícil de lo que Gonzalo había supuesto que sería, y eso que tampoco es que hubiera creído que fuera a resultar un paseo por el parque. No es que hasta el momento se hubiera desentendido de su hija, ni mucho menos. Sino que había delegado una parte de sus obligaciones en Carmen y en su padre. Sobre todo en Rodrigo, que durante los primeros meses tras la muerte de Marta se había trasladado a vivir en su casa y que no había regresado a la suya hasta casi un año después.

El asunto era que Paula se había ido haciendo mayor y con ella también lo habían hecho las obligaciones y las responsabilidades, ahora ya no solo tenía que ocuparse de su bienestar, sino que tenía que llevarla al colegio, recogerla y entretenerla durante la tarde al tiempo que intentaba trabajar en sus proyectos, y al regresar a casa debía bañarla, vestirla, hacerle la cena y

contestar a sus preguntas complicadas.

Si bien era cierto que Paula hablaba lo justo, no lo era menos que cuando se soltaba conseguía meterle en un compromiso, como esa noche cuando al meterla en la cama le preguntó si se podía tener más de una mamá.

Durante unos segundos Gonzalo se quedó en blanco. Sin respuestas. Sin estar seguro de que su hija le hubiera preguntado lo que él había escuchado. Fue la mirada expectante, ansiosa de la niña, impaciente por conocer el veredicto de su padre, lo que lo convenció de que lo que había creído escuchar era tan real como la niña que lo observaba en silencio.

—¿Por qué lo preguntas, princesita?

Paula se encogió de hombros, no obstante, no apartó la mirada de él. Todavía queriendo conocer la respuesta.

Iba a responder que mamá solo se tenía una cuando se lo pensó mejor. En ocasiones ni la propia madre lo era en realidad, para muestra solo tenía que volver la mirada a su infancia y pensar en lo que la suya no había hecho por él. Así que cambió de idea y respondió lo que Paula había estado esperando, a juzgar por la sonrisa con la que recibió la noticia.

—Sí, se puede tener más de una mamá.

—¿Qué hay que *haser*, papá?

De nuevo más palabras de las que lo tenía acostumbrado, una pregunta complicada y una respuesta que lo era todavía más.

—Bueno... Los niños no tienen que hacer nada. Eso es asunto de los papás.

Paula ladeó la cabeza para mirarlo con más detenimiento, y aunque sus labios no formularon la pregunta sus ojos sí que lo hicieron.

—Los papás... se enamoran... quiero decir... si papá conociera a una mujer... y... se casara con ella.

Entonces tendrías una nueva mamá. Quiero decir, otra persona que te cuidaría y te querría como hacen las mamás, aunque no sería de verdad tu mamá.

La niña lo miraba boquiabierta.

—¿Entiendes lo que te digo, princesa?

Paula asintió con la cabeza.

—¡Maravilloso! ¡Qué descansas, cariño! —La besó en la frente y salió de

allí cuanto antes, no fuera a hacerle una nueva pregunta.

En cuanto se sintió a salvo se apoyó en la pared, al lado de la puerta abierta del dormitorio de Paula.

Una habitación llena de peluches, princesas Disney y mundos de color de rosa. Un mundo al que, a pesar de sus esfuerzos, le faltaba algo que él no podía darle.

Suspiró, intentando calmarse. Era por esta clase de momentos incómodos por los que echaba de menos no contar con ayuda para criarla. Y a juzgar por la pregunta de su hija, no era el único que ansiaba más.

Al día siguiente y sin haber dormido más que unas pocas horas, Gonzalo todavía le daba vueltas a su conversación con Paula. Y no pudo dejar de hacerlo después de ver el modo en que a su pequeña se le iluminaba la mirada cuando su maestra aparecía. Sus ojos brillaban de alegría y su boquita esbozaba una sonrisa, al tiempo que se adelantaba en la cola para ponerse a su lado.

La reacción de Irene en esos instantes conseguía que se le cortara la respiración y la embargara la ansiedad y el pánico, sobre todo el pánico. La rubia le devolvía la sonrisa a la niña y sin mediar palabra le ofrecía su mano para que Paula la asiera.

En ocasiones otro alumno se acercaba a Irene y ella se agachaba, sin soltar a su hija, y le hablaba.

Otras, le daba la mano libre al niño... Hiciera lo que hiciera siempre mantenía a Paula a su lado.

Solo había un detalle que se mantenía día tras día: actuaba como si él no existiera. Y contra todo pronóstico, él no era capaz de olvidarse de su beso.

Capítulo 15

Había pasado una semana desde que Paula lo abordó con la pregunta sobre tener dos mamás y Gonzalo todavía seguía dándole vueltas al tema.

Su padre, al que le contó lo sucedido, le había dicho que no le diera importancia, que era lógico que Paula se hiciera preguntas, puesto que estaba creciendo y ahora con el colegio estaba desarrollando nuevas capacidades. Y al relacionarse con otros niños comentaban y comparaban las diferencias entre ellos, como que Paula no tuviera una mamá.

No obstante, Gonzalo sentía que era algo más que mera curiosidad infantil. Que su hija tenía un motivo para haberse planteado algo como aquello.

Necesitaba comentarlo con alguien que se mostrara imparcial y, dado que para Rodrigo no era más que la reacción normal de unos niños, decidió exponerle sus dudas a Roberto. Un hombre soltero que seguro que no tenía prejuicios y que abordaría el tema con la objetividad que él necesitaba.

Llamó a la puerta del despacho de su socio, pero no esperó a que este le diera paso para entrar. Estaba demasiado nervioso para ser educado y guardar las formas.

—¡Buenos días! —lo recibió este, con una mirada de apreciación—, hoy traes otra cara. Pareces menos estresado que de costumbre. ¿Le han cambiado la profesora a Paula? —se burló, sabiendo lo que la rubia estaba haciendo en su amigo.

Gonzalo no se dio por aludido, la pulla había sido demasiado directa incluso para Roberto. Estaba claro que con ello pretendía hacerlo hablar. No

obstante, en esos momentos estaba más preocupado por otros asuntos.

—El cambio de horario de Paula me ha venido bien —comentó tomando asiento en la silla frente al escritorio en el que Roberto trabajaba—. Ya no tengo que ir corriendo todo el día.

Roberto no insistió con el tema de Irene.

—Y ¿qué tal lleva ella quedarse en el comedor?

—De momento no se ha quejado. Será porque se pasan más tiempo jugando que en el aula, o será porque solo es el segundo día en que lo hace y no le ha dado tiempo a protestar. Mejor preguntámelo el viernes.

Roberto sonrió al imaginarse a la niña correteando con otros pequeños. Paula era lo más parecido que tenía a una sobrina. Como hijo único que era, las posibilidades de ser tío se reducían a las que su pareja le aportara y, dado que huía de las relaciones serias, las posibilidades eran más bien escasas.

—En todo caso no he venido para hablar de Paula, bueno, sí, pero de otro asunto más delicado que lo que come mi hija —gruñó, ansioso por soltar la bomba.

—¿Sabes qué? Retiro eso de que estás más relajado. Parece que estés a punto de saltar sobre alguien.

Y para mi desgracia, soy yo el que tienes más cerca. Creo que voy a pedirle a Marga que se tome un café con nosotros, solo para que tengas más opciones.

Gonzalo gruñó en respuesta, antes de lanzarse a contarle sus preocupaciones. Tal y como había esperado, Roberto le dio, a lo que le estaba contando, la importancia que merecía. Que una niña de tres años y medio preguntara por la posibilidad de tener una madre no era como para dejarlo correr sin más o achacarlo a simple curiosidad infantil.

—A lo mejor han comentado algo en el colegio y por eso sacó el tema.

Gonzalo descartó de inmediato la posibilidad, igual que lo hizo con Rodrigo. Paula le había explicado, con su parquedad en palabras, que estaban aprendiendo el número uno y la letra A, y no había forma de que a ella se le uniera el tema de las madres.

—¿Por qué no le preguntas a Paula? Es un asunto demasiado delicado para que no lo hagas. No le des opciones, que te responda de dónde ha sacado la idea.

—El problema es que ya lo intenté cuando me dejó caer la pregunta. No dijo nada, y estoy siendo literal. —Y añadió, pasándose una mano por el cabello—: Tampoco quiero presionarla.

—Inténtalo con más convicción. Llévala al parque, a una de esas ludotecas con bolas... Creo que hay un local para niños en el centro comercial que hay cerca del colegio —apuntó frunciendo las cejas, pensativo.

—Suen a soborno —adivinó.

Roberto arqueó una ceja como si preguntara: ¿y qué? El fin justifica los medios.

—¿Me aconsejas que soborne a mi hija para que me lo cuente?

Su amigo se encogió de hombros.

—Si funciona...

Lidia había quedado en recoger a Irene a las cinco, cuando terminaran las clases de la tarde, para ir juntas a comprar un regalo para Alicia, quien ese viernes cumplía años.

En lo que ninguna de las dos hermanas había caído, al concertar la cita, era en la posibilidad de que Lidia se diera de bruces con Gonzalo, el hombre al que había dejado plantado en el The Mermaid, y por el que su hermana parecía sentir algo, por mucho que se esforzara en negarlo.

Como si la providencia hubiera estado esperando ese momento, la casualidad se dio.

—Lo siento —se disculpó Lidia por arrollarlo, antes siquiera de saber con quién había chocado.

Por costumbre y porque estaba lloviendo, Lidia accedió al colegio por la puerta de profesores mientras que Gonzalo lo hizo por la de padres y alumnos, de modo que, al doblar sus respectivas esquinas, que llevaban al mismo pasillo, se toparon. Chocando entre ellos, sin que hubiera que lamentar daños.

El paraguas de Lidia acabó en el suelo y fue Gonzalo quien se agachó cortés para recogerlo, fue entonces cuando la abogada se tragó la palabrota que le vino a la mente al comprobar quien era su *sparring*.

—No te preocupes —aceptó él, ofreciendo su mejor sonrisa—, no ha

dolido mucho —dijo guiñándole un ojo—, fue peor que me dejaras esperándote en el The Mermaid con la excusa de que ibas al baño.

Lidia rio por la ocurrencia, un poco más relajada al comprobar que se lo había tomado con buen humor, tanto el desplante como el choque. Estaba segura de que, si no la hubiera visto dos fines de semana atrás con Irene, en la misma discoteca, no se habría acordado lo más mínimo de quién era ella.

—Eso también lo siento. Y sí que fui al baño. El problema es que había cola —rio, consiguiendo que él le devolviera la sonrisa.

Todavía estaban sonriéndose cuando en ese instante la puerta del aula se abrió e Irene se encontró con una escena que le sonaba mucho: Gonzalo prefiriendo a Lidia sobre ella. Solo había que fijarse en las miraditas que le ofrecía, y de las que ella nunca había disfrutado.

Las únicas veces que Gonzalo le había sonreído o la había mirado de frente era para jactarse por algo, para provocarla o por pura diversión al verla alterada por algo que él había dicho con toda la intención.

En cualquier caso, no tenía por qué afectarle a quién miraba con ojos de cordero degollado o a quien le sonreía. Gonzalo era un padre más y haría bien en no olvidarlo.

Con una indiferencia que estaba lejos de sentir, fue llamando a los niños conforme iban apareciendo los padres. No obstante, en lugar de llamar a Paula la primera, puesto que su padre ya estaba allí, la dejó para el final. No fuera a creer Gonzalo que sentía celos por sus flirteos con Lidia y pretendía apartarlo de ella.

Una vez que los niños fueron recogidos por sus padres y, sin dignarse a dirigirle una mirada ni a él ni a su hermana, se metió dentro del aula para recoger el bolso y la chaqueta.

—No puedo creer que estés celosa —susurró Alicia, quien no se había perdido detalle de lo sucedido—. A Lidia no le interesa y lo sabes tan bien como yo. Podría haber tonteado con él la noche que lo conocisteis y en cambio te dio vía libre.

Irene encaró a su amiga y le habló usando el mismo tono bajo y confidencial.

—No me preocupa que a Lidia le guste Gonzalo, sino que a Gonzalo le guste Lidia. Aunque no sé de qué me sorprende, si fue a ella a la que buscó

esa noche de la que hablas —zanjó, ansiosa por salir de allí y respirar aire fresco.

—Las cosas cambian —apuntó Alicia con convicción.

Sin hacer alusión al hecho de que por primera vez había sido franca respecto a sus sentimientos por Gonzalo.

—Y algunas nunca lo hacen. —Al darse cuenta de que había reconocido más de lo que pretendía, hizo un gesto con la mano como restándole importancia y añadió—: En cualquier caso me da igual. Ese hombre no es mi tipo. Ya te lo he dicho.

Alicia la miró con una expresión que la sacó de quicio porque se parecía peligrosamente a una divertida resignación. Tuvo que morderse la lengua para no gritar. Que Alicia fuera una romántica en busca de su príncipe azul no significaba que ella buscara lo mismo.

—No siento nada por él —insistió.

—¿Me has escuchado discutirte?

—No hace falta. Me has mirado.

Supo que su réplica era absurda, pero a falta de una mejor esa era la única que tenía.

—¿Qué le vamos a comprar a Alicia? —preguntó Lidia, mientras daban vueltas por el centro comercial en busca del regalo perfecto para una persona que ya tenía de todo, menos lo que deseaba más que nada: un marido.

—No tengo ni idea.

De repente la mirada de Lidia se iluminó y una sonrisa de satisfacción acudió a sus labios.

—¿Qué te parece si le compramos un paquete de experiencias?

Irene parpadeó, abrió la boca y la cerró sin decir nada. Fue al segundo intento cuando le salió la voz.

—¿Quieres regalarle un gigoló?

Fue la ocasión de Lidia de quedarse sin palabras.

—No creo que esté tan desesperada y, además, me da apuro pagar por eso. Sería tratar a un hombre como un objeto. ¿La prostitución es legal? —divagó, mientras su hermana seguía en silencio, mirándola boquiabierta—.

Bueno, aunque puede que te refieras a masajes eróticos... No sé... Supongo que es un regalo original —concedió, por fin.

Lidia no pudo contenerse por más tiempo y estalló en carcajadas, tan fuertes que tuvo que inclinarse sobre sí misma porque comenzaba a dolerle la barriga por el esfuerzo de reír. Cuando levantó la cabeza los lagrimones le corrían por las mejillas.

—No me había divertido tanto en mucho tiempo —comentó, todavía entre risas—. Eres estupenda.

—¡Vaya! Gracias, ¿y eso por qué?

—Porque es la verdad —ratificó, pasándole el brazo por los hombros al tiempo que le explicaba en qué consistían los paquetes de experiencias. Que nada tenían que ver con sesiones de sexo ni con masajes eróticos, sino con tratamientos de belleza, excursiones, alojamientos rurales...

—Una lástima. Me gustaba más lo del gigoló —farfulló para sí, con una sonrisa traviesa—. De un tiempo a esta parte lo de hacer algo ilegal me atrae mucho —apuntó más para sí misma que para que su hermana le respondiera.

Cuando Gonzalo aceptó seguir el consejo de Roberto y llevar a Paula a un parque de bolas no había esperado salir ganando por partida doble, y sin embargo ahí estaba. Viendo a su hija divertirse como nunca y ganándose con ello su admiración eterna por ser el papá más listo del mundo al conocer la existencia de lugares como ese.

Un local que se adaptaba a la perfección a las necesidades de los padres y de los hijos. Mientras los pequeños jugaban, sus progenitores disponían de una zona de *wifi* gratis y de un pequeño bar en el que matar el tiempo mientras los esperaban.

Para que no se perdieran detalle de lo que hacían los niños, dos grandes pantallas reflejaban lo sucedido en la zona de juegos, en la que dos cuidadoras les vigilaban y los entretenían.

Gonzalo se había sentado en una de las mesas que había pegadas a la pared del local, la que daba acceso al recinto. Como toda su estructura, estaba hecha de cristal transparente y la habían decorado como si fuera una pecera. Se sentó erguido en la silla con el portátil encendido y dispuesto a aprovechar

el tiempo trabajando.

A pesar de su resolución, se quedó ensimismado mirando lo que lo rodeaba. La ludoteca tenía forma circular, ocupando la zona central de la tercera planta del centro comercial, donde se situaban los restaurantes, cafeterías y las salas de multicine. En sus paredes de cristal reforzado se distinguían pegatinas de peces de colores, algunos tan extraños como irreales, y carteles anunciando que se celebraban cumpleaños con *packs* especiales incluidos.

Un banco de madera en un lateral se usaba para que los pequeños se sentaran para descalzarse, y a su lado una enorme colmena llena de celdas servía para que los padres guardaran los zapatos de sus hijos sin tener que cargar con ellos durante toda la tarde.

Se reclinó en la silla, encantado. Paula lo estaba pasando de maravilla y, además, él podía trabajar con relativa tranquilidad. Lo que aseguraba que esa no fuera la única vez que recurriera al soborno.

Puede que la tarde no hubiera sido un éxito completo porque sus planes no habían salido como esperaba, ya que Paula se había mantenido en sus trece ante sus preguntas sobre los motivos que la habían empujado a preguntar sobre mamás, pero en general estaba bastante satisfecho.

—¿Te gusta este sitio?

Paula asintió con los ojos brillantes por la emoción.

—A mí también. Es una pena que no me dejen entrar a jugar contigo —apuntó Gonzalo, señalando hacia la zona de bolas.

La niña rio, planteándose la cordura de su padre.

—Pero antes de jugar hay que merendar. Son las reglas y hay que seguirlas —explicó, sacando del maletín del portátil un paquetito plateado de galletas y pidiendo un batido de chocolate al camarero.

Paula, entusiasmada por estar en un sitio nuevo, se comió la merienda más rápido que nunca.

—Princesa, ¿habéis hablado en el cole sobre papás?

—No.

—¿Algo sobre mamás?

—No.

—Entonces, ¿por qué me preguntaste si se podía tener dos mamás?

Se negó a responder. Paula se encogió de hombros y miró hacia la zona de juegos. No obstante, Gonzalo no tenía previsto darse tan pronto por vencido.

—¿Has conocido a alguna de las mamás de tus compañeros del colegio?

—No —contestó, sin dejar de mirar hacia los toboganes de bolas.

—¿Os ha leído Irene algún cuento sobre mamás?

Paula ni siquiera habló en esta ocasión. Se limitó a negar con la cabeza mientras seguía mirando en la misma dirección.

—¿Quieres ir a jugar?

Esa pregunta sí que captó la atención de la niña.

—Sí, papá.

Gonzalo sonrió, un poco decepcionado por no haber podido descubrir nada. Sin embargo, siguió sonriendo al tiempo que la levantaba y la llevaba hasta el banco para que se descalzara y se preparara para una tarde de diversión.

Media hora después, sonreía al ver a Paula divirtiéndose tanto. De haber sabido que existían sitios como La pecera se lo habría dicho a su padre, quien al día siguiente tenía que hacerse cargo de su nieta para que él pudiera entrar en la reunión de padres que había organizado Irene. Para entretener a Paula durante ese tiempo, Rodrigo se había hecho con armamento de lo más sofisticado: los DVDs de *Frozen* y de *La princesa Sofía*, los favoritos de su nieta.

Todavía estaba riendo cuando un movimiento fuera de La pecera llamó su atención. Como atraído por un imán, en seguida advirtió la presencia de Irene y de su hermana, quienes se habían detenido en medio del centro comercial, a escasos metros de donde él se encontraba. Daba la sensación de que no supieran adónde dirigirse.

Se fijó en ellas, consciente de que no iba a ser detectado, y se dedicó a estudiarlas con minuciosidad.

Teniéndolas frente a frente nadie dudaría de su parentesco, las dos rubias, ambas de la misma estatura... Y sin embargo tan distintas. Irene destacaba al lado de su hermana mayor. No solo porque su cabello fuera más claro y su cuerpo más curvilíneo, lo que llamaba la atención en ella era su sonrisa, siempre dispuesta, su expresión serena, su dulzura destilando por cada poro

de su piel... Sonrió pensando que esa dulzura se convertía en descaro y pasión cuando él estaba cerca. Nunca iban dirigidas a él, ni su dulzura ni sus sonrisas. Él despertaba otra clase de sentimientos en ella y eso le complacía. Se preguntó cómo fue capaz de pasar de largo aquella primera noche en que se sentó junto a su hermana. ¿En qué podría haber estado pensando para ser capaz de mirar a Lidia y olvidarse de ella?

El recuerdo de sus dulces labios regresó a su mente, provocándole una molesta incomodidad en la parte baja del vientre. Puede que lo hubiera besado para convencerle de que se equivocaba en sus apreciaciones sobre ella. No dudaba de que esa fuera su intención inicial. No obstante, el propósito quedó olvidado cuando sus bocas entraron en contacto. A pesar de parecer formal y recatada, la pasión la embargó tanto como a él. Tanto que le cabreaba haber acertado con su carácter. Jamás había estado tan enfadado por ganar, pero ¿por qué? ¿Qué tenía Irene que le suponía tanto esfuerzo dejar de pensar en ella?

La pregunta siguió rondándole por la cabeza mucho tiempo después de que ambas se fueran de su campo de visión. Y se unió como una más a los quebraderos de cabeza que el nuevo colegio de Paula había llevado a su, hasta entonces, tranquila existencia.

Capítulo 16

Lidia se quitó los tacones de dos patadas en cuanto abrió la puerta de su piso. Ni siquiera había dejado el bolso sobre la mesa y ya estaba descalza. Y es que, deambular sin zapatos por casa era uno de los pequeños placeres que la vida le ofrecía. Se había pasado su infancia con su madre tras ella pidiéndole que se calzara y, la edad adulta después, con un marido que creía que constiparse pasaba por ir descalza, incluso en pleno verano. Por eso ahora era tan importante tener la libertad de hacerlo sin monsergas ni malas caras. De alguna manera, con los años, el gesto se había convertido en un acto de rebeldía que la hacía sentirse dueña de sí misma y de su destino.

Agotada se dejó caer en el sofá, ni siquiera se molestó en cambiarse de ropa o en quitarse las lentillas, ya lo haría después, en ese momento lo que primaba era descansar de la caminata que se había dado con Irene mientras recorrían el centro comercial buscando un regalo de cumpleaños para Alicia.

Sonrió al pensar en la morena. De un modo inesperado se había convertido en una de sus mejores amigas. La había conocido gracias a Irene, que trabajaba con ella, y desde el primer momento había sentido la conexión con ella. Algo inopinado puesto que no había nadie más opuesto a ella que Alicia, y sin embargo su amistad se había fortalecido a base de lágrimas, lealtad y apoyo incondicional. La misma lealtad que Irene le había ofrecido durante toda su vida. Lealtad que, pecando de inocente, Lidia esperó que su marido le ofreciera, y la misma que ella se había esforzado tanto en otorgarle, a pesar de sus sentimientos. A pesar de sí misma.

Descartó el pensamiento porque no necesitaba regocijarse en sus dramas,

sino todo lo contrario. Sin embargo, eran poco más de las siete y media y la tarde no tenía visos de mejorar. Irene no había tenido ganas de alargar la tarde de compras y quedarse a cenar con ella en el centro comercial. De modo que ahí estaba, una noche más... Con todas las papeletas de terminar cenando sola con la televisión como única compañía. Muchas veces incluso se había planteado la posibilidad de adoptar a Allegra cuando Irene la devolviera al refugio y cambiar el sonido de fondo de la televisión por alguien real que le hiciera verdadera compañía.

Estaba a punto de encender la televisión para escuchar el murmullo de voces, cuando de repente se le ocurrió que había una posibilidad de que esa noche fuera una excepción a sus solitarias cenas.

Poco dispuesta a levantarse en busca del bolso, donde se encontraba el teléfono móvil, alargó el brazo y se hizo con el inalámbrico de casa que apenas usaba. Desde que se había mudado a su nuevo hogar, tras venderle a Raúl su parte de la casa familiar y que, además, había sido uno de los primeros proyectos de su exmarido en el estudio de arquitectos que creó por aquel entonces, apenas había logrado aprendérselo de memoria.

Tenía en mente llamar a Germán, y con la excusa de pedirle ayuda en el caso de divorcio de Carolina Suárez, el que estaba llevando en ese momento, terminar invitándole a cenar.

Después de todo no era una completa mentira. Se trataba de un caso que no dejaba de complicarse y que amenazaba con dejar a una pobre mujer y a sus dos hijos en la calle porque su, ya casi exmarido, había puesto todas sus propiedades a nombre de su madre. La misma mujer que poseía el restaurante en el que trabajaba Ernesto, el marido en cuestión. Para su desgracia no podían probarlo, porque el hombre cobraba en negro por ello. La abuela de las criaturas ayudaba a su hijo a dejar a su familia a las puertas de la indigencia y encima le daba trabajo.

Si se esforzaba mucho, Lidia hasta era capaz de comprender que el marido quisiera vengarse de su mujer por dejarlo, aunque la culpa hubiese sido suya por anteponer el alcohol y a su madre por encima de su matrimonio. No obstante, lo de la abuela no tenía nombre, sentido ni justificación. Puede que viniera de una cultura diferente, que pensara que la esposa estaba obligada a cargar con el marido, hiciese lo que hiciese, pero los

niños deberían haber quedado al margen, no tenían culpa de nada y no se merecían el futuro que su abuela les había impuesto, ayudando a su padre a defraudarles.

En cualquier caso, pedirle ayuda a Germán no era solo una excusa para verle y tener compañía, sino una necesidad si quería ayudar a Carolina y a sus hijos. Nadie sabía tanto de derecho como él. Bueno, tal vez su propio padre, pero a él podía invitarle a cenar en cualquier ocasión, llamarle por teléfono a la hora que fuera o presentarse en su casa sin avisar.

Marcó de memoria el número del móvil de Germán, no porque lo hubiera usado a menudo, sino porque no podía evitar no sabérselo, y esperó, con el corazón acelerado y las manos sudorosas, a que respondiera a la llamada. Un tono, dos... Cinco... Estaba a punto de creer que no iba a contestar cuando una voz femenina habló desde el otro lado de la línea.

Respondió movida por la inercia:

—Hola, ¿me he equivocado de número? ¿No es este el teléfono de Germán Machado? —inquirió, consciente de que la voz no pertenecía ni a la madre ni a la hermana de Germán.

—Sí, sí que lo es. Lo que sucede es que ahora no puede ponerse. Está en la ducha —comentó, con cierto tono confidencial—. ¿Puedes llamarlo más tarde?

—Por supuesto. Perdona.

Colgó antes de que la otra mujer pudiera responderle y se quedó allí, sentada, con la sensación de que era la mujer más estúpida del universo. ¿Una ducha a las siete y media? ¿Desde cuándo Germán llegaba tan pronto a casa? El único motivo por el que una persona de la educación de Germán se daba una ducha con una mujer esperándolo en la habitación de al lado era porque se hubiera derramado algo por encima o porque hubiera sudado, mucho.

Unos minutos después seguía allí sentada sin moverse cuando el teléfono comenzó a sonar en su mano.

Lo alzó a desgana, sorprendida porque alguien la hubiera llamado al fijo, ya que muy poca gente lo tenía, y al ver los números que aparecían en la pantallita se quedó petrificada.

Germán, quien debía de haber sido informado por su amiga de que le habían telefoneado, le devolvía la llamada.

Lo soltó sobre los cojines del sofá como si quemara. Bajo ningún concepto pensaba responder. De hecho, lo único que deseaba en ese momento era darse una ducha y olvidarse de lo que había sucedido, o mejor, olvidarse de la ducha y de lo sucedido.

Necesitaba café a grandes dosis, por favor, pensó Lidia cuando entró en su despacho, arrastrando los pies, y vio la pila de pendientes encima de su escritorio. Se había pasado la noche en vela y solo a las seis de la madrugada cayó dormida por agotamiento. Para ser precisos, una hora antes de que le sonara el despertador y tuviera que levantarse a afrontar el día.

Cinco minutos después de que entrara en su despacho, cuando ni siquiera había encendido el ordenador, apareció Yolanda con dos humeantes tazas de aromático café.

—Ya me puedes ir contando qué te ha pasado u olerás el café, pero no lo catarás —bromeó, tendiéndole la taza.

—¿Eres vidente o qué? —contestó Lidia, molesta por que la hubiera calado con solo una mirada.

—No me hace falta. Solo hay que mirarte la cara. Das pena.

—Vaya. Gracias. Tú también estás muy guapa. —Intentó sonreír al tiempo que levantaba su taza en un mudo brindis—. Es que ayer no dormí muy bien.

—Eso ya lo veo, lo que quiero es saber el motivo de tu insomnio.

—Digamos... que metí un poco la pata —dijo, con timidez, dándole un trago largo al café.

—¿Cuánto es poco? Y ¿por qué?

—Llamé a Germán y me respondió una mujer, que me dijo que estaba en la ducha —soltó de carrerilla—. Como ves, poco es un eufemismo.

Yolanda abrió la boca, pero al no saber qué decir la cerró mientras ordenaba sus ideas. Cuando volvió a hacerlo ya tenía claro lo que quería exponer.

—No puede ser. Tiene que haber una explicación distinta a la que tú le das.

—No hay otra explicación. Al menos una que tenga sentido —apuntó, sin

querer contarle a su amiga que ella ya se había planteado esa posibilidad y que por ello se pasó la noche en vela. En un desesperado intento de justificar lo injustificable. Germán tenía pareja. O como mínimo, se veía con alguien. ¿Por qué Yolanda se negaba a verlo?

—No me lo creo. Él te quiere. Es absurdo que...

—¿Qué has dicho? —la interrumpió, desconcertada por lo que acababa de escuchar.

—¿Qué parte? ¿Que te quiere?

Lidia asintió.

—Te quiere. No me creo que estuviera con nadie del modo que tú crees.

—Eso no lo sabes, y además... es absurdo. Germán no siente nada por mí. —Agitó las manos para descartar la idea. No era bueno hacerse ilusiones, lo más acertado era ser realista.

Yolanda puso mala cara, recogió la taza vacía que Lidia había dejado sobre la mesa y se levantó para regresar al trabajo.

—Si no me crees, ¿por qué no se lo preguntas? Así salimos las dos de dudas.

—Porque ayer se acostó con otra mujer. No hay nada que preguntar.

Su asistente la fulminó con la mirada y al salir cerró la puerta de un portazo. Dando a entender que no estaba nada de acuerdo con eso.

Estaba rodeada de ineptos, qué pena que ella fuera la única del bufete con sentido común, se dijo Yolanda, caminando decidida hasta su mesa.

Por lo pronto, Germán se iba a quedar sin café. No porque creyera lo mismo que Lidia, sino por no poner las cartas sobre la mesa y ahorrarle a ella más problemas por los que preocuparse.

Varias horas después de la dramática salida de Yolanda sonaron unos golpecitos en la puerta de su despacho y dio paso sin alzar la cabeza de los documentos que andaba repasando. Supuso que se trataba de su asistente que se pasaba por allí para comprobar que no se había quedado dormida sentada o quizás para volver a regañarla, instarla a preguntar o vaya usted a saber lo que se le ocurría en esa ocasión a la mujer.

No obstante, la voz que le habló desde la puerta abierta era más ronca y

masculina que la de Yolanda.

—Lidia, no te he visto en toda la mañana. ¿Cómo te está yendo el día? —preguntó Germán, con un interés sincero. Mientras se quedaba plantado en la puerta y Lidia notaba cómo el aroma de su colonia se colaba por la habitación.

—Bien, como siempre. Con trabajo acumulado. —Aunque alzó la cabeza no fijó la mirada en sus ojos, sino que vagó por su rostro sin rumbo fijo, no queriendo fijarse en lo perfecto que le quedaba el traje de chaqueta.

Germán sonrió, dispuesto a marcharse, pero en el último momento recordó el motivo por el que había ido hasta allí.

—¿Me llamaste ayer por la tarde? Me pareció reconocer el número de teléfono de tu casa, pero como no lo tengo memorizado en el móvil no estaba seguro de que fueras tú. Devolví la llamada cuando mi fisioterapeuta me dijo que me había llamado una mujer.

—¿Tu fisioterapeuta?

—Sí, tengo problemas de espalda y todas las semanas voy a una clínica para tratármelo. Tantas horas sentado pueden conmigo. —Hablaba sin apartar los ojos de ella, desconcertado por sus reacciones y por el detalle de que no lo mirara de frente, como si se avergonzara o se sintiera culpable por algo—. Me hacen los masajes con un gel que huele a muerto. —Arrugó la nariz al recordar el olor—. Por lo que, si quiero que la gente no huya de mí despavorida, tengo que darme una ducha antes de volver a casa. De hecho, eso mismo estaba haciendo cuando recibí la llamada.

—Ya veo.

—¿Fuiste tú?

—Sí —confesó, sin añadir una explicación. Todavía estaba asimilando lo que Germán acababa de relatarle como para ser capaz de hilvanar una frase completa.

—¿Sucedió algo? ¿Va todo bien?

—No. Va todo bien. Solo te llamé porque necesitaba que me echaras una mano con el caso de divorcio de Carolina Suárez. —Alzó la mirada de su boca para mirarlo a los ojos por primera vez desde que había llegado—. No le veo solución por ningún lado y esperaba que tú dieras con algo que a mí se me hubiera pasado.

La expresión de Germán se tornó preocupada, ya que conocía el caso, aunque no fuera él quien lo llevara.

—Ahora mismo salgo para el juzgado, quizás esta tarde pueda echarle un vistazo. ¿Puedes dejarme una copia de la documentación sobre la mesa? — pidió, queriendo ayudar.

—Y si... ¿Quieres venir a cenar a casa? Prepararé algo yo misma. — Incluso ella se sorprendió de la invitación, por no hablar de Germán, que agrandó los ojos y fingió una tos para esconder un respingo.

—Por supuesto. ¿A qué hora quieres que vaya?

—Te espero a las ocho, así podemos adelantar trabajo antes de cenar.

—Allí estaré. ¡Que tengas un buen día, Lidia!

—Lo mismo te deseo.

Se mordió el labio para tragarse una carcajada nerviosa cuando fue consciente de lo que su inocente frase podía significar en otro contexto.

—Por cierto. —Germán regresó sobre sus pasos—. ¿Por qué no contestaste a mi llamada?

—Estaba en la ducha cuando llamaste. No me apetecía salir chorreando para ver quién era. Después me olvidé de hacerlo.

Lidia vio un destello fugaz de algo parecido al deseo cuando habló de duchas y de salir de ellas con el cuerpo mojado y brillante por el agua. Sonrió para sí misma y le miró con inocencia.

—Por supuesto. Nos vemos a las ocho —zanjó él. Huyendo de la imagen que ella le había metido en la cabeza.

—A las ocho —corroboró. Se había atrevido. Lo había hecho. Y lo mejor, no había ninguna otra mujer en su vida. Al menos no había ninguna que respondiera a su teléfono.

Al menos se había quitado un peso de encima y con ello una duda. Lo que no tenía tan claro era si seguiría el consejo de Yolanda y le preguntaría sin ambages por sus sentimientos o, por el contrario, intentaría descubrirlo a su modo, mucho más directo y placentero.

Capítulo 17

En cuanto lo vio, Irene supo que ese hombre era familiar directo de Gonzalo. No solo porque tuviera los mismos ojos que él y que Paula, sino porque poseía idéntico magnetismo atrayente y la misma pose segura de este. No obstante, en todo lo demás era opuesto a su hijo. Rodrigo era la persona más encantadora, cercana y educada que Irene recordaba haber conocido nunca.

Estaba solo cuando fue a recoger a la niña y le ofreció una sonrisa deslumbrante cuando ella adivinó a quién había ido a buscar:

—Sí, es mi nieta —apuntó con orgullo mal disimulado—. Soy Rodrigo —se presentó, tendiendo una mano firme.

—Irene. Y déjeme decirle que Paula se le parece mucho. Como norma general no dejamos que nadie se lleve a los niños si los padres no dan antes el aviso, pero no tiene usted pinta de ser peligroso —bromeó, sintiéndose cómoda con él, a pesar de acabar de conocerle.

—Me tienes calado —le siguió la broma—. Y por favor, tutéame. Me haces sentir viejo. Así que tú eres la famosa Irene —adivinó Rodrigo.

—Lo soy, aunque no sabía que fuera famosa.

Él rio sin disimulos. Su risa sincera provocó otra de respuesta en Irene.

—Para mi nieta sí. Según tengo entendido estás a la altura de Elsa, de Anna y si me apuras hasta de la princesa Sofía.

—¡Vaya! Pues sí que soy famosa —bromeó, agachándose a la altura de Paula, a la que había sacado ella misma, para acariciarle la mejilla y guiñarle un ojo.

Siguió hablando con él, absorta en su conversación, por lo que fue Alicia

la que se encargó de ir sacando a los demás niños. No parecía muy contenta con el trabajo extra porque le lanzó varios dardos envenenados con la mirada.

—Papá, nunca dejarás de sorprenderme —apuntó una voz conocida—, cinco minutos con una mujer y eres capaz de amansar a la más fiera.

Irene se envaró de golpe al escuchar a Gonzalo y su discurso. De un modo muy sutil acababa de dejar caer que era una arisca.

—Ya te lo he dicho muchas veces, hijo. El secreto está en tratarlas con el respeto que se merecen —dijo, mirando a Irene guiñándole un ojo y sonriéndole.

La rubia se sonrojó.

—Una pena que un hombre como usted tenga un hijo tan desobediente —se burló ella, no queriendo demostrar lo mucho que le había afectado su presencia—. Encantada de conocerte —se despidió antes de darse la vuelta y entrar en el aula en la que ya empezaban a desfilar los padres.

No le pasó por alto a Rodrigo la sonrisa satisfecha de su hijo por haber conseguido que Irene se molestara.

La única finalidad del comentario había sido para provocarla, lo que se alejaba bastante de la visión de donjuán que su padre tenía de Gonzalo.

Ya desde adolescente había sabido qué hacer o decir para que las chicas desearan estar con él, y con el tiempo y la práctica perfeccionó su técnica. Hasta que Marta se encaprichó de un futuro que solo existía en su cabeza y se quedó embarazada.

A ello le siguió un matrimonio infeliz y la posterior enfermedad y muerte de ella. No obstante, dichas circunstancias no habían afectado a su éxito entre las féminas, porque pasados los meses del luto, en los que Gonzalo se ocultó en su trabajo, reavivó su vida social y hasta ahora.

Si Rodrigo estaba seguro de ello era porque Paula se pasaba dos fines de semana al mes, los que no le correspondían a su abuela Carmen, con él. Los sábados por la noche eran los momentos en los que Gonzalo salía de copas con Roberto o con alguna de sus amigas y él se ocupaba de Paula.

Lo hacía consciente de que Gonzalo era joven y necesitaba despejarse de vez en cuando. Después de todo estaba criando una niña solo.

—¿Qué te sucede con esa mujer? —inquirió Rodrigo con curiosidad.

—¿A mí? —Su tono susceptible despertó todavía más la curiosidad del

hombre—. Nada. Pasaré a recoger a Paula cuando termine aquí —explicó, agachándose para besar la mejilla manchada de tierra, del recreo, de su hija.

Gonzalo estuvo a un latido del colapso cuando escuchó a Irene decir en la reunión de padres que todos iban a tener que ir un día a la semana a contarles un cuento a sus hijos.

Sintió cómo se le cerraba la garganta y no podía respirar, de repente se sentía acalorado y notaba el sudor frío correr por su espalda... Síntomas inequívocos de que estaba sufriendo un ataque de pánico cuando se le hizo saber que él sería el primero en disfrutar del privilegio.

Siguiendo un riguroso orden alfabético, Paula y, en consecuencia, él mismo, eran los primeros de la lista.

Irene se dio cuenta de que Gonzalo estaba en otra parte porque apenas lograba apartar la mirada de él, y lo mismo sucedía con la madre de Laura y con la de Virginia. A la primera la conocía porque tenía otro hijo en segundo de primaria al que le había dado clase Alicia, por ella sabía que estaba divorciada desde hacía un par de años.

Del estado civil de la madre de Virginia no estaba al tanto, excepto que a las reuniones previas al inicio de curso asistió con el padre de la niña.

Siguió con la charla y se levantó para repartir las fotocopias en las que figuraban el nombre del niño y la fecha en la que deberían acudir sus padres para contar el cuento a la clase.

Cuando se la tendió a Gonzalo este la tomó sin mirarla, lo que le molestó tanto como le preocupó.

¿Desde cuándo se había vuelto tan distante? Si apenas media hora antes la había provocado delante de su padre. ¿Y desde cuándo su atención era tan importante para ella?

—Si alguien tiene alguna duda o quiere hablar conmigo de algo, mi horario de tutoría será los martes y los jueves, de cinco y cuarto a seis.

Los padres asintieron y dando por finalizada la reunión fueron abandonando la clase.

Quien no lo hizo de inmediato fue Gonzalo, que se esperó a que Irene terminara de hablar con la madre de otro alumno para acercarse a ella, todavía un poco pálido.

—Necesito una tutoría el jueves —pidió, en un tono amable al que Irene no estaba acostumbrada.

—Lo siento. Este jueves ya he quedado con los padres de José Miguel. ¿Qué tal el martes?

—¿El viernes?

—No tengo tutoría los viernes —apuntó, pero él ya lo sabía, puesto que acababa de decirlo.

Gonzalo se tomó unos segundos para pensar en alguna solución.

Necesitaba que ella le echara una mano con el tema del cuento, pero tampoco estaba tan desesperado como para lanzarse a suplicarle ayuda. Bueno, quizás sí que estaba desesperado, pero todavía le quedaba algún cartucho que quemar antes de llegar hasta ese punto.

—¿Te tomarías un café conmigo el viernes? —inquirió, tanteándola.

—No creo que...

—Déjame reformular la pregunta —interrumpió—: ¿te tomarías un café con Paula y conmigo el viernes? Así tu novio no puede alegar queja alguna.

Irene esbozó una sonrisa. No había duda de que cuando se esforzaba un poco, Gonzalo podía ser tan encantador como su padre. Y por si ese detalle no fuera suficiente para aceptar tan sorprendente invitación, todavía le quedaba el punto de que su interés en hablar con ella la intrigaba. Demasiado.

—Ya te dije que no era mi novio.

—Bueno, tu amigo especial —insistió, con intención de que ella le aclarara el punto.

—No es especial. Solo es amigo. —Y añadió intentando confundirlo más que aclarárselo—: De la familia.

Gonzalo arrugó el entrecejo, más confundido que al principio de su conversación.

—Perfecto. Entonces te tomas el café con nosotros —zanjó.

—Maravilloso —murmuró ella, asintiendo.

—Estupendo —contraatacó él.

Irene esbozó una sonrisa triunfal, consciente de que estaba a punto de

vencer:

—Solo si Paula se bebe un batido.

Gonzalo no pudo más que reconocer su derrota dialéctica con una sonrisa capaz de hacer que perdiera interés en su merecida victoria.

Cuando llegó a casa de Rodrigo, Gonzalo los encontró pegados al televisor, tan pendientes de la película que ni siquiera les importó su llegada.

Consciente de que no iba a conseguir que Paula se pusiera en marcha hasta que terminara, se sentó en el sofá junto a ellos y terminó de ver la película que, contra todo pronóstico, logró engancharle a él también.

—¿Os quedáis a cenar? —ofreció Rodrigo.

—Tengo que duchar a Paula y si nos quedamos se hará muy tarde para que se acueste.

—Aquí tiene ropa. Puedes bañarla y ponerle el pijama. Así cuando llegues a casa solo tendrás que meterla en la cama.

—Es cierto, ¿quieres quedarte a cenar, princesa?

La niña asintió con vehemencia.

—Nos quedamos. ¿Con qué plato tienes pensado agasajarnos? —inquirió con una nota de humor en la voz.

Había tenido un día horrible, necesitaba desconectar un poco y quedarse a cenar, al menos, le libraría un poco de las obligaciones que comportaba ser padre soltero.

—Filete con patatas.

—Me vale —apuntó, cogiendo a Paula por sorpresa y alzándola sobre su cabeza para que simulara ser un avión.

La niña comenzó a reír con ganas. Encantada con los juegos de su padre.

—Voy a bañar a esta princesa y luego te ayudo con la cena.

—Te dejaré las patatas para que las peles tú —se guaseó Rodrigo.

Una hora y media después estaban los tres sentados a la mesa. Paula, con un pijama de estrellitas, no apartaba la mirada de la televisión que, cómo no, estaba en un canal de dibujos.

—¿Te has dado cuenta de que Paula ha empezado a hablar más? —preguntó Rodrigo, sin querer darle mucha importancia al comentario. Era lo

bastante sabio como para saber guiar la conversación a donde quería llegar sin que se notara.

—¿Tú crees?

—Sí. Esta misma tarde me ha contado muchos detalles sobre Irene, su maestra. —Y añadió, pendiente de la reacción de su hijo—: Creo que esa chica es una magnífica influencia para Paula. Además, la niña la adora.

Gonzalo contó hasta diez antes de responder. No queriendo delatarse ante su padre.

—No creo que sea para tanto. Es su maestra y en el colegio se lo pasa bien. Eso es todo.

El hombre lo miró con incredulidad.

—Estoy empezando a pensar que tienes algo en contra de esa chica y, la verdad, no lo entiendo. No solo me ha parecido preciosa, sino que además es encantadora.

—Exageras. Solo hace su trabajo y yo lo dejaría en que es mona. En cuanto a encantadora... Yo diría que es una arpía.

Incluso estando preparado para casi todo, la respuesta de su hijo lo pilló desprevenido.

—¿Una arpía? Pero si es muy dulce.

—Eso es porque no la conoces bien.

—¿La conoces bien tú? —La pregunta, aunque formulada de un modo inocente, inquiría más de lo que podía parecer a simple vista.

Gonzalo miró a su padre antes de responder.

—Desde luego, mejor que tú.

—Si tú lo dices, hijo —aceptó Rodrigo con un brillo malicioso en los ojos.

Pues sí, se dijo, en la actitud defensiva de Gonzalo había algo que estaba decidido a descubrir. Todo fuera por el bien de Paula e incluso por el cabezón de su hijo.

Capítulo 18

Lidia no recordaba haber estado nunca tan nerviosa. Llevaba desde las cuatro de la tarde, hora en que salió del despacho y puso al día a Yolanda de su plan, ganándose con ello el perdón de su amiga, metida en la cocina preparando la cena.

Por suerte tenía cordero en el congelador, así que se ahorró el tener que salir al supermercado para hacer la compra. Como la gran aficionada a la cocina que era, tenía el refrigerador y la despensa bien provista. No solía tomarse tantas molestias para ella sola. Sin embargo, ahora que tenía la ocasión de cocinar para alguien más, deseaba que todo saliera perfecto. Precalentó el horno mientras se descalzaba, se quitaba las lentillas y se cambiaba de ropa.

Ya se daría una ducha y se pondría lentillas nuevas un poco antes de que llegara Germán, así estaría fresca para recibirle. No obstante, para cocinar le gustaba ir cómoda. Mallas y camiseta holgada, calcetines gruesos y nada de calzado.

Se calzó las gafas negras de pasta que la hacían parecer una intelectual, abrió una botella de vino blanco y se sirvió una copa, dejando el resto para el cordero. Peló patatas, cebollas y lo metió en una cazuela de barro junto con la carne, debidamente salpimentada. Como el horno ya estaba caliente, a la media hora comenzó a inundar la cocina el delicioso aroma del guiso.

Como acostumbraba a hacer, por el mero hecho de tener compañía, puso la televisión de fondo, pero el comedor quedaba demasiado lejos para que pudiera escucharlo, de modo que apagó la misma y fue al cuarto de los trastos

en busca del dispositivo de *bluetooth* que le regalaron en el banco cuando se abrió una nueva cuenta en la que era la única titular. Tras la separación se vio obligada a rehacer su vida por completo, y ese fue uno de los primeros pasos que dio.

El aparato era pequeño, plateado y redondeado. Lidia sonrió satisfecha al comprobar que armonizaba con los electrodomésticos de su cocina. Del mismo color metalizado y el mismo estilo futurista.

Buscó la frecuencia de su teléfono móvil, en el que había activado el *bluetooth*, y escogió la lista de reproducción de su teléfono que quería reproducir. Una vez que la música comenzó a sonar se dedicó a lavar la lechuga y los tomates para la ensalada de queso de cabra que iba a preparar junto con el cordero.

Una hora después seguía allí metida dándole la vuelta a la carne para que se hiciera bien por ambos lados. Como todavía era pronto y la música la entretenía más que la televisión, fue hasta el comedor, cogió de encima de la mesilla auxiliar el libro que estaba leyendo y se dispuso a matar el tiempo, hasta que tuviera que volver a darle la vuelta al cordero, leyendo.

Dio un respingo cuando la alarma con forma de manzana que había puesto para que la avisara comenzó a sonar de un modo estridente por encima de la música.

Dejó el libro a un lado y abrió el horno, con cuidado sacó la cazuela, le dio la vuelta de nuevo al cordero, añadió las verduras y lo metió todo en el horno, al que bajó la temperatura.

¡Perfecto! Se dijo, tenía la ensalada preparada, la carne a punto, solo le quedaba que las verduras se hicieran, preparar la mesa y entonces se daría una ducha para estar lista a las ocho cuando Germán llegara.

Corrió al comedor, colocó el mantel con los salvamanteles y estaba a punto de regresar para coger los platos y las copas cuando sonó el telefonillo de abajo. Sorprendida, descolgó y a punto estuvo de dejarlo caer cuando escuchó la voz de Germán.

—¡Sube! —fue lo único que acertó a decir.

Ni siquiera había puesto la mesa y él ya estaba allí. Dejó la puerta

entreabierta y corrió a la cocina para volver a subir la temperatura del horno. El único motivo por el que la había bajado era porque pensaba que tenía más tiempo para que las verduras se asaran a fuego lento y se quedaran más blanditas.

Tiempo del que sin duda carecía ya que Germán ya había llegado.

—¿Lidia? —preguntó este, cerrando la puerta del piso.

—En la cocina. Salgo en un minuto —apuntó al tiempo que cogía los platos y dos copas.

La expresión de él la descolocó por completo. Se detuvo en la puerta de la cocina, todavía con todo en la mano, indecisa entre atravesar el salón o no.

Germán la miraba con ternura y un brillo en los ojos que Lidia no supo descifrar, pero que despertaba latigazos en su vientre.

—¿Qué sucede? —preguntó, con intención de romper el embarazoso silencio.

Él sonrió más, mostrándole sus dientes perfectos.

—Nada. Es solo que nunca te había visto con gafas, y estás preciosa.

¿Gafas? El comentario la hizo dar un respingo y a punto estuvo de tirar lo que llevaba en las manos.

Había estado tan pendiente de la cena que se había olvidado de ducharse y de cambiarse las gafas por las lentillas.

Se apresuró a dejarlo todo sobre la mesa, sin molestarse en colocar cada cosa en su lugar.

—Lo siento. No me ha dado tiempo a cambiarme —explicó apurada al verlo a él tan elegante con su traje.

—¿Quieres que te cuente un secreto?

Germán, quien para entonces ya estaba parado a solo dos pasos de Lidia, se inclinó sobre ella como si fuera a revelar algo muy importante.

Subyugada por su presencia, cabeceó sin apartar la mirada de sus ojos.

—Estás más guapa con ellas puestas —dijo y le guiñó un ojo con picardía—. Pareces la más lista de la clase.

Lidia sintió que su estómago se estremecía al escucharle. Raúl siempre la instaba para que usara lentillas, según él, las gafas solo eran para estar en casa ya que le daban un aspecto demasiado intelectual y poco atractivo.

Una vez más y casi sin proponérselo, Germán lograba desconcertarla.

Ya no se mostraba distante, ni correcto. Se permitía bromear con ella, y si eso no era un coqueteo, entonces nada lo era. Quizás, después de todo, Yolanda no fuera tan desencaminada en su percepción. No ya tanto porque estuviera enamorado de ella, sino porque se sintiera atraído por su persona. Lo que ya de por sí era una magnífico punto de partida para esa noche.

—Entonces me las dejaré. El plan de hoy es complacerte. —Acababa de darle la de cal, por lo que, sin dejar de sonreír, le dio la de arena—. Siempre hay que hacer caso a la opinión de un hombre como tú.

Era la primera vez que lo trataba como lo haría con cualquier otra persona. Durante años, la actitud distante de Germán coaccionaba a la suya propia. Lidia era una persona abierta y divertida, no obstante, con él siempre había sido formal y seria. Primero como respuesta a su manera de tratarla y después por temor a que se diera cuenta de lo que sentía por él.

—¿Un hombre como yo? —preguntó, sentándose en el sofá que ella le indicaba con la mano.

—Ya sabes... Un hombre atractivo con éxito entre las mujeres.

Él pareció sorprendido.

—¿Crees que soy atractivo?

—¿Buscas halagos? Claro que eres atractivo, y veo que no me rebates en lo de que tienes éxito con las mujeres —apuntó sonriendo.

—No tengo intención de rebatirte nada esta noche. Y ya puestos a ser sinceros, me interesa más lo que pienses tú de mí.

—Respuesta correcta —rio ella—. No solo eres atractivo, sino que tienes una labia perfecta.

De un modo inconsciente, Germán se hinchó como un gallo. Había acudido a casa de Lidia para ayudarla con un caso y en cambio se topaba con la abierta admiración de ella. Una admiración que valoraba por encima de cualquier otra. No obstante, había algo en la actitud de Lidia que lo desconcertaba. Por un lado, lo había recibido con gafas y el pelo recogido, sin artificios y, por el otro, tenía la sensación de que cada uno de sus comentarios podían interpretarse en un sentido menos literal y más sugerente. La voz de Lidia hablándole lo hizo regresar a la realidad.

—¿Me das diez minutos para que me duche y revisamos el caso?

—Los que necesites. Prometo esperarte —ofreció con una sonrisa

traviesa.

—Gracias —musitó Lidia, todavía fascinada. Para no resultar tan obvia se obligó a hablar de nuevo.

—Enciende la televisión si quieres, pero te aconsejo que elijas un libro de la estantería. Te hace sentir menos solo —dijo riendo, al tiempo que se levantaba del sofá y salía a toda prisa del salón camino de su dormitorio.

No obstante, el sonido del móvil de él la retuvo en la puerta. Sabía que escuchar a hurtadillas conversaciones ajenas era incorrecto, su madre se había encargado de enseñárselo, sin embargo, antes de decidirse a expresar sus sentimientos en voz alta, tenía que saber que no había nadie en medio. Ya se había equivocado una vez, con la fisioterapeuta, en esta ocasión iba a escuchar hasta el final.

La melodía se paró y la voz de Germán sonó forzada y dura.

—¿Raúl?

Con esa única palabra el corazón de Lidia se aceleró y comenzó a marearse, su estómago protestó y tuvo que pegarse a la pared para no caerse. ¿Sería que todavía eran amigos a pesar de lo que su exmarido dijo en el restaurante? No, no podía haberse equivocado tanto con Germán, se dijo tratando de tranquilizarse.

—No entiendo el motivo de tu llamada, en su momento ya te dije todo lo que tenía que decirte. —Se calló para escuchar—. No te debo ninguna explicación y mucho menos una sobre mi relación con Lidia.

Germán volvió a guardar silencio para escuchar la réplica y como si hubiera escuchado un chiste malo soltó una carcajada falsa y mordaz.

—Lidia ya no es de tu incumbencia. Y yo no quiero serlo. —Volvió a escuchar—. Buenas noches, Raúl.

Lidia soltó el aire que había estado conteniendo en el último minuto. Después, de puntillas para no hacer ruido, entró en su dormitorio mientras el pulso le martilleaba en los oídos, no ya por la preocupación, sino por la esperanza.

Tenía que haber algún modo de demostrar que Ernesto Isla tenía trabajo y que, por tanto, recibía un salario cada mes. No podía ser que ese hombre se

saliera con la suya y que dejara a sus hijos sin un techo con el que cobijarse.

—Podríamos hacer que se hiciera cargo de él un detective privado — propuso Lidia.

—Carolina no se lo puede permitir y no es la política del bufete hacer algo así. No podemos saltarnos las normas solo porque una de nuestros clientes nos inspire lástima. No sería ético para los demás clientes.

—¡Tenemos que hacer algo!

—Lo sé. Quizás... —Se le iluminó la mirada cuando la respuesta a sus problemas acudió de golpe a su cabeza—. Dame un minuto —pidió sacándose el móvil del bolsillo del pantalón donde lo había metido después de quitarse la chaqueta que Lidia había guardado en el dormitorio de invitados.

Lo observó mientras Germán usaba su teléfono para llamar a alguien. No dijo a quién. Sonriéndole mientras esperaba a que le contestaran.

Lidia se fijó en la elegancia de sus movimientos y en el modo en que la miraba, logrando que se sintiera especial. Como cuando se detuvo al entrar en casa con una sonrisa de admiración, que le paralizó el corazón, a pesar de ir vestida para estar en casa.

—Hola, preciosa —saludó cuando le respondieron al otro lado de la línea—. Tu hermana y yo necesitamos que nos hagas un favor —apuntó con seriedad.

Que se tratara de Irene hizo que Lidia se relajara.

—¿Qué te parece si os invito a ti y a una amiga a cenar a un restaurante italiano muy de moda? —escuchó la respuesta sonriendo—, sabía que te gustaría mi propuesta.

—Pon el manos libres —pidió Lidia.

—Espera, voy a poner el manos libres, ya sabes cómo es tu hermana... —rio, con toda seguridad por la respuesta de Irene.

—Yo no puedo ir con vosotras porque el tipo me conoce de verme en los juzgados... Y Lidia tampoco.

—Por favor, por partes —interrumpió Irene—, ¿puede alguien contármelo todo desde el principio?

En seguida Germán y Lidia la pusieron al día de los pormenores del caso de divorcio que llevaban y de lo que necesitaban que ella hiciera. Que no era

otro asunto más que probar, con imágenes, vídeos o cualquier tipo de material gráfico, que Ernesto Isla tenía un trabajo que le aportaba ingresos regulares.

—Por supuesto que os ayudaré. No puedo creer que alguien sea capaz de hacerles algo tan rastrero a sus hijos.

—Gracias, hermanita.

—De nada.

Se despidieron y Germán colgó.

—¿Eres consciente de que has cumplido el sueño de la infancia de mi hermana?

Él arqueó una ceja.

—Siempre quiso ser detective privado. Nos hizo ver, a mis padres y a mí, todas las reposiciones de Remington Steele que dieron en la televisión. —Y añadió con una sonrisa—: Estoy segura de que acabas de convertirte en su héroe para siempre. Pierce Brosnan ha perdido brillo a tu lado. —Tomó un sorbo del vino que había sacado para la cena y que Germán no había recogido cuando limpió la mesa para colocar los papeles que todavía no habían terminado de revisar. Lidia se había levantado para llevarse la botella vacía a la cocina y traer una nueva cuando él habló.

—No me negaría a ser tu héroe. Irene es solo una amiga.

—¿Yo no?

—Tú eres algo más —musitó, asiéndola de la mano para acercarla a él.

Lidia no se permitió pensar en lo que iba a hacer, sino que dejó salir todo lo que llevaba dentro, se agachó y lo besó.

Posó sus labios sobre los de Germán, y un segundo después él le estaba abriendo la boca para que su lengua se adueñara de la situación. Se aferró a él y lo besó con todas las ganas acumuladas durante los últimos meses, con las fantasías que tantas veces había evocado en sus peores momentos.

Él le permitió dominar la situación unos minutos, pero se trataba de una persona demasiado acostumbrada a tener el control como para sentirse cómodo cediéndolo. Casi sin darse cuenta estaba sentada a horcajadas en su regazo y sus manos le ahuecaban los pechos, presionándolos con insistencia, como si deseara aprenderse de memoria su forma y tamaño.

Lidia gimió en su boca y, justo cuando pensaba que el siguiente

movimiento les llevaría a la cama, Germán se separó de ella y dejó de tocarla.

—Deberíamos ir más despacio —pidió, aunque sus ojos brillantes y su voz ronca hablaban de otra realidad—. Es nuestra primera cita —intentó bromear.

—¿Despacio? —preguntó confusa, al tiempo que se levantaba de su regazo.

—No quiero precipitarlo. Antes deberíamos salir a cenar... a tomar café, al cine.

—¿Al cine? ¿Quieres ir al cine? —inquirió incrédula.

—Entre otras muchas cosas. Sí —corroboró Germán, quien se debatía entre seguir el plan inicial o mandarlo todo a la porra y besarla hasta que ya no pudiera más y se viera obligado a arrancarle la ropa para penetrarla con fuerza y pasión—. Quiero seguir todos los pasos habituales antes de acostarme contigo.

—¿Por qué?

—Porque eres muy importante para mí y quiero hacerlo bien contigo —contestó, temeroso de confesarle sin tapujos ni florituras que la quería.

—De acuerdo.

Él parpadeó, regresando a la conversación. Asombrado porque Lidia hubiera aceptado tan bien sus excusas. Excusas que no eran tales, pero que a sus ojos podría ser interpretado de ese modo.

—El sábado saldremos a cenar e iremos al cine. ¿Te parece que empecemos por ahí? —propuso ella.

—Sí.

—Estupendo. Ahora nos iremos a dormir como dos buenos chicos. Puedes acostarte en la cama de invitados. No creo que debas coger el coche después de lo que has bebido.

—Gracias. La verdad es que no me siento al cien por cien para conducir. —Estaba alucinado al verla actuar con tanta seguridad.

—De nada. Ahora mismo te dejo un pijama de los míos. No te asustes —añadió al verlo alzar las cejas—, me gustan los pijamas de hombre, cuanto más anchos mejor. Estoy segura de que alguno te servirá.

Ya se estaba dirigiendo a su dormitorio cuando Germán la llamó. Se dio la vuelta para encararlo y se topó con la mirada abrasadora de él y la pared de

su cuerpo a escasos centímetros del suyo.

—Te quiero demasiado para dejar que nuestra relación suceda tan deprisa y que nos perdamos lo mejor. Aunque te deseo tanto que apenas logro contenerme. —Asió su mano y la llevó a su entrepierna para que comprobara que no mentía—. Pretendo disfrutar de esto poco a poco. Ansiar que llegue el momento... Desesperarme porque llegue...

Ella sonrió por primera vez tras el beso. Presionando con delicadeza sus dedos en la protuberancia que palpaban.

—Eso sí que puedo entenderlo —aceptó, de nuevo con una sonrisa—. Y Germán, yo también te quiero.

Capítulo 19

No podía ser cierto, se lamentó Irene un segundo después de levantar la cabeza de la almohada para mirar la hora en el despertador de la mesilla de noche. No obstante, las brillantes luces verdes del reloj digital no mentían.

Eran las siete de la mañana, lo que significaba que debería poder quedarse en la cama tres cuartos de hora más. Lo que indicaba que fuera quien fuera quien estaba llamando al timbre corría serio peligro. Y dado los antecedentes con los que contaba de otras ocasiones, Irene estaba casi segura de saber quién era la persona que perturbaba su sueño.

Durante un segundo se planteó la posibilidad de quedarse allí e ignorar los timbrazos, no podía ser ninguna emergencia, su madre y su hermana tenían llaves de su casa justo para esos casos.

Iba a dejarse caer de nuevo en la cama cuando a toda aquella algarabía se le unió su móvil, que vibraba sobre la cómoda con la misma insistencia con que lo hacía el timbre.

Irene supo en ese preciso instante que el destino se había confabulado en su contra.

Se levantó sin mucho entusiasmo a cogerlo y soltó una imprecación poco corriente en ella cuando vio quién era la pesada que estaba abajo intentando despertarla a base de timbrazos.

—¡La mato! Cometo fratricidio en cuanto cruce la puerta —anunció en voz alta, al tiempo que se encaminaba hacia la entrada.

Descolgó el telefonillo y espetó, sin preguntar quién era:

—Espero que te estés muriendo porque si no estás en las últimas no te

voy a perdonar que me despiertes cada vez que te da la locura.

—No es mortal es peor. Abre de una vez, traigo cruasanes.

—¿Por qué no has abierto con tu llave?

—Me la he dejado en casa. ¡Abre ya!

—Junto con el sentido común —murmuró y presionó el botón azul al tiempo que se preguntaba cuál sería el modo más fácil de encubrir la muerte de una hermana.

Suspiró resignada a tener una hermana incapaz de respetar los horarios de descanso y, sobre todo, propensa a darle importancia a temas que no la tenían.

Mientras elegía el método más efectivo se metió en la cocina para preparar café.

Lidia estaba al tanto de que el mejor momento para abordar a su hermana no era recién levantada, tenía experiencia en ese campo para saberlo, pero estaba tan nerviosa que no podía esperar más para contarle lo sucedido la noche anterior.

Se había pasado gran parte de esta en vela. Pendiente de cada ruido que procediera de la habitación de invitados y, más tarde, cuando sobre las seis de la mañana Germán entró en su dormitorio, le dio un beso en la frente y le dejó una nota encima de la mesilla de noche para despedirse, supo que iba a ser incapaz de dormirse. Así que llevaba la última hora a base de cafés negros y al final decidió que necesitaba contarle a Irene las nuevas noticias. Solo si vaciaba su cabeza y se desahogaba con su hermana podría dejar de sentirse así, nerviosa y alterada.

—Buenos días —saludó al asomar la cabeza por la barra de la cocina, con la bolsa de la panadería bien a la vista.

Su ofrenda de paz apaciguó un poco a su hermana pequeña.

—¿Son de mantequilla?

—Sí.

—¿Café? —ofreció Irene metiendo varias cápsulas en la cafetera.

—Sí, por favor. —Se sentó a la mesa de la cocina con una sonrisa tonta en la cara.

Pero Irene estaba tan enfadada por haberla despertado que no se lo iba a poner fácil. Por culpa de su actor favorito se acostó tarde viendo la televisión ya que haciendo *zapping* encontró, en uno de los canales internacionales, *Penélope* con James McAvoy de protagonista y, aunque se sabía la película de memoria, no pudo acostarse hasta que la película se terminó.

—Tengo que contarte algo.

—Imagino que sí. Teniendo en cuenta la hora que es. —Irene no la estaba mirando pendiente de abrir la bolsa de los cruasanes.

—¡Voy a tener una cita con Germán! —Lidia se levantó de un salto de la silla y se puso a bailar.

La maestra levantó la mirada para mirar a su hermana con perspicacia. La docente que habitaba en ella le decía que algo extraño estaba sucediendo.

—¿Qué te has tomado?

—Nada, ¿por qué?

—Estás rara. —Alzó la mano para ponérsela sobre la frente.

—Solo estoy cansada. No he dormido mucho esta noche.

Irene abrió los ojos con sorpresa.

—No, no por lo que crees. Germán se quedó en casa a dormir, pero en otro dormitorio.

—¿Entonces...? ¿Por qué no has dormido? Además —añadió antes de que pudiera responder—, eso no explica que estés rara y, no, tampoco tienes fiebre.

Lidia se encogió de hombros y se acercó hasta la nevera para coger la leche.

—Creo que en esta ocasión voy a echarle leche al café —se rio como si hubiera hecho un chiste.

—¿Cuántos cafés te has tomado hoy?

—Este es el quinto —confesó tras pensarlo cinco segundos.

Irene se levantó de golpe de la silla. ¿Cinco y apenas eran las siete de la mañana?

—Dios mío, estás colocada de cafeína —apuntó escandalizada mientras buscaba en los cajones de la cocina. Lidia se estaba riendo de ella y llamándola exagerada cuando se calló de golpe y se vio obligada a sentarse porque empezó a marearse. De repente sintió un sudor frío en la frente y la

nuca y todo a su alrededor se llenó de brillantes estrellas.

—Creo que me he mareado.

Irene ya tenía en la mano la caja de valerianas y otras hierbas relajantes, y buscó un vaso de agua para que se las pudiera tragar.

—Siéntate y tómate dos pastillas. Ahora cuando se te pase el mareo te tumbas en el sofá y duermes un poco.

—Pero no te lo he contado todo...

—Después.

La euforia de Lidia dio paso a las lágrimas.

—Soy una ridícula, ¿verdad? Mira que no dormir por un hombre.

—No lo eres. Es perfecto y normal que estés emocionada por salir con Germán. Lo has pasado muy mal con Raúl y de repente has descubierto que el hombre al que quieres siente lo mismo por ti. No eres ninguna ridícula es lógico que estés sensible —le dijo cogiéndola por la cintura para acompañarla al sofá.

—Tengo que ir a trabajar. —Pero su voz sonaba somnolienta, producto de las valerianas que Irene le había obligado a tomar.

—Ahora mismo llamo a Yolanda para avisarla de que te vas a tomar la mañana libre para asuntos propios.

—¡Gracias!

—De nada. Pero la próxima vez que quieras hablar conmigo antes de que pongan las calles, acuérdate de coger las llaves, ¿por qué crees que te las di? —No obstante, su regañina llegaba tarde porque Lidia ya estaba durmiendo, víctima de los nervios y de la medicación.

Con cuidado para no despertarla se agachó y le dio un beso en la frente.

—Espero que Germán te quiera como te mereces.

Irene estaba a punto de quedarse dormida en clase. Por eso a la hora del recreo, como no le tocaba guardia, se acercó con Alicia al bar de Iván, en busca de un café doble.

Después de que Lidia se quedara dormida llamó a Yolanda para avisarla de que su hermana no se sentía muy bien. Tras eso buscó el teléfono móvil de Lidia en el bolso y lo puso en silencio para que no la despertara si sonaba y se

dispuso a arreglarse para ir a trabajar.

Apenas tuvo tiempo de desayunar en condiciones, de modo que ahí estaba, sentada en la barra del bar con un café con leche delante y ansiando hincarle el diente a uno de los cruasanes que tenía en casa y que tan solo había tenido tiempo de oler.

—¿Tienes algo de bollería? —preguntó a Iván quien en ese momento preparaba el café de Alicia.

—¿Qué? —Se giró sin haberla entendido.

—Bollería, ¿tienes? Todavía no tienes nada en el expositor.

El camarero negó con la cabeza.

—Ayer me olvidé de hacer el pedido, pero te puedo hacer una tostada con aceite o con mermelada. —Se abstuvo de añadir el «como siempre», ya que andaba perdido en sus asuntos. Tanto como para descuidar su negocio.

El móvil le vibró debajo de la barra y, con una rapidez que no recordaban haberle visto nunca, puso el café, la cucharilla y el sobre azúcar delante de Alicia, quien lo miraba con interés.

Irene sonrió al pensar en la tostada con mermelada de fresa.

—Sí. Gracias, con mantequilla y mermelada de fresa.

—Yo también quiero una, por favor, pero con mermelada de melocotón.

Las dos maestras se miraron extrañadas cuando él no dijo nada. Se habían acostumbrado a que estuviera pendiente de cada movimiento de Alicia, intentando anticiparse a sus peticiones, pero era obvio que esa mañana lo que hubiera en su teléfono le interesaba más que ella.

Estaba muy despistado, lo que resultaba extraño porque era de naturaleza eficiente.

—Nos vamos a una mesa —comentó la morena, ansiosa por poder hablar del comportamiento del camarero con intimidad.

Iván ni siquiera volvió la cabeza para dar a entender que las había escuchado. Seguía pendiente de su teléfono y leía algo que lo tenía cautivado por completo.

—¡Tiene novia! Seguro. Casi ni nos ha mirado.

Irene se preguntó por qué Alicia parecía tan enfadada con ese hecho. ¿No se suponía que no le interesaba? Además, Iván no era de los que tenían novia. Era más bien de los que iban de flor en flor sin atarse a ninguna relación.

—No lo creo.

—Te aseguro que tiene novia. Está embelesado con su teléfono. ¿Crees que le ha enviado algún vídeo erótico o fotos desnuda? —inquirió con expresión horrorizada.

—No seas dramática. A lo mejor el móvil es nuevo y está aprendiendo cómo funciona —excusó Irene, encogiéndose de hombros.

—No es nuevo y cada vez estoy más convencida de que está viendo un vídeo que ella le ha enviado.

—¿Ella? Alicia, apostararía el café de una semana a que no hay ninguna ella.

El protagonista de la conversación hizo acto de presencia en ese instante y se desató el caos. Llevaba en las manos un único plato con una tostada para Irene. Nada para Alicia.

—¿Y mi tostada?

—No me has pedido una tostada. —Parecía muy convencido de ello—. Solo has dicho café.

—Por supuesto que lo he hecho. Lo que pasa es que tú no tienes ojos para nada más que para tu móvil. Y añadió achicando los ojos: —Sea quien sea, espero que te aproveche. Aunque no deberías fiarte de una tipa que te manda esos vídeos cuando acaba de conocerte—. Se levantó en un gesto teatral y se marchó de allí sin siquiera decirle a Irene adiós.

El café humeante seguía encima de la mesa.

—¿De qué vídeos estaba hablando? —inquirió Iván, desconcertado.

—¡No lo sé! Pero no le hagas caso, ya sabes cómo es.

El camarero se rio y regresó a la barra.

—Y se ríe —apuntó en su ya habitual diálogo interior que ella exteriorizaba tan seguido—, pero da miedo ser la única cuerda de mi entorno.

Los siguientes días fueron un tormento para Irene. Alicia no hablaba de otro tema que no fuera Iván, su supuesta novia y los vídeos imaginarios que ella le mandaba. Lidia, por su parte, la llamaba varias veces al día para pedirle consejos sobre las citas.

Primero se lo tomó con buen humor, puesto que era normal que Lidia

sintiera que estaba un poco desentrenada, no obstante, sus preguntas cada vez eran más absurdas y estaban empezando a sacarla de quicio.

—Irene, ¿qué debería ponerme para mi cita con Germán, falda o pantalón? ¿Todavía se lleva eso de meterse mano en el cine? Si vamos al cine y me pongo pantalón, ¿supondrá que no quiero que me meta mano? ¿Tengo que dejar que él pague la cena y el cine o pagamos a medias?, ¿le invito a subir a casa o le digo que bajo en cuanto llame? Y una interminable lista de llamadas en las que la interrogaba sobre asuntos absurdos en los que nadie más que ella pensaba.

Y a todas las preocupaciones ajenas debía sumar las propias, ya que el viernes se tomaría un café con Gonzalo fuera del trabajo contraviniendo todos y cada uno de los códigos que había forjado a lo largo de su carrera docente.

Una cita que no podía obviar porque él se había dedicado a recordársela cada día. La primera vez el jueves por la tarde cuando recogió a Paula y la segunda esa misma mañana, cuando apareció con el pelo húmedo por la ducha y un aspecto impecable y tan tentador que a Irene se le pasaron demasiadas imágenes lascivas por su imaginativa cabeza como para dejarlo correr sin más.

—Esta tarde no vengas en coche. Así te llevamos nosotros a casa después del café.

—¿Por qué?

—Por si se hace tarde. Me quedo más tranquilo si te dejas en casa.

A punto estuvo de replicar que no fuera tan machista y que era imposible que se le hiciera tarde porque había organizado una cena con Alicia y con Lidia para celebrar el cumpleaños de la primera, pero se calló cuando una idea absurda, aunque no por ello increíble, se le pasó por la cabeza.

¿Y si pretendía descubrir dónde vivía? Después de todo, él la había acusado de darle su número de teléfono con falsos pretextos, era su preocupación por que se le hiciera tarde el suyo.

—De acuerdo.

—Estupendo.

—Maravilloso.

—Excelente. Y lo dejamos aquí —rió Gonzalo antes de darse la vuelta y

marcharse al trabajo.

Alicia llevaba toda la mañana deprimida y ella no era de las que se lamentaban, pero tratándose del día que era, su desazón estaba justificada. Sus amigas no se habían acordado de que era su cumpleaños, era un año más vieja y encima Iván había encontrado a alguien, a diferencia de ella, que seguía sin dar con un hombre que la comprendiera y la quisiera.

Y para colmo de males ni el superordenador de *Cita a ciegas* parecía capaz de dar con el tipo perfecto... Bueno, a esas alturas ya se conformaba con que fuera normal.

El móvil le vibró atronador en la bata, pero como estaba en clase le dio apuro mirarlo. Fue Irene, quien en los últimos minutos no le quitaba la mirada de encima, la que le hizo el gesto de que saliera al pasillo para leerlo.

—Voy al baño, ¿te importa?

—Para nada.

Salió del aula sacándose el teléfono del bolsillo y desbloqueándolo. Era su día. Su móvil tendría que estar vibrando cada cinco segundos con amigos felicitándola, sus redes sociales tendrían que estar echando humo. Su madre, la que creía que era a ella a la que había que felicitar por gestarla durante nueve meses y parirla sin epidural, su hermana y demás familiares tendrían que haberla llamado, pero a excepción de ese mensaje no había ninguno más que la hiciera sentir que alguien se acordaba de ella.

La notificación le informaba de que la habían agregado en un grupo de WhatsApp. Pulsó el icono verde y se topó al comienzo de los chats con un grupo que se llamaba *Cumple de Alicia*. Al abrirlo comprobó que solo había tres invitados. Ella y sus amigas: Lidia e Irene; Lidia era la administradora.

Los mensajes iban dirigidos a ella y en ellos las dos hermanas se reían porque creyera que se habían olvidado de ella, y la informaban de que esa misma noche saldrían a cenar y a bailar para celebrar que era un día más sabia, que no un año más vieja.

Entre risas emocionadas, escribió un mensaje de respuesta. Hizo varias inspiraciones profundas y cuando se sintió tranquila entró en el aula.

Antes de que pudiera decir algo a su amiga, los niños comenzaron a

cantar el cumpleaños feliz. Cada uno a su ritmo, sin ninguna sincronización, desentonados y, aun así, para Alicia fue precioso.

Capítulo 20

Irene había aprovechado la hora de comer para hacerlo en casa y así poder dejarse preparados el vestido y los zapatos que tenía pensado ponerse esa noche para la cena de celebración del cumpleaños de Alicia. Lo tenía todo dispuesto por si su café con Gonzalo se alargaba más de lo debido. No porque esperara que fuera así, sino porque le parecía lo más apropiado contar con esa posibilidad.

Después de todo seguía con la duda de saber qué era aquello tan importante que necesitaba hablar con ella y por qué no podía esperar hasta la próxima tutoría.

Se miró en el espejo del dormitorio antes de salir y sonrió a su reflejo, aprobadora. Se había dejado el cabello suelto y ondulado, un poco de maquillaje, vaqueros pitillo y un jersey fino de algodón rosa palo, que marcaba su esbelto cuerpo. Ni demasiado arreglada ni demasiado natural.

Se colgó el bolso del hombro y salió por la puerta para regresar al colegio andando, tal y como Gonzalo le había pedido que hiciera.

Para amenizar el camino y terminar de organizar la fiesta de Alicia llamó a Lidia. Al final las dos acordaron que primero irían a cenar a un restaurante asiático para terminar la noche bailando en alguna discoteca y desayunando en el primer bar que encontraran abierto.

—Lo mejor es que no vayamos al The Mermaid —comentó Irene.

—¿Por qué? A Alicia le gusta el sitio y tenemos acceso a la zona vip.

—Lo sé, y está genial que los dueños sean clientes tuyos y nos den acceso vip, pero ya que es el cumpleaños de Alicia podríamos hacer algo más

original —improvisó—. Podríamos sorprenderla. Como vamos a cenar en un japonés, ¿por qué no hacemos una noche temática internacional?

—Supongo.

Aceptó Lidia sin sospechar los motivos por los que su hermana se negaba a ir a la discoteca de siempre.

—¿Podríamos ir a alguno de esos locales de salsa donde te enseñan a bailar?

—Es una idea muy original. Puede ser una noche genial.

Irene sonrió, encantada sabiendo que ya la tenía conquistada.

No le atraía nada la idea de ir a cierta discoteca y encontrarse con cierto hombre y su pareja de turno.

No era muy inteligente por su parte dejar que eso le afectara, no obstante, en su fuero interno sabía que ambas cosas iban a ser así: él saldría con alguna mujer y ella se deprimiría al comprobar que ni siquiera le dedicaba una mirada.

—¡Lo será!

Las carcajadas de Irene estaban atrayendo la atención de la gente, y como sucede siempre con la risa sincera y despreocupada, Gonzalo acabó contagiándose y riendo con ella, convirtiéndolos en el centro de atención.

De manera que ahí estaban los dos muertos de risa sentados en una de las mesas del parque de bolas conocido como La pecera mientras Paula disfrutaba en el que se había convertido en su lugar favorito.

—No puedo creer que hayas dicho eso —siguió riendo Irene.

—¿El qué? ¿Que los niños me acojonan? Lo he dicho y lo mantengo. Son pequeños monstruos que me acechan en sueños.

Volvieron a reír con ganas hasta que tuvieron que dejar de mirarse el uno al otro para recuperar el aliento.

Irene estaba gratamente sorprendida con él. Desde que salieron juntos del colegio se había mostrado cercano y normal. Atrás habían quedado las pullas y los engreimientos, lo que por un lado era genial y por el otro un auténtico peligro.

Ya que el Gonzalo amable era mucho más atractivo que el chico malo que

se ocultaba tras él.

—Supongo que ahora entiendo tu cara de pánico el día de la reunión de padres. —Adivinó Irene—. Y encima eres el primero en enfrentarte a ellos —bromeó.

—No me lo recuerdes —pidió fingiéndose aterrorizado—, no tengo la más remota idea de cómo contar un cuento a treinta niños —confesó Gonzalo—. Aunque supongo que ser el primero también tiene sus ventajas.

Irene lo interrogó con la mirada.

—No tendrán nada con lo que compararme. De modo que haga lo que haga les parecerá genial.

Irene hizo un gesto de descarte.

—Seguro que sus padres les cuentan cuentos antes de dormir.

—Maravilloso. Acabas de liquidar mi último resquicio de seguridad en mí mismo —comentó con mucho teatro.

La maestra que Irene llevaba dentro hizo acto de presencia cuando se sentó erguida y clavó sus ojos en él, dispuesta a afrontar el problema en busca de una solución.

—De acuerdo, comencemos por el principio: el cuento. ¿Cuál has elegido contar?

Gonzalo abrió los ojos con sorpresa como si no hubiera pensado en ese punto.

—Ninguno. No lo sé.

Ella sonrió.

—De acuerdo. Pensemos, ¿cuál es el cuento favorito de Paula?

—*Los tres cerditos*. —No hubo vacilación. Era evidente que eso lo tenía muy claro—. Es el único que me sé. Mi madre no fue nunca de cuentos y mi padre solo llegó a enseñarme este. Él es más de anécdotas.

Irene sonrió al pensar en Rodrigo. Lo que acababa de comentarle Gonzalo casaba bastante con la imagen que tenía de él.

—Aunque ahora ve hasta los dibujos de princesas. —El pensamiento le dio una expresión de felicidad a su rostro.

Está claro que adoraba a su padre y a su hija. Y por lo que daba a entender con sus velados comentarios, puede que fueran las únicas personas con las que había podido contar. Bueno... Irene imaginaba que, aunque por

poco tiempo, también tuvo a su esposa. De la que nunca había dicho nada, se dio cuenta.

—Ese es perfecto. Les va a encantar. Lo ideal es que lleves el cuento en papel, por si te pones nervioso o para que los niños puedan ver los dibujos. Te aseguro que estarán más callados si lo traes.

Gonzalo volvió a esbozar una expresión de pánico.

—¡No lo tengo! Se lo cuento de memoria.

—No pasa nada. Estamos en un centro comercial. Aquí hay al menos tres librerías. Seguro que en alguna de ellas venden *Los tres cerditos*. ¡Es un clásico!

Gonzalo se bebió de un trago la cerveza que le quedaba en el botellín y se levantó de golpe de la silla.

—Entonces, vamos a por él.

—¿Ahora?

—Sí. Tu ayuda me vendrá muy bien.

—¿Y Paula?

—Se queda con las monitoras. Es un servicio del local para que los padres puedan hacer sus compras mientras sus hijos juegan. Esto es como una guardería... —Se quedó pensativo—. Pero con bolas.

Irene enrojeció sin poder evitar relacionar la palabra con sus otras acepciones.

—Está bien. ¡Vamos!

Era un tanto extraño caminar junto a Gonzalo, pensó Irene. Desde fuera podría dar la impresión de que eran una pareja normal que iba a una librería y se detenía en la sección infantil porque tenían intención de comprarles un libro a sus hijos. Nadie, por mucha imaginación que tuviera, deduciría que no eran más que una maestra haciéndole un favor al padre de una de sus alumnas.

La idea de que Paula fuera su hija provocó que Irene sintiera un cosquilleo en el estómago. Eso y la idea de que Gonzalo fuera su marido.

—¡Céntrate, Irene! —se dijo, en voz baja.

—¿Has dicho algo?

—Nada.

—De acuerdo. —A pesar de que no discutió la afirmación de la rubia, por

su sonrisa, se notaba que había escuchado a la perfección sus palabras.

—¿Haces esto muy a menudo?

—¿Comprar libros? Sí. —Se encogió de hombros—. Me gusta leer.

Gonzalo se rio con disimulo.

—Hablar sola.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió en un tono más alto de lo normal, pero sin llegar a la altura del grito.

Él ladeó la cabeza para mirarla con una expresión irónica en su atractivo rostro.

—Te he escuchado un par de veces. Es interesante.

—¿Qué hable conmigo misma? —La incredulidad teñía el tono de su voz.

—No, lo que dices.

Las mejillas de Irene volvieron a teñirse de rojo mientras su aturullada cabeza se esforzaba por recordar qué podría haber dicho, sin darse cuenta de que lo hacía, en presencia de Gonzalo.

—¿Cómo de malo fue? Dime que no dije nada de lo que tenga que avergonzarme —pidió escondiendo el rostro en el cuento ilustrado que tenía en las manos.

Gonzalo se tragó una carcajada, no queriendo hacer que se sintiera peor por su culpa. Después de todo, sus deslices eran divertidos.

—No te preocupes. No fue tan malo. —Y añadió, queriendo cambiar de tema—: ¿Qué te parece este?

—Alzaba en alto un cuento tamaño DIN A4 en cuya portada los tres cerditos corrían perseguidos por el lobo.

—A ver las ilustraciones —pidió, arrebatándoselo de las manos. Se sentía nerviosa por estar allí con él, sin embargo, el conocido olor del papel a libro nuevo era capaz de tranquilizarla y de ofrecerle algo de seguridad—. Es perfecto. Colorido y lo bastante grande para que puedas enseñárselo a los niños.

—Ya tenemos el cuento, ¿cuál es el siguiente paso? —inquirió un poco menos preocupado que antes.

—Practicar.

Gonzalo la miró noqueado.

—No pongas esa cara, ¿ves a esos niños de ahí? Son perfectos para lo que

tenemos que hacer.

La librería estaba equipada con una zona para niños en la que había sillas diminutas y mesas llenas de papeles en blanco y lápices de colores para que los pequeños se entretuvieran mientras sus padres se paseaban por las estanterías repletas de libros.

—No.

—Sí —le contradijo Irene, clavándole un dedo en el brazo con intención de que se moviera hacia allí.

Era la primera vez que le tocaba desde el beso, el recuerdo aceleró su pulso. Era como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo pasaran por el dedo con el que lo estaba rozando. Se sobresaltó porque un gesto tan insignificante la alterara de ese modo.

—Hola, niños. ¿Os gustaría escuchar un cuento? —ofreció Irene, dispuesta a olvidarse de tonterías y centrarse en lo que la había llevado hasta allí. Se colocó tras Gonzalo—. Mi amigo necesita practicar y vosotros seríais unos oyentes fabulosos.

Los tres niños la miraron y asintieron con timidez, aunque no tanta como la que embargaba a Gonzalo cuando comenzó a leer el cuento.

Pasadas las dos primeras páginas ya les ponía distintas voces a los personajes y su lectura había atraído la atención de otros adultos, los padres de los niños entre ellos, quienes se acercaron con mucho sigilo, no queriendo molestar al cuentacuentos.

Irene se preguntó cómo una persona podía ser encantadora como amigo y tan pésima como pareja.

Tampoco es que lo conociera mucho como para permitirse el lujo de juzgarle, pero lo poco que conocía de él había salido de su propia boca, lo que le confería veracidad al asunto.

Una vez que se olvidó de provocarla y se permitió comportarse con cordialidad con ella, le había mostrado a una persona a la que valía la pena conocer. Siempre y cuando se tuviera claro desde el principio qué era lo que Gonzalo estaba dispuesto a ofrecer.

Cuando el cuento finalizó, una ronda de aplausos le hizo saber al cuentacuentos que había más gente escuchando de los que había al inicio.

Se levantó de la pequeña silla en la que se había sentado y, haciendo gala

de un inesperado sentido del humor, se inclinó sobre sí mismo en un saludo teatral que le valió el fervor de su público.

Irene aplaudió más fuerte.

—Vamos a por Paula —pidió, y esta vez fue él quien la cogió a ella del brazo.

—¿No crees, princesa, que deberíamos invitar a Irene a cenar en casa? Para agradecerle su ayuda y su compañía de esta tarde.

La niña asintió con entusiasmo.

—No es necesario. Lo he pasado muy bien con vosotros. Y ha sido un placer ayudaros. Con el cuento me doy por pagada —bromeó, sonriendo con picardía.

—Gracias, pero nos sentimos en deuda contigo —insistió Gonzalo—, ¿qué tal esta noche? ¿Te atreverás a probar el especial del chef?

Irene puso morritos mirando a Paula.

—Lo siento. Ya tengo planes para esta noche y para mañana también —apuntó, recordando que Lidia le había pedido que fuera a su casa para que la ayudara a elegir algo que ponerse para su cita a cenar con Germán y que después ella y Alicia cenarían en un restaurante italiano con la única intención de fotografiar al tipo que le hacía la vida imposible a una de las clientas del bufete.

—No hay problema. Resérvanos a Paula y a mí el próximo sábado. ¿Lo tienes libre? —preguntó picado porque tuviera planes.

—Por completo.

—Estupendo.

—Genial.

—I... —se cortó al darse cuenta de que iba a seguir con la retahíla de sinónimos. Molesta porque él hubiera sido capaz de aguantarse.

—¿Decías algo?

—*Nop*.

Gonzalo rio entre dientes, pero no añadió nada más. Ya que, a pesar de haber ganado, de nuevo, la victoria en esta ocasión no tenía un sabor dulce.

La celebración del cumpleaños de Alicia fue un auténtico éxito. Las chicas se divertieron como nunca en El Habana Club. Puede que no contara con la sofisticación del The Mermaid, pero la música era genial y el ambiente muy apropiado para lo que celebraban. Alicia no había tenido un gran día y el ambiente alegre y festivo del local consiguieron que se animara.

Era la primera vez que bailaban salsa en una discoteca dedicada en exclusiva a ese tipo de bailes latinos. No obstante, tampoco fue muy difícil adaptarse porque pronto encontraron a gente dispuesta a ayudarlas. La gente era abierta y encantadora, y todos bailaban con todos.

A las doce de la noche dos monitores se subieron a la plataforma de la discoteca y se dedicaron a mostrar a los asistentes cómo moverse y qué pasos dar para bailar: salsa, chachachá, bachata, boleros...

Las chicas disfrutaron entre pasos de baile y risas. Al finalizar la noche les dolían los pies y acabaron descalzas en el taxi, no obstante, las molestias habían valido la pena.

Y horas más tarde todo volvió a comenzar cuando al día siguiente, tanto Alicia como Irene se presentaron en casa de Lidia para ayudarla a prepararse para su cita con Germán. La primera oficial.

Capítulo 21

Lidia estaba nerviosa y eso la cabreaba sobre manera. Durante la cena, la conversación entre ella y Germán había fluido de manera natural. Las máscaras entre ambos habían desaparecido la noche en que quedaron para cenar en casa de Lidia. No obstante, y aunque en esos días habían hablado más que nunca en el trabajo y fuera de él, la cena y ahora el cine lo volvía todo más oficial que nunca. Más real, incluso.

Durante toda la velada Germán se había mostrado encantador, amable y muy pendiente de cada uno de los gestos o necesidades de Lidia. Sin embargo, en ningún momento se había acercado a ella de un modo que pudiera definirse como romántico. Familiar sí, amistoso también, pero romántico... No.

De hecho, la besó en la mejilla cuando la recogió en su casa y, aunque la había asido por el talle para entrar en el restaurante y al llegar al cine, había resultado mucho más formal que si solo la hubiera cogido de la mano. Gesto que sin duda resultaba más natural e incluso cercano.

De modo que el cine había supuesto un cambio radical en la tónica de la noche. Ahora no solo estaba sentada a su lado, sino que era inevitable que sus brazos y sus piernas se rozaran, y que la luz apagada de la sala le confiriera más intimidad al momento. Y por si todo eso no fuera suficiente, la película que escogieron no ayudaba a calmar los calores que Lidia estaba sintiendo en ese preciso instante. Puesto que se trataba de la adaptación al cine de una conocida novela erótica que estaba causando furor desde su estreno, igual que lo había hecho el libro.

La única parte positiva en todo ello era que se hubieran sentado en la última fila de la sala, lo que les permitía disponer de un poco de intimidad y de mucha más facilidad para escapar al cuarto de baño si el momento se ponía todavía más... delicado.

Y eso fue lo que hizo Lida, excusarse y salir a tomar un poco de aire con el que despejarse la cabeza y los calores.

El pasillo del cine estaba casi vacío. Tan solo quedaban las chicas tras el mostrador de palomitas recogiendo y el joven que cortaba las entradas. Servicios mínimos mientras esperaban a que acabara la película, por si alguien salía a comprar una botella de agua o algún refresco.

Todavía alterada por el deseo que apenas lograba contener, se metió en el cuarto de baño y se miró al espejo. No podía mojarse la cara para refrescarse porque se había maquillado y hacerlo podía acabar en desastre. Sobre todo, porque aunque el maquillaje era *waterproof*, lo más inteligente era no hacer un test de eficacia en ese momento, ya que en sus prisas por salir de la sala, hasta el bolso se había dejado en la butaca. De modo que se limitó a humedecerse la nuca. Respiró en profundidad varias veces y se decidió a regresar.

Germán se inclinó sobre ella en cuanto llegó, impregnando su nariz con su masculino aroma.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. —Aunque no era del todo cierto.

No sabía por dónde iba la película, se moría de calor y encima la pierna de Germán cada vez estaba más pegada a la suya, lo que dificultaba que pensara de un modo racional.

—Hace calor aquí —murmuró Lidia, tirando del escote de su vestido rojo de punto para refrescarse un poco.

Aunque no lo estaba mirando, Lidia era consciente de que él no se perdía detalle de cada uno de sus movimientos.

—¡A la mierda! —espetó Germán un segundo antes de lanzarse a apresar su boca en un beso ardiente.

Dos minutos después se separó de ella con la respiración acelerada.

—Solo besos, ¿de acuerdo? Quiero ir despacio. Ya te lo dije.

—Besos. Muchos besos. Por todas partes —aceptó Lidia, más excitada de

lo que nunca antes había estado.

Una sonrisa satisfecha se extendió en la cara de Germán al tiempo que sus ojos prometían promesas que no fueron pronunciadas.

—Me encanta que estemos de acuerdo en esto. —Antes de darle tiempo a protestar y añadir que ella deseaba más que besos, él ya se había vuelto a adueñar de su ávida boca.

—Estoy emocionada —susurró Alicia, mientras esperaban a que el camarero de Casa Mama llegara a tomarles nota.

—Yo también —sonrió Irene—, me siento como James Bond. En una misión para su Majestad la Reina Isabel.

—James Bond tiene pene —se burló su amiga.

—¡Muy graciosa!

Alicia se encogió de hombros.

—Alguien tiene que serlo o esta cena se convertirá en un muermo total.

—¿De qué hablas?

—Llevas todo el día seria y no sé por qué. Ni siquiera me has contado qué tal te fue el viernes.

—Bien.

—¿Ves cómo estás muermo?

—No estoy muermo, solo concentrada. Esto es importante —se excusó—. ¿Le has visto ya? —Lidia les había facilitado una fotografía de Ernesto. Se la había pedido a Carolina, quien se había mostrado muy ilusionada con la posibilidad de que pudieran desenmascarar su fraude.

—No —dijo Alicia, paseando la mirada por el local, como si estuviera interesada en la decoración.

Un camarero se acercó con una bandeja. Dejó sobre la mesa una batea de tomate natural rayado y condimentado con orégano, aceite de oliva y sal, y una cesta que en lugar de pan tostado contenía masa de *pizza* fina en pequeñas porciones redondas, sazonadas con orégano y en las que se untaba el tomate.

—Qué detalle —apuntó Alicia.

—Sí. Y es muy original —aceptó Irene, tomando un pedazo de masa y

añadiéndole tomate—, además está rico.

Su amiga hizo lo propio y ambas se dedicaron a mirar si encontraban a Ernesto entre los camareros que atendían las mesas.

El local estaba decorado en tonos blancos y rojos. Los manteles de cuadros daban un aspecto rústico al local, que se vanagloriaba de hacer sus *pizzas* en un horno de piedra casero y típico de la Toscana, lugar de procedencia de la abuela.

Aunque, por lo que sabía Irene, la mujer era la única que había nacido en el país, y llevaba tantos años en España que apenas le quedaba acento.

Las sillas y las mesas eran de madera barnizada y estaban colocadas en diagonal alrededor del gran salón. Las paredes blancas y desnudas le conferían un toque de serena elegancia.

Concentrada como estaba en buscar a Ernesto, Irene se sobresaltó al notar una dolorosa patada en la espinilla. Buscó a Alicia con la mirada para regañarla por el golpe cuando vio que esta le indicaba la zona de recepción con disimulo.

—No hacía falta que me pegaras. Podrías haberlo dicho. No hay nadie alrededor.

Se pasó la mano por la zona dolorida mientras la fulminaba con la mirada.

—Eso ha sido porque me apetecía —se rio la morena.

Irene se guardó el comentario y se dio la vuelta para mirar hacia donde le había indicado. Ernesto se encontraba detrás del mostrador del *maitre*. Vestido con un traje oscuro y una camisa blanca, pero en lugar de la pajarita que llevaban los camareros, él lucía una corbata oscura.

—Lo tenemos. ¿Ahora qué hacemos?

—Tú eres la que está en mejor posición para hacerle una foto —comentó Irene.

—¿Y cómo narices le hago una foto sin que se dé cuenta de que se la hago? Además, ¿no tiene que sostener algún periódico para que se vea la fecha y esos detalles?

—No es un rehén. De acuerdo que es un mal padre, y una basura de marido, pero no vamos a secuestrarle.

Alicia la miró con disgusto.

—Sigue habiendo un problema, ¿cómo le hago la fotografía sin que se entere? —comentó Alicia, picada por las palabras de Irene.

—Házmela a mí y que salga él de fondo. Ponle el *zoom*. No sé... Disimulas y se la haces.

—Viene hacia aquí —apuntó Alicia, nerviosa.

Antes de que Irene pudiera darle algún tipo de indicación, Ernesto se detuvo frente a su mesa y les ofreció las cartas del restaurante.

A simple vista parecía una persona amable. No era ni guapo ni feo, más bien del montón, no obstante, su sonrisa llamaba mucho la atención. Si Irene no hubiera sabido la clase de persona que era podría haberle caído bien.

—Buenas noches y bienvenidas a la Casa Mama. Les dejo la carta y en unos minutos vendrán a tomarles nota.

—Gracias.

—Muchas gracias.

Él les sonrió de nuevo e hizo un gesto de despedida con la cabeza antes de marcharse.

—No parece tan malo.

—No, pero lo es —le recordó Irene. Temerosa de que su amiga, que vivía obsesionada con dar con el hombre perfecto para formar una familia, se encaprichara de un tipo como aquel.

Como Ernesto no dejaba de moverse de aquí para allá, les costó más de lo que esperaban hacerle las fotografías. De modo que cenaron con tranquilidad y fue durante el café, que se les puso a tiro y fingiendo que Alicia le sacaba una fotografía a Irene con una copa en la mano, le pillaron ofreciéndoles la cuenta a varios clientes.

—¡Ya le tenemos! —susurró la morena—. Por fin estamos libres para hablar de temas interesantes.

¿Qué tal te fue el viernes?

—Estoy segura de haber respondido antes a esa pregunta. —No es que no quisiera contarle a su mejor amiga lo que había sucedido durante su café con Gonzalo, el problema era que no deseaba analizarlo para evitar crearse expectativas que quizás nunca se cumplirían.

De acuerdo, la había invitado a cenar, pero el único motivo por el que lo había hecho era para agradecerle la ayuda. Nada más. Y como estaba segura

de que esa no sería la interpretación de Alicia, lo mejor era no decírselo.

—Más bien has dado esquinazo a la pregunta. ¡Cuenta! ¿Tan horrible fue?

Irene suspiró exasperada.

—No hay nada que contar. Me pidió ayuda para escoger un cuento que contar el martes, ya sabes que es el primero que tiene que hacerlo.

—Por supuesto tú estuviste encantada de ayudarle —comentó con guasa.

—Igual que te ayudé a ti con los tests esos. Por cierto, ¿ya te ha dicho algo el superordenador?

Alicia sabía que su amiga estaba intentado cambiar de tema y era consciente de que no debería permitirle, pero el tema de Iván, quien ya parecía haber encontrado pareja, de su reciente cumpleaños, que la acercaba más a los cuarenta, y del maldito superordenador que no le daba ninguna respuesta era demasiado tentador como para dejarlo correr.

Así que le explicó que a pesar de que entraba cada día a su cuenta de *Cita a ciegas* todavía no había recibido ninguna notificación.

—Paciencia. Tampoco hace tanto tiempo desde que terminaste los tests.

—Iván tiene novia y le envía vídeos picantes. Yo solo puedo ver vídeos de gatitos en YouTube.

—Eso dices tú. En cualquier caso, no entiendo por qué te importa. Siempre has pasado de él.

—Y lo hago. Solo me cabrea que él tenga novia y yo no.

—Seguro que sí —murmuró Irene con sorna.

Desde que había comenzado el colegio y habían vuelto al bar de Iván, Alicia se había mostrado diferente respecto a él. El primer día ella coqueteó con él con descaro e hizo lo mismo los siguientes días hasta esa misma semana en la que se enfadó con él por no llevarle una tostada.

Al principio Irene pensó que era porque formaba parte de su carácter flirtear un poco, pero en esos momentos ya no estaba tan segura de que solo fuera eso.

—Te he oído.

—Contaba con ello —afirmó y, por primera vez en mucho tiempo, era verdad.

Gonzalo no había salido por lo que Paula se quedó con él en casa. Acontecimiento que le valió una bronca con Carmen, que esperaba quedarse con la niña ese fin de semana. Aunque la peor parte era que iba a tener que repetir el drama la próxima semana cuando tampoco llevara a la niña con su abuela, ya que habían invitado a Irene a cenar con ellos, y por tanto tampoco planeaba salir.

Miró el reloj con desgana. Eran poco más de la diez de la noche y lo único que le quedaba por hacer era meter a Paula en la cama, después tendría que entretenerse viendo la televisión o leyendo un libro, perspectivas que le atraían más que salir a cenar con una mujer de la que no querría saber nada al día siguiente.

—Princesa, es hora de dormir.

Paula se removió en el sofá en el que estaba viendo los dibujos. Gonzalo sabía que estaba agotada, pero era tan cabezota que se estaba aguantando para ver terminar la serie.

—¿Quieres que lo grabemos y mañana lo terminas de ver?

Paula asintió con entusiasmo y Gonzalo cogió el mando de encima de la mesa y pulsó el botón rojo de grabación.

—Ahora a dormir.

La niña saltó como un resorte encima de su padre, acostumbrada a que este la cogiera y la llevara volando a su cuarto.

—A la de uno, a la de dos y a la de tres. —La lanzó sobre la cama mientras ella reía, encantada—. Ahora a dormir que es tarde.

—Papá, te quiero y a Irene también —anunció la niña, antes de cerrar los ojitos.

Gonzalo se quedó parado en la puerta sin tener la menor idea de qué hacer o decir, aunque tampoco es que fuera necesario porque Paula no había buscado una respuesta. Se limitaba a exponer un hecho. Un hecho que le retorció las entrañas y le aceleraba el pulso.

Capítulo 22

La semana transcurrió tan lenta como siempre, a la espera de que llegara el puente de la constitución.

El lunes fue intenso porque los niños regresaron del fin de semana alborotados, aunque no fueron los únicos. Lidia estaba viviendo en una nube y tan enamorada que parecía una adolescente en plena edad conflictiva. Incapaz de concentrarse en nada y hablando siempre del único tema que parecía importarle, a saber: Germán.

De hecho, el lunes se presentó sin previo aviso en el colegio, a la hora del recreo, con la excusa de que tenían que hablar de las fotos que Alicia e Irene le hicieron a Ernesto en el restaurante, ansiosa por contarle a sus amigas qué tal le fue el sábado... Y el domingo, porque tras el cine no regresó a dormir a su casa, y al día siguiente tampoco apareció por allí hasta pasadas las doce de la noche.

Germán y ella habían decidido ir despacio, pero eso no excluía que intentaran establecer las bases para una relación estable. De modo que el sábado Lidia no durmió en su casa, aunque ya puestos tampoco es que durmiera mucho en casa de Germán. Se pasó gran parte de la noche hablando con él, compartiendo cama sin llegar a nada más profundo de lo que ya habían hecho en el cine, y aclarando asuntos que los dos habían ido tergiversando con el tiempo y que necesitaban aclararse para que ambos entendieran lo mucho que habían callado.

De ese modo descubrió Lidia por qué Germán nunca la besaba, ni siquiera en las mejillas, así como los motivos por los que era frío y cortés con

ella. Tal y como Irene había deducido se trataba de un mecanismo de defensa que el abogado estableció para no acabar derrotado por lo que sentía.

Puesto que, del mismo modo que le sucedía a ella misma, Germán se sentía culpable porque, aunque fuera solo en su cabeza, estaba traicionando a su mejor amigo al desear a su mujer. Que Raúl tratara a Lidia con tanto desprecio, de alguna manera le liberó de la carga de culpabilidad que arrastraba y le abrió los ojos sobre la clase de persona que era aquel al que consideraba su mejor amigo. Fue en el mismo instante en que conoció los motivos por los que Lidia solicitaba el divorcio cuando Germán terminó con la amistad que durante tantos años lo había unido a Raúl. Una amistad que no solo lo unía a él, sino también a la mujer a la que quería y había querido desde que la conoció.

—Te juro que nunca supe que te fuera infiel. Jamás me lo contó ni sospeché nada.

—Te creo. No eres la clase de hombre que hace la vista gorda con algo así.

Germán sonrió y estiró el brazo para acercarla más a él.

—Me hace muy feliz que creas de ese modo incondicional en mí.

—Te conozco. Sé cómo eres.

Germán no protestó, encantado con tenerla en su cama. Con la lealtad que la empujaba a pensar lo mejor de él.

Así que se dejó llevar, dentro de los límites que ambos habían establecido, y la besó, lenta y profundamente. Deseando recuperar todo el tiempo que habían perdido sin hacerlo.

Lidia se lo contó todo a sus amigas, emocionada por haber dado un paso tan importante en su relación con Germán.

Por primera vez desde que se conocían, las cartas estaban sobre la mesa y ambos sabían lo que el uno sentía por el otro. A partir de ese momento solo les quedaba ir conociéndose en otros niveles distintos a la amistad y decidir entre los dos cuál era el siguiente paso que debían tomar.

—No es que no me alegre por ti. Que me alegro mucho. Es que me muero de envidia porque todos encontréis pareja menos yo —lloriqueó Alicia medio en broma medio en serio.

—Oye, que yo también estoy sola —se quejó Irene.

Como toda respuesta, tanto su hermana como Alicia la miraron con mala cara.

—¡Es la verdad! Os lo creáis o no, solo me tomé un café con él —se quejó, pero ninguna de las dos, tras mirarse entre ellas, se molestaron en decir nada.

El martes llegó y con él Gonzalo y su cuento. Estaba ya sentado en el banco de fuera del aula cuando Irene asomó la cabeza a las tres y cuarto en punto. Iba vestido con vaqueros y camisa de color azul oscuro. Informal y al mismo tiempo elegante y atractivo a más no poder. Irene se obligó a mirarle a los ojos en lugar de a los labios porque cada vez que lo hacía se le disparaba el pulso recordando lo maravillosos que eran sus besos.

—¿Cómo estás? —preguntó con complicidad—. Tengo valerianas en el bolso —bromeó.

—Si no fuera porque me niego a tomar hierbas te diría que me pasaras un par —bromeó, intentando relajarse.

—No te preocupes. Mis alumnos son adorables. ¡Pasa! —pidió, no queriendo alargar sus temores.

Los niños estaban todos sentados sobre una alfombra verde de goma EVA, observando cada uno de sus movimientos. Solo Paula estaba situada en una de las pequeñas sillas que había frente a la alfombra, como la hija del cuentacuentos.

Como si fuese lo más normal del mundo que un adulto se presentara en la clase de preescolar, Irene lo presentó como al papá de Paula y les dijo a sus alumnos que estaba allí para contarles un cuento. Ante semejante revelación los niños se mostraron encantados y Gonzalo tomó asiento entre Paula e Irene, mientras que Alicia estaba instalada al otro lado de la rubia.

Tal y como sucedió en la librería, durante las primeras páginas Gonzalo parecía un poco nervioso, no obstante, en cuanto el lobo feroz hizo su aparición en la historia, Gonzalo cambió de actitud. Se metió en el papel y esbozó una voz distinta para cada personaje, al tiempo que gesticulaba con las manos e hinchaba los carrillos para derribar las casas de los tres cerditos.

El cuento fue un éxito, los niños lo disfrutaron tanto como Gonzalo, y

Paula se irguió en su silla, orgullosa de su padre.

Tras la lectura tocaba comentarlo, e Irene comenzó a preguntarles a los niños cuál era su parte favorita.

Como todos querían responder a la vez apenas se les entendía entre alegres gritos.

—Así no, chicos —les regañó su profesora.

Al instante surgieron manos alzadas que esperaban su turno para responder.

—Mi parte favorita es cuando sopla la casa del cerdito —apuntó uno.

—Pues a mí me gusta cuando se quema el culo —apuntó otro, ganándose las risas de sus compañeros por haberse atrevido a usar semejante palabreja: «culo».

—La mía es cuando el hermano mayor está cantando mientras construye su casa de ladrillos. A mí también me gusta cantar —confesó Alicia—. Además, lo hago de maravilla: *lalalalalala...* ¿verdad que canto muy bien?

—¡No! —gritaron todos a la vez, entre risas.

—Pues la mía es cuando intenta derribar la casa del cerdito mayor y no lo consigue. Sopla tanto que casi se queda sin resuello —rió Irene, imitando al lobo.

—Y al papá de Paula, ¿qué parte creéis que será su favorita? —inquirió esta, intentando meterle en la conversación.

—A mí me gusta cada vez que aparece el lobo feroz e intenta soplar una casa.

Los niños rieron al recordar a Gonzalo hinchando los carrillos para emular al lobo en su afán por derrumbar los hogares de los cerditos.

—Y ¿cuál es el personaje favorito de Paula?

—El hermano mayor —murmuró con timidez—, es el más listo.

—Pues yo prefiero al lobo —comentó Gonzalo, interviniendo en la conversación ya sin la ayuda de Irene.

Ante la confesión los niños gritaron, quejándose de que prefiriera al malo del cuento. Incluso Alicia se unió a ellos, riendo al pensar en que era lógico que le gustara porque había algo de lobo feroz en la manera en que miraba a su amiga.

El miércoles fue el momento de que Alicia recibiera un correo de *Cita a ciegas* en su perfil. En él se le notificaba que habían dado con el hombre que mejor se adaptaba a su carácter y que, si estaba de acuerdo, se le enviaría el enlace del otro usuario con el que el superordenador la había emparejado, para que organizaran una cita.

Ansiosa por conocer al hombre escogido por el grado de compatibilidad entre ambos, aceptó y corrió a abrir el enlace que le habían enviado.

Tal y como sucedía en el suyo propio, no había ni nombres reales ni fotografías. Solo un *nick* que servía para *loguearse*, poder responder a los tests y enviar mensajes a los usuarios emparejados. Un alias que ya a primera vista auguraba el éxito de la empresa, ya que el superordenador acababa de emparejar a dos amantes mitológicos. Nada menos que a Marte y a Venus69.

El resto de la semana, jueves y viernes, fueron días de constante actividad para Irene, que dedicó su tiempo libre a hacer la colada, visitar a sus padres, comprar y recoger la casa.

Como todavía le quedaba tiempo libre guardó la ropa de verano y sacó la de invierno, ya que el otoño ya estaba comenzando a hacer acto de presencia. Incluso se dio el capricho de ir de compras para renovar su vestuario. En definitiva, ocupó su tiempo para tratar de olvidar que al día siguiente se metería en la boca del lobo.

Nunca mejor dicho, ya que se trataba de un lobo muy feroz al que había visto en plena acción.

Capítulo 23

Irene solo había parpadeado cuando el viernes por la tarde, al ir a recoger a Paula al colegio, Gonzalo le pasó un papel con la dirección de su casa. No le llamó la atención que su hogar estuviera tan cerca del centro o que pudiera permitirse vivir en la Plaza Letamendi, ni siquiera le sorprendió saber que tenía un ático. Lo que la dejó completa y absolutamente descolocada fue el número de su portal.

El pequeño numerito que le trastocó la vida en un segundo.

—Te esperamos a las siete —dijo Gonzalo mirándola con curiosidad. Desconcertado por la expresión impasible y neutra que su rostro mostraba.

Obligándose a reaccionar, Irene esbozó una sonrisa educada y asintió.

—Perfecto —bromeó, esperando que ella siguiera con su batalla dialéctica de sinónimos—. ¿Sucede algo? ¿Te encuentras bien? —inquirió al darse cuenta de que no tenía intención de continuarla.

—Eres vecino de mis padres —musitó en voz muy baja—. Vives en su edificio.

—¿De verdad? —Su pregunta tenía un tono divertido que confundió a Irene—. ¿Cómo era tu apellido?

Alcázar. ¿Alcázar? —repitió en voz alta, al tiempo que comprendía quién con ese apellido vivía en su edificio—. ¿Diego Alcázar es tu padre? —de nuevo el tono divertido en su voz y algo más que ella no acertó a identificar.

Aturdida parpadeó. ¿De verdad le parecía gracioso vivir en la misma finca que sus padres?

—Sí, lo es. No entiendo por qué no te he visto nunca allí. —Y añadió

para sí misma—: Es demasiado guapo como para olvidarte de que lo has visto.

Gonzalo se tragó la risa y esperó observándola en silencio. Ella ni siquiera se dio cuenta de lo que había dicho, todavía preocupada por el descubrimiento.

—¿Es esto un problema para ti? Si te sirve de consuelo, quiero que sepas que me llevo muy bien con tus padres —dijo con sorna, prefería verla enfadada a preocupada. No obstante, no se detuvo a analizar ese sentimiento.

Irene le lanzó una mirada agitada.

—Iré a las siete —anunció, dándose la vuelta y dejando a Gonzalo y a Paula allí parados, sin siquiera haberles dicho adiós.

Gonzalo se rio, miró a su hija con los ojos brillantes de diversión y le dijo en un tono confidencial:

—Tu profesora es muy graciosa —apuntó, después de todo, no podía decirle a su hija que su profesora lo estaba volviendo loco, en casi todos los sentidos posibles del término.

No era tan grave, se dijo Irene a sí misma mientras conducía hasta su casa, o al menos no lo sería si su madre no se enteraba de que ella era la profesora de Paula. Para tranquilizarse se dijo que no había ningún motivo por el que su madre asociara su pregunta sobre relacionarse con padres de alumnos con Gonzalo.

De modo que, para evitarse preguntas incómodas, chismes o tendencias casamenteras, Úrsula no tenía que saber que su vecino y ella se conocían, y mucho menos que tenía planeado cenar con él. Después de todo, Gonzalo era un viudo rico y atractivo, y por lo tanto un buen partido en la cabeza retorcida de Úrsula, pensó Irene apretando los dientes. No, no podía enterarse de nada.

Hasta ahí la parte fácil, lo complicado sería entrar en casa de Gonzalo con discreción y salir de allí de la misma forma.

Eran poco más de las siete cuando Irene salió del coche, con una botella de vino en el bolso y calándose una gorra, la misma colorida que usaba para ir a

la playa, en la que se había escondido el pelo.

Con la cabeza gacha sacó las llaves del portal, no queriendo perder tiempo llamando y teniendo que esperar hasta que le abrieran la puerta, propiciando con ello que apareciera alguien y la descubrieran.

Por ese mismo motivo no encendió la luz ni cogió el ascensor. Cuando iba por la quinta planta se arrepintió de no haberlo hecho, todavía le quedaban cinco más y estaba a punto de ponerse a sudar por el esfuerzo. Se detuvo entre el quinto y el sexto piso, no había posibilidades de toparse con sus padres en esa planta ya que vivían en el séptimo y nunca, jamás, cogían las escaleras.

Cuando se sintió con fuerzas volvió a retomar la escalada hasta el último piso. Una vez frente a la puerta de Gonzalo se quitó el gorro, se peinó con los dedos, sacó la botella de vino del bolso y llamó al timbre.

Escuchó voces masculinas junto a ruido de pasos acercándose y un segundo después la puerta se abría y se topaba con el gesto horrorizado de Gonzalo. Por instinto se llevó las manos a la cabeza para ordenarse el cabello, pero antes siquiera de que se tocara un solo pelo de la cabeza una voz conocida atrapó su atención, al tiempo que surgía una figura, igual de conocida, de detrás de Gonzalo.

—¿Irene? ¿Qué haces aquí, cariño? ¿Te ha mandado tu madre a buscarme? —bromeó, antes de comprender lo que sucedía.

—¿Papá? —respondió, pero no era a este a quien estaba fulminando con la mirada, sino a Gonzalo, que seguía observándola como si esperara que desapareciera de allí con un chasquido de dedos—. No, yo... Traigo vino —apuntó, alzando la botella para que la vieran.

Diego parpadeó, confuso.

—Le pedí consejo jurídico hace unas semanas, no esperaba que viniera hoy —se excusó Gonzalo en voz tan baja que era imposible que Diego lo hubiera escuchado.

Lo que en principio le había hecho gracia, ahora ya no la tenía. Respetaba a Diego, a quien su empresa había recurrido en bastantes ocasiones cuando necesitaban asesoría judicial, incluso estando jubilado, Diego siempre tenía tiempo para darles una segunda opinión sobre cualquier tema que les preocupara a Roberto o a él. Diego había sido catedrático en la Facultad de

Derecho durante veinte años, tenía conocimientos y experiencia, y su opinión seguía teniendo peso en el mundillo. Y lo que menos deseaba Gonzalo era crear conflictos con él por culpa de Irene. Sobre todo, porque desde el primer instante había tenido claro que ella no le interesaba. Al menos no en el sentido bíblico. El problema era que parecía olvidarse de ello con demasiada frecuencia. En cualquier caso, no quería que Diego confundiera lo que estaba viendo y creyera que estaba dispuesto a comenzar una relación romántica con su hija. Porque en realidad no deseaba hacerlo, ¿verdad?

—¿Qué haces aquí, cariño? —volvió a preguntar sin apartar la mirada de la botella de vino mientras ofrecía una sonrisa que pretendía disimular su desconcierto.

No fue necesaria aclaración por parte de Irene porque en ese momento Paula surgió por el pasillo corriendo para abrazarse a las piernas de la rubia.

—Hola, Paula —la saludó agachándose a su altura. Y se dio la vuelta para explicarle todo a su padre antes de que sacara sus propias conclusiones—. Paula es mi alumna. Gonzalo me ha invitado a cenar como agradecimiento porque le ayudé con un tema del colegio.

Gonzalo asintió en silencio.

—Ya veo —aceptó Diego—. Bueno, yo ya me marchaba. ¿Vendrás mañana a comer a casa? —Aunque parecía una pregunta, Irene conocía lo suficiente a su padre para saber cuándo disfrazaba una orden de petición.

—Sí.

Diego le tendió la mano a Gonzalo, le alborotó el cabello a Paula y se inclinó para besar a su hija en la mejilla y susurrarle al oído.

—Lo mejor será que no le digamos nada de esto a tu madre. ¿No crees?

Irene apretó los labios para no sonreír.

Era impensable que Úrsula fuera capaz de guardarle un secreto a su marido, y si Irene tenía alguna duda de ello, ahí estaba la prueba. El comentario de su padre solo podía tener sentido si su mujer le había contado la pregunta que ella le hizo el día después de besar a Gonzalo.

—Gracias, papá. ¡Te quiero!

—Y yo. ¡Hablamos mañana!

Un segundo después de que Diego saliera por la puerta, Irene le ofreció la botella que todavía cargaba a Gonzalo.

—He traído vino.

Capítulo 24

Tan solo una hora más tarde, Irene ya se había olvidado por completo del inesperado encuentro con su padre y de la posibilidad de que su progenitora descubriera que había quedado para cenar con Gonzalo.

Y había sido así, no solo porque se le diera bien olvidarse de aquello que la incomodaba, relegándolo a la parte de atrás de su cerebro, sino porque se lo estaba pasando de maravilla.

Gonzalo había aparcado para siempre su pose de chico malo consiguiendo que casi sin darse cuenta Irene se olvidara de la actitud defensiva que había esgrimido contra él casi desde que se conocieron. De modo que ahí estaban los tres metidos en la cocina, tan bien equipada que podría hacerle la competencia a la de cualquier chef profesional, con las manos en la masa, literal y metafóricamente.

Nada más adentrarse en sus dominios, Gonzalo le ofreció a Irene un delantal rojo con letras impresas en negro en las que se daba aviso del peligro que se corría a su lado ya que era una cocinera inexperta.

Él, por su parte, se había cubierto la camiseta y los vaqueros con uno blanco que llevaba impreso en letras negras el lema: Vale, yo cocino, pero el postre lo pones tú. A la única a la que le había tocado un delantal bastante normal era a Paula, y solo si se obviaba que se parecía muchísimo al vestido de Minnie Mouse.

—¿De dónde has sacado esto? —inquirió Irene tirando de la tela roja de su mandil.

—Me lo regaló Roberto la primera vez que lo invité a cenar. —Y añadió

en tono confidencial, acercándose a ella—: La gente normal trae vino — bromeó, haciendo referencia a su obsequio.

Irene se guardó el comentario, recordando lo ridícula que se había sentido allí plantada con el vino en la mano, y aprovechó el tema para salir airosa.

—¿Y el tuyo?

—El mío seguro que lo compré yo —confesó, sin pudor. Aludiendo de un modo velado a lo que llevaba escrito.

—Estás muy seguro de ti mismo.

—Tengo motivos —bromeó él, pero sin ese toque presuntuoso que usaba para molestarla.

Irene se echó a reír y miró la tarea que tenía pendiente, dispuesta a no pensar en nada que no fuera comida. Gracias a que Gonzalo les había dejado delante un plato con las medidas exactas de harina, sal y levadura necesarias para hacer una *pizza* casera la tarea iba a ser fácil. Puesto que a todo ello solo había que añadirle agua, unas gotitas de aceite y amasarlo. Después se añadían los ingredientes favoritos de cada uno y ¡listo! *Pizza* casera al gusto de cada comensal.

Divertida porque Gonzalo las hubiera puesto a cocinar, siguió las instrucciones de este y se dispuso a hacerse la cena. La que más disfrutó pringándose las manos fue Paula, quien tenía la nariz y las mejillas manchadas de harina y una sonrisa de oreja a oreja.

—No sabía que esto de cocinar fuera tan divertido —apuntó Irene al tiempo que estrujaba su masa.

—Me alegra que te lo parezca. Estaba seguro de que protestarías.

—¿Yo? —preguntó indignada—, ¿por qué?

—Porque te prometí una invitación y en cambio te hago trabajar para cenar —se rio, mostrándose relajado y accesible.

Aunque su primera reacción al verla había sido bastante alejada de una bienvenida, una vez que su padre desapareció de escena, había recuperado la galantería y el buen humor. Volviéndose más peligroso para la salud mental de Irene, quien estaba descubriendo que además de atractivo, si se lo proponía, podía ser un seductor con muchos recursos.

—Tienes razón. Gracias por recordármelo —comentó con una falsa mirada fulminante que hizo reír a Paula.

—De nada —aceptó él, con una sonrisa—. Ahora viene la parte más difícil, tenéis que hacerle la forma redonda a vuestra *pizza* —les explicó, mostrándoles cómo se hacía—. Primero que nada, tenéis que hacer una pelota y después le pasáis el rodillo por encima —explicó, afinando la masa con cada pase del rodillo.

Por supuesto fue el primero en terminar, por lo que, mientras esperaba a que las chicas terminaran, se dedicó a demostrarles sus habilidades.

Gonzalo cogía su *pizza* por la base y le daba vueltas con tanta soltura que Irene pensó que podría haber pasado por italiano sin ningún problema.

—¿Por qué sabes tanto de *pizzas*? —inquirió curiosa.

Como respuesta, adoptó una expresión misteriosa antes de inclinarse sobre ella y susurrarle en tono confidencial:

—Por las chicas. Siempre es por las chicas.

Irene levantó la cabeza para mirarle, intentando fingir indiferencia. Como si su comentario no la hubiese dejado con ganas de saber más.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando cumplí dieciocho años empecé a trabajar en la pizzería de un amigo de mis padres. En un principio iba a ser solo durante el verano, pero cuando comprendí que trabajar allí no solo me aportaba independencia económica, sino que además me permitía conocer chicas, decidí trabajar cada fin de semana. Entre unas cosas y otras lo dejé un año antes de licenciarme.

—Ya veo.

—Entonces comprenderás que no solo me sirvió para conseguir dinero extra y citas. También me viene muy bien para impresionar a las visitas. — Sus palabras y la seriedad con la que las pronunció provocaron las risas de Irene.

—Paula, tu padre es demasiado humilde para mí —rio, arrojándole un puñadito de harina—. Pobrecito, ¿te he manchado?

Como si el gesto de Irene hubiera abierto la veda, se desató una batalla campal que dejó la cocina hecha un desastre y por la que terminaron con la cara empolvada.

Irene se lo estaba pasando tan bien que apenas fue consciente del paso del

tiempo. Por ese motivo, cuando Gonzalo le dijo a Paula que se despidiera de ella porque ya era muy tarde para que siguiera levantada, la pilló por completo desprevenida.

Tendría que haberse ido a casa antes, pero se estaba divirtiendo tanto que no pensó en ello, ni mucho menos en que fuera tan tarde.

—Sí, yo también me retiro —dijo, levantándose del sofá en el que habían estado jugando al *Quién es quién de las princesas*, solo para hacer que Paula hablara y formulara preguntas—. Pero primero te ayudo a recoger. Hemos dejado la cocina hecha un desastre.

—No tienes por qué irte ni por qué ayudarme a nada. Tardo unos minutos en acostar a Paula y luego preparo el café. —Y añadió alzando una mano en solemne juramento—: Te prometo que el café corre de mi cuenta.

—Papá, quiero que me acueste Irene —pidió la niña, con timidez. Tanto porque sentía su propia voz extraña, por las pocas veces que recurría a ella, como porque temía disgustar a su padre.

Tanto a Irene como a Gonzalo la petición les pilló desprevenidos. Tardaron unos segundos en ser capaces de reaccionar.

—Si ella quiere hacerlo... —contestó este cuando por fin se recobró—. Tendrás que pedirselo.

La niña clavó la mirada en su profesora, y esta fue incapaz de negarse. Con una sonrisa, aunque por dentro se le estaban retorciendo las entrañas al pensar en lo necesitada de amor maternal que estaba la niña, le tendió la mano y le pidió que la llevara hasta su dormitorio.

La reacción inicial del padre fue quedarse en el salón, parado en el mismo lugar en el que estaba antes de que Paula hablara, no queriendo interrumpir, o quizás fue porque seguía desconcertado y tal vez un poco incómodo.

No obstante, la niña se negó a avanzar, se paró en la puerta del salón y se giró para esperar a Gonzalo, que seguía intentando recomponerse.

—Papá.

La llamada lo sacó de su estupor.

—¿Yo también, princesa? —logró preguntar con bastante naturalidad.

La niña asintió.

—Los dos.

Tras ayudar a Gonzalo a acostar a su hija, Irene se sentía más cohibida de lo que lo había estado en toda la noche. No pasó por alto para Irene que el único lugar en el que había fotografías de Marta, la madre de Paula, era en la habitación de la niña. Tampoco es que hubiese entrado en el dormitorio de Gonzalo, no obstante, el que no hubiera retratos de ella en el salón la predisponía a creerlo. De algún modo daba la sensación de que la única faceta que se le asignaba era como madre de Paula. Porque, aunque apenas conocía a Gonzalo, no tenía la sensación de que fuera un viudo desconsolado que no podía soportar encontrarse a cada paso con fotografías de su amada esposa fallecida.

Irene seguía buscando con la mirada alguna evidencia femenina en el salón cuando tres minutos después Gonzalo regresó al salón con una bandeja con café, tazas, leche y azúcar. Se había dado cuenta de que, tras acostar a Paula, había puesto la excusa de hacer el café buscando estar solo. La actitud de la niña con ella tenía que haberle desconcertado, puesto que Paula la había tratado como si fuera su propia madre y estuviera acostumbrada a que ambos la metieran en la cama cada día.

—No sé cómo te gusta el café —comentó, sentándose a su lado y haciendo un gesto para que se sirviera ella misma.

—Con leche y tres cucharadas de azúcar —comentó al tiempo que se acercaba al borde del sofá para poder servirse.

Gonzalo arqueó una ceja.

—¿No es eso mucho azúcar?

—Cuanto más dulce, mejor.

Él giró la cabeza para que ella no viera su sonrisa, pero el gesto en lugar de hacer que esta pasara desapercibida, alertó a Irene de que estaba ocultándole algo.

—¿Qué sucede?

—Nada.

—¡Dímelo! Sé que te estás riendo por algo.

Gonzalo se dio la vuelta para mirarla de frente.

—Me hace gracia que te guste el café dulce. Casa mucho con la idea que siempre he tenido de ti.

Irene recordó entonces el beso y fue consciente por primera vez de lo

cerca que estaba de él y de que no había nadie más en la habitación. Por primera vez desde que le conocía estaban solos. Solo tenía que alzar la mano y podría tocarle el rostro. Se esforzó en pensar en algo menos comprometido, temerosa de que él se diera cuenta de en qué estaba fantaseando.

—Supongo que después de esta cena me corresponde invitaros a mí —comentó Irene, tratando de evitar un debate relacionado con el comentario de Gonzalo, sin darse cuenta de que se estaba metiendo en otro problema mucho más importante.

—Eso estaría bien, pero tendrá que ser el viernes. Paula pasará el próximo sábado con su abuela.

Irene parpadeó, sorprendida porque aceptara.

—El viernes, pues.

—¿No le importará a tu amigo que salgas con nosotros dos fines de semana seguidos?

—Técnicamente no voy a salir, venís vosotros a casa —bromeó, no queriendo dar explicaciones.

—Me has entendido a la perfección —insistió.

—Ya te lo dije. Es solo un amigo —explicó antes de beber un sorbo de café.

Gonzalo, que hasta el momento estaba apoyado en el respaldo del sofá, se incorporó y se acercó más a Irene. Sin dejar en ningún momento de mirarla a los ojos.

—La manera en que te abrazaba no era la de un simple amigo —reclamó él. Queriendo zanjar el tema de una vez por todas y dando un sorbo a su café.

—Germán es un bromista. Estoy seguro de que lo hizo por incordiar.

Gonzalo se acercó más a ella.

—O tal vez lo hizo para dejarme claro que tú ya tenías compromiso.

Irene se forzó a sonreír con indiferencia. Siendo exactos, no fue lo que ocurrió, aunque tampoco es que fuera muy desencaminado.

—No lo creo.

—Yo sí. Debió de darse cuenta de cómo te miraba. —Había bajado tanto el tono que ella tenía casi que inclinarse sobre él para escucharle. Lo que la obligaba a acercarse más y más.

—¿Cómo me mirabas? Si no recuerdo mal, estabas convencido de que te

mandaba mensajes para que supieras que estaba interesada. Así que es posible que lo hiciera creyendo que tenía que protegerme de ti.

Él soltó una carcajada, ronca, sensual. Estaba tan cerca que su aliento le rozó la mejilla.

—Créeme, no era ese tipo de protección lo que necesitabas. Además, nunca pensé que estuvieras interesada... Solo pretendía molestarte.

—Lo lograste.

—Entonces, déjame que me disculpe —pidió, un segundo antes de abalanzarse sobre ella y capturar sus labios en un beso caliente y demoledor.

Sus besos estaban tibios por el efecto del café y su boca era tan dulce como el azúcar que habían ingerido. Cuando las bocas no fueron suficientes, Gonzalo la empujó con delicadeza para que se recostara en el sofá y comenzó una lenta tortura.

Sus manos fueron desnudándola, ansiosas por acariciar su piel desnuda y descubrir poco a poco lo que los baberos infantiles le habían estado ocultando durante el último mes y medio.

Irene flotaba en una nube de sensualidad, por lo que se dejó llevar por lo que sentía. Devolvió una por una las caricias, disfrutando de la visión del cuerpo desnudo de Gonzalo. Fuerte, musculado, imponente y a su alcance.

Ni siquiera se movieron del sofá. La sangre les ardía en las venas y el deseo les había obnubilado el cerebro. Irene se estremeció al sentir el peso del cuerpo de Gonzalo sobre ella, le vio estirar la mano para recoger sus vaqueros del suelo, fue consciente de que sacaba un paquetito azul de la cartera, observó cómo lo rasgaba y se apoyaba en un brazo para ponérselo sobre su palpitante erección. No obstante, ver y asimilar eran dos términos distintos. Le acogió en su cuerpo, ansiando cada centímetro de él, y cuando por fin lo tuvo por completo en su interior, le instó a moverse más rápido, e incluso entendió que no debía hacer ningún ruido, porque Paula estaba en la habitación de al lado.

Para acallar sus jadeos lo mordió en el cuello, tragándose el grito que acompañó a la culminación.

Sin embargo, no fue hasta unos minutos después cuando comprendió la magnitud de lo que acababa de suceder.

No quiso abrir los ojos por temor a lo que se iba a encontrar. No es que

no supiera que acababa de hacer el amor con Gonzalo, lo que le preocupaba era la reacción de él. No estaba preparada para ver arrepentimiento en sus ojos.

Notó cómo el peso que sentía presionándola al sofá se volvía liviano y supo que se había apartado de ella. Se incorporó con cuidado y abrió los ojos, él no la estaba mirando puesto que se estaba deshaciendo del preservativo anudándolo para tirarlo.

—¿Estás bien? —preguntó, esta vez con la mirada clavada en ella.

Irene asintió con la cabeza, puesto que no estaba muy segura de que la voz le saliera normal.

—Ve al cuarto de baño de mi dormitorio que es más grande. Yo iré a este —señaló.

No había nada en su voz, ni arrepentimiento, ni alegría, ni ninguna emoción que Irene pudiera identificar. Ni siquiera un resquicio del placer que acababan de experimentar juntos.

—Por supuesto —aceptó. Poniéndose de pie y recogiendo su ropa del suelo.

Incómoda, la pegó a su cuerpo para cubrirse un poco. Todo lo contrario que Gonzalo, que se paseó desnudo por el salón. Con delicadeza, la asió del brazo para conducirla hasta su dormitorio, indicándole la puerta del aseo.

—Te esperaré en el salón. Tómate el tiempo que necesites.

—Muy bien. Gracias.

Irene entró y cerró tras de sí. Dejó caer la ropa al suelo y se miró en el espejo que había sobre la pila blanca con la encimera rosa salmón.

—¿Qué has hecho? —se preguntó. Todavía tenía la piel enrojecida por los besos y la barba de Gonzalo—. Y lo más importante, ¿ahora qué? —volvió a cuestionarse.

Ahora nada, se dijo con firmeza. Se lavaría, se vestiría y saldría de allí como si no hubiese sucedido nada extraordinario. Sabía desde el comienzo que quedar con Gonzalo no era una buena idea, y frente a ella tenía la prueba. Lo sabía y lo había obviado, y ahora ya no había solución posible.

—Pero ha sido increíble —se dijo, sonriendo al recordar sus besos y acometidas—. Más que increíble... Una pena que no vaya a volver a repetirse...

Intentó regañarse a sí misma por pensarlo, pero estaba todo demasiado reciente como para que pudiera tomar conciencia de lo que había sucedido.

Tenía que reaccionar antes de que él se arrepintiera y se lo hiciera saber. No podía mostrarse reservada o preocupada o le demostraría que era justo la clase de mujer que le había descrito en el *The Mermaid*.

Por ello se lavó, se vistió a toda prisa y se dispuso a salir, no sin antes echarle un último vistazo a su reflejo en el espejo.

—Soy una mujer sofisticada que no va a salir huyendo. Me quedaré media hora más y después me marcharé como si no hubiese sucedido nada fuera de lo normal. Después de todo, solo ha sido sexo. Un sexo increíble... ¡Déjalo ya, Irene!

Abrió la puerta y salió al dormitorio. Ni siquiera se atrevió a fijarse en él, temerosa de que la cama captara su atención.

Media hora más, se dijo, ¡puedo hacerlo!

Capítulo 25

Alicia estaba frenética, y puesto que esa noche iba a conocer al hombre que el superordenador había escogido para su «cita a ciegas», era en cierto modo lógico que lo estuviera. Como también lo era que hubiese escogido el bar de Iván para quedar con el misterioso hombre que según dicha web era perfecto para ella.

Porque, aunque otras personas, más maliciosas, pensarán que lo había elegido para molestar a Iván y demostrarle que ella también tenía citas, el hecho era que Alicia escogió su bar porque estaba segura de que si el tipo no era lo que esperaba e intentaba propasarse con ella, el camarero saldría en su defensa.

De algún modo que no tenía tiempo de analizar, él lograba que se sintiera segura.

Después de todo lo sucedido en los últimos días, Alicia decidió mantener en secreto que había concertado una cita con él para tomar unas copas. Siendo más concreta, lo cierto era que les había ocultado a sus amigas que el superordenador por fin seleccionó al que prometía ser su pareja ideal.

A pesar de lo científica que parecía la selección, Alicia se había mostrado un poco reacia a quedar para cenar con alguien a quien no conocía de nada y que recurría a una aplicación móvil para encontrar pareja. Por lo que consideró que un primer contacto se merecía un par de copas, de ese modo no tendría que aguantarle durante toda la noche si al final no resultaba ser lo que esperaba. A lo largo de los tres últimos meses había tenido una gran dosis de decepciones como para aprender a mostrarse precavida.

Con una mezcla de sentimientos presionándole el pecho: esperanza, temor e ilusión, entró en la cafetería y se acercó a la barra, dejando sobre ella la cartera roja que había acordado con Marte que llevaría.

Para reconocerse entre ellos, ya que en la web no se permitían fotografías, solo *nicks*, habían acordado vestir de negro y rojo. Él con vaqueros negros y camiseta roja y ella con vestido negro y zapatos y bolso rojo.

Nerviosa se sentó en un taburete y buscó a Iván con la mirada para pedirle una bebida. No obstante, se quedó petrificada cuando comprobó que tras la barra no había nadie más que una chica de unos treinta años, rubia, delgada y muy mal vestida, o al menos no muy decentemente vestida, teniendo en cuenta el escote y la longitud de la falda que portaba.

—Hola, ¿qué quieres tomar? —preguntó con amabilidad.

—¿No está Iván?

Ella le sonrió, comprendiendo que era una clienta habitual o quizás una amiga del dueño.

—Sí, ahora mismo viene. ¿Te sirvo yo algo mientras tanto?

—Un agua con gas, por favor. Con limón.

—Marchando —aceptó, muy servicial.

Alicia se obligó a permanecer allí sentada. Si le hubiera quedado alguna duda, que no la tenía, sobre Iván y su nueva novia, esta acababa de quedar zanjada por la persona en cuestión. Pero ¿por qué le molestaba tanto que saliera con alguien? Después de todo, ella iba a hacer lo mismo. Miró el móvil para comprobar la hora y ver si tenía algún mensaje. Dos minutos y su cita llegaría tarde. Un punto menos para él, se dijo. Empezaba bien la noche...

—Aquí tienes —le dijo la rubia dejando frente a ella un vaso y un botellín de agua con gas.

—Gra... —Se calló al ver aparecer detrás de la chica a Iván, sonriente, buscando a alguien con la mirada. Tan ajeno a ella como lo estaba la última vez que lo vio.

Lo primero que llamó su atención fue la camiseta roja que llevaba puesta. Se levantó sin bajar los pies del taburete para mirarle los pantalones.

—¡Qué narices! —murmuró, más alto de lo que pretendía.

—Es que tiene una cita importante —comentó la chica en un tono

confidencial a una asombrada Alicia—. Es la primera vez que mi hermano se toma a una mujer tan en serio. Si hasta ha llegado puntual —comentó riéndose y acercándose a él.

Alicia no perdió el tiempo pensando en lo que resultaba evidente, cogió la cartera y la abrió en busca del teléfono móvil, desesperada por hablar de lo que estaba a punto de suceder con su mejor amiga. No obstante, no llegó a marcar el teléfono de Irene, ni siquiera alzó la cabeza cuando sintió que Iván se paraba a su lado.

—¿Alicia?

—Hola, Iván —saludó, mirándole por primera vez.

—¡La Virgen!

Gonzalo estaba confuso, pero sobre todo se sentía excitado, como si no acabara de hacer el amor de un modo tan apasionado que su cerebro se había desconectado del resto de su cuerpo durante varios minutos.

Su confusión, sin embargo, venía por otro lado ya que era la primera vez que tras un orgasmo tan intenso no se quitaba de la cabeza la idea de volver a repetirlo.

Incapaz de dejar de moverse, se dio un paseo arriba y abajo por el salón. Sabía que tendría que sentirse consternado por lo que había sucedido, avergonzado, puesto que había sido él quien lo inició todo, no obstante, no se sentía así. Y esa carencia lo hacía todo más difícil porque no podía olvidarse de que Irene era la profesora de su hija. La mujer a la que había descartado por buscar algo más que relaciones esporádicas.

—Siento haber tardado —se disculpó la culpable de sus desvelos al entrar en el salón.

Gonzalo no pudo evitar darse cuenta de lo guapa que estaba. Aunque había intentado recomponerse, sus mejillas todavía estaban teñidas de rosa, sus ojos brillaban y llevaba el cabello alborotado en una cascada de rizos sobre los hombros.

Vio cómo se sentaba en el sofá en el que minutos antes habían hecho el amor y sintió que su vientre evocaba escenas que en ese instante no necesitaba recordar.

—No te preocupes —dijo con sequedad. Intentando recuperar el control de sus emociones.

Solo fue consciente de su tono cuando reparó en el gesto sorprendido de Irene, quien de inmediato apartó la mirada de la suya para ocultar su reacción.

—El café ya estará frío, si quieres te lo puedo calentar. —«¿Si quieres te lo puedo calentar?», se burló de sí mismo. ¿Adónde había ido a parar su don con las palabras? Su facilidad para encantar a las mujeres. ¿Es que acaso se podía ser más cretino sin pretenderlo?

Avergonzado por su falta de delicadeza se sentó a su lado en el sofá, dejando espacio entre ambos, y rezó para que el sentido común le llegara cuanto antes.

Irene ofreció una sonrisa que estaba lejos de sentir.

—No, gracias. En realidad, no me apetece más café. Tengo intención de dormir esta noche —comentó ella, sintiéndose estúpida porque al parecer todo lo que él decía o incluso lo que ella misma respondía le sonaba muy sexual.

—Tienes razón —apuntó levantándose para recogerlo—, voy a llevarlo todo a la cocina.

—¿Necesitas que te ayude? —se ofreció ella.

—No, tranquila, puedo yo. Solo es la bandeja.

Irene se levantó del sofá, ansiosa por marcharse de allí cuanto antes y sintiendo que él esperaba lo mismo.

—En ese caso me voy a marchar ya. Muchas gracias por la cena.

«A la porra la media hora», se dijo.

—A ti por venir. Paula lo ha pasado muy bien.

El comentario le valió una punzada de incomodidad en el estómago. No se le había escapado que había aludido a lo bien que se lo había pasado la niña, nada sobre él.

Consciente de que no podía marcharse así sin más, se inclinó sobre él, que se mantuvo impasible, y le dio un beso en la mejilla. Tenía intención de darle un segundo, pero su rigidez la hizo desistir de la idea.

Con una serenidad que estaba lejos de sentir se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, seguida de cerca por Gonzalo que parecía tan

ansioso como ella de que se fuera.

Su bolso y su chaqueta estaban colgados del perchero del recibidor, los cogió y abrió la puerta para salir.

—Buenas noches y gracias.

—Buenas noches —se despidió Gonzalo, cerrando en cuanto ella estuvo en el rellano. Ni siquiera se esperó a que llegara el ascensor, ni hizo ninguno de sus comentarios egocéntricos que pudieran hacerla sentir mejor o incluso molestarla. Cualquier pulla hubiera sido mejor que el absoluto silencio con el que la había tratado.

El ascensor se detuvo en su planta, tiró de la puerta y se metió dentro haciendo esfuerzos por no lamentarse de su ineptitud y comenzar a llorar allí mismo. Consciente de que acababa de cometer el mayor error de su vida, rompiendo todas y cada una de las reglas que habían regido su vida hasta el momento, se había enamorado de un hombre que no sentía ni sentiría nada por ella. Del padre de una de sus alumnas.

Sabía que se sentiría mejor después de hablar con alguien de confianza, y esas eran su hermana o su mejor amiga. Por descarte, Lidia quedaba fuera ya que estaba casi segura de que estaría disfrutando del sábado con Germán y no tenía ninguna intención de fastidiarles la noche, de modo que solo le quedaba Alicia, quien con toda probabilidad estaría tan mal como ella misma. Al día siguiente ya llamaría a su hermana, pero antes hablaría con su amiga.

En cuanto salió del ascensor sacó del bolso el teléfono móvil y buscó en últimas llamadas. Pulsó la que aparecía con el nombre de Alicia y esperó que su compañera no se hubiera quedado dormida en el sofá viendo alguna comedia romántica.

—Hola, Irene —contestó la morena al tercer tono.

Su voz sonaba muy alegre, lo que desconcertó un poco a Irene.

—¿Te pilló en mal momento?

—Me pillas en el momento perfecto. Acabo de despedirme del hombre de mi vida —confesó Alicia con una risita tonta—. Iba a llamarte ahora mismo para contártelo.

—Maravilloso —musitó antes de colgar.

Capítulo 26

Lidia se despertó al sentir que unos dedos le recorrían con delicada lentitud la mejilla. Suspiró todavía adormecida y abrió los ojos. Aun sabiendo lo que se iba a encontrar al hacerlo no pudo evitar sentirse conmovida y agradecida porque su vida hubiera cambiado de un modo tan radical. Su relación con Germán se estaba afianzando y en él había encontrado todo lo que no sabía que buscaba: detallismo, comprensión, compañerismo, amistad y amor.

—Buenos días —saludó este con el pelo revuelto y una sonrisa en los labios.

—¿Qué hora es? —preguntó, incorporándose un poco para apoyarse en el cabecero de la cama.

Como venía sucediendo las últimas semanas, había compartido la cama con su novio, aunque la relación íntima tuviera límites.

—Hora de desayunar —apuntó sonriendo y apartándose para que viera la bandeja con tazas y tostadas que había sobre la mesilla de noche.

—Me gusta tu manera de despertarme —rio Lidia.

—¿Te refieres a mis caricias o al café? —bromeó Germán.

—No sería capaz de elegir una. ¿Me puedo quedar con las dos?

Germán fingió sentirse ultrajado y se vengó de ella haciéndole cosquillas. Al final las bromas dieron paso a los besos y a los arrumacos. Lidia protestó porque no se había lavado los dientes, sobre todo porque Germán sí que lo había hecho, pero las protestas cayeron en saco roto porque antes de que pudiera apartarse ya había perdido por completo la voluntad de hacerlo.

Las caricias de Germán tenían ese poder sobre ella, aunque siempre se

controlaba, no queriendo ir más allá. Lograba incendiarla como nunca nadie antes lo había hecho.

—Las tostadas se enfrían —apuntó, separándose de ella antes de perder la poca cordura que le quedaba.

Lidia escondió su decepción tras una sonrisa.

—La verdad es que tengo hambre. ¿Qué me has traído?

—Café, leche, tostadas y mermelada. Como no sabía si preferías la de fresa o la de melocotón te he traído de las dos.

—¡Umm! Sueno delicioso. ¿Sabes? Al final voy a quedarme con el café —bromeó, logrando su propósito, que Germán volviera a hacerle cosquillas y a besarla.

Durante la siguiente media hora comieron en la cama. Compartiendo tostadas y disfrutando de la mutua compañía. Además del amor y de la atracción física que sentían, habían descubierto que compartían gustos de los que podían hablar durante horas.

Los dos seguían los mismos programas y veían las mismas series de televisión, e incluso compartían algunas lecturas. A pesar de conocerse desde siempre estaban descubriendo facetas el uno en el otro que no sabían que tenían. Cada conversación, cada beso era un descubrimiento, un modo de conocer al amigo del que creían saberlo todo y que lograba sorprenderles haciendo que se plantearan hasta qué punto eran las personas que habían creído.

—¿Vamos a salir a comer o nos quedamos aquí y pedimos comida a domicilio? —inquirió Germán, poco dispuesto a levantarse de la cama.

—Tengo que irme a casa a ducharme. Ayer no traje nada —se excusó—. No estaba claro que fuera a quedarme.

—¿Por qué no te dejas ropa y una bolsa de aseo aquí?

—¿Qué?

—Te vaciaré un cajón para que puedas dejar tus objetos personales, así podrás quedarte siempre que quieras.

—¿Quieres que demos ese paso tan pronto?

Germán se encogió de hombros. Estaba nervioso y no quería que Lidia lo notara.

—Podemos comenzar por que te quedes conmigo los fines de semana e ir

viendo cómo se nos da.

—Pero si ni siquiera nos hemos acostado.

—Técnicamente lo hemos hecho. Muchas veces.

—Me refiero a... Ya sabes a lo que me refiero —apuntó enrojeciendo con rapidez.

—Te quiero, eso ya lo sabes. Lo que no comprendes es que me muero por encontrarme con tu ropa interior cuando haga la colada. Necesito sentir tu aroma cuando me meta en la cama y, sobre todo, necesito pasar todo el tiempo que pueda contigo. Cierto que te pedí que fuéramos despacio, pero hacerlo me está matando... No puedo seguir así. Yo...

Lidia no le permitió continuar. Le puso un dedo sobre los labios para que callara.

—¿Estás tratando de decirme que la espera ha terminado? ¿Que quieres que hagamos el amor?

Germán apartó con delicadeza su mano.

—No, lo que trato de decirte no es que quiero hacer el amor contigo, sino que necesito hacer el amor contigo.

—Eso es aún mejor —bromeó, nerviosa y excitada.

La sonrisa de Germán le dijo a Lidia que se refería al momento presente. Ahora mismo. Ya.

No tuvo tiempo de asimilarlo, un segundo después, Germán se estaba inclinando sobre ella y besándola con tanta codicia que apenas era capaz de bajarle los pantalones del pijama. Las manos le temblaban por la tensión, el ansia y el deseo de disfrutar poco a poco del momento.

Lidia aprovechó para tomar las riendas. Sin perder contacto visual se separó de su boca y comenzó a bajarse los pantalones y a quitarse la camiseta. Una vez que estuvo desnuda se sentó sobre sus rodillas y alargó la mano para hacer lo propio con él. Germán dejó que le quitara la ropa, ayudando cuando se hacía necesario, alzando los brazos o estirando las piernas. No obstante, la calma duró el breve lapso de tiempo en que los dos tardaron en desnudarse, un instante después, Lidia estaba tumbada de espaldas en la cama mientras Germán se colaba entre sus piernas para deleitarse en su aroma y su sabor. El clímax le llegó con tanta fuerza que gritó como no lo había hecho en su vida, se agarró con fuerza a las sábanas,

como si necesitara de un asidero para mantenerse en la tierra y se arqueó espoleada por el orgasmo.

Todavía sentía los espasmos de su sexo cuando él se adentró en su cuerpo y fulminó cualquier resquicio de cordura que pudiera quedarle.

Capítulo 27

El domingo por la tarde, tras regresar a casa después de la comida familiar en casa de sus padres, Irene había llegado a la conclusión de que necesitaba desconectar de lo sucedido durante el último mes y medio.

Lo que había comenzado como algo inofensivo acababa de convertirse en un auténtico quebradero de cabeza para ella. ¿Qué estaba haciendo con su vida? Quizás tenía que tomar ejemplo de Alicia y dedicarse a buscar a alguien que la comprendiera, amara y apoyara, o quizás el viaje de fin de semana que su padre le había sugerido conseguiría que lo viera todo en perspectiva. Las posibilidades eran tentadoras, Dublín, Edimburgo, Londres, Roma, París... Sería perfecto pasar un fin de semana en una de esas ciudades, sin tener que preocuparse por nada más que por hacer turismo y soñando con encontrarse con un desconocido que la hiciera olvidarse de Gonzalo para siempre.

Un fin de semana sin tener que preocuparse por cruzarse con gente a la que no deseaba ver o con temor a enfrentarse al día después.

Soltó el bolso en cualquier parte y se dejó caer en el sofá del salón. Cerró los ojos con fuerza, pero hacerlo no consiguió que lo sucedido desapareciera. Lo que se percibía con los ojos cerrados no era más que una ilusión de paz, la realidad volvía a imponerse en cuanto los abrías de nuevo.

Ya que los últimos dos días habían sido un trasiego emocional para Irene, que acababa de descubrir que había tenido el poco juicio de enamorarse de Gonzalo. Un hombre que le había dicho de frente y sin medias tintas que nunca repetía cita con una misma mujer.

Apretó los párpados con más fuerza mientras las últimas veinticuatro horas regresaban a su cerebro una y otra vez... El modo en que se habían despedido la noche anterior... El encuentro con Rodrigo, su propio padre y sus velados consejos...

Eran las doce del mediodía cuando Irene puso un pie en el edificio de sus padres, ni demasiado pronto ni muy tarde, la hora perfecta para no toparse con nadie que saliera a comer, puesto que era demasiado pronto para ello, ni para cruzarse con quien viniera de fiesta o de hacer deporte, porque era muy tarde.

Con una mezcla de temor y de esperanza abrió la puerta del portal y se acercó hasta el ascensor. Se sintió satisfecha por haber acertado con la hora y no encontrarse con Gonzalo, ya que todavía tenía fresca en su mente la lamentable despedida de la noche anterior y no se sentía con fuerzas para soportar otra escena igual de aséptica.

Presionó el botón para que el ascensor bajara hasta la planta baja y esperó. Todavía no había terminado de cantar victoria por no haberse cruzado con nadie cuando la puerta de la calle volvió a abrirse y unos segundos después una voz, que le resultaba conocida, la saludaba.

—Buenos días.

Irene se dio la vuelta para toparse con Rodrigo.

—Buenos días.

—¡Irene! —parecía genuinamente sorprendido de encontrarla allí.

—Hola, Rodrigo. ¿Qué tal estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú? ¿Vas a ver a Gonzalo? —preguntó con curiosidad mal disimulada.

—No, voy a comer con mis padres. Viven en el edificio.

—¡Vaya! Qué casualidad, al final va a ser cierto eso de que el mundo es un pañuelo.

—Sí.

—Yo voy a recoger a Paula —explicó sin que le preguntara—. Me ha llamado mi hijo para pedirme que la entretenga unas horas mientras él va a la oficina para adelantar trabajo.

—¿En domingo?

—¿No lo sabías? Gonzalo es un adicto al trabajo —apuntó en tono confidencial.

—No le conozco tanto como para saberlo —contestó ella, con sequedad.

—Por supuesto.

Irene estaba a punto de disculparse con Rodrigo por sonar tan cortante, pero la aparición del ascensor en ese momento la libró de una escena embarazosa.

Sabiendo que ella bajaría primero pulsó el botón de la planta de sus padres y sonrió para hacer menos tensa la espera.

Se despidió de Rodrigo unos segundos después en el tono más dulce y amable que pudo esbozar mientras se preparaba para el siguiente asalto, su padre.

Cierto era que le había prometido que no le contaría nada a su madre, no obstante, esa promesa no era suficiente para librarla de la ronda de preguntas que seguro le esperaba en casa. Para evitarlas lo mejor era no despegarse de su madre, así Diego no tendría oportunidad de abordarla.

Como si hubiera estado esperando toda la mañana a que llegara, en cuanto Irene metió la llave en la cerradura y abrió la puerta se topó con su progenitor.

—Acompáñame a por el periódico —pidió con una sonrisa que pretendía tranquilizarla.

Adiós a eso de pegarse a su madre como una lapa, se dijo Irene.

—Pero si son más de las doce y tú siempre lo lees mientras desayunas.

—Hoy no he tenido ganas de salir —se encogió de hombros para restarle importancia al asunto, aunque no por ello engañaba a su hija, que sabía a la perfección el motivo por el que no había bajado como cada día a por la prensa, era para tener una excusa con la que sacarla de casa cuando llegara.

—¿Puedo antes saludar a mamá y a Descartes?

—Tu madre está en la ducha y el gato debe de estar durmiendo en algún sitio. No lo molestes.

Irene sonrió al pensar en Descartes tumbado sobre el sofá del salón, en alguna de sus incómodas posturas. Era el primer gato que había acogido para la asociación y también el primero al que le había encontrado un hogar.

Desde entonces había ayudado a muchos, endosándolos a familiares y amigos. Se le daba bien emparejarlos, y al mismo tiempo sentía que la vida era mucho más bonita con un animal menos en la calle. Ojalá con las personas fuera todo tan fácil, pensó con tristeza.

En cualquier caso, tenía que alegrarse porque estaba segura de que Allegra pronto sería adoptada también, y además estaba segura de que sería su hermana quien lo haría. Lidia siempre se había quedado con ganas de quedarse con uno de los gatos que Irene recogía, pero la fuerte alergia de Raúl al pelo de los animales lo hacía imposible.

No obstante, el impedimento ya no existía e Irene estaba segura de que la gata y Lidia harían una pareja perfecta.

—De acuerdo. No hace falta que me ofrezcas una bebida antes —bromeó con sorna.

—Te invito a un café cuando hayamos comprado el periódico.

—Y a un pastel.

Diego sonrió al tiempo que cogía la chaqueta del perchero.

—De acuerdo, café y pastel.

Como era de esperar para que la cuota de despropósitos alcanzara su nivel máximo, cuando el ascensor se detuvo en su planta, Gonzalo ya estaba dentro. Iba vestido de *sport* y llevaba el maletín del portátil en la mano, confirmando lo que le había contado Rodrigo, que tenía intención de ir a la oficina a trabajar.

—Gonzalo, ¡qué casualidad! —saludó Diego, cediéndole el paso a Irene para que entrara primero, lo que la obligó a acercarse a Gonzalo para dejarle sitio a su padre.

—Buenas tardes, Diego, Irene. ¿Vais a dar un paseo?

—A comprar el periódico. —Y añadió, mirando a su hija—: Y a comernos un pastel.

—No te olvides del café —apuntó Irene, sintiendo que debía intervenir aunque fuera con una frase.

—Suena muy bien —dijo Gonzalo dirigiéndose a Irene.

Un segundo después, los hombres se enfrascaban en una conversación sobre derechos de imagen y patentes. La conversación terminó con la misma rapidez con la que se había iniciado.

Al salir a la calle cada uno tomó un camino distinto. La despedida que Gonzalo le dispensó fue impersonal, como si no hiciera menos de veinticuatro horas que había estado entre sus brazos. Irene se obligó a no girarse para verle alejarse. No se merecía la deferencia.

—¿Vas a contarme qué ha pasado ahí dentro? —preguntó Diego, sin dejar de andar.

—No sé a qué te refieres —enlazó su brazo al de su padre, pero se negó a mirarle para que no descubriera su nerviosismo.

—Ese hombre está cagado de miedo, y dado que nunca se ha mostrado así conmigo deduzco que la culpable eres tú.

—Eres mi padre. No puedo hablar de eso contigo —apuntó, besándole en la mandíbula, el punto al que llegaba sin ponerse de puntillas.

Diego se detuvo para mirarla de frente.

—Si por eso te refieres al sexo, ahórrame los detalles. De lo demás quiero saberlo todo.

—De acuerdo, pero primero me comeré ese pastel. ¡Necesito azúcar!

La cafetería a la que Diego la llevó estaba justo al lado del quiosco de prensa en el que compraron el periódico.

Se trataba de un local ambientado en la Barcelona de la Revolución Industrial.

Las mesas eran antiguos vagones de tren reciclados y la decoración pasaba por contener imágenes de la época enmarcadas en negro. A todo ello se le unía viejos telares y un suelo rústico en consonancia con el resto.

—Me gusta este sitio —comentó Irene.

—Pues espera a probar el tortel de domingo. Pero vamos a lo importante. No me distraigas.

Irene suspiró ruidosamente para dar a conocer a su padre su grado de exasperación.

—Me gusta. Mucho.

—¿Quién, el padre o la niña?

—Los dos.

—Lo que intento preguntar con mucho tacto es si te gusta el padre porque

sientes deseos de proteger a la niña. Te conozco y vi cómo Paula se aferraba a ti y tú a ella. Eres demasiado protectora, cariño.

—Me gustó él antes de conocer a Paula. Que ella viniera a mi clase fue una sorpresa.

Diego puso cara de no entender nada e Irene cumplió con lo prometido y le puso al día de cómo había conocido a Gonzalo en el The Mermaid, sin omitir que él prefirió hablar con Lidia.

—Ese chico es tonto. No me malinterpretes, cariño. Quiero a tu hermana tanto como a ti, pero no me entra en la cabeza que alguien pueda pasarte de largo. Eres preciosa.

—Gracias, papá.

—Supongo que Lidia parece más accesible que tú, y después de todo lo que ha vivido no quiere complicarse la vida. Eso explicaría su cara de pánico cuando nos vio al abrirse las puertas del ascensor.

—¿A qué te refieres?

—Según tengo entendido se casó con su mujer solo porque se quedó embarazada y después de eso vino la enfermedad. No ha tenido una vida fácil.

—No, supongo que no.

Durante los siguientes cinco minutos los dos se mantuvieron en silencio, degustando sus bebidas y el pastel, y pensando en sus asuntos.

Fue Diego el que rompió el silencio:

—Creo que lo que necesitas es un cambio de aires. Pronto será tu cumpleaños y mamá y yo estamos dispuestos a regalarte un viaje, donde quieras, ¿qué te parece Grecia? Te encanta.

—No creo que sea un lugar muy seguro hoy en día.

—Tienes razón. Pero hay otras muchas ciudades que visitar. Piénsatelo y me dices cuál has elegido —pidió, consciente de que, para Irene, Gonzalo era algo más que el padre de una de sus alumnas o un hombre por el que se sentía atraída.

—De momento me conformo con el pastel —bromeó, dando un sorbo a su café.

Capítulo 28

Alicia estaba indignada y no tenía ningún tapujo en hacérselo saber a Irene. Para empezar, ni siquiera la saludó cuando se encontraron en la sala de profesores, como tampoco la esperó para ir juntas a recoger a los niños al patio donde hacían la fila para entrar, igual que había hecho cada día desde que ambas coincidieron en el centro.

Consciente de la situación, Irene se mostró prudente y se mantuvo al margen. Bastante tenía con disimular la impresión de volver a ver a Gonzalo como para tener que preocuparse también del enfado de su mejor amiga. No obstante, en cuanto las dos se encontraron en clase con los niños entretenidos viendo los dibujos con la pizarra digital, también conocida como pizarra mágica, que la asociación de padres y madres había subvencionado para el colegio.

—¿Por qué estás tan enfadada? —inquirió Irene con tacto.

—Me colgaste —respondió sin mirarla—. Iba a contarte algo importante y me colgaste.

—Era por una buena causa.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Estabas demasiado contenta como para que yo te amargara la noche. En realidad, lo hice por ti.

—Es la excusa más burda que he oído en mi vida. Además, tampoco me llamaste el domingo, ni esta mañana...

—El sábado me acosté con Gonzalo —susurró, sabiendo que con ello conseguiría que su amiga se olvidara de que la había colgado. Lo que no

calculó era que se enfadara todavía más.

—No me puedo creer que seas tan zorra.

—¿Perdona?

—No me malinterpretes, no eres zorra por acostarte con él. Eso ha sido lo más inteligente que has hecho en mucho tiempo. Eres una zorra por no habérmelo contado hasta ahora. Después de que me colgaras, lo más educado hubiera sido que me llamaras ayer, incluso hoy, pero claro, estabas demasiado ocupada tirándote al macizorro como para pensar en los sentimientos de tu amiga.

Irene tuvo que asimilar lo que estaba escuchando antes de ser capaz de hablar.

—No me lo estaba tirando. Solo pasó una vez.

Al escuchar la afirmación de Irene la actitud de Alicia cambió de un modo radical.

—En ese caso tendré que perdonarte. ¿Cómo fue?

—¿Esperas que te lo cuente después de que me has llamado zorra?

—Ya te he dicho que te perdono, así que, sí —apuntó, llevando el tema por donde le convenía a ella—. Quiero saberlo todo, con pelos y señales, y después te pondré yo al día de quien es mi nuevo novio.

Te vas a caer de culo.

—Ahora encima me acojonas. ¡Menuda amiga estás hecha! —bromeó, intentando ganar tiempo.

No obstante, Alicia no se dejó engañar y la obligó a que le contara todo lo que había sucedido desde que se cruzó con su padre en el umbral hasta que se marchó de casa de Gonzalo horas más tarde.

El pudor hizo que Irene no se explayara mucho en los detalles, lo que molestó a Alicia, que esperaba esa parte con interés.

Al final tuvieron que dejar de hablar del tema porque los dibujos terminaron y los niños no les permitieron un momento de paz.

Retomaron la conversación a la hora del recreo, mientras estaban de guardia para cuidar a los alumnos de diversos cursos, pero entre tanta algarabía no pudieron hablar con calma.

—¿Por qué no vamos al bar de Iván a las cinco y hablamos más tranquilas?

—Al bar de Iván no. ¿Qué te parece si nos vamos al centro comercial? Así aprovechamos y nos damos una vuelta por las tiendas.

—Me parece bien —aceptó Irene, ajena al motivo por el que Alicia no quería ir al bar de siempre.

De modo que ahí se encontraban, algunas horas después, sentadas en la terraza de una de las cafeterías del centro comercial al que solían acudir, hablando de cómo habían cambiado sus vidas en tan poco tiempo.

Irene le había confiado a su amiga lo que Gonzalo pensaba de las relaciones de pareja. Aunque a diferencia de ella, Alicia creía que si se lo proponía podría hacerle cambiar de idea.

—Yo no estoy tan segura. Le gusta la vida que lleva y, además, no podemos olvidarnos de las ganas que tenía el sábado de que me marchara de su casa.

—Estás exagerando.

—Tú no estabas allí, así que no lo sabes.

—No, pero te conozco. Piénsalo, tienes que importarle lo suficiente como para invitarte a cenar y acostarse contigo siendo la profesora de su hija. Está claro que contigo eso de solo una cita es imposible.

—Estás siendo muy optimista.

—Para nada. ¡Conquistalo! El primer paso ya lo has dado.

—Como si fuera tan fácil —se quejó Irene—. Esperando que Alicia le diera algún consejo.

—¡Lo es! —insistió la morena sin darle más explicaciones.

Irene suspiró, resignada.

—Eres odiosa, ¿vas a hacer que te pregunte?

Alicia asintió con la cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo lo hago?

—¿Cómo haces qué? —se hizo la tonta.

—¿Cómo le conquisto?

En los ojos de Alicia asomó un brillo triunfal.

—Fácil. Rómpele los esquemas. ¿No has dicho que cree que eres demasiado formal? ¿Que eres cuadrículada y aburrida?

—Él no dijo nada de aburrida —protestó, indignada.

—Se sobreentiende —apuntó ignorando la mirada asesina que la rubia le dispensó—. El caso es que le demuestres que está equivocado contigo. Muéstrate *sexy*, sofisticada. Ignórale, como si ni siquiera te acordaras de lo que sucedió entre vosotros. En definitiva... ¡Hazle sufrir!

—¿Y si no le importa?

Descartó la idea con un gesto de la mano.

—¡Imposible! Es un hombre y tiene un ego descomunal.

Irene sonrió, lo del ego era muy cierto. Y la idea no estaba tan mal, si al final no conseguía conquistarle, al menos le demostraría que no estaba tan interesada como él parecía creer.

—Lo primero que tenemos que hacer es comprarte algo escandaloso. Ya sabes... Ropa *sexy* para que sufra pensando en lo que llevas debajo del babero.

—Eres diabólica —alabó con orgullo.

—Lo sé.

Las dos rieron encantadas con las perspectivas que la conversación estaba pintando.

Todavía estaban paladeando el éxito cuando el móvil de Irene comenzó a sonar sobre la mesa. La llamada era de Lidia, para avisarlas de que la jueza había aceptado como prueba las fotografías que le habían hecho a Ernesto trabajando en el restaurante de su madre. Lo que significaba que iba a tener que dar cuenta de sus ingresos al fisco y pasarles una pensión mensual a sus hijos.

No obstante, cuando Lidia se enteró de que Alicia e Irene estaban juntas en el centro comercial y tenían intención de renovar el vestuario de esta última, salió a toda prisa de la oficina para reunirse con ellas.

—No compréis nada hasta que yo llegue y tampoco contéis nada —pidió antes de colgar.

—¿Me vas a explicar eso de que el sábado encontraste al hombre de tu vida? —inquirió Irene, ignorando la petición de Lidia.

—Me emociona que lo recuerdes, pero no. Paso de contarlo dos veces. Espera a que llegue tu hermana.

Irene parpadeó, sorprendida.

—¿Desde cuándo te molesta contar la misma historia dos veces?

—No me molesta. Es solo para hacerte sufrir por colgarme cuando te lo iba a contar.

—Lo dicho, diabólica.

Diez minutos más tarde, Alicia no pudo contenerse y comenzó la narración. Cuando llegó Lidia, las dos estaban hablando de Iván y del hecho surrealista de que el superordenador de *Cita a ciegas* los considerara compatibles en un noventa y siete por ciento.

—Mi primera reacción fue salir corriendo. —Ante la mirada incrédula de sus amigas se explicó—. No porque Iván no me gustara, sino por la sorpresa de saber que era él...

—¿Qué pasó después? —preguntó Lidia, intentando hilvanar la historia en su cabeza.

—Iván insistió en que nos tomáramos la copa para la que habíamos quedado en vernos. Y eso es en resumen lo que pasó. —Se calló, despertando la suspicacia de Irene.

—Esto no es propio de ti. Nunca hay que tirarte de la lengua para que hables. ¿Qué está pasando aquí?

—Lidia, ¿sabes que Irene se acostó el sábado con Gonzalo? —soltó Alicia de sopetón, desviando el interés de su persona.

—¿Qué me dices! —Miró a su hermana en busca de confirmación—. ¿Por qué tengo que enterarme de todo la última? —se quejó.

—Porque te pasas el día con Germán —contestó de pasada, pendiente en su compañera de trabajo.

—Alicia, suéltalo ya —insistió, ignorando a Lidia y sus gritos de protesta.

—Estamos saliendo. Iván y yo somos novios. —Y antes de que ninguna pudiera decir nada, añadió—: De los de verdad. De los que se casan.

—¡Madre mía! Esto es más escandaloso que tu noche de sexo salvaje con el macizorro —sentenció Lidia mirando a su hermana.

Capítulo 29

La semana transcurrió con relativa tranquilidad para todos, hasta que llegó el jueves y la aparente normalidad se rompió de un modo estridente.

Irene, quien casi siempre se marchaba a casa al mediodía para comer, tuvo que hacer una excepción ante las insistentes súplicas de su amiga y compañera, que no quería ir sola al bar de Iván, a pesar de que ambos habían comenzado a salir juntos. Por ello, ahí estaba, todavía en el aula, esperando a que Alicia terminara de preparar las fichas que los niños iban a hacer esa tarde. A pesar de que tenía un hambre canina.

—¿Por qué estás haciendo eso ahora? —preguntó Irene, con la chaqueta y el bolso ya puestos.

—Termino en seguida —contestó Alicia sin mirarla, lo que despertó una idea en la imaginación de su amiga.

—¡No me lo puedo creer! —apuntó con énfasis.

Alicia apartó su atención de la pila de papeles que sostenía para mirarla.

—¿Qué no te crees?

—Ya decía yo que era raro que no quisieras ir sola al bar de Iván, pero la verdad es que esto no me lo esperaba. Supongo que por eso hemos ido tan poco estos días...

—¿Quieres dejar de hacerte la interesante y hablar claro? —Y añadió—: Que conste que te he pedido que te quedaras conmigo porque soy buena amiga y me daba pena que comieras sola.

—Seguro. A ti lo que te pasa es que estás asustada. Por eso estás tardando tanto en recoger, porque no quieres darle la cara a Iván, lo que puede

significar dos cosas: la primera es que te hayas arrepentido de salir con él y la segunda es que te hayas enamorado. —Se calló para evaluar la expresión de su amiga, quien intentó mostrarse impasible.

—Lo siento, no has acertado con ninguna. Solo estoy adelantando el trabajo de esta tarde.

Irene abrió los ojos con asombro antes de ser capaz de hablar.

—¡Madre mía! Te has enamorado de Iván —musitó para sí—. Por eso estabas tan enfadada cuando creías que tenía novia y por eso le estás evitando. Te preocupa que él no sienta lo mismo por ti.

—No me he enamorado de nadie. Aunque me parece un poco hipócrita que te muestres tan asombrada cuando tú estás en la misma situación que describes.

Irene iba a protestar que su caso no podía compararse al de ella porque a Gonzalo lo conocía de unos meses cuando ella conocía a Iván desde hacía años y nunca se había interesado por él, pero una llamada a la puerta de la clase interrumpió su oportunidad. Un instante después de que le dieran entrada, el conserje asomaba la cabeza.

—Irene, te necesitan en secretaría, ¿puedes ir ahora mismo?

—Claro, ¿sucede algo?

El hombre abrió la puerta por completo y entró en el aula, no queriendo dar la noticia en medio del pasillo donde cualquiera pudiera oírle.

—La abuela de una de vuestras alumnas ha venido a llevarse a la niña sin el consentimiento de los padres.

—No lo entiendo —apuntó Alicia, participando de la conversación.

—La niña se queda en el comedor y no hay constancia de que el padre haya dejado dicho que la abuela fuera a venir a recogerla.

Irene sintió un nudo en el estómago.

—¿Quién es la alumna?

—Creo que se llama Paula —dijo Ricardo, frunciendo el ceño para recordar mejor.

—Termina lo que estabas haciendo —pidió Irene a Alicia—, ahora mismo vengo. Voy a ver qué sucede.

Y antes de que la morena pudiera protestar salió por la puerta a toda prisa, camino de secretaría.

Al llegar, Irene se encontró con el cabello rojo de Carmen, la abuela de Paula, de espaldas a la puerta discutiendo a voz en grito con la directora del centro, una mujer que se caracterizaba por su paciencia y su buen humor, porque no se le había permitido sacar a la niña sin el consentimiento del padre.

Según le contó la mujer a Irene, solo había pretendido llevarse a la niña a comer con ella con la intención de llevarla de vuelta a las tres cuando comenzaran las clases. Su excusa es que llevaba dos semanas sin verla. El problema era que Paula se quedaba cada día en el comedor del colegio, por lo que Carmen había tenido que pasar primero por secretaría para encontrarla. Y eso había desatado el desastre que tenía delante.

—Mire, Carmen, lo mejor será que llamemos al padre de la alumna y que él decida si puede llevársela o no —propuso Aurora, la directora, con tacto—. El primer turno del comedor aún no ha comenzado con lo que, si el padre accede, podría llevársela sin problemas.

—No es necesario. Es evidente que me he equivocado al creer que se mostrarían razonables —comentó Carmen con orgullo y un poco de vergüenza.

—No se trata de ser o no razonables, sino de cumplir las normas. No estamos autorizados para permitir que se la lleve.

Aunque Irene intentó mantenerse al margen, la situación para ambas partes era demasiado incómoda.

Por un lado, Aurora era amiga de su madre, además de su jefa, y por el otro, Carmen estaba comenzando a alterarse de un modo significativo. De modo que, a pesar de sus intentos de ser una mera espectadora, se vio forzada a intervenir, y el único modo en que podía hacerlo era mediar entre Gonzalo y su suegra.

—Dadme cinco minutos. Yo misma hablaré con el padre de Paula. Estoy segura de que no tendrá inconveniente en que Paula salga a comer con su abuela —comentó antes de salir al pasillo para hablar con tranquilidad. No obstante, mientras salía llegó a escuchar a Carmen murmurar que eso estaba por verse.

Gonzalo miraba con fijeza el teclado de su ordenador, como si esperara que se pusiera él solo a pensar por sí mismo y a presionar las teclas.

Esa misma mañana Roberto y él habían tenido una reunión con los dueños de *Cita a ciegas*, quienes estaban más que encantados con el trabajo que Sign Here había hecho con su proyecto. Durante las casi dos horas que duró la reunión e incluso después de que finalizara, Gonzalo no pudo quitarse de la cabeza la imagen de Irene con las piernas al descubierto.

El babero, que llevaba siempre, le llegaba hasta un poco más arriba de las rodillas y no se veía la tela de ninguna falda por debajo. Lo que con total seguridad indicaba que llevaba una muy, muy corta. Y ese detalle, la longitud de la falda de Irene, le había tenido distraído durante todo el día. Como llevaba haciéndolo desde la noche que pasó con ella.

Por primera vez no podía apartar de su cabeza a una mujer, lo que le producía sentimientos encontrados de miedo y desazón. Las mujeres más importantes de su vida le habían defraudado, por lo que no era extraño que huyera de cualquier relación con ellas. Primero fue su madre y su constante indiferencia y después Marta, quien pecó de todo lo contrario, persiguiéndole hasta quedarse embarazada y arrebatarle su bien más preciado, la libertad. Solo Paula quedaba fuera de la lista, quizás porque era la excepción o quizás porque todavía no era una mujer y aún no había desarrollado su capacidad para dar problemas.

Fuera como fuera, Irene estaba invadiendo, sin su permiso, la perfecta vida que había construido para su hija y para él. Una hija que de algún modo contribuía a su deseo de no tener relaciones serías con nadie. Porque ¿qué sucedería si se permitía conocer a alguna mujer, quedar con ella? Con seguridad, Paula la conocería, se encariñaría con ella y si al final no funcionaba volvería a sentir la tristeza de perder a alguien.

El teléfono sonó en ese instante, sacándole de golpe de sus pensamientos.

Al ver el nombre que aparecía en la pantalla se le secó la garganta. El único motivo por el que ella le llamaría sería por algo relacionado con Paula, ¿verdad? No lo había hecho el domingo, después de que se encontraron en el ascensor, como tampoco lo hizo el lunes, el martes ni el miércoles.

—¿Irene? —inquirió con un toque de ansiedad en la voz.

Esta sintió un espasmo de placer que le recorrió todo el cuerpo cuando comprendió que Gonzalo había memorizado su número de teléfono en el móvil.

—Hola, Gonzalo.

—¿Está bien Paula?

—Sí, sí. No te preocupes, te llamo por otro asunto. —Hizo una pausa para tomar aire—. Verás, está aquí Carmen. En el colegio.

—¿Qué hace ahí?

Irene le resumió la escena que se encontró al entrar en el despacho de la directora. No queriendo crear más conflictos, se guardó para sí la actitud prepotente de Carmen y lo suavizó todo lo mejor que pudo.

—Esa mujer está loca. ¿Cómo se le ocurre ir al colegio?

Irene intentó apaciguarle.

—Dice que no ha visto a su nieta en dos semanas. Es lógico que quiera pasar un poco de tiempo con ella.

—Debería haber hablado conmigo. No airear nuestra vida familiar a unos extraños.

—A lo mejor temía que te negaras si te lo pedía.

Gonzalo se frotó las sienes para aligerar la presión que sentía.

—¿Sigue allí?

—Sí. Está esperando a que le diga si puede llevársela. Sé que es meterme donde no me llaman, pero... ¿no podrías dejar que Paula saliera a comer con su abuela? No lo hagas por Carmen, hazlo por tu hija.

Créeme, es muy triste crecer sin abuelos.

Gonzalo suspiró, sabiendo que iba a ceder.

—Si me lo hubiese pedido a mí de buenas maneras no me habría negado —confesó.

—Entonces quizás podrías dejar que se la llevara dos veces a la semana a comer con ella, por ejemplo, los martes y los jueves. De todas formas, se queda en el comedor y tú tampoco la ves.

Gonzalo sonrió. Admirado por el interés de ella de encontrar el punto que satisficiera a todos los implicados.

—Te vas a convertir en su ídolo. Lo sabes, ¿verdad? Carmen ya hablaba

maravillas de ti, pero ahora te va a adorar.

—¿Eso es un sí?

—Lo es. Con una condición... Mañana, cuando Paula y yo vayamos a cenar a tu casa, ponte la misma falda que llevas hoy —pidió con picardía.

Irene permaneció callada más tiempo de lo normal, asimilando lo que acababa de decirle Gonzalo, quien no solo acababa de aceptar la invitación que le había hecho el sábado anterior, sino que también parecía haberse percatado de su nuevo vestuario.

—No me gusta ponerme la misma ropa dos días seguidos —comentó con descaro antes de colgar.

Dos minutos después, entraba de nuevo en el despacho de la directora con la noticia de que Gonzalo, no solo había accedido a dejar que se llevara a Paula, sino que le permitía hacerlo dos veces por semana.

La mujer la miró entre asombrada y admirada.

—A mi yerno y mi nieta les vendría bien una chica como tú —comentó al tiempo que la miraba de la cabeza a los pies.

—Gracias. Supongo.

—Veo que ya lo tienes calado —rió la mujer y era la primera sonrisa sincera que Irene le veía esbozar.

Capítulo 30

En cuanto Lidia se enteró de la actitud esquivada de Alicia con Iván y de que Irene tenía una cena con Gonzalo al día siguiente, decidió que se hacía imprescindible un código DEFCON 1, lo que venía siendo una reunión urgente de chicas, con margaritas y comida china incluidas.

Por otro lado, tenía la impresión de que estaba descuidando a sus amigas en favor de Germán y quería que ellas comprendieran que pasara lo que pasara podían contar con su apoyo. De modo que las convenció para cenar juntas, a pesar de ser un día entre semana, y organizar una fiesta de pijamas.

Ninguna de ellas quiso herir sus sentimientos, por lo que aceptaron a pesar de saber de primera mano que esas reuniones se traducían en terribles resacas, en desgana y mala gana general.

Como Irene no quería dejar sola a Allegra, ya que el animal todavía no estaba del todo recuperado de sus infortunios, quedaron en su casa.

Alicia llegó cargada de DVDs y Lidia hizo lo propio con el tequila y el Cointreau para los margaritas.

Los limones y el hielo corrían por cuenta de la casa.

Entre unas cosas y otras, a las diez de la noche tras ver *Hysteria*, una película ambientada en la época victoriana que narraba la historia de un médico que pretende tratar la histeria femenina y que al final acaba inventando el vibrador, estaban como una cuba y se habían metido en una web que vendía juguetes eróticos *online*.

—¿Qué es eso que parece una grapadora? —inquirió Alicia con evidente interés—. Pincha a ver qué es. Me encanta el color —dijo con una risita de

embriagada.

—Es demasiado rosa —se quejó Irene.

Lidia que era la que tenía el poder absoluto, ya que era quien manejaba el ratón, le hizo caso para ver qué era la grapadora fucsia que tanta gracia les había hecho a sus amigas.

—Pone que es un masajeador —apuntó Lidia.

—¡Es carísimo! —exclamó la morena al ver el precio. Cambiando su interés por otro artilugio—. ¿Qué es eso de fundas de pene? Pincha a ver qué es.

—¿En serio? Sirven para para alargar el miembro. ¡Es absurdo! Ve a la ropa interior comestible —pidió Irene, lo que le valió una mirada de asombro por parte de su hermana.

Haciendo caso omiso a las peticiones, Lidia fue directa hasta los vibradores. A pesar de las súplicas anteriores no hubo quejas por la decisión. Por lo que las tres se dedicaron a husmear entre la cantidad de juguetitos que había.

—¡Madre mía! Si ese fuera de verdad, al tipo le daría una apoplejía antes de poder ponerlo en marcha —se burló Irene.

Alicia saltó como un resorte de la silla.

—¡No se te ocurra pasar la página! Ya vengo —dijo saliendo a toda prisa del salón para regresar unos minutos más tarde con la cartera en la mano.

—Dime que no vas a hacer lo que creo que vas a hacer —pidió Lidia entre carcajadas.

—¿Qué va a hacer? —Irene, quien rara vez bebía, había perdido por completo la capacidad de pensar.

—Por supuesto que me lo compro. No puedo dejar pasar una oportunidad como esta —comentó con absoluta seriedad al tiempo que sacaba la tarjeta de crédito.

Así siguieron un par de horas más. Bebiendo margaritas, riendo y revisando con minuciosidad el contenido de la web.

Cuando no quedó nada más por ver, encendieron la televisión y bailaron con la música, imposible de bailar, que ponían a altas horas de la madrugada.

Se quedaron dormidas por puro agotamiento.

Cuando Lidia abrió los ojos sintió que la poca luz que entraba por las persianas bajadas del dormitorio de su hermana sería capaz de desintegrarla si le daba directa sobre la piel. Al instante pensó en el famoso conde Drácula y sintió una fuerte simpatía por él. Como si durante su adolescencia no hubiera sido el peor de sus miedos.

Se levantó con cuidado de no despertar a Irene y buscó a Alicia. Sin recordar que su amiga había pasado la noche, o las pocas horas que habían dormido, en el dormitorio de invitados.

Buscó sus gafas en la mesilla de noche y con sigilo salió de allí en busca de un analgésico y café.

Mucho café.

No obstante, no llegó más allá del sofá del salón. Desorientada buscó el móvil en el bolso para saber la hora que era y descubrió que tenía un par de llamadas perdidas de Germán.

Tenía el móvil pegado a la oreja para devolverle las llamadas a su novio cuando Irene apareció en pijama y con cara de enferma.

—Buenos días.

—Qué mala cara tienes —contestó Lidia en el preciso instante en que Germán respondía a la llamada.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me has puesto una cámara oculta en el coche? —preguntó de buen humor.

Lidia sonrió a pesar de que sentía la cabeza a punto de estallar.

—No te lo decía a ti. Es Irene la que se ha puesto verde.

—Pobre, ¿y tú, qué tal has amanecido?

—Yo más o menos, me duele la cabeza, pero se me pasará. —Se calló un segundo cuando Alicia también entró en el salón—. Está claro que soy la que mejor tolera el alcohol. Alicia no está mejor que mi hermana.

—Pobres —dijo con verdadera compasión. Conocía de primera mano los síntomas de la resaca, e imaginar a su novia y a sus amigas sufriendola le causaba malestar.

—Pobre de mí —se quejó Lidia—. Puede que no sea la que peor aspecto tiene, pero estoy agotada y no tengo fuerzas ni para preparar café.

Las otras dos se habían ido dejando caer en los sillones del salón y habían cerrado los ojos. Lidia se planteó si se habrían dormido.

—En ese caso te encantará saber que estoy a cinco minutos de casa de tu hermana y llevo café, bollos y analgésicos para todas.

—Te quiero, Germán.

Él rio encantado y divertido.

—En ese caso serán dos minutos en lugar de cinco. ¡Ya llego!

Germán fue muy solícito con todas ellas. Sin perder la sonrisa repartió bollos, café y analgésicos, tal y como le había prometido a Lidia.

—Mi chica lista y *sexy* —saludó a su novia, subiéndole las gafas que se le habían escurrido por la nariz. Después le dio un intenso beso.

Aunque Irene se sentía morir, víctima de la resaca, ver a su hermana y a su novio tan enamorados le alegró el día. Estaba claro que el único motivo por el que él se había tomado tantas molestias con Alicia y ella misma era para complacer a Lidia, no obstante, Irene se lo agradecía igual.

Germán y Lidia se marcharon al bufete solo cuando el abogado consideró que ya no podía hacer más por su cuñada y por su amiga.

—Tu hermana ha tenido mucha suerte. Está enamorado de ella y es un encanto.

—Y ella de él. Lo primero que ha hecho nada más levantarse ha sido llamarle —dijo Irene con una sonrisita burlona.

Hacía apenas un instante estaba hablando con Alicia y de repente, un segundo después, sin aviso previo, la morena saltó de la silla donde había desayunado, llena de energía, como si unos minutos antes no hubiera andado arrastrando los pies.

—¡Corre! Ve a vestirte. Te invito a desayunar en el bar de mi novio.

—Acabamos de hacerlo —se quejó Irene.

—Pues otra vez. Ya sabes que el desayuno es la comida más importante del día —apuntó yendo por el pasillo al dormitorio para vestirse.

—Tengo el estómago revuelto —dijo alzando la voz para que la escuchara.

Le llegó la voz de lejos.

—Te pides una manzanilla o un poleo, tú eliges.

—Elijo quedarme.

Alicia se asomó por la puerta del salón a medio vestir.

—Eso no está en el menú —zanjó, antes de darse la vuelta y volver por donde había venido.

Irene se sentía fatal. Le dolía la cabeza, el estómago y necesitaba horas de sueño para volver a ser persona. No obstante, había suplido todo ello con una de las pocas experiencias que le alegraban casi cualquier desastre, casi. Estrenar ropa.

Por ese motivo se había puesto uno de sus vestidos nuevos y había ejercido de buena amiga yendo a desayunar con Alicia, otra vez.

Allí había escuchado a su mejor compañera de trabajo hablar de su novio, e incluso se vio forzada a ver sus arrumacos.

—Tenías razón. Estoy enamorada. ¿No es maravilloso? —Irene le envidió a Alicia su capacidad de recuperación tras una noche movidita.

—Lo maravilloso es que te bebas unos margaritas y sufras una metamorfosis tan aguda.

Su amiga la fulminó con la mirada.

—Una pena que no la hayas sufrido tú también —comentó ofendida.

Irene se sintió culpable en cuanto las palabras salieron de su boca. Nadie tenía la culpa de que se sintiera mal. Al menos nadie más que ella misma. Sabía que el alcohol le afectaba más de lo normal y aun así se pasó la noche rellenándose la copa.

—Lo siento, Ali. Me encuentro fatal y, como estoy enfada conmigo misma por sentirme así, la pago con la gente que tengo cerca —se excusó.

Su amiga se encogió de hombros y le ofreció una sonrisa amable.

—Te sentirás fatal, pero estás muy guapa.

—Gracias. Ya me siento un poco mejor —se obligó a sonreír—. Vámonos al cole.

Lo primero que captó la atención de Gonzalo cuando entró en el recinto escolar fue ver a Irene sin su habitual babero de unicornios. De hecho, todavía llevaba el bolso colgando del hombro, como si no le hubiera dado

tiempo de pasar por el aula para prepararse.

No obstante, en cuanto se fijó en el vestido que llevaba puesto, todo lo demás pasó a ser secundario. Y lo hizo a pesar de que su ropa no fuera más corta de lo habitual ni que tampoco tuviera un escote de vértigo o un color que atrajera las miradas de los hombres.

Ya que solo se trataba de un vestido gris, sin adornos, aunque tampoco los necesitaba. Sobre todo si la persona que lo llevaba puesto tenía el mismo cuerpo delgado y a la vez exuberante que Irene lucía.

El algodón se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Las botas altas y negras le subían hasta un poco por debajo de la rodilla y estilizaban sus piernas hasta hacerlas parecer interminables.

Notó un tirón y bajó la mirada hasta Paula, a quien tenía asida de la mano. La niña le estaba mirando con interés y fue entonces cuando comprendió que se había detenido a medio camino, en medio del patio del colegio. Babeando como un tonto y absorto en la imagen de Irene.

Estaba preciosa. Era preciosa, se corrigió, y lo peor era que, sin darse cuenta, estaba cambiando su visión del mundo, provocándole un caos en su cabeza que arrasaba como un huracán.

—Vamos, princesa. Papá está delirando y eso no es sano.

Capítulo 31

Se estaba convirtiendo en una costumbre eso de pasarse largos minutos mirando la pantalla del ordenador sin hacer nada más que pensar en Irene. En cualquier caso, ese día estaba justificado, ya que no podía quitarse de la cabeza la visión de la rubia enfundada en su vestido gris. Un vestido que no tenía otra finalidad más que recordarle el cuerpo que se escondía debajo. Las curvas que había besado y acariciado con un deseo frenético y salvaje que hizo que perdiera la cordura.

Como si estuviera siendo víctima de un delirio lunático sintió el sabor de sus labios en la lengua y el aroma de su piel en la nariz.

Se levantó con rapidez de su escritorio, llevándose las manos a la cabeza al tiempo que se planteaba su cordura. ¿Sería posible que estuviera perdiendo el juicio? ¿Cómo era posible que su memoria retuviera esas sensaciones y se las transmitiera justo en ese momento?

Preocupado por la posible respuesta, salió de su despacho en Sign Here en busca de un poco de sentido común.

Roberto estaba leyendo unos papeles cuando Gonzalo entró en su despacho como un vendaval. No llamó a la puerta y antes de que pudiera invitarlo a hacerlo ya se había sentado en la silla frente a su escritorio.

—Tengo un problema. Uno muy grande —aclaró por si su socio no se había percatado de la magnitud del asunto.

La reacción de Roberto al verle tan alterado fue saltar de su silla para

ponerse en pie.

—¿Está bien Paula? ¿Rodrigo?

—Están todos bien. Soy yo quien no lo está.

La respuesta lo tranquilizó, los otros estaban bien y Gonzalo no parecía lesionado. Se relajó un poco y volvió a sentarse.

—¿Qué problema tienes?

—Irene.

—Al menos es un problema muy atractivo —se burló Roberto.

—No estoy para bromitas. No sé qué me pasa, no puedo quitármela de la cabeza. Hay veces en las que la huelo aun sin tenerla cerca.

Roberto arqueó una ceja y centró su atención en los documentos que tenía sobre la mesa.

—Se llama deseo. Acuéstate con ella y te curarás —apuntó con cinismo. Sin alzar la cabeza para mirarle.

—Eso ya lo he hecho y no ha funcionado. De hecho, es probable que haya empeorado.

Ante semejante confesión, Roberto perdió los papeles de un modo literal.

—¿Qué?

—No sé ni por qué me molesto en pedirte ayuda. Tus consejos apestan —dijo levantándose dispuesto a regresar a su despacho.

A Roberto le costó varios minutos entender la conversación. El mismo tiempo que tardó en entrar en los dominios de Gonzalo dispuesto a enterarse de todo.

Irene estaba repartiendo unas fichas para que los niños pintaran, ayudando con ello a reforzar su desarrollo cognitivo, cuando el móvil comenzó a vibrar sobre la mesa de la profesora.

Alzó la mirada buscando a Alicia, quien se encontraba a unos pocos pasos de ella, introduciendo notas en el ordenador, y con un gesto de la cabeza le pidió que comprobara quién era.

La expresión de asombro de su compañera captó al instante su interés. De modo que dejó los papeles que le quedaban por repartir sobre uno de los pequeños pupitres y se acercó a toda prisa para comprobar la identidad de la

persona que la llamaba en horario de clase.

Tras ver el nombre que aparecía en pantalla su corazón se desbocó y su estómago se retorció de nervios. Buscó a Alicia con la mirada en busca de ayuda.

—¿Qué hago?

—¡Contesta! Corre, ve al baño de profesores. Yo te cubro.

Antes de que el terminal diera por concluida la llamada al no haber respuesta, descolgó y salió del aula con los nervios a flor de piel.

—¿Sí?

—Me decepcionas, Irene. Esperaba que contestaras de otro modo.

Irene sonrió, Gonzalo comenzaba la conversación provocando.

—¿Por ejemplo?

—«Buenas tardes, Gonzalo. ¿Qué tal va todo?». O tal vez: «Hola, Gonzalo...» —hizo una pausa dramática—. Las posibilidades son infinitas.

—De acuerdo —aceptó, entrando en el cuarto de baño de profesores y cerrando la puerta tras de sí—. Voy a probar otra vez.

Adivinó la sonrisa de él al otro lado de la línea.

—Por mí, perfecto.

—Gonzalo, ¡qué sorpresa! ¿Cómo va todo?

—Mucho mejor —la felicitó con humor en la voz.

—¿Esa es tu respuesta?

—No, mi respuesta es... —se detuvo para pensar una—. Trabajando, como siempre. Tan solo la expectativa de cenar contigo me alegra las horas que faltan hasta la noche.

Irene se tragó una carcajada.

—¡Ups! Demasiado rebuscado —criticó riendo, aunque intentaba disimularlo con una tos.

Gonzalo no se achicó.

—Pero es la verdad. De hecho, es el motivo por el que te llamo, necesito saber tu dirección para ir a tu casa y no me parecía apropiado preguntártela delante de los demás padres.

¡Qué considerado! Pensó Irene. No es que le sorprendiera que lo fuera, el caso es que no había esperado un gesto de ese tipo con ella. No después de la semana de mutua indiferencia que habían compartido.

—No tendrías que haberte preocupado. Tenía pensado hacerte un papelito como el que tú me hiciste y dártelo con discreción.

—No lo sabía. O tal vez esto es solo una excusa para hablar contigo.

—No lo creo.

—¿Por qué? —inquirió con curiosidad.

—Porque cada día tienes dos oportunidades estupendas de hablar conmigo en persona y nunca las aprovechas. —Y añadió con alegría, para que no creyera que le importaba—: Te daré el papel a las cinco. Ahora tengo que volver a clase antes de que los niños den un golpe de estado y derroten al gobierno.

—Muy bueno.

Gonzalo todavía se estaba riendo cuando Irene colgó.

Aunque ella misma fue quien terminó la conversación, no se movió de la tapa del váter sobre la que se sentó. No tenía que haberle dicho aquello de que no le hablaba cuando la veía. La confesión echaba por tierra su fachada de desinterés.

Enfadada consigo mismo por hablar más de la cuenta, se levantó. Dispuesta a reforzar el gobierno de Alicia antes de que sus alumnos tuvieran éxito en su golpe de estado.

No estaba enfadado, se dijo Gonzalo mientras esperaba a que Irene terminara su conversación con el padre de otro de sus alumnos. Por supuesto, tampoco estaba celoso, y mucho menos molesto porque dicho padre no fuera capaz de mirarla a la cara mientras le hablaba. El único motivo por el que estaba allí parado era porque necesitaba acercarse a ella para que le diera el maldito papel con su dirección.

El problema era que no había sido lo suficiente rápido y se le habían adelantado. Y lo peor de toda esa absurda situación era que estaba seguro de que la culpa era del vestido. Porque Irene tampoco había considerado oportuno ponerse la bata para llevar a los alumnos con sus padres. No contento con torturarlo a él, que sabía de primera mano lo que había debajo de la tela gris, parecía haberse propuesto embelesar a todos los hombres que se encontrara en su camino.

Por fin el hombre se despidió de ella, con una sonrisa babosa y un nuevo repaso de la cabeza a los pies, y Gonzalo se movió con rapidez, preocupado porque se le adelantaran.

—Lo siento. No podía zafarme de él sin ser grosera —se disculpó, ofreciéndole el papel con disimulo mientras le acariciaba a Paula la mejilla.

No respondió a su comentario.

—¿A qué hora quieres que estemos allí? —inquirió, en cambio.

—¿A las ocho os parece bien? —Así, si se daba prisa, le daría tiempo a darse una ducha, cambiarse de ropa e incluso podría descansar aunque fuera media hora.

—A las ocho entonces —sentenció Gonzalo. Le ofreció una sonrisa rápida y se alejó con Paula cogida a su mano.

Capítulo 32

—Hola, gatito bonito. ¿Quieres jugar? —pidió Paula, sin atreverse a tocarla. Mostrando más prudencia que muchos adultos.

Irene y Gonzalo se miraron asombrados, temiendo hacer algo que pusiera nerviosa a la niña y dejara de hablarle al animal.

—¿Cómo se llama?

—Allegra —contestó sin explayarse.

—¿Es una niña?

—Sí. Una gatita —confirmó con una sonrisa de afecto—. Tu papá y yo vamos a poner las flores tan bonitas que me habéis traído en agua. ¿Qué te parece si te quedas aquí con Allegra y le haces compañía?

Paula asintió e Irene pasó al otro lado de la barra que separaba la cocina del salón. Gonzalo la siguió observándola mientras ponía agua en el jarrón en el que pensaba colocar las flores.

Tampoco era que la distancia entre la niña y los adultos fuera colosal, pero sí que esta le confirió a Paula cierta sensación de intimidad porque en cuanto se quedó sola a ese lado del salón comenzó de nuevo a hablarle al gato.

A Irene no le extrañó la inmediata conexión entre la pequeña y el animal. Después de todo, ambas, pese a su corta vida, habían vivido situaciones muy duras. No del mismo nivel, por supuesto, pero igual de significativas. A Allegra la habían abandonado y maltratado en la calle, y Paula había perdido a su madre y tampoco tuvo la suerte de encontrar en sus abuelas el afecto femenino que necesitaba y deseaba.

—¿Tienes calor? Con tanto pelo seguro que *tenes* calor. —Y Paula prosiguió su cháchara logrando que Gonzalo estuviera a punto de hiperventilar—. ¿Puedo tocarte?

La gata la miró con fijeza, pero se mantuvo inmóvil. Irene ya se había dado cuenta de que Allegra no salió huyendo ni se escondió cuando llegaron los invitados, como era habitual que hiciera. Ni siquiera con Lidia en casa se quedaba mucho tiempo a la vista.

Paula alzó la mano para acariciarla, ajena al interés que suscitaba y al hecho de que los mayores contuvieron la respiración esperando la respuesta de Allegra, quien se comportó como una dama y, no solo no protestó, sino que alentó la caricia.

—Creo que deberías llevártela a casa —comentó Irene de improvisto—. La gata ha conseguido en solo quince minutos lo que yo llevo casi dos meses intentando sin éxito.

—No te quejes. Yo llevé más tiempo que tú.

—Eso es cierto —bromeó ella sonriendo—. Deberías avergonzarte de que te gane un gato. —No es que la situación fuera cómica, pero se hacía necesario bromear con ello para eliminar la tensión de las emociones a flor de piel.

—Y me avergüenzo. —Sonrió—. Pero no voy a quedarme con tu gato. Aunque no me importaría que le permitieras a Paula venir a visitarla.

—No es mi gata. La tengo en acogida mientras le encuentran un hogar. — Su sonrisa esperanzada le oprimió el pecho. ¡Qué hermosa era! Y qué generosa.

Se veía a la legua que adoraba a la gata, pero, aun así, se la ofrecía por el bien de Paula.

—De acuerdo. Me la llevaré, pero vas a tener que ayudarme porque nunca he tenido una mascota.

—No te preocupes, los gatos son muy fáciles de cuidar. Además, yo misma me encargaré de rellenar los impresos para la adopción. No vas a tener que preocuparte por nada —dijo con una mezcla de alegría y de pesar—, además, te daré pienso para el fin de semana y tierra para que se la pongas en la galería o donde consideres mejor.

—¿Mejor? ¿Tierra? —preguntó confuso.

—Necesita un lugar para hacer sus cosas...

—Oh... de acuerdo.

La sonrisa traviesa que atravesó su rostro atrapó la atención de la rubia, que no se perdía detalle de cada movimiento de Paula y que, aun así, se dio cuenta del gesto de su padre.

—¿Por qué sonríes de ese modo?

—Me he dado cuenta de que tienes tendencia a rescatar animales de todas las especies y me ha hecho gracia.

Ella le miró con el ceño fruncido, sin comprender la broma.

—Primero los gatos, después Paula y al final Carmen, e incluso estoy planteándome que tu amiga Alicia también sea uno de ellos —aclaró.

Irene se rio sin poder evitarlo, aunque con rapidez intentó disimularlo.

—Alicia es una persona muy especial y yo la quiero mucho. No te metas con ella —le regañó.

—No me he metido con ella, solo he dicho... —Se calló al verla poner mala cara—. De acuerdo, aún me quedan Paula y Carmen.

—Paula no es un animal, es una niña.

—Por eso he añadido lo de distintas especies: gatos, niñas y... ah, el papagayo de Carmen.

Por mucho que intentó mantenerse seria, en esta ocasión no lo logro. La idea de un papagayo parecido a Carmen, del mismo color rojo de su pelo y con los coloridos ropajes que siempre vestía, le hizo estallar en fuertes carcajadas.

Intentó reprimirlas, pero no hubo forma de hacerlo hasta minutos después, que se le pasó por sí sola.

—Lo siento —se disculpó.

—No lo sientas. A mí también me costó superarlo —bromeó Gonzalo—, en un principio me la imaginaba como un payaso, pero teniendo en cuenta su tendencia a hablar sin mesura, el papagayo le va que ni pintado.

—Debería darte vergüenza hablar así de tu suegra —le regañó bromeando con él.

—Debería, ¿verdad? —Se inclinó sobre ella, como si fuera a confesarle un crimen atroz—. Pues no me da nada de vergüenza —se rio.

Irene le dio un breve manotazo en el brazo, y a pesar de lo rápido que

sucedió y de que se trataba de un ligero roce, sintió que cada célula de su mano se llenaba con el calor de su piel.

Cuando por fin cambiaron de tema, Gonzalo se ofreció a ayudarla en la cocina mientras Paula y Allegra seguían conociéndose. No se le escapó que durante los momentos íntimos en los que estaban los dos solos, o quizás también la niña, se llevaran bien. Siendo justos, no solo bien, de maravilla.

—Tendrás que cenar conmigo.

—Ya lo he hecho. Dos veces —añadió con picardía, pero sin dejar de pelar los tomates para la ensalada que estaban preparando.

—Esas no cuentan. Estaba Paula y era solo una cena de agradecimiento. Yo hablo de una cita. Tú y yo.

Mañana.

Irene abrió la boca para recordarle el modo en que había terminado la cena de agradecimiento, pero el sentido común le paró los pies antes de iniciar el desastre.

—Creía haberte escuchado decir que tú no tienes citas.

—Siempre hay excepciones y parece que yo ya he encontrado la mía.

La rubia no pudo dejar de recordar la primera conversación que mantuvieron sobre ese tema. Ella le había preguntado si nunca había sentido deseos de quedar dos veces con la misma mujer. Entonces él lo había negado y le dijo con mucha ironía que la avisaría en cuanto se diera la situación, eso si alguna vez se daba.

¿Estaría diciendo con su comentario eso mismo? Después de todo había sido él quien habló de excepciones... Y el que le había propuesto la cita. De hecho, también fue él quien usó el término...

Lidia sabía que Germán se traía algo entre manos, aunque no lograba descubrir de qué se trataba. Se había pasado toda la mañana ausente del despacho y, cuando por fin apareció, ni siquiera pasó a saludarla. Había sido Yolanda la que le había hecho llegar una nota en la que le decía que estaba muy ocupado y que esperaba que fuera a cenar con él a su casa, esa misma

noche.

Su asistente y amiga, quien parecía estar al tanto de lo que sucedía, se negó en rotundo a contarle nada.

Alegando que solo eran imaginaciones suyas, que todo estaba igual que siempre y que la razón por la que Germán había estado ausente era por la cantidad de resoluciones que tenían ese mismo día, intentó salir airosa.

No obstante, sus pesquisas se habían visto interrumpidas por la aparición de Carolina Suárez, el timbre salvó a Yolanda del tercer grado que tenía previsto para ella y la posterior aparición de la mujer le vino de perlas para hacer un mutis de escena. Después de eso, Yolanda se mostró cauta y ya no volvió a acercarse a Lidia. Ni siquiera para tomarse el café que las dos solían compartir cada día a las cuatro de la tarde, tras la comida que casi cada día disfrutaban en la sala de reuniones.

—De un tiempo a esta parte, el café me produce insomnio. Hasta que no compremos descafeinado no voy a volver a tomarlo —contestó a la propuesta de Lidia.

—Pues ven aquí y hazme compañía mientras me lo tomo yo.

—Lo siento, Lidia, pero tengo muchas llamadas que hacer. Hablamos luego —se despidió colgando apresurada.

—¿Qué narices pasa aquí? —se preguntó en voz alta.

Después de eso, había recogido sus bártulos marchándose a casa donde preparó una bolsa con ropa para pasar el fin de semana en casa de su novio. Puede que él la hubiese invitado solo a cenar, pero ella tenía otros planes. A no ser, claro, que dejara de ser viable si él pretendía dejarla en un periodo sumamente breve de tiempo. Aunque, por otro lado, si él deseaba dejarlo no se lo pensaba poner fácil. El divorcio le había enseñado que no se podía dejar pasar la felicidad sin luchar por ella.

Para su sorpresa, Germán la recibió con un delantal y una sonrisa, había estado preparando la cena, lo que de algún modo la apaciguó.

Después de cenar se levantó de la mesa a por el postre, después de todo, era lo justo. Aprovechó el viaje para llevarse unos cuantos platos.

—Déjalo, Lidia. Luego te ayudo.

—No, me toca a mí. Es lo justo.

—Cómo quieras —aceptó con una sonrisa que dejó a Lidia temblando y

no precisamente de deseo.

Con cuidado de que no se le cayera nada fue a la cocina, echó a la basura los restos y puso los platos en la pila, para enjuagarlos antes de poner el lavavajillas. No obstante, a pesar del tiempo que le tomó hacerlo todo no pudo quitarse de la piel la sensación de que Germán le ocultaba algo. Su sonrisa parecía más preocupada que alegre y la conversación durante la cena muy superficial.

Abrió la nevera, sacó el cuenco de fruta y, con él en la mano, se encaminó de nuevo al salón.

Cuando llegó, Germán seguía sentado en la misma posición que cuando se marchó, volvió a ofrecerle la misma sonrisa y alargó la mano en busca de una manzana.

—De acuerdo, ¿qué...?

Lidia se calló cuando vio una cajita azul encima de su servilleta. El tipo de cajita que daban en las joyerías cuando comprabas algo grande. Se le secó la garganta y el pulso se le aceleró.

Germán estaba pelando su manzana sin mirarla. A simple vista, concentrado en lo que hacía.

—¿Qué es esto? —preguntó, aún sin tocar la caja.

—No lo sé. Ábrelo y lo descubrimos.

Con manos temblorosas cogió la caja y la abrió. Dentro no encontró ninguna joya, lo que contenía era mucho más valioso. Sacó el llavero con dos llaves y las levantó en alto.

—¿Qué quiere decir?

—Vente a vivir conmigo —pidió sin apartar los ojos de los de ella.

Lidia se limpió las lágrimas que sin permiso le corrían por las mejillas.

—Creía que estabas tan raro porque ibas a dejarme —sollozó, avergonzada por ponerse así en un momento tan bonito.

Germán se levantó de la silla riendo. Conmovido por lo que ella sentía y lo que él mismo sentía.

—¡Dios mío, Lidia! Te adoro, nunca sería capaz de dejarte. Ni siquiera he sido capaz de tomarme el asunto con calma tal y como le prometí a Irene que haría. —Lidia arqueó una ceja, intrigada por el comentario sobre su hermana—. Ya te lo contaré en otro momento. Lo importante ahora es que me

respondas, aún no has dicho que sí. Ni que no.

—Sí. Claro que sí —aceptó, lanzándose a sus brazos—. Te quiero y no quiero que te tomes nada que tenga que ver conmigo con calma. Excepto si alguna vez te enfadas conmigo —bromeó—, en esas ocasiones sí que te está permitido.

—¿Sabes lo que habrá la próxima vez en esa caja, verdad?

—¿Es una promesa?

—Una que tengo intención de cumplir pronto. Muy pronto.

Capítulo 33

Paula estaba tan emocionada desde que le habían dicho que esa noche cuando se fuera a casa se llevaría a Allegra que casi no había comido nada del menú especial que Irene le había preparado solo para ella: patatas fritas y filetes de pollo empanados.

De hecho, el único momento incómodo de la noche fue después de anunciarle la buena nueva, cuando la niña preguntó si Irene también iría a vivir con ellos a su casa, igual que lo hacía Allegra. Pregunta que provocó que Gonzalo, quien devoró su *spanakopit*^[1] y su *tiropita*^[2] en un santiamén, se atragantara con tanta intensidad que se puso rojo hasta la raíz del pelo.

La llegada del postre consiguió que todos se olvidaran del tema y siguieran disfrutando de la velada.

Irene recurrió a la gastronomía griega, su favorita, para preparar el menú, por lo que el último plato fue *galaktoboureko* o tarta griega de leche, que incluso Paula se atrevió a probar.

Sin contar con el momento pregunta, la noche estaba transcurriendo con normalidad, a excepción de los dos momentos en que Gonzalo e Irene se tocaron por pura casualidad y que a ambos les recordó la última vez que lo habían hecho de un modo más íntimo.

Por su parte, Gonzalo no volvió a sacar de nuevo el tema de la invitación a cenar e Irene se planteó si se había arrepentido de invitarla. Después de todo no se le podía culpar de poco claro ya que desde el primer momento le había dicho que no estaba interesado en relaciones serias y era perfectamente viable que la hubiera invitado movido por un arranque de buen humor, que

pasado el momento lamentaba haber hecho.

Por otro lado, Irene, quien había pensado mucho en el tema, creía que, aunque una parte de él se negaba a establecer vínculos porque apreciaba su libertad, con total seguridad el motivo que más peso tenía era Paula. Irene estaba casi segura de que Gonzalo no deseaba imponerle a su hija una madrastra.

Solo había que dejar de lado los prejuicios sobre él y fijarse en el modo en que jugaba y bromeaba con su hija. En el cariño con que la miraba o le hablaba para descubrir que no había nada más importante que la niña.

Comenzar a tener citas de más de una noche implicaría que Paula las conociera e incluso que se encariñara con esas mujeres que, tal vez, no llegarían a nada serio con su padre.

—Paula, princesa, ¿has terminado de cenar? —preguntó Gonzalo.

La pequeña regresó a su habitual parquedad de palabras y se limitó a asentir con la cabeza.

—Entonces ve a jugar con Allegra. Pero antes ve y lávate las manos y la boca.

Con una sonrisa deslumbrante bajó de la silla y se puso a buscar al animalillo por el salón, determinada a que la acompañara a limpiarse.

—¿Por qué no miras en mi despacho? Suele sentarse en mi silla —ayudó Irene.

La niña se quedó mirándola en silencio. Esperando que su profesora adivinara que no sabía dónde se encontraba esa habitación y sin saber que Irene era por completo consciente de ello y que lo único que pretendía era que se lo preguntara con todas las letras.

Pasaron unos segundos en que las dos se limitaron a mirarse en silencio. Al final fue Paula la que dio su brazo a torcer.

—No sé dónde está.

Irene le sonrió con afecto, guardando para sí el triunfo que sentía.

—Ven conmigo —le tendió la mano—, te acompañaré.

Gonzalo se quedó allí sentado tras verlas marcharse juntas. De la mano, como iban siempre.

Sabía cuál había sido la intención de Irene al ofrecerle dónde debía buscar a la gatita, y se sentía eufórico por el éxito que había tenido con su experimento. Aunque por otro lado la preocupación no dejaba de hurgar de un modo insistente en su corazón. Tenía que decidir de una vez por todas qué era lo que estaba haciendo y qué sería lo que haría después.

Acababa de invitar a Irene a salir con él, sin pensar en las consecuencias, sin medir sus sentimientos o los de su hija.

Durante los dos últimos meses se había estado engañando a sí mismo, pero en su fuero interno sabía que todas las preguntas de su hija sobre dos madres o sobre si Irene se iba a ir a vivir con ellos se resumían en el mismo punto: Paula deseaba a Irene como madre y, lo que era más preocupante, él la deseaba en su cama, en su casa y en sus vidas...

El que fuera la primera vez que sentía algo como aquello le impidió verlo con claridad hasta ese momento, no obstante, había estado sintiendo algo por ella desde el primer día de colegio cuando lo puso en su sitio con tan solo una frase. Después de ese momento se había sentido intrigado, cada día un poco más. No era la persona que él había creído que era, o más bien la que esperó que fuera, una mujer incapaz de tentarle, perfeccionista y estirada.

Resultó ser todo lo contrario y sin previo aviso perdió la cabeza. Se convirtió en su centro, sin poder apartarla de sus pensamientos, aunque lo intentara con todas sus fuerzas. El trabajo, la válvula de escape a la que siempre había podido recurrir, ahora no era suficiente para mantener a Irene alejada de sus pensamientos. Ella era peligrosa, más que ninguna mujer que hubiera conocido. Se había ganado el amor incondicional de su hija y estaba demasiado cerca de hacerse también con el suyo. Eso lo asustaba y no era extraño, después de cómo habían sido sus relaciones anteriores, ser precavido formaba parte de su carácter, de su supervivencia.

El punto era que había llegado el momento de reconocer que estaba enamorado de Irene y de que no iba a salir huyendo de lo que acababa de descubrir de sí mismo, asustado por lo que sentía o lo que pudiera suponer para Paula.

La aparición del objeto de sus pensamientos lo sacó de su ensimismamiento.

—¿Dónde está Paula? —preguntó al verla aparecer sola.

—Las he acompañado al baño y después les he puesto a ella y a Allegra los dibujos en el ordenador.

—Me han dicho que querían verlos —dijo riendo, recordando que Paula había hablado en plural.

—¿Te han dicho?

—Con todas las letras.

Una pizca de orgullo brilló en los ojos de Gonzalo.

—Todavía no has aceptado cenar conmigo mañana y, créeme, es por una buena causa —pinchó, sabiendo que no se resistiría a preguntar el motivo.

—¿Qué causa?

—Si cenas conmigo, Paula se irá a casa de su abuela Carmen a pasar la noche. Mi padre libra los sábados.

Irene arqueó una ceja, evaluando lo que acababa de escuchar.

—Esto se parece mucho al chantaje.

Gonzalo se encogió de hombros.

—Un buen amigo me dijo una vez que, si funciona, ¿por qué no usarlo? —Y añadió con una sonrisa traviesa—: ¿Funciona?

—¿Qué otro remedio me queda? Tengo debilidad por las causas perdidas.

Él la miró con los ojos brillantes de diversión.

—¿Estás llamando a Carmen causa perdida?

—No, te lo estoy llamando a ti.

La afirmación en lugar de molestarlo pareció complacerlo, y cuando abrió la boca Irene comprendió por qué.

—Si tienes debilidad por las causas perdidas y consideras que yo soy una de ellas quiere decir que tienes debilidad por mí. —Se tocó el labio con el índice. Llevando la atención de Irene sobre su boca.

La rubia separó los labios para protestar, pero se lo pensó mejor. Nada de lo que dijera iba a conseguir convencer a Gonzalo de que no pretendió dar a entender eso cuando habló y tampoco es que fuera capaz de razonar ninguna protesta con estilo, perdida en el movimiento de su dedo, arriba y abajo.

—Exacto —concedió con un tono que pretendía ser sarcástico—, tengo debilidad por ti.

—No te enfades, pero... Ya lo sabía.

El sábado por la mañana Irene abrió los ojos y lo primero en lo que pensó fue en cómo se despidió de ella Gonzalo antes de marcharse con Paula, medio dormida en sus brazos y con el trasportín de la gata y lo que Irene le había dado para que pasara la noche cómoda, colgado del hombro.

La besó en los labios como si hacerlo fuera lo más natural del mundo. Como si fueran una pareja que se despedía de ese modo cada día. Tras el beso se separó de ella con una sonrisa traviesa y seductora.

—Hasta mañana. Pasaré a recogerte a las ocho. —Estaba ya frente a la puerta del ascensor cuando añadió—: Irene, ponte el vestido gris. —Y le guiñó el ojo.

En esas estaba Irene cuando llamaron al timbre. Se levantó descalza, pensando en llenarle el cuenco a Allegra cuando se acordó de que ya no estaba en casa.

—¿Quién es? —preguntó descolgando el telefonillo.

—Irene, soy papá. Te traigo una sorpresa, ¡abre!

—Voy —dijo, presionando el botón verde que abría la puerta.

Dos minutos después, todavía en pijama, le daba dos besos y un abrazo a Diego y aceptaba un montón de folletos de viajes que le había llevado para que escogiera destino.

—Vengo de una agencia de viajes y esto es todo lo que tienen para Europa en el puente de noviembre —explicó, sentándose en el sofá—, ¿y la gatita?

—Papá, todavía no he decidido si voy a hacer ese viaje ahora o más tarde, cuando sea mi cumpleaños.

—Bueno, cariño. Yo solo te lo he traído para que tengas variedad de oportunidades. ¿Dónde está la gatita? —volvió a insistir, agachando el cuerpo, sentado como estaba, para ver si se había escondido en alguna silla.

—Ya no la tengo. Le he encontrado un hogar.

—¡Vaya! Reconozco que esta vez esperaba que te la quedaras tú.

—Ya sabes que no puedo hacerlo. Los gatos a los que acojo no están acostumbrados a la compañía y el asunto podría terminar mal.

—Supongo que tienes razón, ¿y quién la ha adoptado? Espero que sea de fiar.

—No te preocupes, se la han llevado Paula y Gonzalo —dijo tomando

asiento a su lado.

—¿Y cómo la conocieron?

—Papá, ¿te apetece un café? A mí sí. Todavía no he desayunado —se excusó, levantándose y huyendo a la cocina.

Diego se mantuvo en silencio, pensativo y, cómo no, preocupado.

Capítulo 34

Superar al vestido gris estaba costando más de lo que Irene había esperado.

En un primer momento pensó en no contarles nada a sus amigas o, al menos, esperar a que la cita hubiera pasado para contarles todo lo sucedido con detalles. No obstante, en cuanto se fue su padre y abrió el armario buscando un modelito para la noche, descubrió que necesitaba con urgencia el asesoramiento de Alicia y un día de compras.

Tampoco es que fuera de suma importancia lucir impresionante, se dijo apaciguándose. En realidad, lo que pretendía era hacerle saber a Gonzalo que poseía vestidos mucho más sexis que el que tanto parecía haberle impresionado.

Su amiga se mostró entusiasmada tanto por el plan como por la cita de Irene y, en menos de una hora, se plantó en su casa dispuesta a ayudarla a renovar por completo su armario.

—Pero solo necesito un vestido —apuntó la rubia extendiendo el dedo índice para darle más énfasis a sus palabras.

—¡Error! Necesitas más de uno, si no estarás como hoy cada vez que te invite a salir.

—No va a volver...

—No lo digas —la cortó con vehemencia—. Tampoco iba a invitarte una vez y mira. El plan está funcionando y necesitas ropa —zanjó, obligándola a callarse y guardar sus protestas para otro momento.

Irene estaba de pie frente al espejo de cuerpo entero de su dormitorio. Viendo su reflejo y planteándose si debería cambiarse. El vestido negro y ceñido que llevaba era, en apariencia, discreto.

Largo hasta la rodilla y con la parte superior del escote y los brazos cubierto con suave y delicado encaje del mismo color.

La parte de atrás era otro tema, el encaje solo cubría los hombros porque, aunque por delante era recatado, por detrás lucía un exagerado escote en forma de uve que dejaba media espalda al descubierto y otra media apenas cubierta con la delicada tela bordada.

Siguiendo las instrucciones de Alicia se había dejado el pelo suelto y ondulado. Había centrado el maquillaje en sus ojos, dejando la boca de un suave rosa palo, y se puso unos discretos pendientes que eran unos brillantitos.

Los zapatos de tacón eran negros y cerrados, apenas adornados por pequeños brillantes que hacían juego con sus pendientes.

—No creo que sea buena idea ir sin sujetador —se dijo a sí misma sin apartar la mirada.

Era imposible llevar ese vestido y usar al mismo tiempo dicha prenda interior. Tampoco es que fuera necesario, ya que el vestido iba adaptado para ese fin, pero no llevarlo conseguía que Irene se sintiera rara, ni *sexy* ni seductora, más bien rara.

Según Alicia, el saber que no lo llevaba volvería loco a Gonzalo, y para consternación de Irene, había sido ese detalle lo que la convenció para comprárselo.

A las ocho en punto sonó el timbre, por lo que dejó de mirarse y salió del dormitorio para abrir.

Estaban a punto de entrar en noviembre y el tiempo ya era frío, por lo que debería coger un abrigo para salir a la calle. No obstante, quería ver la reacción de Gonzalo cuanto antes. Así que le abrió el portal y le invitó a subir.

Lo esperó en la puerta, nerviosa y emocionada.

—Pasa, todavía tengo que coger el bolso y la chaqueta. —Se apartó para

dejarle entrar, todavía sin mostrarle nada.

—Estás muy guapa —saludó este con cortesía.

—Gracias. Siéntate, salgo en seguida —pidió dándose la vuelta y mostrándole sus secretos.

Gonzalo sabía que jugaba con desventaja y, no solo porque Irene estuviera tan deslumbrante que incluso le cortó la respiración verla, sino porque en uno de esos momentos absurdos de insinuaciones y borderías que había compartido con ella le había contado más de lo apropiado sobre su visión de las relaciones, por lo que en esos instantes se veía obligado a actuar con cautela y buen tino. Y sobre todo tenía que disimular la erección que le presionaba los pantalones en esos momentos.

Se moría de ganas de cubrir de besos las clavículas cubiertas de encaje y seguir con un reguero de besos que lo llevara por su cuello hasta su espalda.

—¿Nos vamos? —preguntó ella, entrando en el salón.

Gonzalo estuvo a punto de protestar cuando la vio aparecer con un abrigo de paño negro que le cubría por completo el vestido y la piel que este dejaba al descubierto.

—Sí.

Sin querer demostrar lo que sentía se levantó del sofá con cara de póquer y la siguió hasta la puerta, mostrando una aparente calma que estaba lejos de sentir.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó un poco decepcionada por que no hubiera reaccionado como ella esperaba.

—He reservado mesa en Pétalos —explicó siguiéndola por el pasillo hacía el ascensor.

—¿Dónde?

—Es un restaurante de comida tradicional que incluye en su menú plantas comestibles.

—Eso suena muy interesante. —La risita que tenía en los labios alertó a Gonzalo de que Irene estaba pensando algo que no compartía con él.

—¿Por qué te ríes?

—Por nada. —El ascensor se cerró dejándoles a ellos dentro. Gonzalo

pulsó el cero.

—Dímelo. No es una manera muy justa de comenzar una cita si ya vas guardándome secretos.

—¡Está bien! Me ha hecho gracia que conozcas un sitio así.

—No lo conozco, ha sido mi amigo Roberto el que me lo ha recomendado. —Se acercó hasta su oreja y susurró—: Dice que es perfecto para impresionar a una mujer.

Irene rio encantada de que pretendiera impresionarla.

—Déjame que lo vea y luego te cuento si ha funcionado. Por cierto, ¿cómo le está yendo a Allegra en su nuevo hogar?

—A ella de maravilla. A mí no tanto.

—Dime que no has dejado a Paula que la metiera en la cama con ella —pidió ocultando una sonrisa tras un gesto serio.

—¿Cómo narices lo sabes? Además, fue en defensa propia. Paula no hacía más que levantarse de la cama para buscarla y la gata lloraba sin descanso —se defendió.

—Eres un blandito —rio Irene—. Jamás creí que lo fueras —musitó para sí misma.

Gonzalo sonrió, estaba comenzando a acostumbrarse a las conversaciones que Irene tenía consigo misma. De hecho, no solo se había acostumbrado, sino que le gustaban.

El restaurante era tal y como había dicho Gonzalo, perfecto para una cita. Se trataba de un lugar acogedor, de mesas y sillas de madera con pequeñas macetas de begonias de colores. El colorido impregnaba cada esquina del local. Desde los manteles, las servilletas, hasta las paredes. No obstante, lo que más llamó la atención de Irene fue el cuarto de baño, inmenso y chapado con azulejos dispares de colores variados. Incluso la pila y el váter eran de un color azul intenso.

La comida mezclaba con inteligencia la cocina típica española de tapas y pinchos con la innovación de las plantas y flores comestibles.

—¡Este sitio es increíble! —dijo Irene con entusiasmo.

—Se lo diré a Roberto. Seguro que le hace feliz —bromeó, riéndose con

descaro de su comentario.

—Tengo la sensación de que tu coletilla significa más de lo que parece a simple vista.

—Así es. Mi amigo Roberto tiene... cierta costumbre de ofrecerme consejos que nunca le pido.

Huelga que te diga que esta es la primera vez que uno de ellos es exitoso. Irene lo miró incrédula.

—Y si es así, ¿por qué sigues escuchándolo?

—Mera cuestión de lealtad.

—Eso sí que no me lo esperaba —se rio, provocándole.

—Me alegra sorprenderte. Volveré a intentarlo de nuevo. Quizás... de otro modo.

La velada siguió de esa guisa, entre coqueteo, buen humor y confianzas. Irene descubrió que Gonzalo solo le había mostrado una pequeña parte de su personalidad y él comprendió que, después de lo que ella sabía sobre sus costumbres, lo mejor era darse tiempo a sí mismo, e incluso a ella, para hablar de relaciones.

Después de todo, ese era un idioma que estaba aprendiendo sobre la marcha. Y no deseaba crear un conflicto entre ellos por no dominar la materia.

Gonzalo no había hecho ningún comentario sobre su vestido, y eso que se había levantado para ir al cuarto de baño, casi nada más llegar, para ofrecerle una vista inmejorable del escote de su espalda.

La decepción no lo fue tanto porque se lo estaba pasando muy bien y aunque Gonzalo no había dicho nada al respecto sus miradas hablaban de interés. En cualquier caso, estaba nerviosa, la cena estaba a punto de terminar y no tenía la más remota idea de lo que Gonzalo sugeriría después. Tampoco es que esperara repetir experiencia y acostarse con él, así como así, se dijo, aunque su estómago y otra parte de su cuerpo se dedicaron a contradecirla.

¿Y si no le ofrecía ir a tomar una copa con él? ¿Ir a una discoteca o quizás a su casa? ¿Debería en ese caso tomar la iniciativa? Según Alicia tenía que demostrarle que no era como él había creído, no obstante, su amiga también

le había aconsejado que no le demostrara su interés.

—¿Te apetece ir a tomar una copa a un *pub* que conozco? —ofreció con timidez. Dispuesta a actuar bajo su propio criterio.

—En realidad tenía intención de regresar pronto a casa. Quiero aprovechar que Paula está con su abuela e ir pronto a la oficina mañana, para adelantar trabajo.

Irene parpadeó, sorprendida, y sintió cómo sus mejillas se encendían de vergüenza.

—Por supuesto. ¿Nos vamos, entonces?

Gonzalo se mordió la lengua al captar el tono herido de Irene.

Lo único que había pretendido era demostrarle un respeto, dejarle claro que el motivo por el que quería salir con ella era distinto al que lo empujaba a salir con una mujer. Tampoco es que no la deseara, nada más lejos de la realidad. Su sonrisa, su aroma y el maldito vestido que llevaba puesto lo estaban volviendo loco. Tanto que sabía que si aceptaba su invitación para tomar una copa no podría resistirse a besarla y a hacer todo lo que fuera necesario para meterla en su cama. Lo que no suponría ningún problema si no fuera porque con Irene había descubierto que quería algo más.

El camarero llegó en ese momento con la cuenta y, antes de que ella pudiera hacer algo, Gonzalo se hizo con ella y metió un billete en la cajita que la contenía.

—¿Nos vamos? —volvió a insistir Irene.

La respuesta de él fue levantarse de la silla y acercarse a ella para tomarla por la cintura y salir de ese modo del restaurante. Una vez en la puerta, siguió asiéndola de camino a su coche.

El trayecto hasta casa de Irene lo hicieron en silencio. Gonzalo se sentía incómodo consigo mismo porque por primera vez había intentado hacer lo correcto con una mujer que le importaba para mucho más que un revolcón y, en cambio, todo le había salido del revés. Irene por su parte se sentía tonta. ¿Cómo había podido ilusionarse con que podría cambiar la visión que Gonzalo tenía de ella? Estaba claro que, como le había dicho en otras ocasiones, nunca salía dos veces con la misma mujer. Lo que en su retorcida cabeza masculina significaba que, puesto que ya se habían acostado, la primera cita también había pasado.

El vehículo se detuvo en su portal. Y antes de que él pudiera salir para abrirle la puerta, Irene ya estaba fuera despidiéndose.

—Buenas noches, Gonzalo. Gracias por la cena.

—Buenas noches. —Había salido y se encontraba frente a ella, mirándola con desconcierto—. Irene yo... Creo que aceptaré esa copa si es en tu casa. Así mañana podré ir a la oficina sin riesgo a que se me peguen las sábanas — bromeó, intentando disipar la tensión.

—Lo siento, Gonzalo, pero no tengo nada de alcohol en casa —zanjó, dándose la vuelta y encaminándose hacia su portal, en el que entró a toda prisa.

Tonta, más que tonta, se regañó Irene. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Tan evidente? Estaba claro que Gonzalo había pretendido ser amable con ella después de su negativa de ir a tomarse una copa.

Lo más inteligente hubiese sido ofrecerle un café y dejar que se marchara cuanto antes. En cambio, en lugar de fingir que el desplante no le había importado, lo había puesto sobre aviso demostrándole lo dolida que se sentía, dejándolo con la palabra en la boca y huyendo de él a toda prisa.

¿Por qué nunca era capaz de meditar sus reacciones cuando lo tenía delante? Como norma general era una persona tranquila, que valoraba el diálogo por encima de las reacciones impulsivas. Y sin embargo en la mayor parte de sus encuentros con él nunca había sido capaz de morderse la lengua, sino que caía una vez tras otra en sus provocaciones.

—Es evidente que el amor no saca lo mejor de mí —se dijo en voz alta—, necesito un descanso, un cambio de aires.

Por instinto, su mirada se dirigió hasta la mesa del salón donde había dejado sin revisar los folletos de viajes que su padre le había llevado esa misma mañana. De repente la idea de un viaje de desconexión sonaba como música para sus oídos.

No obstante, lo primero era lo primero, necesitaba sentirse ella misma antes de tomar ninguna decisión en firme. Soltó el bolso de cualquier manera y se metió en su dormitorio para ponerse el pijama y relajarse un poco antes de tomar ninguna decisión drástica de la que luego pudiera arrepentirse.

Una vez que se sintió un poco más ella misma y no la sofisticada mujer de la que se disfrazó para salir a cenar con Gonzalo, se dejó caer en el sofá con los folletos en las manos. Comenzó a revisarlos y se encontró con lo que ya se esperaba: Roma, París, Londres... Su padre pecaba de poco original, ¿por qué no le había traído información de lugares un poco más exóticos: Casablanca, Estambul...? Siguió pasándolos sin esperar encontrarse con nada que captara su atención. No obstante, uno de ellos sí lo hizo.

Era un folleto sobre Praga, y las imágenes que mostraban la atrajeron al instante. Se trataba de imágenes nocturnas del Castillo de Praga, con las luces reflejadas sobre el río Moldova, El puente de Carlos, el más viejo de Praga...

Casi sin ser consciente de ello había tomado una decisión.

Eran poco más de la una cuando cogió el móvil y le mandó un mensaje a su padre, quien casi seguro que todavía estaría despierto o quizás dormitando en el sofá, con la televisión en mute para no molestar a su madre.

Nerviosa esperó a que le respondiera.

Unos minutos después le sonó el teléfono con una llamada entrante, en lugar del mensaje que ella había esperado.

—¿Qué pasa? ¿Tienes insomnio? —preguntó Diego, con sorna.

—¿Todavía sigue en pie tu oferta del viaje? —inquirió sin molestarse en responder a la broma.

—Por supuesto, hija.

—Genial. Pues me voy a Praga en el puente de noviembre.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto sin consultárselo a Irene? —inquirió Iván, mirando a Alicia con severidad.

—Se supone que eres mi novio. Tienes que ponerte de mi parte —le regañó, molesta.

—Soy tu novio y me estoy poniendo de tu parte. No quiero que tu mejor amiga se enfade contigo por esto —explicó, besándole la mejilla y recogiendo la mesa donde habían desayunado los dos, para volver a la barra y hacerse cargo del trabajo.

Nadie se iba a enfadar con nadie, se dijo la morena. Lo único que estaba haciendo era seguir con el plan inicial. Irene necesitaba un poco de ayuda

extra para que Gonzalo comprendiera que su amiga no iba a estar siempre esperando a que se decidiera. Por ello había abierto un usuario para Irene en *Cita a ciegas* y estaba atareada respondiendo a los tests por ella. De cualquier modo, no tenía pensado ocultárselo, sino que estaba adelantando el trabajo para cuando ella dijera que sí.

Capítulo 35

El domingo Irene se negó a ir a casa de sus padres, sabiendo que si iba se vería sometida a un interrogatorio en toda regla, por lo que decidió quedarse en casa y buscar información de Praga y preparar un itinerario de su viaje, los lugares que quería visitar y la temperatura que había en esa época del año.

Por ese motivo desconectó el teléfono y el cable del telefonillo del timbre, y se dedicó el día a sí misma. Se preparó un baño de espuma mientras veía en la *tablet* documentales sobre la República Checa, su próximo destino.

De ahí que cuando el lunes a las siete de la mañana encendió el móvil, le llegaron notificaciones de llamadas y mensajes, tanto de Alicia y de Lidia como de casa de sus padres.

Llamó a su compañera, la que más había insistido en dar con ella, y quedaron para tomar un café antes de entrar en clase. Después de todo, Alicia estaba al tanto de que tenía una cita con Gonzalo y era lógico que deseara saber el resultado.

—¿Que has hecho qué? —preguntó Irene a Alicia mientras desayunaba con ella en el bar de Iván.

—No, no. De eso nada. Tú primero. ¿Cómo es eso de que te vas de viaje?

—Te pasas el domingo llamándome para contármelo y ¿ahora no dices nada?

—No sabía que tú también tuvieras algo que contar —se excusó.

Irene suspiró exasperada. Conocía a su amiga de sobra, y sabía que no le contaría nada de lo que le interesaba saber hasta que ella la hubiese puesto al día de sus planes.

—De acuerdo. Tú ganas. El viernes me voy a Praga. Volveré el lunes.

—¿Te vas tú sola? —inquirió mirándola con fijeza.

—Sí. Yo sola.

—¿Y no se te ha ocurrido invitarme?

—La verdad es que no. Necesito desconectar y tú ahora estás con Iván...

No quería separarte de él.

—Ya veo —la cortó antes de que siguiera buscando excusas.

—No te enfades conmigo. Ha sido idea de mi padre —se excusó—, es un regalo de cumpleaños adelantado.

La morena la miró con una ceja arqueada, pero no dijo nada al respecto.

—No me enfado. Estoy pensando en cómo sacarle partido a tu inesperado viaje.

Irene hizo como que se estremecía de terror.

—Preferiría que no lo supiera nadie —comentó, antes de que Alicia lo propagara por el colegio.

—No era eso en lo que estaba pensando.

—De acuerdo, te toca. —Y añadió con exagerada sorpresa—: ¿Que has hecho qué?

—Nada tan importante como Praga —apuntó con sorna—, yo solo te he abierto un perfil en *Cita a ciegas*.

—¿Se puede saber por qué lo has hecho? Sabes que no me gustan esos métodos.

Era la pregunta que Alicia estaba esperando, porque en ese momento se lanzó a contarle lo bien que le iba a venir conocer a otras personas y dejar de centrarse tanto en Gonzalo. Después de todo tenía derecho a escoger con quién se sentía mejor, y centrarse en un único hombre no aportaba muchas posibilidades.

—Espera un momento. Si ni siquiera te he contado lo que pasó el sábado en la cena —se quejó—. ¿Y tú ya estás buscándome otro interés romántico? ¿Por qué no me dijiste antes que no te gustaba Gonzalo?

—Sí que me gusta. —Y añadió antes de que su amiga confundiera su comentario—: Para ti.

—¿Entonces?

Alicia hizo un gesto con la mano descartando la pregunta y se lanzó a

satisfacer su curiosidad.

—¿Qué pasó el sábado? —Decir que estaba intrigada era quedarse corta, de repente lo único que le parecía interesante era saber por qué motivo iba a tener que acabar con Gonzalo.

—Después. Esta vez gano yo. Dime la verdad.

—Forma parte de mi estrategia para ti. Ya sabes, para que crea que no estás colgada por él. Para que se entere de una vez por todas que como no se decida pronto vas a encontrar a otro hombre que te valore lo que te mereces y vas a pasar de él. —Arrugó la nariz como si algo oliera mal—. Y la verdad es que después de lo que me has insinuado tal vez te convenga tomarte en serio lo de *Cita a ciegas*.

Irene se quedó callada, tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—Tal vez tengas razón. Creo que lo mejor será que te cuente mi desastrosa cena con Gonzalo y después decidimos.

—Mejor espera a que entren los niños en clase —dijo, levantándose de la silla y siguiendo a Irene hasta la barra donde su novio seguía poniendo cafés.

—¿Por qué quieres esperar? Hace un momento parecías impaciente por saberlo.

—Para evitar la tentación de matarle. Por supuesto —zanjó como si fuera lo más normal del mundo.

Tal y como Alicia le pidió, Irene no le contó lo sucedido hasta más tarde. No obstante, eso no evitó que su amiga fulminara con la mirada a Gonzalo en cuanto lo vio aparecer, ni que se propusiera evitar que Irene hablara con él.

De hecho, se puso delante de él sin reparos cuando a las nueve se acercó a hablar con Irene, e hizo lo mismo a las cinco cuando Gonzalo volvió a intentarlo.

Lo único que no pudo impedir fue la llamada de teléfono que su amiga recibió a las cinco y cuarto mientras entraban de nuevo en la cafetería de Iván, adonde Alicia la había arrastrado.

—¿No vas a responder?

—No.

—¡Qué orgullosa estoy de ti!

—Gracias. ¿Vas a decirme de una vez por qué no has dejado que me fuera a casa?

—No seas impaciente. Te he traído aquí para consultar tu problema a un profesional.

Irene la miró como si de repente se hubiera puesto a hablar en arameo.

—¿Has quedado con un psicólogo?

—¿Qué psicólogo ni qué narices? Vamos a hablar con un hombre. Necesitamos saber cómo piensan para decidir cuál será nuestro siguiente paso.

—¡Estás loca! ¿Y quién se supone que va a ser nuestra fuente de información? Porque me niego a contarle mi vida a cualquiera.

—No seas melodramática. Se la contarás a Iván, por supuesto. ¿Por qué crees que te he arrastrado hasta aquí?

Irene se dio cuenta en ese momento de que se había convertido en el nuevo proyecto de Alicia, quien se había pasado los cinco últimos meses buscando al hombre perfecto para ella misma y que, ahora que por fin había dado con él, consideraba que tenía que hacer lo propio con su mejor amiga.

Después de todo, Lidia ya había arreglado su relación con Germán, hasta el punto de que ese mismo fin de semana se mudaría a vivir con él, de modo que Irene era la única de las tres amigas que seguía soltera y sin compromiso.

—No necesito a un hombre para ser feliz, ¿lo sabes, verdad?

La morena le puso mala cara.

—Claro que sé que no necesitas a un hombre para ser feliz. Necesitas a Gonzalo, soy capaz de ver la diferencia —zanjó, sin cambiar su expresión de disgusto.

Paula se había negado a ir a La pecera porque se moría de ganas de ver a Allegra y jugar con ella. Lo que había estropeado los planes de Gonzalo, quien había previsto interrogar a la niña sobre su maestra.

Se dio cuenta cuando Paula cogió en brazos a la gatita y comenzó a cantarle en susurros que quizás, después de todo, iba a tener suerte.

El problema era que no sabía cómo entrarle a la niña sin darle demasiada información. Paula adoraba a Irene y quizás preguntarle sobre ella le daba esperanzas a la niña de que su apacible vida juntos podía cambiar y ampliarse. O tal vez era demasiado pequeña para llegar a ese razonamiento.

Confuso volvió a marcar el teléfono de Irene, necesitaba hablar con ella y comprobar que los daños producidos por su estupidez del sábado por la noche no habían causado daños irreparables, pero lo mismo que sucedió la vez anterior, en esta ocasión tampoco respondió y él se sentía demasiado desconcertado como para ser capaz de dejar un mensaje coherente en el buzón de voz.

—Paula, princesa, ¿va algún hombre a ver a Irene a tu clase? Ya sabes, como el chico ese que vino aquel día cuando papá estaba hablando con ella. ¿Te acuerdas?

La aludida negó con la cabeza al tiempo que observaba a su padre con curiosidad.

—De acuerdo, princesita. No te preocupes.

—Papá, Irene *dise* que no hay que tener novio hasta que eres mayor. ¿Es verdad?

Gonzalo se atragantó con la saliva que estaba tragando al escuchar la pregunta de su hija.

—¿Qué? Sí, sí. Tu maestra tiene razón.

—¿Mayor como el abuelo? —inquirió con expresión preocupada.

—No, tampoco tanto.

—¿Cómo tú? —volvió a insistir.

—Exacto. Como yo.

Paula le ofreció una sonrisa satisfecha.

—¿Y como Irene?

—Sí, como yo e Irene.

La sonrisa de su hija le dio la pista a Gonzalo de que acababa de vencerle una niña, de casi cuatro años, en su propio juego.

Capítulo 36

El resto de la semana transcurrió lenta entre planes de viaje, trabajo e intentos de evitar a Gonzalo a toda costa.

Como él parecía no darse por aludido, el miércoles Irene dejó de salir con Alicia a recoger a los niños, quedándose en clase y fingiendo que así adelantaba el trabajo.

Mientras Alicia creía que lo hacía para darle una lección por lo sucedido el sábado, lo cierto era que Irene lo evitaba porque pretendía encauzar su vida de vuelta a la normalidad. De acuerdo que se había enamorado de él como una tonta, no iba a negar que se quedó prendada de su persona desde el primer instante en que sus ojos se toparon con él en el The Mermaid, pero tampoco era menos cierto que sabía que tenía que superarlo, pasar página.

Después de todo, no tenía ningún derecho a culparle de su enamoramiento. Él siempre fue sincero con ella, jamás le ocultó lo que buscaba de las relaciones. Era Irene la que tendría que haber marcado las distancias con él. La que debería haberle tratado como a un padre más. Por lo tanto, era ella quien transgredió las normas y a la que le correspondía ahora solucionarlo.

Gonzalo había estado en lo cierto desde el primer momento. Nadie más que él, de entre todos los padres de sus alumnos, tenía su número de teléfono. Nadie más que él sabía el lugar exacto donde vivía...

La aparición de los niños interrumpió sus pensamientos.

—Buenos días a todos —saludó con una sonrisa.

Casi todos le respondieron del mismo modo.

—Chicos, colgad las chaquetas y las bolsas de las perchas —pidió Alicia, al tiempo que se despojaba de la suya.

—¡Venga, todos a sentarse! —intervino Irene, encendiendo la pizarra mágica.

—Se ha quedado muy desilusionado cuando no te ha visto —apuntó la morena mirando a su amiga.

—No te preocupes, ya se le pasará.

—No sé yo —dijo, pero Irene ya no estaba atenta a la conversación y su respuesta quedó en el aire.

Gonzalo ni siquiera se molestó en disimular que iba a su despacho a trabajar, sino que pasó de largo y entró en el de Roberto. Caminaba tan deprisa que la expresión de desconcierto de Marga le pasó desapercibida.

Su amigo estaba de pie con una taza de café en la mano, porque volvía de servirse uno, cuando él entró.

—¿Quieres un café? —ofreció, alzando el brazo para mostrar la taza—. ¿Tienes pinta de necesitarlo?

—Sí. Voy a por uno. Ahora vuelvo.

Roberto le detuvo.

—Toma el mío y siéntate, yo iré a por otro para mí —ofreció, preocupado por la expresión derrotada de su mejor amigo.

Ni en sus peores momentos lo había visto tan cabizbajo y deprimido.

Dos minutos después regresaba con una taza nueva, pero Gonzalo no había dado ni siquiera un sorbo a la suya.

—¿Por qué traes esa cara? ¿Qué te ha hecho esta vez la maestra?

—¿Cómo sabes que es por ella?

—Porque de un tiempo a esta parte todo lo que te preocupa está relacionado directa o indirectamente con ella.

—Es posible —aceptó.

Un segundo después se lanzaba a contarle la metedura de pata que cometió en la cena y cómo ella lo había evitado desde entonces. Puesto que, no solo no le contestaba al teléfono, sino que ya ni siquiera salía a recoger a los pequeños para evitar de ese modo tener que verle cuando llevaba o

recogía a Paula del colegio.

—Lo mejor es que hables con ella y le digas cómo te sientes —aconsejó Roberto.

—Eso va a estar un poco difícil ya que me evita y se niega a coger mis llamadas.

—Invéntate algo. Mándale un correo electrónico, escríbele una carta o preséntate en su casa hasta que te abra. No sé, improvisa.

—Tal vez tengas razón —aceptó, pensando en pedirle a su padre que recogiera a Paula para poder ir a verla al salir de la oficina.

—La tengo. No lo dudes.

—Papi está triste, ¿sabes, *Aregra*?

Rodrigo se sobresaltó al escuchar a su nieta hablar con el animalillo. Había recogido a Paula en el colegio a petición de su hijo, que se había visto obligado a asistir a una reunión de última hora, por lo que no pudo ponerlo al día del asunto.

—Vanesa *dise* que los papás se ponen tristes cuando no pueden dar besos. *Dise* que su papá siempre le da besos a su mamá.

Aunque no pudiera responderle, la gata estaba pendiente de cada una de sus palabras.

—A lo mejor deberíamos buscarle una novia —intervino Rodrigo, incapaz de mantenerse al margen.

Paula negó con la cabeza.

—Pues yo creo que tu papá necesita una novia. No sé... Una chica guapa y simpática que le haga feliz y le dé besos. ¿No crees?

Paula volvió a negar.

—¡Qué pena! Yo que había pensado en alguien como Irene para que fuera la novia de tu papá.

—Sí, Irene sí.

Rodrigo rio con picardía.

—Ya decía yo que estaríamos de acuerdo en esto —apuntó, revolviéndole el pelo.

Agotado como estaba, Gonzalo solo tenía ganas de llegar a casa, darse una ducha y meterse en la cama.

Ni ganas tenía de cenar. La cabeza no le paraba quieta más que cuando dormía, y necesitaba con urgencia dejar de pensar en nada y dejar la mente en blanco, aunque fuera por unas horas.

Una vez más, había seguido el consejo de Roberto y nuevamente tenía que lamentarse por ello. Había salido de la oficina a las seis, aunque llevaba casi dos horas sin cabeza para hacer nada, con la única intención de hacer tiempo para que Irene regresara a casa después de clase.

Eran las seis y media cuando, al plantarse en su portal, las casualidades de la vida le pusieron en bandeja que pudiera subir sin llamar. Una madre con un carrito de bebé salía en ese momento, por lo que le sujetó la puerta para que pudiera salir sin dificultad y se metió dentro sin necesidad de poner a Irene sobre aviso de su presencia.

Nervioso y esperanzado llamó al timbre, y era tal el silencio que había en el rellano que habría jurado escuchar pisadas de alguien que se acercaba a la puerta.

No obstante, nadie le abrió. Volvió a llamar con más insistencia obteniendo el mismo resultado. Se fue cinco minutos después al comprender que estaba haciendo el tonto por una mujer, revelación que lo cabreó y avergonzó a partes iguales.

Arrastrando los pies llegó hasta la puerta del ascensor y pulsó. Más rápido de lo que era habitual, este se detuvo en la planta baja y se abrieron las puertas, mostrando a la persona que había dentro, rodeada de un juego de maletas.

—Buenas tardes, Diego. ¿De dónde vienes tan cargado?

—Del trastero, de buscar las dichas maletas.

—¿Os vais de viaje Úrsula y tú? ¿De escapada romántica? —preguntó queriendo ser cordial.

Lo que menos necesitaba era encontrarse con alguien que le recordara a la rubia, pero al parecer la suerte nunca se ponía de su parte.

—No, es Irene quien se va de puente. Aunque es posible que haya exagerado con tanta maleta.

—¿Irene? ¿Se va de viaje? ¿Sola?

—Sí. ¿No te lo ha dicho? —preguntó con curiosidad.

—Digamos que tu hija no ha estado muy comunicativa conmigo esta semana.

Diego pareció meditar su respuesta unos segundos antes de decidirse a hablar.

—Irene se va el viernes a Praga. —Y añadió con interés—: Gonzalo, ¿tú conoces Praga en esta época del año?

Capítulo 37

Culpabilidad, ese era el sentimiento que aturdió a Irene sentada en el avión camino de Praga. Si el vuelo desde El Prat duraba dos horas y veinte minutos, se había pasado los veinte primeros repasando lo sucedido durante la semana, que para ella finalizaría en Praga. El problema era que todavía disponía de dos horas más para regodearse en la culpa. Porque, aunque hubiera tomado la decisión de olvidarse de lo que sentía por Gonzalo, eso no justificaba su actitud de darle con la puerta en las narices sin molestarse en escuchar lo que tuviera que decirle.

Después de todo tendría que haber pensado que debía de haber algún motivo importante para que él fuera hasta su casa.

Por otro lado, no era propio de Irene mostrarse pueril o enfurruñada, sin embargo, lo había hecho.

Cuando él llamó se mantuvo en silencio observándole por la mirilla. Pasmada porque no se fuera de inmediato, sino que se quedara más de cinco minutos allí plantado, como si esperara verla aparecer por el pasillo en cualquier momento.

Observó oculta cómo se pasaba las manos por el cabello varias veces, cómo parecía preocupado, incómodo, y a pesar de ello siguió sin abrirle. Era demasiado peligroso para ella tenerlo tan cerca y a solas. La última vez que habían estado así cometió el error de olvidar que Gonzalo no pensaba en ella del mismo modo en que ella pensaba en él. Su rechazo le había dolido más de lo que había imaginado y estaba demasiado tocada como para pasar por ello otra vez sin derrumbarse.

La voz de la azafata dijo algo sobre poder quitarse los cinturones de seguridad, pero Irene apenas se dio cuenta de ello. Lo mismo que tampoco se enteró una hora y media más tarde cuando la misma voz pidió que se lo pusieran de nuevo, que estaban cerca del Praga Václav Havel. Siguió sentada con el cinturón puesto durante todo el vuelo, ajena a lo que hacían los demás pasajeros.

Tras dos horas de racionalizarlo todo, la culpa dio paso a la percepción de que, si bien no había hecho lo más correcto, sí que había hecho lo que era mejor para ella. No le convenía olvidarse de que se había enamorado de un hombre que no sentía lo mismo por ella, de un hombre que tenía una hija a la que ella adoraba. Un hombre que nunca sería suyo por mucho que su hermana y su mejor amiga dijeran o creyeran que podía conquistarlo.

Por eso había hecho el viaje, para poner el punto y final a su enamoramiento. Para volver a ser la persona racional y centrada que había sido antes de que Gonzalo entrara en su vida.

Eran casi las ocho de la tarde cuando entraba en el hotel Fusion en el centro de la ciudad.

Lo primero que captó su atención fue que no tenía para nada el aspecto de un hotel convencional. El *hall* era distinto a todo lo que Irene hubiese esperado de un hotel de cuatro estrellas. En el lado izquierdo había viejas cajas de madera reconvertidas en mesas junto a sillones *vintage* de estampados claros. La parte de la derecha era un largo corredor hasta el pequeño mostrador de recepción situado en la esquina del final.

Tras él, un chico rubio, de no más de veinticinco años, le ofreció una sonrisa de bienvenida.

—*Welcome to Fusion hotel, miss.*

—*Díky*^[3] —respondió Irene, que había recurrido a Google para aprender lo básico de checo.

El chico amplió su sonrisa, casi con seguridad debido al pésimo acento de Irene al darle las gracias.

En menos de diez minutos estaba registrada, con una llave en las manos, una invitación para cenar en el bar del hotel y el conocimiento de que iba a

pasar el fin de semana en una de las habitaciones temáticas que el hotel ofrecía. Para ser exactos, en la *Fusion Love*.

—Maravilloso sentido del humor, papá —musitó mientras caminaba hacia el ascensor.

Al ver la habitación, su percepción anterior aumentó. Con muy poco tacto su padre le había reservado una habitación que tenía una cama redonda con dosel y dos de las paredes cubiertas con dos grandes espejos redondos. Preocupada por la posibilidad de encontrarse otro espejo en el techo, alzó la cabeza.

Suspiró de alivio al ver que por ese lado no había de lo que preocuparse.

Las paredes estaban forradas con papel *vintage* en blanco y negro. Frente a ella, pegada a la otra pared del dormitorio, había un sofá de piel repleto de cojines de colores.

—¡Dios mío, me encanta! —rio a pesar de sí misma.

El cuarto de baño en blanco inmaculado tenía un aspecto minimalista y moderno.

Feliz por estar allí, corrió a abrir la maleta, sin molestarse en sacar más que lo que iba a utilizar esa noche. Se dio una ducha y se arregló para bajar a cenar.

Consciente de que era su primera noche en la ciudad, escogió un vestido rojo de punto, una de sus últimas adquisiciones, largo hasta la rodilla, con cuello barco y ceñido. El único adorno que llevaba era un estrecho cinturón negro. Remató con unas botas altas de tacón de aguja del mismo color que el cinturón y un bolso pequeño también negro.

Salió con una sonrisa y con la tarjeta que el recepcionista le había dado. En la parte de atrás venían las indicaciones para llegar hasta el comedor. Decidida a disfrutar del fin de semana entró en lo que parecía más una discoteca que un bar, restaurante o siquiera un lugar para cenar.

En medio de la sala había una barra de forma circular. La cúpula estaba llena de focos de luz y en medio del propio círculo una torre, a rebosar de bebidas de todo tipo. Varios camareros se repartían en ella sirviendo a la poca gente que se encontraba allí un viernes por la noche. La música que sonaba la pinchaba un DJ situado tras una enorme pantalla de televisión en la que se proyectaban imágenes de todo tipo.

Consciente de que se había quedado en medio, embelesada mirándolo todo, Irene buscó el número de mesa que ponía en su invitación y se sentó en la que le correspondía.

Dos minutos después un camarero de lo más atractivo se acercó a ella con una copa de lo que, a simple vista, parecía champán.

—*To make the wait more enjoyable*^[4]

—*Sorry, what?*

—*Her date, miss*^[5] —comentó con una sonrisa amable.

—¿Cita? ¿Qué cita? —la pregunta iba dirigida a sí misma, puesto que el amable camarero había desaparecido—. ¿La invitación es para cenar con alguien?

—Sí, conmigo —apuntó una voz conocida.

No hizo falta girarse para saber quién era la persona que estaba parada a su lado. El pulso se le aceleró y su respiración se volvió errante. No obstante, tuvo que asegurarse.

—Papá, ¿por qué me torturas? —inquirió a nadie en especial.

Gonzalo escondió su sonrisa. Estaba nervioso, acojonado para ser exactos. Había seguido el consejo de Diego y se metió en un vuelo camino de una ciudad desconocida para pasar unos días con una mujer que ni siquiera le había abierto la puerta de su casa cuando fue a decirle que quería estar con ella, ¿por qué entonces iba a querer pasar con él sus vacaciones?

—¡Maldita sea! ¿Por qué no lo pensé antes? —se dijo, sin darse cuenta de que acaba de hablar en voz alta consigo mismo.

Irene sonrió. Comprobar que Gonzalo estaba tan nervioso como ella la tranquilizó un poco. Sin embargo, durante un breve segundo se sintió avergonzada de sí misma, ¿dónde habían quedado todas las propuestas que se había hecho de intentar olvidarle? Se preguntó. En Barcelona, donde te dejaste también la inteligencia, se dijo, nadie deja su país por otra persona si no está interesada. La sonrisa se amplió.

—¿Estás hablando contigo o conmigo?

—No sabría decirte —confesó él, todavía de pie. Buscando en sus ojos la respuesta que había ido a buscar.

—Siéntate, por favor. Y ya de paso me cuentas qué estás haciendo aquí. Se sentó frente a ella mirándola con una ceja arqueada.

—Es evidente lo que estoy haciendo. Invitarte a cenar. —Reunió toda su capacidad de ser sarcástico para no demostrar lo nervioso e inseguro que se sentía mientras esperaba su reacción.

—No se puede negar que eres original. ¿También te ha recomendado el sitio un amigo? —preguntó con una sonrisa.

—Para serte sincero, he de decir que sí. Uno al que por cierto conoces bastante.

—Imagino. ¿Pero no me digas que tú también estás en una habitación *Fusion Love*?

Gonzalo disimuló una sonrisa satisfecha. Parecía que estaba yendo bien.

—No, estoy en la *Fusion Rock*.

—¡Te odio! Seguro que es fantástica.

—Lo es. Cuando quieras te la muestro.

Irene enrojeció por la propuesta, pero no agachó la mirada.

—De acuerdo. Pero primero dime por qué estás aquí. Y con aquí me refiero a Praga, al hotel Fusion y a esta mesa.

—Estoy en Praga porque me gustas mucho, estoy en este hotel porque quiero conocerte mejor, y en esta mesa porque tengo intención de utilizar estos días juntos para demostrarte lo maravilloso que puedo ser si tú estás cerca.

La única respuesta que Irene fue capaz de dar fue una sonrisa.

Capítulo 38

La cena con Gonzalo fue maravillosa. Tras la declaración de intenciones inicial en la que por fin puso las cartas sobre la mesa, Irene se relajó. Él no se hubiera tomado tantas molestias si solo pretendiera acostarse con ella. Además, el sábado anterior lo tenía más fácil y no aprovechó la ocasión.

La certeza de que Gonzalo había volado hasta allí buscando algo más barrió de un plumazo todas las decisiones que Irene había tomado en el avión e hizo lo propio con el modo en que se habían tratado hasta ese momento. Casi sin darse cuenta dejó atrás estar siempre a la defensiva con Gonzalo, y este, por su parte, se dedicó a tratar de conocerla mejor. Sin intenciones ocultas o deseos de mortificarla. Las pullas que antes disparaban como armas uno contra otro ahora dieron paso al coqueteo.

Compartieron la comida de sus platos, como si en vez de amigos recientes fueran una pareja consolidada, se miraron a los ojos como si no hubiera nadie más en toda la sala, y más tarde, cuando salieron por las cercanías del hotel, en concreto hasta la Plaza de Wenceslao, situada a solo cincuenta metros del hotel, en pleno centro neurálgico de la ciudad, lo hicieron cogidos de la mano.

Nadie que les hubiera visto esa noche pensaría que tenían habitaciones separadas. Ya que el único paso que no dieron fue el de compartir dormitorio. De hecho, Gonzalo ni siquiera cumplió su promesa de mostrarle la habitación *Fusion Rock* a Irene. Se limitó a acompañarla hasta su puerta y besarla con suavidad como despedida.

—¿No quieres pasar? —ofreció ella con timidez.

—No.

Irene parpadeó, sorprendida por la negativa.

—No quiero pasar porque quiero quedarme para siempre. No deseo que pienses que he venido buscando sexo.

—Sé que no lo has hecho. Nadie se toma tantas molestias por eso.

Gonzalo sonrió con ternura y le dio un beso suave en los labios.

—Te sorprendería lo que la gente es capaz de hacer por eso. —Y añadió —: Mañana a las siete vendré a recogerte para desayunar y visitar la ciudad.

—¿A las siete?

—Son las once de la noche, si te acuestas ya, podrás dormir lo suficiente. Además, aquí la vida empieza muy temprano —se rio, esperando a que ella entrara para irse a su habitación, que como todas las temáticas estaba en la misma planta.

—Buenas noches —se despidió Irene, haciendo un mohín.

—No sabía que fueras tan dormilona.

—No me quejo por eso.

Gonzalo se rio a carcajadas.

—Créeme, yo lo siento más —dijo consiguiendo con ello que Irene se fijara en la protuberancia que presionaba sus vaqueros.

Tal y como prometió, eran las siete en punto del sábado cuando Gonzalo llamó a la puerta de Irene.

Ataviado con unos vaqueros oscuros, botas, camiseta gris y una chaqueta negra de piel. Como primera visión de recién levantada, el día prometía mucho, se dijo esta, sonriendo para sí.

Le hizo pasar mientras terminaba de peinarse. Al igual que él, optó por ropa cómoda, vaqueros pitillo, jersey de punto fino de un desvaído color amarillo, botas planas y un cortavientos.

—¡Vaya! —murmuró Gonzalo.

Irene, que seguía en el cuarto de baño tratando de domar sus rizos, adivinó lo que captó su atención.

—Créeme, yo reaccioné peor que tú —alzó la voz para que él la escuchara.

—No sé qué me gusta más, si la cama redonda o los espejos —confesó Gonzalo con picardía.

—Ya estoy lista, ¿nos vamos? —dijo, saliendo del baño y cogiendo el bolso del sofá.

Él la miró con fijeza.

—No podemos. Todavía falta algo —apuntó, logrando que Irene se revisara a sí misma en busca de lo que había olvidado.

—Lo tengo todo.

—Yo creo que no. —Antes de que ella pudiera protestar, Gonzalo la asió por la cintura y la arrastró hasta su cuerpo sólido y cálido para besarla a conciencia.

Se había pasado las horas desde que se despidió de ella la noche anterior, con un beso que deseaba prolongar toda la noche, pensando en ella, y ahora que por fin la tenía delante lo único que anhelaba era meterse en la cama más cercana, que para su desazón estaba a solo tres pasos de ellos, meterse dentro con Irene y dejar pasar el fin de semana.

—Si no dejas de besarte ahora mismo no seré capaz de hacerlo —musitó con los labios pegados a los de ella.

—No me importa. Me gusta que me beses y besarte, y... Estoy empezando a desvariar.

Gonzalo sintió la sonrisa de Irene acariciando su boca.

Se separó dos centímetros más.

—No podemos. Praga nos espera y... —Se calló, de repente.

—¿Y?

Irene se dio cuenta de que fuera lo que fuera lo que iba a decir le avergonzaba hacerlo.

—Y una vez me preguntaste si nunca había deseado tener más de una cita con una mujer.

Ella asintió.

—Lo recuerdo. Dijiste que me lo contarías si alguna vez sucedía.

—Ha sucedido, quiero ver Praga contigo y, después de un par de citas más, el siguiente paso que querré dar será en esa cama. Contigo. Te deseo, Irene, y es culpa mía que no estemos ahí ahora mismo.

He sido un bruto y te he dicho infinidad de tonterías sobre lo que

significaban las relaciones para mí.

Contigo es diferente, pero necesito demostrártelo.

—¿En qué momento te volviste tan maduro e interesante?

—Esa es fácil. Desde el momento en que te vi con tu bata de unicornios y me pusiste en mi sitio con tu lengua afilada.

El primer lugar que visitaron fue el castillo de la ciudad. Se trata del castillo más grande del mundo y el monumento más importante de Praga. Construido en el siglo IX, no sigue la línea de otros de la misma época, sino que está compuesto por un conjunto de palacios y edificios conectados por pequeñas y animadas callejuelas. Es como el casco antiguo de cualquier ciudad europea, solo que en lugar de un barrio se trata del recinto de un castillo.

A cada paso se encontraron con monumentos que visitar, calles por las que caminar o en las que hacerse fotografías. Por lo que dedicaron todo el día a visitar la Catedral de San Vito, la Torre Negra, llamada así porque quedó ennegrecida tras un incendio, la Torre Blanca, que antaño fue usada como prisión para los miembros de la nobleza.

En el Callejón del Oro Irene se empeñó en hacerse un *selfie*, porque sus casas de colores, decía, le recordaban a las de la isla de Burano, en Venecia, una de sus ciudades favoritas.

Los besos también ralentizaron el trayecto. Durante uno de esos momentos en los que se detuvieron para besarse, Irene se separó abruptamente con los ojos brillantes, los labios enrojecidos y una expresión de sorpresa en el rostro.

—Llámame loca o romántica —se rio, nerviosa—. Pero estoy casi segura de que oigo violines.

Gonzalo no pudo responder durante un largo minuto, de lo que se estaba riendo. Al final, alzó la mano para señalar un punto a la espalda de Irene, cuando esta se dio la vuelta, se unió a sus risas.

—Estamos en Praga, los violines son parte de su encanto —explicó acercándose con ella hasta los dos violinistas que tocaban en la calle.

Terminaron el recorrido en la Torre de la Pólvora, construida en el siglo XV como parte de la fortificación del castillo. Se hacía necesario recargar las

pilas y comer. Momento que aprovecharon para descubrir la comida típica del país. Entraron en una taberna propia de la Edad Media, de aspecto rústico con grandes mesas de madera y, sin mediar palabra, el dueño fue sirviéndoles fuentes de *kulajda*, una sopa cremosa preparada a base de puré de patatas, setas y leche agria.

—¿Crees que nos ha visto cara de hambrientos? —preguntó Irene con una sonrisa.

—Es bastante probable, porque trae más —apuntó Gonzalo, abriendo los ojos como platos al ver el tamaño y la cantidad de fuentes que traía.

—Me gustaría saber lo que estoy comiendo —se quejó Irene diez minutos después, con la mesa repleta de viandas.

—En eso puedo ayudarte —rio Gonzalo sacando el móvil del bolsillo—. Veamos, eso es *bramborak*, aquí pone que es una tortilla frita de masa de patata, eso de ahí tiene pinta de ser *knedlíky*, unas bolas de harina hechas a base de patatas o pan rallado, y sin duda eso es *chlebicky*, porque parecen canapés de los de toda la vida.

Irene rio.

—¿De los de toda la vida?

—De esos mismos. —Le devolvió la sonrisa al tiempo que le quitaba uno de esos canapés de toda la vida de su plato.

—Come lo que quieras de lo mío —ofreció Irene—. Tengo la sensación de que cuando vuelva a casa no solo me llevaré recuerdos de la ciudad. También embarcaré con tres kilos de más —rio.

—Y seguirás tan estupenda como ahora. Voy a llamar a mi padre para ver cómo está Paula, ¿quieres que te la pase y hablas con ella?

Irene no dijo nada, aunque por dentro dudó que Paula fuera a hablar más que dos palabras. Quizás hola y adiós, o tal vez sí y no.

—¿Crees que es buena idea que sepa que estamos juntos?

—Yo no tengo intención de ocultárselo a nadie. ¿Tú sí?

Negó con la cabeza, todavía sin creerse lo que le estaba sucediendo.

—No. Yo tampoco. Lo decía porque es muy pequeña y a lo mejor no lo entiende.

Gonzalo estiró el brazo para cogerle una mano y llevársela a los labios. E Irene sintió el gesto como uno de los besos más íntimos que habían

compartido.

—Ya verás cómo te habla y te cuenta lo que ha hecho durante el día. Desde que tenemos a Allegra, Paula habla más que nunca. —El tono de orgullo paternal de su voz y la adoración con la que la miró consiguió que Irene se estremeciera de placer.

—¿De verdad? Me alegra mucho, es una niña maravillosa.

Gonzalo sonrió enternecido por el afecto que Paula suscitaba en Irene.

—Yo también me sorprendí cuando llamé ayer a casa y me contó que mi padre y ella le habían comprado un collar a Allegra. —De repente se puso serio—. Eso también te lo debo a ti.

—No me debes nada.

Él asintió, no era el momento para discutir.

—No te preocupes porque no lo entienda, eres muy importante para ella.

—Y ella para mí. Yo adoro a tu hija.

—Lo sé.

Capítulo 39

El día había ido de maravilla, la ciudad era preciosa y verla con Gonzalo había sido mucho más especial de lo que esperaba. Él se había mostrado encantador, amable y atento. No obstante, cada vez que se habían besado, y hubo muchos momentos de besos, siempre fue él quien dio el interludio por finalizado.

Irene podía entender sus motivos para hacerlo porque ella había sentido lo mismo, la piel ardiendo, las rodillas temblorosas y la sensación de urgencia y necesidad que pulsaba en su vientre. No obstante, que la cabeza fría fuera siempre la suya le preocupaba más de lo conveniente. Porque, si era capaz de separarse de ella, significaba que la intensidad de sus sentimientos no estaba a la altura de los suyos.

—Eres idiota —se dijo en un susurro.

—¿Decías? —preguntó Gonzalo con la sonrisa pugnando por asomarse a sus labios.

—Nada. No he dicho nada.

Él se había limitado a sonreír, aceptando su mentira. Pero ella no había logrado quitarse de la cabeza la sensación de que no estaban en la misma onda.

Puede que el de las aventuras de una noche fuera él, pero eso no significaba que ella no tuviera necesidades, que no lo deseara o que quisiera esperar. Después de todo no necesitaba que le demostrara nada. Ya lo había hecho desde el instante en que dejó a Paula con su padre y cogió un vuelo para estar con ella. Sin saber de qué modo iba a ser recibido o siquiera si lo

sería. Irene no necesitaba esperar para comprobar que quería su compañía, su complicidad o su afecto. «Amor» era una palabra todavía demasiado lejana que le daba miedo usar siquiera en su cabeza.

Fuera como fuera, tenía toda la intención de tomar el mando. De hacerle saber que en la relación que estaban iniciando los dos iban a estar a la misma altura. Como iguales. Puede que la decisión de Gonzalo fuera esperar un par de citas antes de volver a meterse en su cama, pero Irene tenía otros planes distintos, y lo mejor de todo era que estaba dispuesta a actuar para hacerlos realidad.

De modo que lo primero que hizo Irene cuando Gonzalo la dejó en la puerta de su habitación para arreglarse antes de cenar fue llamar a Germán en busca de ayuda.

Después de todo, el consejo de Alicia de buscar el apoyo de un hombre para entender a otro, era brillante.

—Hola, preciosa. No me digas que llamas para decir que te quedas en Praga a vivir —bromeó, con su habitual buen humor.

—No —rio—. Todavía tengo intención de volver a Barcelona el lunes. Te llamo por otro motivo.

En ese momento escuchó de fondo a Lidia quejarse porque no la hubiera llamado a ella, sino que recurriera a Germán para lo que fuera que necesitara.

—Dile que ella no puede ayudarme con el punto de vista masculino que busco.

Su cuñado rio, pero cumplió con su petición.

El resultado fue que Lidia lo obligó a poner el manos libres en el móvil, para poder enterarse de la conversación y, de paso, meter baza.

—De acuerdo, ya puedes empezar —pidió su hermana tomando la iniciativa.

—No seas mandona. Necesito saber qué piensa Germán. Tu opinión no es trascendente en este tema —la pinchó.

Contra todo pronóstico, Lidia no se dio por aludida y se mantuvo en silencio, demasiado impaciente por saber qué sucedía.

—Yo también estoy preparado.

—Entonces empiezo —aceptó—, necesito saber cómo seducir a un hombre que no quiere ser seducido.

—¿Qué pasa, cariño? —inquirió Lidia sonando preocupada—. Creía que te habías ido de viaje para dejar de preocuparte por los hombres. ¿Has conocido a alguien en el hotel?

Irene suspiró y comenzó su relato desde el comienzo, ya que Germán no conocía la historia completa y Lidia se había perdido la parte en la que su novio la había ayudado a fingir ante Gonzalo que no estaba interesada.

No se guardó nada de nada. Ni siquiera que había sido su padre el de la idea original de que hiciera un viaje como regalo anticipado de cumpleaños.

—Cariño, ¿por qué no le dices a tu padre que estamos teniendo una crisis? —bromeó Germán—, a ver si se anima y nos organiza algo.

—Por favor, centraos. Necesito ayuda urgente. Gonzalo no tardará mucho en llegar.

—Es verdad. A ver, lo primero que necesitas es estar con él a solas —sentenció Lidia.

—Vamos a salir a cenar. Después puedo sugerirle que demos un paseo —comentó Irene, esperanzada.

—No puedes seducirle en la calle —la regañó su hermana mayor.

—Eso ya lo sé. La idea es seducirle para que quiera regresar a la habitación. —Irene estaba comenzando a desesperarse. En menos de media hora Gonzalo llamaría a su puerta y todavía no tenía la más remota idea de lo que iba a hacer para demostrarle que ella no era la mujer pasiva que él había supuesto cuando la conoció, sino una mujer dispuesta a casi todo para lograr sus objetivos.

—Por qué no le sugieres que te lleve a cenar a un sitio romántico. Después, cuando él no esté mirando, le das una propina al camarero y le pides que os lleve a la mesa más discreta del local y entonces...

Irene interrumpió a su hermana antes de que siguiera con su idea.

—Por si se te ha olvidado, no hablo checo.

—Pues se lo dices en inglés —dijo, exasperada. ¿Por qué tenía que hacerlo todo tan difícil?

—De acuerdo, ¿qué tal si me dices cómo hago todo eso que propones sin que Gonzalo se dé cuenta de nada?

—¿También tengo que pensar yo en esa parte? —se quejó.

—Esto es una locura. ¿Germán?

—Dile que estás cansada después de pasáros todo el día andando de un sitio para otro y que te apetece cenar en la habitación. No te pongas excesivamente sexy o se dará cuenta de lo que te propones —avisó Germán—. Lo mejor es que te vistas discreta en lugar de despampanante.

Lidia chasqueó la lengua, reprobando el último consejo de su novio.

—No estoy de acuerdo con eso. Tienes que resultarle atractiva. Nada de esconderse. Se supone que lo que quieres es atraerle, ¿no?

—No digo que tengas que ponerte un saco, Irene. Solo que no seas muy obvia —se defendió Germán—. Déjate el cabello suelto y ponte perfume, pero usa ropa informal.

—¡Lo tengo! —dijo Lidia, alzando la voz más de lo necesario—. Un pijama. Recíbele en pijama sin nada más. Ni se te ocurra ponerte ropa interior. Tienes que ir en plan comando.

—Me gusta tu propuesta —alabó Germán y, a juzgar por el ruido que Irene escuchó a través del teléfono, estaba haciéndoselo saber de otros modos.

—¡Qué vergüenza!

—Cariño, somos familia —apuntó Lidia, con un hilo de voz. Sin encontrar el motivo por el que su hermana parecía tan apurada.

—¿Y qué hago si insiste en salir?

—Te aseguro que no vas a tener que preocuparte por eso —zanjó Germán, quien de repente parecía más interesado en otra cosa—. Llámanos mañana para contarnos qué tal te ha ido.

—Dime que tienes algún pijama bonito —pidió Lidia, y su voz sonaba extrañamente alegre.

—¡Lo tengo!

—No esperaba menos de ti —alabó su cuñado—. Te queremos, feliz noche —dijo riendo un segundo antes de colgar.

Irene no supo si se reía por ella o por algo que su hermana le había hecho.

Germán sonrió mientras veía a Lidia ir deshaciéndose poco a poco de la ropa. Era uno de los tipos más afortunados del planeta.

—Eres muy malvada. Has hecho que le cuelgue a tu hermana sin querer

—se quejó. Sin embargo, no se movió por temor a perderse el maravilloso espectáculo que estaba teniendo lugar delante de él.

—¿Sin querer? —preguntó Lidia, bajando la cremallera de su falda de tubo negra.

—Me has puesto nervioso.

—¿De verdad?

La falda era un remolino oscuro a sus pies. Por lo que sus manos volaron a los botones de su blusa color malva.

Germán asintió. Tragando saliva con dificultad.

—Me gusta ponerte nervioso.

La blusa acabó encima de la falda. Ya solo estaba cubierta por un conjunto azul marino de encaje de braguita y sujetador.

—¿No te vas a quitar el resto?

—¿Te gustaría? —preguntó coqueta.

Otro asentimiento.

Con una sonrisa pícara se dio la vuelta y le mostró la espalda. Arqueándose llevó las manos al cierre del sujetador y lo soltó. Miró por encima de su hombro antes de meter los pulgares en las braguitas y tirar de ellas hacia abajo. Despacio, muy despacio.

Todavía no habían tocado el suelo cuando se descubrió en brazos de Germán, quien la llevaba a toda prisa al dormitorio.

Media hora después, los dos estaban enredados en sábanas, brazos y piernas.

Fue Lidia la que esbozó una sonrisa satisfecha antes de poder hablar.

—Espero que Irene pueda disfrutar de esto esta noche —musitó Lidia sobre el pecho de su novio.

Capítulo 40

—¿Por qué estoy nerviosa? No, no estoy nerviosa. Quizás un poco alterada, pero no nerviosa —decidió, hablándose a sí misma.

Acababa de darse una ducha a toda prisa, incluso se había lavado el pelo para que se le rizara a placer. Siguió las indicaciones de Lidia y Germán al pie de la letra y se puso el pijama. Gracias a que era incapaz de dormir con pantalones largos en ninguna época del año, el plan podía ser un éxito. Porque su ropa de dormir consistía en unos pantalones cortos de estilo deportivo a juego con una camiseta ceñida de manga larga. Ambos en tonos grises y rosa pálido.

Para rematar, iba descalza, con el cabello suelto y oliendo a perfume, pero sin empalagar.

Hizo dos respiraciones profundas para tranquilizarse cuando unos suaves golpes sonaron en su puerta.

—¡Allá voy! ¡Sé valiente!

Abrió la puerta de un tirón, preocupada de perder el valor si se esperaba demasiado.

—Llegas puntual —se obligó a decir.

Intentando no fijarse en lo maravillosos que le quedaban los vaqueros desgastados que llevaba y en cómo la camiseta azul le marcaba los músculos de los brazos y resaltaba el color de sus ojos. La chaqueta de piel colgaba de su brazo. Hacía demasiado calor en el hotel como para llevarla puesta, pero era imprescindible para salir a la calle.

Irene fue consciente del momento exacto en que Gonzalo se percató de su

indumentaria. Se apartó de la puerta para dejarle entrar con el corazón revolucionado y la garganta seca.

—Estoy muy cansada después de andar tanto durante todo el día, ¿qué te parece si cenamos en mi habitación? O en la tuya, como estés más cómodo —ofreció, fingiendo que la propuesta no era importante.

Treinta segundos más tarde comenzó a preocuparse, teniendo en cuenta que él todavía no había abierto la boca. ¿Había sido demasiado evidente lo que pretendía?

—¿Te encuentras mal? —inquirió él, por fin, con voz ronca.

Había bajado la mirada de modo que la tenía centrada en sus piernas desnudas, que se veían kilométricas enfundadas en los *shorts* y con las uñas de sus pies pintadas de rosa chicle.

—No, solo cansada. Pero si tienes muchas ganas de salir me cambio en un momento y nos vamos. —Hizo amago de quitarse la camiseta allí mismo, delante de él, pero Gonzalo la detuvo cogiéndola del brazo con delicadeza.

—No será necesario. Nos quedamos aquí.

—Gracias. De verdad que estoy agotada. —Sonrió, poniéndose de puntillas para llegar a sus labios y besarle. Primero con timidez y después con abierto deseo. En algún momento durante el beso, este dejó de ser una prueba para ver quien lo finalizaba y se convirtió en una necesidad que pulsaba en su interior.

No podía engañarse a sí misma, lo que sentía por Gonzalo iba más allá de cualquier cosa que hubiera sentido nunca. Desde el primer momento en que lo vio le abrumó la necesidad de estar cerca de él y, no solo porque fuera un hombre atractivo, sino por razones que se escapaban a su lógica. Había deseado que él sintiera lo mismo, que dirigiera su mirada hacia ella y que no pudiera apartarla, del mismo modo que le sucedía a ella cuando Gonzalo estaba cerca.

Igual que las veces anteriores, fue él quien se separó. Aunque en esta ocasión decir que se veía afectado era ser sutil. Muy sutil.

Irene intentó no parecer decepcionada.

—¿Qué te apetece cenar? —se obligó a sonreír.

Él tardó más de lo habitual en responder, mirando a cualquier lado menos en su dirección.

—Lo que tú prefieras.

—Eso va a estar difícil —musitó de nuevo hablando sola.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

Gonzalo rio, por primera desde que entró, de repente parecía cercano y accesible.

—¿Voy a tener que repetir por qué otra vez? No tiene importancia —se respondió a sí mismo—. Y respecto a tu pregunta sobre la cena, creo que me decantaré por algo conocido. Mi estómago necesita comida convencional. ¿Qué tal una hamburguesa?

Irene parpadeó sorprendida. De repente la situación se había enderezado y Gonzalo ya no parecía ni incómodo ni aturdido por su inesperado ataque.

—Llamaré para que nos la suban —aceptó Irene, con desilusión—. ¿Añadimos patatas fritas y cerveza?

Cabeceó afirmativamente antes de hablar.

—Eso puede esperar. Todavía no tengo hambre, vas a tener que abrirme el apetito.

—¿Perdón?

—Creía que ya habíamos superado la fase en la que te disculpabas por todo —bromeó con una sonrisa que derritió las corneas de Irene.

—Es solo que no he comprendido qué debo hacer para abrirte el apetito.

Gonzalo volvió a sonreír, al tiempo que arqueaba una ceja.

—Échale imaginación, cariño.

Y aunque no hubo ninguna alusión directa, Irene supo que su táctica había tenido éxito y que Gonzalo estaba dejando atrás sus objeciones. Que estaba dispuesto a dejarse convencer.

Cuando caminó hacia él le temblaban las piernas. Él no se había movido de donde estaba y, sin embargo, parecía que su relación hubiera avanzado miles de kilómetros en un segundo. Irene sabía que el cambio no se debía al aspecto que tenía en ese momento, aunque no dudaba que hubiera contribuido a ello. El motivo de ese cambio de opinión en Gonzalo se debía a que por fin le había hecho saber lo que deseaba, a que con sus sutilezas le había dicho que quería estar con él... A todos los niveles en los que eso era posible.

No obstante, no le facilitó las cosas. Fue ella la que se plantó frente a él y pasó las manos por su pecho. Ya se habían besado durante todo el día, lo que Irene deseaba en esos momentos era tocarle, sentir su cálida piel debajo de sus dedos. Por ese motivo, le sacó la camiseta de los pantalones y se la subió por el estómago hasta que se la sacó por la cabeza.

Ansiosa por sentirlo se deshizo de su propia camiseta. Tuvo el placer de ver cómo él tragaba saliva y fijaba la mirada en sus pezones erectos, a pesar de ello, siguió sin moverse. Lo que le permitió deleitarse en su espléndido cuerpo. Las manos pronto dejaron el camino a los labios, la lengua y los dientes.

Gonzalo era más alto que ella, lo que le impedía llegar hasta las zonas que más deseaba acariciar, así que lo empujó hasta que la parte de atrás de sus rodillas chocó con la cama, y entonces le empujó para que se dejara caer en ella.

Cuando por fin lo tuvo a su pleno alcance, se tomó su tiempo para torturarlo, igual que había hecho él con cada beso. Con deliberada lentitud, llevó las manos a la cremallera de sus vaqueros y se la bajó. No obstante, cuando él estaba seguro de que lo siguiente sería bajarle los pantalones y los calzoncillos, Irene se apartó y se agachó para quitarle las botas y los calcetines.

Después se deshizo de sus propios pantalones.

Gonzalo gimió al verla desnuda y fuera de su alcance. Los espejos del dormitorio la reflejaban desde distintos ángulos, de manera que podía disfrutar de ella con la vista, aunque no con el tacto.

—¿Crees que ya vas teniendo hambre?

—Estoy famélico.

—¡Bien! —aceptó ella y se acercó a él hasta ponerse encima. Sentada a horcajadas, completamente desnuda, mientras él seguía con los pantalones puestos.

La tela vaquera le presionaba sus zonas más sensibles y, aunque se moría de deseo, de necesidad por sentirle en su interior, era preciso hacerle saber que no tenía intención de conformarse. De dejarse llevar siempre por sus opiniones, sino que le llevaría la contraria tantas veces como fuera necesario.

Su lengua trazó un recorrido por su estómago hasta sus clavículas. Sintió

los dedos de él clavarse en su trasero, apresándola y pegándola más a su cuerpo. La basta tela de sus vaqueros dejó una impronta en la sensible piel de su vientre.

Cuando se cansó de lamer y morderle la garganta y la parte de atrás de sus orejas, se arrastró por su cuerpo, usando sus pechos para acariciarle.

Gonzalo protestó cuando se puso de pie, pero solo hasta que comprendió el motivo por el que lo hizo.

Los pantalones bajaron con dificultad, al igual que los calzoncillos, la magnitud de su erección lo hacía más complicado.

—¿Sabes? La que está famélica ahora mismo soy yo —apuntó con picardía mirando la parte de su cuerpo que había atrapado su interés—. Vas a tener que alimentarme.

Antes de que pudiera hacer ningún comentario, Irene lo acogió en su boca. Succionando y lamiéndolo desde el tallo hasta la punta. Las manos de él se enredaron en su cabello, debatiéndose entre apartarla o empujarla para que lo acogiera más profundamente.

—Detente, por favor —pidió con desesperación.

—¿No te gusta?

—Sabes que sí, pero quiero...

Perdió el hilo de la conversación cuando ella les dedicó atención a los testículos.

—Irene, por favor, cariño. Para.

A duras penas pudo controlarse lo suficiente como para no dejarse llevar, acuciado por sus caricias.

Sacando fuerzas de donde no tenía, logró apartarla y darse la vuelta de tal modo que Irene quedó apresada entre su cuerpo y la cama.

Buscó con la mirada sus pantalones, tirados junto a la cama, y alargó la mano para asirlos y sacar unos paquetitos plateados del bolsillo de atrás.

Irene no pudo ocultar la sonrisa de satisfacción. Después de todo, había ido preparado.

Antes de que pudiera preguntarle nada al respecto, sintió cómo su mano le acariciaba los húmedos pliegues, abriéndola para un segundo después penetrarla con fuerza. Se enterró en su cuerpo marcando un ritmo salvaje que los llevó al clímax con tanta rapidez como intensidad. Los envites eran

vertiginosos y profundos. Gonzalo estaba demasiado excitado como para aguantar mucho más, no obstante, quería satisfacerla, quería que recordara cada instante de esa noche. Por ello buscó el clítoris y lo acarició, trazó círculos en él sin dejar de entrar y salir de su cuerpo.

Los jadeos de ambos llegaron a su punto culminante al mismo tiempo.

Cinco minutos después, cuando Irene todavía no se había recuperado del todo, Gonzalo, que se había desplomado sobre ella con la cabeza enterrada en su cuello, rodó para liberarla de su peso.

Intercambiando posiciones, ahora era la rubia la que estaba sobre él. Con una sonrisa satisfecha y traviesa, Gonzalo se apoderó de sus labios antes de anunciar:

—Ahora me toca a mí degustar el menú.

La luz que entraba por las ventanas los despertó. El primero en moverse fue Gonzalo. Irene notó que él estaba despierto al sentir una presión caliente y dura en la cadera. Sonrió antes siquiera de abrir los ojos.

—Buenos días —murmuró somnolienta.

—Buenos días. ¿Qué te parece si cancelo mi habitación y me mudo aquí, contigo?

—Maravilloso.

—Genial.

—Fabuloso.

—Excelente, y gano yo. Lo mires por dónde lo mires.

Gonzalo había regresado a su habitación para darse una ducha y hacer la maleta. Habían decidido que pasara el poco tiempo que les quedaba en Praga con Irene, compartiendo habitación, por lo que tenía que cancelar la suya y trasladar sus cosas allí.

El tiempo que le costara hacer todo eso dejaba a Irene un poco de espacio para estar sola y pensar en lo que había sucedido entre ellos.

Sentía lo sucedido la noche anterior como un éxito, y no solo porque se había salido con la suya, sino porque había tomado una decisión y luchado

para que se hiciera realidad. Lejos quedó la chica que se conformaba con negativas y que sufría en silencio. Ya no sería nunca más una conformista.

Desde el primer momento se había propuesto demostrarle a Gonzalo que era una persona distinta a la mujer que él tan cruelmente describió aquella noche en el *The Mermaid*, primero con aquel beso inesperado y después con cada uno de los pasos que había dado hasta llegar a ese momento.

Se metió en la ducha y dejó que el agua corriera por su espalda, con cuidado de no mojarse el pelo. La alargó más de lo que era habitual en ella, cuando al final salió se vistió con unos vaqueros y un jersey de punto negro.

Se sentó en la cama con las piernas cruzadas, esperando a que Gonzalo apareciera. Consciente de lo que había cambiado su vida en apenas unos pocos días. Y es que, aunque no hubieran hablado directamente de nada, el que se cambiara de cuarto implicaba que Gonzalo estaba aceptando una relación con ella.

El sonido del teléfono la sacó de golpe de sus pensamientos. Se levantó de la cama y fue hasta la mesa en la que lo había dejado.

—Hola, papá.

—Miedo me das, cariño. ¿Estás muy enfadada conmigo? —inquirió Diego con una sonrisa.

—Todavía me debato entre besarte o liquidarte. Dame unos días —le siguió la broma.

—Si puedo elegir me quedo con el beso.

—Como todos los hombres que conozco —rió Irene, antes de lanzarse a poner al día a su padre de lo sucedido en los últimos días. Al menos, de aquello que un padre podía saber.

Capítulo 41

El domingo por la tarde, mientras estaban sentados en una terraza de una de las cafeterías de la Plaza de la Ciudad Vieja, el teléfono de Irene comenzó a sonar encima de la mesa. La cara de preocupación de esta alertó a Gonzalo de que, fuera quien fuera la persona que llamaba, era alguien con quien ella no deseaba enfrentarse.

La miró interrogante, pero en lugar de respuestas recibió de regreso una sonrisa tensa.

El teléfono sonó de nuevo, solo que esta vez la melodía fue distinta y no fue tan larga como la vez anterior.

—Es un mensaje —explicó Irene, aunque fuera del todo innecesario ya que Gonzalo lo había deducido solo—, voy a leerlo. ¿Te importa?

—Claro que no.

No obstante, no se perdió un solo detalle de las expresiones que Irene ponía mientras lo leía, al principio vislumbró preocupación, sorpresa, y finalmente diversión.

—No me lo puedo creer —dijo para sí misma.

—¿Va todo bien?

—Sí. No. No lo sé —confesó con timidez.

Gonzalo la miró con fijeza. ¿Acaso creía que eso era una respuesta? ¿No podía limitarse a contarle lo que sucedía?

—¿Qué tal si me cuentas quién te ha llamado y escrito? —se dio cuenta de que su voz sonaba fría y distante. ¿Por qué? ¿Acaso la incomodidad que sentía en la boca del estómago eran celos? Él jamás en su vida había estado

celoso de nada, ni siquiera por una mujer. Concentró su atención en Irene con intención de alejar tales pensamientos de su aturrullado cerebro.

—Era Alicia. Supongo que llamaba para saber cómo me estaba yendo el viaje —dijo, sin ser del todo sincera. Gonzalo no tenía la menor duda de que había algo más que no le estaba contando.

—¿Supones? ¿Acaso no te ha escrito un mensaje?

Irene vaciló.

—Sí... Solo que el mensaje iba de otro tema distinto. Verás...

Se calló. Tragó saliva nerviosa y evitó mirarle a los ojos.

—Sigue —la animó él. Sonriendo para hacérselo más fácil.

—No sé cómo explicarme. Bueno, verás... Alicia llevaba mucho tiempo obsesionada con encontrar un hombre. —Al ver su expresión, añadió con rapidez—: En realidad, un futuro marido. Su madre y su hermana se pasan la vida molestándola con el tema, y ella pensó que igual podía ser interesante probar con las nuevas tecnologías para dar con el hombre de su vida.

—¿Te refieres a webs de citas y esas cosas?

—Sí. A una en particular que dispone de una aplicación de móvil —se encogió de hombros, restándole importancia—. El caso es que como a ella le fue genial, me abrió un perfil a mí y...

Definitivamente estaba celoso. Reconoció Gonzalo, apretando los labios para no soltar un impropio.

—¿Y?

—Bueno, contestó a la pila de tests que hay que hacer para darse de alta...

—¿Alicia contestó por ti a los tests? —La incredulidad teñía su voz.

—Nos conocemos mucho. De hecho, yo la ayudé a responder a los suyos.

—Por supuesto. Continúa —pidió, llevándose la taza de café a los labios.

—Al parecer, el superordenador ha encontrado al tipo perfecto para mí.

—Superordenador —repitió. No era una pregunta.

—Sí, *Cita a ciegas* se caracteriza por disponer de un superordenador que analiza a los usuarios. No es como otras webs más convencionales, aquí no hay fotos ni nombres reales ni... ¿De qué te ríes?

Gonzalo no pudo responder porque seguía riendo. Después del mal momento que había pasado imaginándose lo peor, resultaba que Irene se

había registrado en la única web de citas en la que él podía conseguir acceso ilimitado.

Cita a ciegas era un proyecto tan suyo como de los propios creadores. La idea de la aplicación de móvil y de la imagen de la web era suya, bueno, de Sign Here, que habían sido los encargados de la publicidad.

—De nada. Lo siento. Es solo que no te veo usando esos medios para conseguir pareja. —Le guiñó un ojo—. Recuerda que te he visto bailando en el *The Mermaid*.

—Gracias, pero ya te he dicho que fue cosa de Alicia. El caso es que hay alguien que es un noventa y ocho por ciento compatible conmigo. Y se supone que tengo que concertar una cita con él para conocernos. El mensaje de Alicia era para contármelo.

—¿Noventa y ocho por ciento es mucho?

Irene asintió.

—Entonces, quizás deberías probar. Quedar con él, quiero decir.

—¿Perdón?

Gonzalo sonrió, aunque deseaba hacer otra cosa.

—Ya te he dicho que no es necesario que te disculpes conmigo. Digo que quizás deberías ir a conocer a ese tipo tan perfecto.

Los ojos de Irene se incendiaron.

—¿Y qué pasa contigo?

—Nada. Absolutamente nada. Estoy dispuesto a esperar a que conozcas a *Míster Perfecto*.

—¿No te importa que salga con otra persona? —Parecía molesta porque le estuviera dando vía libre, por lo que supo que tenía que arreglarlo cuanto antes, no fuera a creer algo que no era.

Se inclinó sobre su silla para acercarse a ella.

—Me importa y mucho, pero no me preocupa. Estoy seguro de que no hay nadie más perfecto para ti que yo. Estoy convencido de que si el superordenador nos estudiara daríamos el cien por cien —dijo, antes de besarla con intensidad.

Cuando se separaron, los dos tenían los labios enrojecidos y la piel ardiendo de deseo insatisfecho.

—Por cierto, dices que no hay nombres, entonces, ¿cómo se distinguen

unos de otros? —inquirió fingiendo que no le interesaba la respuesta.

—Usamos *nicks*. Una especie de pseudónimos virtuales.

—¿Cuál es el tuyo?

Irene soltó una carcajada al acordarse. Alzó las manos mostrando las palmas.

—Que conste que no lo he elegido yo. Te prometo que no tengo nada que ver con él.

—Ahora sí que tengo ganas de saberlo. —Sonrió él.

—Es Bomboncito de miel.

Gonzalo abrió los ojos desmesuradamente con una mezcla de sorpresa e indignación.

—Estoy seguro de que con ese nombre has recibido multitud de solicitudes.

—Algo así —zanjó Irene, cambiando su atención hacia los músicos que tocaban en la plaza.

Gonzalo tuvo que esperar dos horas antes de tener unos minutos a solas y llamar a Roberto para pedirle el favor más importante de su vida.

Bajo ningún concepto iba a permitir que Irene saliera con nadie que no fuera él. Delante de ella había tratado de disimular su mal humor, pero con Roberto eso no era necesario. Y en cualquier caso, de nada le hubiera servido disimular, su amigo lo conocía a la perfección.

—Habla con Peter. Después de lo que hemos hecho por su empresa no puede negarse a ayudarme —pidió Gonzalo.

—No sé hasta qué punto va a poder hacer nada con tu problema. No es una petición muy ética —intentó suavizar la situación Roberto—. Es posible que no pueda solucionarse como tú esperas.

—La idea de la aplicación para Android fue mía. Tiene que arreglarlo. ¡Nos lo debe!

—Veré qué puedo hacer. Por cierto, esa amiga de Irene, la que le eligió el *nick* para tu chica, ¿cómo dices que se llama?

—Tiene pareja. Además, gracias a *Cita a ciegas*.

—Yo no soy celoso. Todo lo contrario que tú —se rio abiertamente de él

—. Jamás imaginé que te fuera a ver como hace diez minutos cuando me has llamado. Ha sido interesante. —Y añadió—: Por cierto, ¿dónde está Irene?

—En la bañera. Estaba agotada y le he sugerido que se diera un baño relajante. No creo que tarde mucho en salir.

Estaba pendiente de la puerta del cuarto de baño, pero, aun así, si aparecía de improviso, tenía la excusa perfecta de que se trataba de un asunto de trabajo para disimular.

—Gonzalo, ¿no has pensado que quizás si te registras en la web, tal y como te aconsejé hace meses que hicieras, Peter pueda hacer un cambio de un *nick* por otro sin tantas complicaciones? Estoy seguro de que se puede arreglar sin que los implicados se den cuenta de nada.

—Lo que sugieres es una locura.

—Querido amigo, el amor es una locura. Ya deberías saberlo.

Capítulo 42

Aunque Irene sabía que no era una despedida para siempre, no podía deshacerse de la insana sensación de que al regresar a Barcelona las cosas entre ella y Gonzalo iban a ser distintas. Y no solo porque cada uno tenía su vida, sus obligaciones y su casa, sino porque Praga parecía un sueño demasiado perfecto.

Al no haber reservado los vuelos al mismo tiempo, Gonzalo no había conseguido plaza en el de Irene y tenía que esperar hora y media más a que saliera el suyo. Por eso ella se había negado a que la acompañara al aeropuerto, para que no se viera obligado a sentarse allí, esperando a que le permitieran embarcar. Tenía la oportunidad de disfrutar un poco más de la ciudad e Irene no quería impedirselo por una simple cuestión de galantería.

La despedida en el hotel había sido intensa, de hecho, comenzó desde el preciso instante en que Irene abrió los ojos y se encontró con la cara de Gonzalo a escasos centímetros de ella. Observándola, a la espera de que despertara para retomar los juegos que los habían mantenido despiertos gran parte de la noche.

Sin embargo, aunque el sexo con Gonzalo era increíble, ella había sentido que dormir a su lado era una de las mejores experiencias del viaje.

Irene se acomodó en su asiento y se dispuso a pasar el vuelo pensando en que, en tan solo unas horas, volvería a verle, a aspirar su aroma, de repente familiar.

Habían acordado cenar juntos en cuanto él llegara a casa y lo dejara todo dispuesto para retomar la normalidad al día siguiente cuando la cotidianidad

volviera a imponerse.

La idea era recoger a Paula en casa de Rodrigo y cenar los tres juntos. Así la niña iría viendo el cambio en la relación de su padre y de su maestra como algo natural y gradual. Y aunque ambos estaban seguros de que Paula se sentiría feliz, no pretendían imponerle nada a la fuerza.

La pequeña era muy importante para Irene, y tanto ella como Gonzalo acordaron ser sinceros con Paula y decirle desde un primer momento la verdad. Aunque él siempre había temido que su hija conociera a mujeres con las que no sabía si llegaría a nada, con Irene no tenía ese temor porque estaba completamente seguro de sus sentimientos por ella.

El vuelo se hizo largo, a pesar de la película que proyectaron y que Irene no fue capaz de seguir más allá de los primeros minutos y de los créditos del final.

A pesar de no haber llamado a nadie para que fuera a recogerla se encontró con que su padre, después de todo fue él quien organizó los vuelos, había ido a recogerla para llevarla a casa.

—Hola, cariño. Veo que el descanso te ha sentado de maravilla. ¡Estás radiante!

Ella sonrió y se lanzó a sus brazos.

—Gracias, papá. Por el viaje y... por todo lo demás.

—No se deben. Invítame a un café y me doy por pagado.

—Eso está hecho. Si quieres incluso añadido un pastel —aceptó bromeando y soltándose de su cuello para enlazar el brazo al suyo.

Con una sonrisa, su padre se hizo cargo de la maleta y se dirigieron a una de las cafeterías. Se sentaron mientras hablaban de todo, de lo que Irene había visto y de que su padre estaba planeando llevar a su madre allí en su viaje de aniversario.

—¿Qué tal está mamá?

—De maravilla. No sospecha nada —apuntó Diego guiñándole un ojo.

—Sabes lo que nos hará cuando se entere, ¿verdad?

—Nada. Porque no lo sabrá. Al menos no sabrá que yo lo sabía.

—¡Menudo galimatías! —rio ella, sintiéndose más relajada—. Pero te entiendo. Mis labios están sellados y estoy segura de que, si se lo pido, Gonzalo no dirá nada.

Se dio cuenta de que había cometido un error de cálculo al nombrar a Gonzalo ya que la expresión de su padre se tornó en perspicaz.

—Gonzalo... Esa parte me interesa especialmente. ¿Se ha portado bien contigo?

—Muy bien —aceptó, enrojeciendo.

—No me refería a eso que ha hecho que te pongas colorada —se burló Diego.

—¡Papá! —le regañó escandalizada.

Entre la venganza y la incomodidad los dos acabaron con un ataque de risa que hizo que la camarera se viera obligada a darse la vuelta y marcharse, a la espera de que pudieran calmarse lo bastante cómo para decirles qué deseaban tomar.

Eran pasadas las seis de la tarde cuando Irene se despertó en el sofá de su casa, alertada por el sonido del móvil. Se levantó medio inconsciente y logró recuperarse un poco al ver quién llamaba.

—Hola, ¿ya estás aquí?

—Sí, acabo de bajar del avión. El vuelo se retrasó.

—Umm...

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, es que me acabo de despertar.

Gonzalo rio.

—Siento haberte despertado.

—Puedes despertarme siempre que quieras.

—Eso suena de maravilla. Aunque en realidad te llamaba para decirte que ya he llegado, sano y salvo, y que no voy a poder ir a tu casa esta noche. Es demasiado tarde y ni siquiera he llegado a casa.

Irene se tragó la decepción.

—Por supuesto. No te preocupes. Nos vemos mañana.

—Mañana no suena tan bien como ahora, pero servirá. ¡Qué descanses!
—se despidió.

—Tú también. Dale un beso a Paula de mi parte. —Y antes de que él pudiera decir nada, colgó.

Se quedó allí sentada, sin moverse. Pensando en que las cosas no estaban yendo como habría querido.

Ni siquiera hacía unas horas que estaba en Barcelona y la magia ya se estaba evaporando. Se regañó por preocuparse tan pronto, no obstante, la preocupación continuó amartillando en su cabeza. No dudaba de que Gonzalo estuviera interesado en ella, incluso de que la quisiera. Lo que le preocupaba era la duración de ese afecto. Los hombres como él no eran de los que buscaban una mujer para toda la vida...

—¡Suficiente!

Todavía tenía el teléfono en la mano, así que lo único que tuvo que hacer fue buscar en últimas llamadas y devolver una de ellas.

—¡Por fin! Te he llamado un par de veces —comentó Alicia antes de que Irene pudiera hablar.

—Lo sé y voy a compensarte. Te he traído un regalito de Praga y encima estoy dispuesta a invitarte a cenar. —Por mucho que intentó que su voz sonara despreocupada, su amiga captó que había algo que la preocupaba.

—Me gusta la idea. Dame una hora y ahí estaré.

—De acuerdo. Te espero. —Colgó.

Estaba tan desubicada en esos momentos que ni siquiera se le pasó por la cabeza preguntarle a Alicia si estaba con alguien, si tenía planes o si le apetecía salir de casa, ya que al día siguiente se retomaban las clases. Por ello no se enteró de que su amiga estaba con Iván cuando ella llamó, como tampoco supo que el camarero se mostró comprensivo y encantador cuando Alicia le dijo que tenía que marcharse porque su mejor amiga la necesitaba.

Lo único que supo fue que exactamente una hora después Alicia apareció en su puerta acompañada de Lidia y con suficiente tequila y limones como para preparar cientos de margaritas.

—Creía que estabas con Germán —se disculpó por no haber llamado a su hermana.

—Y lo estaba, pero lo primero es lo primero, y Alicia me dijo que parecías triste.

—Estoy segura de que es una tontería...

—Pero te ha puesto triste —apuntó Lidia.

—Sí.

—Entonces no lo es.

—Creo que lo mejor, antes de ponernos de lleno en el tema, es preparar los margaritas y ponernos el pijama —propuso Alicia, levantando la otra bolsa que llevaba en la mano.

—¿Os quedáis a dormir?

—¡Nos quedamos! —dijeron las dos a la vez.

Irene sintió que el peso de su estómago se aligeraba un poco. No había esperado que sus amigas aparecieran con tanta rapidez para consolarla o simplemente escucharla y comprender que, pasara lo que pasara o estuvieran con quien estuvieran, eran capaces de dejarlo todo por ella, eso le alegró la tarde.

Las siguió a la cocina y las ayudó a cortar limones y mezclar ingredientes, brindó y rio con ellas, y cuando llegó el momento les contó lo maravillosos que habían sido los tres días que había pasado con Gonzalo en Praga y lo asustada que estaba de que las cosas fueran diferentes ahora que habían regresado.

Por lo pronto, Gonzalo canceló la cita que tenían para esa misma noche. Podía entender que estuviera cansado o incluso que se hubiera hecho tarde, pero la parte menos racional de su cerebro creía que no era más que una excusa.

Irene estaba con su tercer margarita cuando recibió una llamada de la protectora de gatos con la que colaboraba como voluntaria. Al parecer, tenían un nuevo gatito para que lo acogiera en casa unos meses.

Al descubrir el motivo de la llamada, sus amigas gritaron tanto que apenas podía escuchar nada de lo que le estaban contando sobre el animal. A duras penas comprendió que en menos de media hora iban a tener a un nuevo invitado en casa.

Gordon, cuyo nombre le iba tan grande como cualquier cosa que se le pusiera. Ya que el pobre animal estaba en los huesos, llegó acompañado de uno de los voluntarios del centro. Uno al que sus amigas no habían visto nunca y que solía despertar grandes pasiones entre las féminas.

Alto, rubio, con uno ojos verdes almendrados que dejaron mudas a las

locas de sus amigas, y unos músculos que se le marcaban en la camiseta que llevaba.

El gato, por su parte, estaba demasiado delgado y su pelo estaba deslucido. Solo sus ojos azules demostraban algo de vida.

Irene suspiró al ver cómo a Alicia se le salían los ojos de las órbitas al ver a Carlos. Lidia fue un poco más discreta, pero también parecía impactada.

—Pobrecito. Qué flaquito está. —Irene corrió a la cocina en busca de comida y de una de las cestas que tenía para sus invitados gatunos.

—Es muy cariñoso. Siempre quiere estar en brazos —apuntó Carlos, el guapo rubio.

—Seguro que es porque apenas tiene fuerzas para mantenerse en pie —adivinó Irene.

—¿Te tomarías un margarita con nosotras? —ofreció Alicia con una sonrisa calculadora.

Irene le puso mala cara. ¿Qué demonios estaba haciendo? Se suponía que estaba con Iván, no tendría que estar coqueteando con nadie, por muy guapo que este fuera.

—Carlos, la que te ha invitado es Alicia y la rubia es Lidia, mi hermana —los presentó de mala gana.

—Sí, sí. Tómame uno con nosotras, Carlos. —Lidia se unió a la petición. Lo que era realmente raro.

Muy raro. Puede que a Alicia le gustara coquetear, pero su hermana no era así y menos desde que estaba con Germán.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó en voz alta, aunque en realidad la pregunta iba dirigida a sí misma.

—Muchas gracias, pero no bebo alcohol —rechazó él con una sonrisa.

Irene paseó la mirada de uno a otras.

—¿Alicia? —de las dos era a su amiga a la que más le costaba guardar secretos.

—Es un hombre, y muy guapo, además. Justo lo que necesitamos.

Carlos rio con disimulo. No parecía preocupado de estar en una casa con tres locas pasadas de margaritas.

—Lo sé. Puedo verlo. —¡Mierda! ¿Había dicho eso en voz alta?

Lidia asintió con la cabeza.

—Es un magnífico ejemplar para nuestras pesquisas. Ya sabes... Para solucionar tu problema —corroboró su hermana.

Carlos rio esta vez abiertamente y sin soltar a Gordon se sentó en el sofá, dispuesto a pasar unos minutos divertidos. En ningún momento se le pasó por la cabeza que esas mujeres estuvieran hablando veladamente de sexo. Era psicólogo en un instituto repleto de hormonas adolescentes y estaba lo suficiente entrenado como para entender cuándo alguien hablaba o pensaba en el tema. Y esas mujeres, por muy en pijama que estuvieran, tenían otra cosa en mente.

—De acuerdo, señoritas. Les informo de que estoy felizmente casado, no obstante, si lo que buscan es información, soy todo suyo.

Alicia batió palmas sin recordar que llevaba una copa en la mano y se la echó por encima.

—¡Ups! Me he manchado.

—Carlos, eres muy amable, pero...

—Pero nada. Carlos, vosotros los hombres... guapos, ¿os enamoráis muchas veces... al mes?

—Alicia, deja de beber y de decir tonterías —la regañó Lidia—. Lo que queremos saber es si...

—Si podrías enamorarte de mí. O más bien si yo podría mantenerte interesado —zanjó Irene.

Capítulo 43

Al menos esa mañana la resaca no fue tan mala como la última vez que quedó con las chicas y con unas copas de margaritas, pensó Irene mientras se metía en la ducha antes de afrontar el día. Sus amigas seguían durmiendo, pero ella no había podido descansar muy bien, pendiente como estaba de Gordon. El pobre animal no se había quejado desde que llegó. Ni siquiera para reclamar comida. Irene sospechaba que era por falta de fuerzas, no de apetito.

Estaba tan delgado que con todo su pelo negro parecía más un peluche que un ser vivo. Era el primer gato negro que acogía y también el que llegaba en peores condiciones.

Se duchó rápido por si las chicas se despertaban y tenían tiempo de hacerlo y se metió con sigilo en su cuarto. Lidia abrió los ojos en cuanto la luz se filtró al abrir la puerta.

—¿Qué hora es? —preguntó, con la voz pastosa por el sueño.

—Las ocho menos cuarto.

Lidia se incorporó en la cama y alargó la mano para buscar sus gafas.

—Creo que tengo resaca —se quejó Lidia.

Irene ya estaba frente a su armario con unos vaqueros y un suéter colorido en las manos.

—Tampoco bebiste tanto.

—¿Cómo está Gordon?

—Igual.

Oyeron un ruido de arrastrar de pasos y dos segundos después Alicia asomó la cabeza por la puerta.

—Buenos días.

Iba despeinada y con las marcas rojas de la almohada en la cara.

—Creo que no me encuentro muy bien —anunció, como si no fuera evidente por el color ligeramente verdoso de su cara.

—Voy a hacer café para todas —anunció Irene, ya vestida.

Iba a salir del dormitorio cuando Alicia la detuvo en la puerta.

—¿Por qué te has puesto vaqueros? —arrugó el ceño al hacer la pregunta.

—Me apetece ir cómoda. —No dio más información, se limitó a salir de allí a toda prisa.

Lidia y Alicia se miraron significativamente.

Irene sabía perfectamente que sus amigas estaban preocupadas, pero por una vez no le importó. Por una vez el único problema que deseaba solucionar era el suyo propio.

Era consciente de que estaba actuando de un modo desproporcionado. Tampoco era tan grave que Gonzalo hubiera cancelado su cita. El problema es que, aunque la lógica le dijera una cosa, su cabeza le decía otra. Y qué se podía esperar de una relación que hacía aguas en cuanto la monotonía regresaba.

La primera vez que había visto a Gonzalo pasó de largo y se interesó por su hermana. Las siguientes veces apenas pudo cruzar dos palabras con él sin pelearse, después volvió a encontrarse con él en el mismo lugar donde comenzó todo y, cómo no, iba acompañado de una mujer deslumbrante. El mismo día en que le dijo que las relaciones no eran lo suyo. El mismo día que reconoció que lo único que buscaba eran encuentros de una noche. Sin complicaciones, compromisos ni bises. ¿Qué futuro podía esperar de alguien así?

Si ni siquiera le había dicho que la quería... Aunque para las reglas del sentido común fuera demasiado pronto, aunque no fuera una promesa.

Y es que la duda que le atenazaba el pecho no era si él deseaba o no estar con ella en esos momentos, si no si querría estarlo por mucho tiempo. Dudaba de ser capaz de mantenerle interesado.

Y como añadido estaba Paula. La cariñosa, dulce y sensible niña que le

había robado el corazón.

La aparición de Lidia ya duchada y preparada cortó de golpe sus pensamientos. Se obligó a sonreír, no queriendo preocupar a su hermana, y ofrecerle un café.

Regresar al trabajo podía ser lo que necesitaba, decidió Irene. Con tanto tiempo libre no hacía otra cosa que darle vueltas a lo mismo, y sin llegar a ninguna conclusión.

Se puso la bata y salió con Alicia a recoger a sus alumnos. En cuanto los vio, algunas de sus preocupaciones se borraron de un plumazo. Las risas y sus preciosas caritas alejaron por un momento todo lo demás.

Abrió los ojos sorprendida cuando algo le golpeó con fuerza en las piernas. Al bajar la mirada su sonrisa se ensanchó. Poniéndose en cuclillas, abrazó a la personita que se había asido a ella y la besó en su cogote rubio.

—Hola, Paula. ¿Cómo estás?

—Irene —dijo con timidez.

La maestra sonrió y probó con otra táctica.

—¿Cómo está Allegra? ¿La has cuidado bien?

Al escuchar el nombre de su mascota, Paula sonrió abiertamente y comenzó a hablar atropelladamente contándole que comía mucho y que su abuelo le había comprado un collar con un pequeño cascabel.

—Ahora *Aregra* está muy guapa.

Irene tuvo que tragarse el nudo de emoción que tenía en la garganta. Estaba tan concentrada en la niña que ni siquiera se había dado cuenta de que Gonzalo las observaba con una mezcla de orgullo y afecto.

—¿Sabes? Tengo un nuevo gatito en casa. Se llama Gordon.

Paula rio, divertida por el extraño nombre.

—¡Vamos, chicos! —pidió Alicia—, Paula, ven conmigo, cariño.

La clase comenzó a desfilar con la morena a la cabeza. Solo entonces Irene alzó la mirada para trabarla con Gonzalo.

Él se acercó, pero se detuvo a escasos pasos de ella, sonriendo.

—No sé si puedo besarte aquí —musitó en un tono bajo, para que nadie le escuchara.

—Eso depende de lo secreto que quieras que sea —apuntó Irene, siendo deliberadamente borde.

Consciente de que sucedía algo, en un solo paso acabó con la distancia que les separaba y la besó a conciencia. Lenta y minuciosamente. Sin importarle que todavía hubiera gente en el patio.

Se separó con los ojos brillantes.

—Como ves, no tengo ninguna intención de esconder nada. Mi pregunta ha sido por ti. Al fin y al cabo, es tu lugar de trabajo.

—Lo siento. Tengo que irme —dijo, se dio la vuelta y se marchó a clase.

Gonzalo entró en el despacho de Roberto con la seguridad de alguien que sabe dónde se mete. Ni se molestó en llamar a la puerta ni en anunciarse. Estaba demasiado acelerado como para pensar en eso.

—Hiciste lo que te pedí.

—Buenos días a ti también —contestó Roberto con sorna.

Miró a su socio con mala cara, a la espera de una respuesta.

—Se supone que el amor hace mejor a las personas, pero tú estás de un insoportable desde que cupido te lanzó sus flechas...

—¿Puedes dejar de decir tonterías y responderme? —pidió, tomando asiento en la silla frente a su escritorio.

—Esa parte la tienes cubierta, amigo. A ver qué haces con todo lo demás —apuntó Roberto con una sonrisa diabólica antes de centrar su atención en el trabajo.

Irene estaba un poco nerviosa, y no era para menos. Tras el encontronazo con Gonzalo esa misma mañana, había recibido un mensaje en el que le pedía que pasara la tarde con él y con Paula y, por supuesto, no había querido ni podido negarse.

La idea de Gonzalo era ir al parque de bolas y merendar los tres juntos, así Paula se acostumbraría a la nueva situación sin que esta fuera muy obvia.

Cuando los niños salieron, él ya estaba esperándolas. No obstante, Irene tenía que esperar a que todos los niños estuvieran con sus padres antes de

poder irse.

Cuando por fin salió del aula, Gonzalo estaba en la zona de los columpios mientras Paula se tiraba por el tobogán. Irene se acercó con el corazón en la garganta.

—Hola.

—Hola —saludó él, acercando sus labios a los de ella para darle un beso fugaz—. ¿Nos vamos?

Asintió y él llamó a su hija, que obediente se acercó con una sonrisa. Como si lo hubiera hecho siempre, se colocó en el medio de ambos y alzó las manos para que ellos la agarraran.

—Irene, ¿vas a ser mi mamá? —La pregunta les pilló por sorpresa.

Irene abrió y cerró la boca sin decir nada y Gonzalo agrandó los ojos por la sorpresa.

Al final fue él quien respondió.

—¿Te gustaría? —le preguntó a la niña con una sonrisa tensa.

Paula asintió con vehemencia.

Entonces él se agachó hasta ponerse a su altura y le dijo algo en el oído. Un secreto compartido entre los dos que hizo que Paula sonriera, encantada.

—¿Qué le has dicho?

—Cosas de padre e hija —dijo, con aire misterioso.

La rubia no dijo nada mientras Paula estuvo con ellos en la mesa. La pregunta de la niña, unida a sus propias dudas, no dejaba de atronarle en el cerebro.

—¿Estás seguro de que esto es una buena idea? —preguntó, por fin, cuando Paula se metió en la zona de bolas.

—¿Esto?

—Que Paula nos vea juntos. Me has besado delante de ella.

El corazón de Gonzalo se aceleró y comenzaron a sudarle las manos.

—¿De qué hablas? Claro que te he besado. Me gusta hacerlo.

—Bueno... —Irene parecía avergonzada y tenía que estarlo porque él sentía el estómago en la garganta—. No sabemos si esto va a durar. Si seremos compatibles...

—¿Tienes dudas? —La voz le salió más ronca de lo que hubiera deseado.

—No, no —se apresuró a negar.

—¿Entonces? —La impaciencia le azotaba el vientre.

—¿Las tienes tú?

¿Qué clase de pregunta era esa? ¿Qué le pasaba a Irene que de repente estaba tan distante? Había intentado comprender su respuesta en el colegio cuando le preguntó sobre si besarla en público o no, pero esto no admitía explicaciones.

En esos instantes no había nadie más que ellos dos.

—Por supuesto que no —se inclinó sobre ella y le cogió la mano, aunque lo que deseaba era levantarla y sentarla en su regazo para besarla con propiedad—. Quiero estar contigo, no lo dudes, por favor.

Ella asintió y el peso en su vientre se calmó un poco.

Capítulo 44

El resto de la semana transcurrió en medio del caos. Gonzalo estuvo demasiado ocupado como para quedar con Irene. Además, existía el inconveniente de que Paula tampoco podía acostarse tan tarde todos los días, por lo que las pocas veces que la pareja se vio fue a la hora de entrar y salir del colegio. De no haber sido por las llamadas telefónicas que compartían, varias veces al día, apenas habrían tenido contacto en esos primeros días.

De modo que Irene sobrevivió pendiente del teléfono. Incluso Carlos la llamó al día siguiente de llevarle a Gordon para saber cómo le había ido al animalillo la noche. No obstante, aunque solo preguntó por el gato, Irene sabía que lo que había pretendido con su llamada era comprobar que su estado de ánimo había mejorado.

Conocía al hombre desde el primer día en que entró en la asociación de voluntarios porque Carlos era el marido de la directora del refugio. Sabía que tanto él como su mujer eran la clase de personas que se preocupaban por todo ser viviente. De ahí que Carlos estudiara psicología, que creara un refugio para gatos sin subvención alguna, pero, sobre todo, que se hubiera quedado a charlar con tres locas pasadas de margaritas.

Por todo ello, Irene dedicó su tiempo libre a recuperar a Gordon. Le puso tres veces al día la comida delante, jugó con él y le obligó a moverse, a vivir. El jueves ya se podían apreciar algunos cambios en el animal. Ya no solo se levantaba para alimentarse, sino que cuando Irene le lanzaba el ratoncillo de esparto que le había comprado se arrojaba a por él, aunque todavía con más entusiasmo que fuerza.

El único momento álgido hasta ese mismo jueves en que vivían, se dio el miércoles, cuando Irene intentó averiguar qué era lo que Gonzalo le dijo a su hija en el oído cuando la niña les preguntó si iba a ser su madre.

Como no quería que Alicia se diera cuenta de que tenía intención de someter a una niña al tercer grado, se esperó a que esta saliera al baño y entonces llamó a la pequeña.

Hubiera querido tomarse su tiempo para preguntarle, pero a mediodía Paula se quedaba a comer en el comedor del colegio, y antes de que ella o Alicia abandonaran el aula las monitoras ya estaban allí, haciendo imposible unos minutos de intimidad. En cualquier caso, no podía demorar mucho en preguntarle porque Paula era demasiado pequeña todavía para recordar el comentario de su padre durante tanto tiempo.

—Paula, cariño. Ven un momento, por favor —llamó, mirando fijamente la puerta del aula.

Sabía que Alicia tardaría en volver porque su amiga aprovechaba la salida al cuarto de baño para llamar a Iván o mensajearse con él. Su compañera estaba más feliz que nunca desde que por fin se había atrevido a reconocer lo que sentía por él. E Irene estaba asombrada y contenta de verla así.

Paula se acercó con una sonrisa y la cara manchada de rosa de las ceras de colores con las que estaban pintando.

—Siéntate aquí conmigo, cariño —pidió, ofreciéndole la silla de Alicia y ayudándola a subirse a ella—. Nosotras somos amigas, ¿verdad?

La pequeña asintió con tanta vehemencia que Irene se rio.

—Y las amigas se cuentan secretos.

Otro asentimiento.

—Entonces... ¿Me cuentas lo que te dijo papá ayer?

Paula arrugó la frente, pensativa. Como si no recordara a qué se refería Irene con su pregunta.

—¿Te acuerdas que ayer, cuando estuvimos en La pecera, tú querías saber si yo podía ser tu mamá?

—Sí, yo *tiero*.

Cada vez más preocupada de ser pillada *in fraganti* miró hacia la puerta con una sonrisa en los labios.

—Lo sé, cariño. Yo también quiero, pero ¿me dices qué fue lo que tu

papá te contó?

—Vale.

Irene se acercó más a ella. Impaciente por obtener una respuesta.

—¿Y bien?

—*Dise* que también *tiere* que seas mi mamá. —La sonrisa satisfecha de la niña aumentó la ternura que sentía por ella.

—¿De verdad dijo eso?

—Sí.

—¿Con esas palabras? ¿Dijo quiero que Irene sea tu mamá?

—No sé. No me acuerdo. Sí —zanjó, saltando de la silla porque Vanesa la estaba llamando a gritos desde su pupitre.

Frustrada se frotó los ojos, olvidando que se había maquillado esa mañana.

—¡Porras! —se quejó mientras se pasaba los dedos por las ojeras para arreglar los desperfectos. Y es que, no solo se había pringado los ojos, sino que encima había cometido un error de cálculo al preguntarle a Paula.

—¿Y ahora qué? ¿Le pregunto a Gonzalo o me quedo con las ganas de saberlo?

Ya que, no solo no había sacado nada en claro de su desafortunado interrogatorio, sino que, además, en esos instantes se sentía más perdida que antes de hablar con ella.

Alicia sonrió como una tonta a las cinco y cuarto, nada más terminar las clases, cuando al entrar en el bar de Iván vio cómo este, sin mediar palabra, le ponía un café con leche y un *muffin* de yogur y frambuesas delante.

—Gracias —dijo con una sonrisa.

Iván dio la vuelta y salió de la barra para saludarla como correspondía.

—Las tuyas, preciosa —murmuró sobre su boca, un instante antes de apoderarse de ella—. ¿Cenamos juntos esta noche?

—Claro. ¿A qué hora cierras?

—Le he pedido a mi hermana que venga a hacerse cargo esta tarde. Cerrará ella. Así no tendrás que esperarme —comentó, regresando a su lugar al otro lado de la barra.

—Muy considerado —dijo con satisfacción. No obstante, la mención de su hermana puso nerviosa a Alicia, no porque tuviera algún problema con la hermana de Iván, que era un encanto, sino porque le hizo recordar que ella misma tenía una.

Una hermana que prácticamente la había obligado a aceptar cenar con ella y con sus padres con el único fin de que llevara a su novio a casa. Y a juzgar por el tono de voz de Susana, no parecía muy convencida de que dicho novio fuera real.

En cualquier caso, a ella le quedaba la peor parte en todo el asunto, pedirle a Iván que la acompañara hasta la jaula de las hienas, a saber, la casa de sus progenitores donde Susana todavía vivía con ellos.

Aunque la excusa de que hubiera vuelto a vivir en el hogar familiar fuera que se había quedado sin trabajo, la realidad era que tanto su madre como su hermana eran perfectas la una para la otra. De repente sintió pena por su padre, que era el que se veía obligado a soportarlas, día tras día.

—Iván, ¿tienes un momento?

El aludido se dio la vuelta y clavó en ella una mirada preocupada.

—¿Estás bien?

Alicia asintió y le ofreció una sonrisa tensa.

—¿Estamos bien? —volvió a insistir él.

—¿Cómo? Sí, ¿por qué me preguntas eso?

—Cada vez que una mujer me ha dicho que tenemos que hablar lo que me ha contado no ha sido precisamente agradable —dijo intentando que sonara a broma, aunque por su expresión se notaba que estaba preocupado.

—Te quiero. No voy a dejarte. —Estaba tan alterada por lo de su familia que ni siquiera se dio cuenta de lo que le había confesado.

Iván hizo como que soltaba el aire de golpe y sonrió, los ojos le brillaron como si ellos también estuvieran haciéndolo.

—Me dejas más tranquilo. A ver, dime de qué quieres que hablemos.

—Estás cosas suenan mejor si se dicen de golpe. Así que, ahí voy, ¿quieres venir a cenar el sábado conmigo a casa de mi madre? —No se atrevió a mirarlo, temerosa de su reacción.

—Me encantaría.

Alicia alzó la mirada.

—¿De verdad?

—Por supuesto —corroboró, fijando los ojos en sus labios y pensando que tal vez los detalles de la cena de esa noche podían esperar a que le demostrara con hechos lo encantado que estaba de conocer a su familia. De hacer su relación más oficial.

—Gracias. Me aterra ir a comer con ellas —confesó con una tímida sonrisa, aunque jamás en su vida había dicho una verdad más grande.

Iván le devolvió la sonrisa y se acercó a un cliente que acababa de entrar. Escuchó con atención lo que quería y, al darse la vuelta e ir a ponerle el café, se plantó frente a Alicia.

—Por cierto, preciosa, yo también te quiero.

Capítulo 45

El viernes el ánimo de Irene estaba por los suelos. Desde el martes no había podido estar con Gonzalo más allá de los tres minutos que le robaba al trabajo por la mañana y otros tres por la tarde. Ese no era el modo de conseguir que una relación funcionara y estaba empezando a cansarse de ser paciente y conformista. Por ese motivo, y porque estaba enfadada, no salió a por los niños el viernes. Necesitaba hacer algo que propiciara un movimiento por parte de Gonzalo.

Necesitaba que se esforzara, que luchara por lo que tenían en Praga, y que la hubiera invitado a pasar el fin de semana en su casa no era precisamente lo que Irene había tenido en mente.

Y es que esa misma mañana se despertó con el sonido del teléfono, en un principio pensó que era la alarma y alargó el brazo con desgana para apagarlo, sin embargo, al alzar el móvil descubrió que no lo era.

Sin poder evitarlo, su corazón se puso a ejercitarse, rápido, más rápido. La sonrisa invadió su rostro y las terminaciones nerviosas de su cuerpo se activaron con tan solo el sonido de su voz.

—Hola, buenos días.

—Buenos días, ¿te he despertado?

—No, no. Tranquilo —mintió.

—He estado pensando mucho y creo que tengo la respuesta a nuestros problemas.

—No sabía que los tuviéramos.

—No verte para mí es un problema —dijo con seriedad y añadió más

relajado—: ¿Qué te parece si te preparas una maleta y te vienes este fin de semana a casa conmigo y con Paula? Puedes venir esta tarde y el lunes te marchas a casa. Así pasaremos juntos casi tres días.

Durante unos segundos la línea quedó en silencio.

—No creo que sea buena idea.

—¿Lo dices por tus padres? ¿Porque viven en mi edificio? No lo había pensado. Bueno, supongo que podemos mudarnos nosotros contigo. La idea era que Paula no notara cambios, pero si tú...

—No es por mis padres —le cortó—, es porque tengo un nuevo gato en casa y no se llevaría bien con Allegra.

—¡Oh! Un gato...

Durante unos segundos el silencio volvió a imponerse en la línea. Tanto que Irene se planteó la posibilidad de que Gonzalo hubiera colgado sin despedirse.

—De acuerdo, entonces hablaré con mi padre para que se quede a Allegra unos días y tú puedas traer al otro gato.

—Eso no sería justo para Paula. Mira, hablamos después, ¿te parece? Voy a llegar tarde si no me meto en la ducha ahora mismo.

—Si pasaras el fin de semana con nosotros nos podríamos duchar juntos —dijo, con intención de tentarla, pero Irene no estaba receptiva—. Te frotaría la espalda, te ayudaría a secarte, centímetro a centímetro...

—Lo sé, Gonzalo. Hablamos luego —dijo y colgó.

Tras la conversación se pasó la siguiente hora actuando como un autómatas. Se metió en la ducha, se vistió y desayunó casi sin fijarse en lo que hacía. Enfadada y dolida a partes iguales.

Y continuó enfadada cuando se negó a salir con Alicia para recoger a los niños.

—De acuerdo, iré yo, pero cuando vuelva tendrás que contarme por qué te niegas a salir a ver a tu novio.

—Gonzalo no es mi novio.

Su amiga la miró con mala cara.

—¡Seguro! Gonzalo no es tu novio, pero sin duda tú eres tonta perdida. Creía que ya habías superado esa fase.

—No he superado nada. Me ha invitado a pasar el fin de semana en su

casa, ¿no lo entiendes?

—¡Pues no! Lo único que entiendo es que estás siendo absurda, pero como pareces decidida a serlo te voy a dejar cometer tus propias locuras, bien sabes que yo he hecho unas cuantas. Ahora te toca a ti —dijo, saliendo por la puerta.

—¿De verdad es una locura? —preguntó al vacío que su amiga había dejado.

En cuanto salió al patio y se acercó a la fila de los niños de tres años, Alicia buscó con la mirada al padre de Paula. Quería ver su expresión cuando se diera cuenta de que Irene no estaba con ella. Tal y como esperaba, Gonzalo se quedó desolado y confuso, con la mirada clavada tras ella, como si esperara que Irene apareciera en cualquier momento.

Sonrió íntimamente por haberle calado bien, alzó la mano y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Conoces la cafetería Iván? —inquirió en cuanto lo tuvo delante.

—¿Es la que está a dos calles de aquí?

—Esa misma. Te espero allí a las seis —avisó, estaba dispuesta a marcharse cuando se dio la vuelta de nuevo—. Por supuesto, esto es confidencial.

—Por supuesto —asintió él—. Deduzco que no tiene nada que ver con Paula, sino con Irene.

Alicia le ofreció una mirada aprobadora.

—Deduces bien. Otra cosa más... Apaga tu teléfono. —Al ver su expresión interrogante dio un suspiro exasperado—. Si no vas a apagarlo, al menos no respondas a las llamadas de Irene hasta que hablemos.

La rubia se debatía entre la sensación de que estaba siendo una tonta y la certeza de que la invitación de Gonzalo solo estaba destinada a un fin: el sexo. ¿Por qué sino la había invitado a pasar el fin de semana en su casa? Se suponía que durante esos días los dos estarían libres para verse. Podrían salir a cenar, al cine, pasear como cualquier pareja normal...

Después de todo no había intentado quedar con ella en toda la semana. Si se hubiera esforzado podría haberlo hecho, de acuerdo que su trabajo era importante para él, pero había tenido varios días para buscar unas horas para estar con ella, tampoco era la primera vez que recurría a Carmen o a Rodrigo para que se quedaran con Paula.

Por otro lado, tampoco podía olvidarse de que, aunque en Praga había insistido en esperar un par de citas para conocerse mejor antes de volver a pasar la noche juntos, cuando ella se lanzó a sus brazos, Gonzalo había ido preparado para ello.

En esos instantes le pareció perfecto que llevara preservativos en el bolsillo del pantalón, no obstante, en ese momento no estaba tan segura de ello.

La aparición de los niños y de Alicia la hizo volver a la realidad.

—He estado pensando que como estás tan decidida a pasar de Gonzalo lo mejor que puedes hacer es aceptar la invitación de *Cita a ciegas* y quedar con el tipo que te ha buscado el superordenador.

—No creo que...

—¿Entonces no estás tan segura de que lo único que quiere Gonzalo de ti es sexo?

—Yo... No... Nunca he dicho que lo único que quiere de mí sea sexo. Lo que he dicho es que su invitación a pasar el fin de semana en su casa es...

—Irene, déjalo, por favor. Ni siquiera sabes lo que quieres o lo que piensas.

—Estoy asustada, ¿es eso lo que querías oír? Pues ahí lo tienes. —No se dio cuenta de que había subido la voz. No tanto como para alertar a nadie, ya que los niños hablaban más fuerte que ellas, pero sí para que Alicia comprendiera que su amiga estaba mal—. Me he enamorado de él como una tonta y me preocupa que se canse de mí mientras yo me enamoro más y más. Ya sabes cómo es, nunca le han interesado las relaciones de más de una noche, ¿por qué iba a querer tener una conmigo?

—Porque eres maravillosa. ¿Qué narices te pasa? Tú no eres así. Eres la persona más valiente que conozco. Te pasas la vida ayudando a la gente a la que quieres.

—Nunca me había enamorado. Así que supongo que no soy tan valiente

como parezco.

—A lo mejor él siente lo mismo por ti.

—Nunca me lo ha dicho.

—¿Y tú, se lo has dicho?

—Sabes que no. Soy una cobarde, ¿recuerdas?

—Muy bien, no eres valiente, pero sí que eres una mujer de palabra y me diste tu palabra de que saldrías con la persona que el superordenador seleccionara para ti, y él quiere quedar contigo mañana. Sé que este asunto ha sido idea mía, que tú no has tenido nada que ver, pero no puedo dejar al tipo tirado —explicó con solemnidad. Irene ni siquiera había tenido acceso a su perfil en *Cita a ciegas*, pero eso no solucionaba el problema de que el superordenador le hubiera buscado pareja.

—De acuerdo, pero que sea en la cafetería de Iván. Por si necesito refuerzos.

—Es una gran idea. Iba a proponerte lo mismo —aceptó con una sonrisa victoriosa—. ¿Se lo vas a contar a Gonzalo? Sería lo más honroso.

—No creo que le importe, pero sí. Se lo diré. De hecho voy a decírselo ahora mismo —apuntó, sacando el móvil del bolsillo de su bata.

—No creo que sea buena idea, ahora estará conduciendo.

—Mejor me lo pones. Le escribiré un mensaje. De todas maneras, no tienes que preocuparte, ya lo hablamos en Praga cuando recibí tu mensaje, y le pareció bien.

Alicia se planteó si tendría que haber pedido refuerzos y haber llamado a Lidia para que la acompañara en su extraño encuentro con Gonzalo. Estaba sentada en una de las mesas del bar de su novio cuando Gonzalo y Paula aparecieron por la puerta. Les hizo un gesto con la mano para que vieran dónde estaba y ellos se acercaron.

—Lo siento, no tenía con quien dejar a Paula —se excusó él, incómodo, aunque en su expresión la curiosidad era más evidente.

—No te preocupes, Paula, ¿quieres ayudar a Iván a hacer cafés?

La pequeña dio varios saltitos de alegría.

—Sí.

—De acuerdo, vamos —dijo, dándole la mano—. Es mi novio, puedes fiarte de él —explicó a Gonzalo antes de llevarse a su hija detrás de la barra.

Dos minutos después, Alicia regresó sin la niña, que estaba sentada en un taburete y jugaba con los azucarillos. Se sentó y clavó en Gonzalo su mirada más intimidante.

—No me voy a ir por las ramas, así que te lo preguntaré directamente: ¿qué sientes por Irene?

—No creo que...

—No te atrevas a decir que no es de mi incumbencia o te dejaré solo para que arregles tus problemas con ella —amenazó—. Y te aseguro que sin mí estás perdido.

La amenaza surtió efecto porque la respuesta no se hizo esperar.

—Me gusta mucho... La quiero.

—¿Y se puede saber por qué narices no se lo has dicho ya?

—¿Un mensaje? ¿Le he mandado un mensaje? ¿De verdad soy tan inmadura? —se recriminó Irene en la soledad de su piso. Nada más finalizar las clases había salido a toda prisa para intentar hablar con Gonzalo, pero cuando quiso darse cuenta, Alicia había sacado a Paula y este se había marchado sin detenerse a hablar con ella.

Después de eso intentó llamarle, pero, aunque el móvil daba tono, Gonzalo no respondió.

Sintiéndose tonta por haber exagerado tanto las cosas, regresó a casa y se tumbó en el sofá con el ánimo por los suelos. ¿Por qué le había mandado un mensaje? Y lo más importante, ¿por qué había usado a Gordon para negarse a pasar el fin de semana con él? Sabía que su actitud era un desesperado intento por protegerse de él, de lo que podría sufrir si no sentía lo mismo.

No obstante, si se hubiera parado a pensar antes de actuar, se habría dado cuenta de que Gonzalo nunca haría nada que pudiera perjudicar a Paula, e invitarla a pasar el fin de semana con ella era una de esas cosas que él jamás haría sin un buen motivo. Por ejemplo, que pretendía tener una relación seria y estable con ella.

Intentó olvidarse de todo leyendo y, aunque la táctica solía funcionarle,

esa tarde le falló.

Era abrir un libro y desconectar al instante de todo lo que no estuviera impreso en sus páginas. No obstante, y a pesar de que recurrió a una de sus lecturas favoritas, esa tarde su novela fetiche no había cumplido con su cometido de evadirla de la realidad.

Alargó la mano para coger el móvil y comprobar si Gonzalo la había llamado o siquiera contestado a su mensaje, pero aparte de las tres llamadas perdidas de su padre, no tenía nada digno de mención.

Estaba a punto de devolverle la llamada a Diego, preocupada por su insistencia, cuando la puerta de su piso se abrió y entraron por ella su madre y su hermana mayor, discutiendo a voz en grito.

—Mamá, Irene nos dio la llave de su casa para emergencias. No para que irrumpiéramos en ella así como así —la regañó—. Tendríamos que haberla avisado de que veníamos.

—Esto es una emergencia, Lidia. —Y añadió en un tono más airado—: No puedo creer que tú también lo supieras y que no me dijeras nada. Mi propia familia me ha traicionado.

—¿Mamá, Lidia? ¿Qué sucede? ¿Por qué estáis tan alteradas? —preguntó Irene. Quien se levantó de un salto del sofá y se plantó frente a ellas, interrogante.

—No puedo creer que me ocultes cosas —lloriqueó Úrsula—, que tenga que enterarme por Aurora de que tienes novio. ¡Eso no se le hace a una madre!

Irene parpadeó sorprendida y clavó la vista en su progenitora, quien le mantuvo la mirada como desafiándola a que lo negara. Llevaba el cabello rubio, tan parecido al suyo, recogido en una pequeña coleta, como si hubiera salido tan rápido de casa que no le hubiera dado tiempo a peinarse. Por lo demás, su aspecto era tan impecable como siempre.

Antes de que pudiera protestar, Úrsula le contó todo lo que Aurora, la directora del centro donde trabajaba Irene, le había comentado creyendo que estaba al tanto de las noticias.

Como era de esperar, el chisme de que había besado a un hombre en el patio del colegio corrió de clase en clase hasta llegar a oídos de la directora. Por lo que esta, amiga de toda la vida de Úrsula, consideró imprescindible

llamarla para felicitarla por el yerno que le había tocado en suerte.

—Por eso me preguntaste sobre salir con padres de alumnos, y yo inocente de todo lo que estaba pasando. Aunque lo peor era que tu padre y tu hermana lo supieran y tampoco me contaran nada. ¡He sido la última en enterarme!

—Irene lo siente, ¿verdad, hermanita? —intervino Lidia—, además, tampoco quería contártelo hasta que fuera oficial. Después de todo, es tu vecino.

—¿Qué es qué? ¿Tu novio es mi vecino?

En ese momento, Irene comprendió el motivo de las llamadas de su padre, quien seguramente quería ponerla sobre aviso de lo que se le avecinaba.

—Mamá, por favor. No es mi novio. Nosotros...

—Esto es peor de lo que creía —se lamentó.

Irene articuló un gracias silencioso mirando a su hermana con mala cara.

—Y yo que estaba preocupada creyendo que nunca te enamorarías — siguió Úrsula.

—¿Por qué no iba a enamorarme? —Irene estaba confundida por el comentario.

—Eres tan protectora. Me aterraba pensar que no te atreverías a enamorarte y a dejarte llevar por otra persona. A aceptar que alguien tuviera la capacidad de hacerte daño solo porque tú se lo permitías...

—Bueno, en realidad...

No pudo terminar la frase porque Lidia la interrumpió un segundo después de fulminarla con la mirada.

—Mamá, para que no digas que eres la última en enterarte de todo... — Hizo una pausa dramática para dar más intensidad al momento—. Germán quiere que nos casemos este verano y yo le he dicho que sí.

Irene prorrumpió en sinceros grititos de felicidad al tiempo que Úrsula acogía a su hija mayor entre sus brazos.

—Eso es maravilloso, hija, pero ¿por qué vais a esperar tanto tiempo?

Lidia e Irene se echaron a reír ante el comentario. Irene, contenta y agradecida, tanto por la boda de su hermana como por el modo en que esta había logrado desviar la conversación.

—Mamá, eres imposible —dijo Irene, antes de unirse al abrazo.

En cuanto se quedó sola en casa hizo otro intento igual de insatisfactorio que los anteriores de contactar con Gonzalo. Las palabras de su madre consiguieron abrirle los ojos más profundamente de lo que lo hicieron las reflexiones y pensamientos que la habían abrumado desde esa mañana en la que él la llamó para invitarla a pasar el fin de semana en su casa.

Tal vez su madre tuviera razón y había llegado el momento de dejar de ser protectora con su propio corazón y permitirle volar libre.

Capítulo 46

Menudo aspecto para una cita, se dijo Irene observando el reflejo que le devolvía el espejo del cuarto de baño. Apenas había pegado ojo en toda la noche, arrepentida por su exagerada reacción. Gonzalo no le había devuelto las llamadas, lo que indicaba que estaba enfadado con ella, y con razón.

Conocerlo la había cambiado, tenía que aceptarlo. Desde el primer momento en que hablaron dejó apartada la timidez que la acosaba al hablar con hombres y le devolvió cada una de sus pullas.

Poco a poco fue conociéndolo y descubriendo que era mucho más de lo que al principio pensó. Y lo mismo le sucedió consigo misma. Gonzalo le mostró a una Irene valiente, decidida y capaz. El problema era que en alguna parte del camino se olvidó de ello. Estaba tan preocupada por no ser suficiente para él que se olvidó de que lo era.

Tampoco estaba tan interesada en impresionar a su cita como para disimular sus ojeras, así que se pintó los labios con *gloss* rosa y salió del cuarto de baño. Ni siquiera se había arreglado: vaqueros, bailarinas y una camiseta rosa que por lo único que destacaba era porque le quedaba bastante ceñida. Y se la había puesto solo porque tenía planeado ver a Gonzalo.

—Así será suficiente—se dijo. Cogió el bolso, la chaqueta, la maleta y se encaminó a la puerta—. Si todo sale bien, Gordon, vendré a por ti en unas horas—le dijo al gato antes de salir de casa.

Todavía faltaban cincuenta minutos para conocer al tipo del noventa y ocho por ciento de compatibilidad en el café de Iván, no obstante, quería pasar antes por casa de Gonzalo.

Él la había invitado a pasar el fin de semana en su casa y, aunque tarde, iba a aceptar su invitación.

Lo único que esperaba era no encontrarse con ningún vecino cotilla que le fuera con el cuento a su madre. Lo mejor era decírselo ella misma, aunque antes de llegar a ese punto necesitaba dejar lo más importante cerrado.

Cargó la maleta en el coche y se dispuso a comenzar con el resto de su vida. Durante el trayecto planeó diversas maneras de presentarse ante Gonzalo:

—«Gonzalo, me he equivocado, estoy segura de que Allegra y Gordon se llevarán de maravilla.

¿Quieres que hagamos la prueba?». No... No. Muy frío. A ver ahora: «Hola, Gonzalo, siento haber sido tan exagerada. Si todavía sigue en pie, me gustaría aceptar tu invitación». No. Peor. No hay que darle opciones para que cambie de parecer.

Todo el camino se lo pasó así, parloteando a la búsqueda de la frase perfecta que la redimiera ante el hombre del que se había enamorado.

Sin embargo, podría haberse ahorrado el quebradero de cabeza porque cuando llegó hasta su puerta y llamó no fue Gonzalo la persona que le abrió y la invitó a pasar.

—Hola, Irene —saludó Rodrigo, un instante antes de fijarse en su maleta.

—Hola, ¿está Gonzalo?

—No. Paula y él han salido, pero pasa, por favor.

—Gracias.

—Yo he venido a llevarme a Allegra unos días a mi casa.

Irene enrojeció al imaginar que ella era la causa.

—Rodrigo, ¿te importaría hacerme un favor?

—Claro que no. ¿Qué tengo que hacer? —preguntó con una sonrisa traviesa que Irene había visto en otros labios.

Cuando salió de casa de Gonzalo se sentía un poco mejor. Había conseguido que Allegra se quedara en su casa y también logró deshacerse de la maleta y dejarla en el dormitorio principal. Además, Rodrigo prometió no decirle nada a su hijo. De modo que cuando llegara y la encontrara allí sería toda una

sorpresa.

La pena era que no iba a poder verlo porque todavía tenía que ir hasta la cafetería de Iván y rechazar con amabilidad a un pretendiente que ni conocía ni estaba interesada en conocer.

Eso le pasaba por ser tan blanda con Alicia. Si se hubiera negado desde el primer momento ahora no se vería en esas.

Aparcó lo más cerca posible y se encaminó, arrastrando los pies, hasta allí. Esperaba que la cotilla de su mejor amiga no estuviera allí. Aunque conociéndola era posible que incluso se lo hubiera contado a su hermana y se topara con las dos entrometidas allí.

Hizo una inhalación profunda y abrió la puerta. Llegaba puntual, fantástico. A lo mejor tenía que haberse retrasado para darle a entender al hombre que no estaba interesada. Buscó con la mirada a alguien vestido de riguroso negro y sus ojos se toparon con Gonzalo, sentado a solas en una mesa.

Se quedó petrificada y apenas logró alzar la mano para saludarle. Sin embargo, eso no era suficiente.

Acababa de estar en su casa, y había ido porque no quería perderle por cobarde.

Esbozó una sonrisa amigable y se acercó.

—Hola, ¿qué estás haciendo aquí? Llevo llamándote desde ayer. Pero, ahora... Yo... He quedado con alguien.

—Lo sé. Has quedado conmigo.

—¿Perdón?

Gonzalo sonrió con picardía al escucharla, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Tu cita es conmigo. ¿De verdad creíste que iba a estar de acuerdo en que vieras a otro hombre? —inquirió con los ojos trabados en los suyos.

Irene se dejó caer en la silla que había frente a él al otro lado de la mesa.

—Tú dijiste en Praga que no te importaba. Y ayer te mandé un mensaje para decírtelo y no respondiste.

—Es cierto, el mensaje... Dichoso mensaje —su tono demostró lo poco que le había gustado su contenido.

—Además de escribirte te he llamado. Mucho.

Gonzalo sonrió al notar el enfado de ella. Había entrado con la preocupación pintada en su bonito rostro, pero ahora estaba molesta.

—Alicia me dijo que no te devolviera las llamadas. Que no hablara contigo —se encogió de hombros—, solo estaba cumpliendo las reglas que me dio.

—¿Alicia? ¿Qué pinta ella en esto? ¿Es por eso que estás aquí? Pero si fue ella la que me concertó la cita —se quejó sin comprender nada.

—Alicia ha sido mi consejera más eficaz. Lo de estar aquí ha sido gracias a Roberto, quien por cierto está deseando conocerte. Tal vez lo entenderías mejor si te dijera que mi empresa es la encargada de promocionar *Cita a ciegas* en España.

La expresión de Irene demostró lo desconcertada que se sentía.

—¿Tu empresa?

Gonzalo asintió con una sonrisa de disculpa.

—¿*Cita a ciegas* es uno de tus proyectos?, ¿y le has pedido a Alicia que te aconseje? ¿A Alicia? ¿Mi mejor amiga? —recapituló para asimilar tanta información de golpe.

—Sí, llevamos la publicidad, y la idea de la aplicación de móvil es mía. —Y añadió, queriendo responder a todas las preguntas—: Sí. Esa Alicia, y no exactamente. Técnicamente no le pedí consejo. —Frunció el ceño—. Es una larga historia. Luego te la cuento.

—De acuerdo. ¿Por qué estás aquí?

—Eso no importa ahora. Lo importante aquí es que te quiero, Irene. Te quiero y estoy dispuesto a deletreártelo para que lo entiendas. Te quiero. —Tomó sus manos entre las suyas—. T-e q-u-i-e-r-o. Y no soy el único que lo hace —añadió girándose para mirar a alguien más allá de ellos.

Irene estaba tan conmovida que ni siquiera había sido capaz de responderle, pero ver aparecer a Paula con un ramo de rosas rojas y aquella sonrisa de felicidad hizo que las lágrimas de alegría que había conseguido retener hasta ese momento se desbordaran.

—Yo también te quiero.

—¡Menos mal! —Gonzalo se levantó como un resorte y se acercó a ella para levantarla de la silla y besarla a placer. Se separaron cuando Paula llegó hasta ellos—. Estaba empezando a asustarme.

—¿Tú? —rio Irene, al recordar el tamaño de su ego de tan solo unas semanas atrás.

—Para ti, Irene.

—Gracias, cariño —aceptó, agachándose a su lado y llevando a Gonzalo con ella—. Son preciosas.

—¿Vas a ser mi mamá? —inquirió Paula, sin perder la oportunidad—. Yo *tero*.

Irene miró a Gonzalo.

—Es posible. Todo depende de tu padre.

Este sonrió feliz.

—En ese caso, si depende de mí, estoy seguro de que lo será.

Paula se mostró encantada.

—Solo hay un pequeño problema y es que, igual que tú, yo también llevo compañía a esta relación.

Gonzalo arqueó una ceja, interrogante.

—He decidido quedarme con Gordon. Ya me he cansado de acoger gatos y no quedarme con ninguno.

Primero lo hacía porque me daba miedo encariñarme con ellos y que luego les sucediera algo y me dejaran sola. Los primeros llegaron muy mal. Después me acostumbré a no encariñarme, a dejar que otras personas disfrutaran de su amor incondicional. Son animales tan faltos de afecto que cuando cogen confianza dan todo de sí.

Gonzalo sintió que cada pieza encajaba en el lugar que le correspondía.

—Gordon será más que bienvenido a nuestra familia —aceptó, dándole un beso en la punta de la nariz.

—¡Gracias! Por cierto, mi maleta ya está en tu casa. Pero tenemos que ir a recoger a Gordon antes de poder deshacerla.

La carcajada de Gonzalo atronó en la cafetería.

—¿En serio? ¿En mi casa?

—Más concretamente, encima de tu cama.

—Eres increíble. ¿Vas a contarme cómo has entrado?

Ella hizo un mohín travieso.

—Es una larga historia. Después te la cuento —zanjó, besándolo.

Notas

[1] Pasta filo rellena de espinacas, feta, cebolla y huevo. <<

[2] Tiras largas de masa filo rellena de queso enrolladas en espiral y fritas. <<

[3] «Gracias» en checo. <<

[4] Para hacer más amena la espera. <<

[5] Su cita, señorita. <<